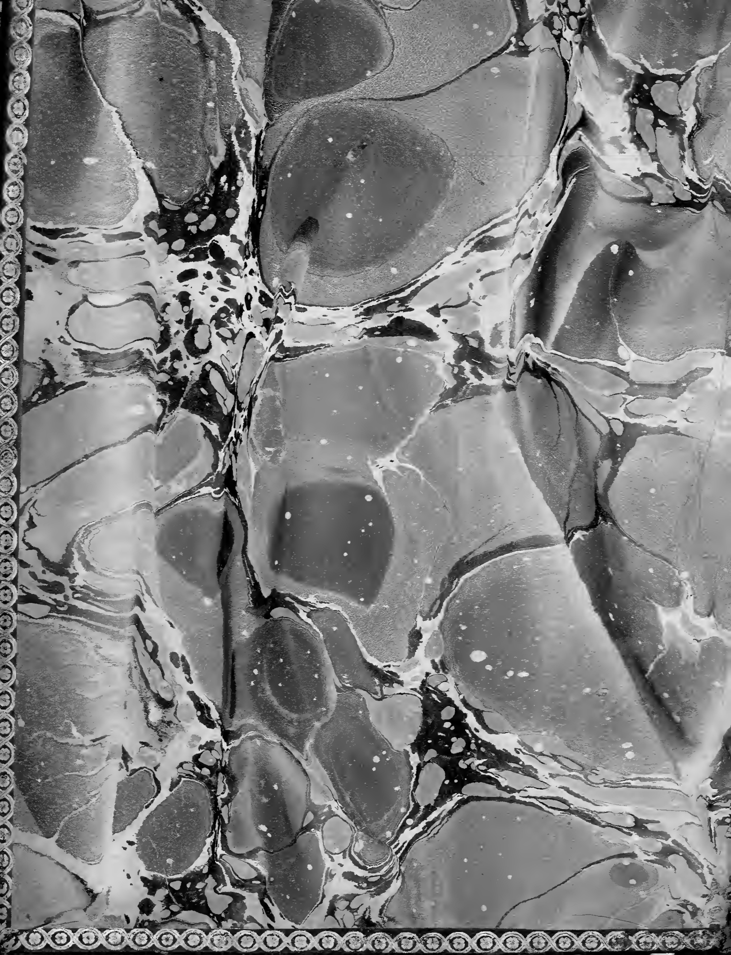
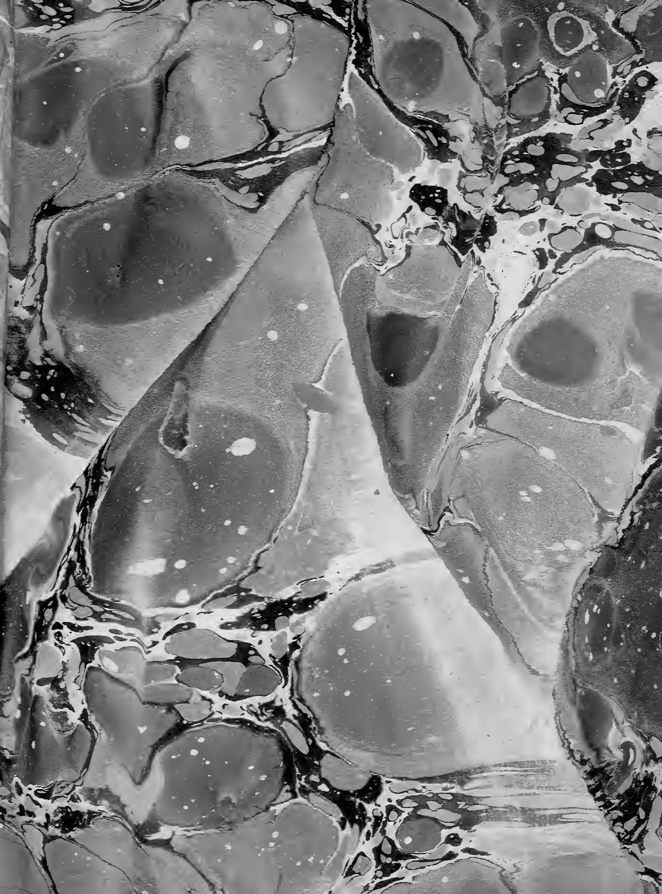






HISTORIA
DE LA CONQUISTA
DE MEXICO.
TOMO II.



HISTORIA
DE LA CONQUISTA
DE MEXICO,
POBLACION Y PROGRESOS
DE LA AMERICA SEPTENTRIONAL,

CONOCIDA POR EL NOMBRE

DE NUEVA ESPAÑA.

ESCRIBIALA

DON ANTONIO DE SOLÍS,

SECRETARIO DE SU MAGESTAD, Y SU CRONISTA MAYOR DE LAS INDIAS.

TOMO II.



EN MADRID:

EN LA IMPRENTA DE D. ANTONIO DE SANCHA, AÑO DE M. DCC. LXXXIV.

Se hallará en su Librería en la Aduana vieja.

INDICE
DE LOS CAPITULOS
QUE SE CONTIENEN EN EL TOMO II.

LIBRO IV.

LIBRO V.



HISTORIA
DE LA CONQUISTA, POBLACION Y PROGRESOS DE NUEVA ESPAÑA.

LIBRO IV.
CAPITULO PRIMERO.

PERMITESE A MOTEZUMA QUE SE dexe ver en público, saliendo á sus templos y recreaciones. Trata Cortés de algunas prevenciones que tuvo por necesarias; y se duda que intentasen los Españoles en esta sazon derribar los ídolos de México.



Uedó Motezuma desde aquel dia prisionero voluntario de los Españoles: hizose amable á todos con su agrado y liberalidad. Sus mismos criados desconocian su mansedumbre y moderacion, como virtudes adqui-

Hizose amable Motezuma á los Españoles.

ridas en el trato de los estrangeros, ó estrangeras de su natural. Acreditó diversas veces con palabras y acciones la sinceridad de su ánimo: y quando le pareció que tenia segura y merecida la confianza de Cortés, se resolvió á experimentarla, pidiendole licencia para salir alguna vez á sus templos. Dióle palabra de que se volveria puntualmente á la prision, que asi la solia llamar, quando no estaba presente alguno de los suyos. Dixole: „ Que ya deseaba, por su conveniencia y la de los mismos Españoles, dexarse ver „ de su pueblo, porque se iba creyendo que le tenian „ oprimido, como habia cesado la causa de su detencion con el castigo de Qualpopóca; y se podria temer alguna turbacion mas que popular, sinó se ocurria brevemente al remedio con aquella demostracion de su libertad." Hernan Cortés, conociendo su razon, y deseando tambien complacer á los Mexicanos, le respondió liberal y cortesanamente: „ Que „ podria salir quando gustáse: atribuyendo á exceso „ de su benignidad el pedir semejante permision, „ quando él y todos los suyos estaban á su obediencia." Pero aceptó la palabra que le daba de no hacer novedad en su habitacion, como quien deseaba no perder la honra que recibia.

Pide licencia para salir á sus templos.

Concedesela Hernan Cortés.

Hizole alguna interior disonancia el motivo de acudir á sus templos; y para cumplir consigo en la forma que podia, capituló con él que habian de ce-

sar desde aquel dia los sacrificios de sangre humana: contentandose con esta parte de remedio, porque no era tiempo de aspirar á la emienda total de los demás errores; y siempre que no se puede lo mejor, es prudencia dividir la dificultad, para vencer uno á uno los inconvenientes. Ofreciólo asi Motezuma, prohibiendo con efecto en todos sus adoratorios este género de sacrificios: y aunque se duda si lo cumplió, es cierto que cesó la publicidad, y que si los hicieron alguna vez, fue á puerta cerrada, y tratandolos como delito.

Capitúla con él que no se hagan sacrificios de sangre humana.

Su primera salida fue al templo mayor de la ciudad, con la misma grandeza y acompañamiento que acostumbraba: llevó consigo algunos Españoles; y se previno, llamandolos él mismo, antes que se los pusiesen al lado como guardas ó testigos. Celebró con grandes regocijos el pueblo esta primera vista de su Rey: procuraron todos manifestar su alegria con aquellas demostraciones de que se componian sus aplausos; no porque le amasen, ó tuviesen olvidada la opresion en que vivian, sinó porque hacia la natural obligacion el oficio de la voluntad: y tiene sus influencias, hasta en la frente del tirano, la corona. El iba recibiendo las aclamaciones con gratitud magestuosa: y anduvo aquel dia muy liberal, porque hizo diferentes mercedes á sus nobles, y repartió algunas dádivas entre la gente popular. Subió despues al tem-

Su primera salida.

Aplausos del pueblo.

Hace algunas mercedes.

plo, descansando sobre los brazos de los sacerdotes: y en cumpliendo con los ritos menos escandalosos de su adoracion, se volvió al quartel, donde se congratuló nuevamente con los Españoles, dando á entender que le trahian con igual fuerza el desempeño de su palabra, y el gusto de vivir entre sus amigos.

Continuanse las salidas.

Continuaronse despues sus salidas sin hacer novedad, unas veces al palacio donde tenia sus mugeres, y otras á sus adoratorios ó casas de recreacion: usando siempre con Hernan Cortés la ceremonia de tomar su licencia, ó llevandole consigo, quando era decente la funcion; pero nunca hizo noche fuera del alojamiento, ni discurrió en mudar habitacion: antes se llegó á mirar entre los Mexicanos aquella perseverancia suya como favor de los Españoles, tanto que ya visitaban á Cortés los ministros y los nobles de la ciudad, valiendose de su intercesion para encaminar sus pretensiones: y todos los Españoles que tenian algun lugar en su gracia, se hallaron asistidos y contemporizados: achaque ordinario de las cortes, adorar á los favorecidos, fabricando con el ruego estos ídolos humanos.

No hizo noche fuera del quartel.

Entra Cortés en credito de su valido.

Entretanto que duraba este género de tranquilidad, no se descuidaba Hernan Cortés en las prevenciones que podrian conducir á su seguridad, y adelantar los altos designios que perseveraban en su corazon, sin objeto determinado, ni saber hasta enton-

ces ácia donde le llamaba la obscuridad lisonjera de sus esperanzas. Luego que vacó el gobierno de la Vera Cruz por muerte de Juan de Escalante, y se aseguraron los caminos con el castigo de los culpados, nombró en aquella ocupacion al Capitan Gonzalo de Sandoval: y porque no faltáse de su lado en esta ocurrencia un Cabo de tanta satisfaccion, envió con título de Teniente suyo á un soldado particular que llamaban Alonso de Grado, sugeto de habilidad y talento, pero de ánimo inquieto, y uno de los que se hicieron conocer en las turbaciones pasadas. Creyóse que le ocupaba por satisfacerle y desviarle; pero no fue buena política poner hombre poco seguro en una plaza que se mantenia para la retirada, y contra las avenidas que se podian temer de la Isla de Cuba. Pudiera ser de grave inconveniente su asistencia en aquel puerto, si llegáran poco antes los baxeles que fletó Diego Velazquez en prosecucion de su antigua demanda; pero el mismo Alonso de Grado emendó con su proceder el yerro de su eleccion; porque vinieron dentro de pocos dias tantas quejas de los vecinos y lugares del contorno, que fue necesario traherle preso, y enviar al propietario.

Nombra á Sandoval por Gobernador de la Vera Cruz: y por su Teniente á Alonso de Grado, que procedió mal en su gobierno.

Con la ocasion de estos viages dispuso Hernan Cortés que se conduxesen de la Vera Cruz algunas xarcias, velas, clavazon, y otros despojos de los navios que se barrenaron, con ánimo de fabricar dos ber-

Trata Cortés de fabricar dos bergantines.

gantines, para tener á su disposicion el paso de la laguna: porque no podia echar de sí las medias palabras que oyeron los Tlascaltécas sobre cortar los puentes, ó romper las calzadas. Introduxo primero esta novedad, haciendosela desear á Motezuma, con pretexto de que viese las grandes embarcaciones que se usaban en España, y la facilidad con que se movian, haciendo trabajar al viento en alivio de los remos: primor de que no se hacia capaz sin la demostracion; porque ignoraban los Mexicanos el uso de las velas, y ya miraba como punto de conveniencia suya que aprendiesen aquel arte de navegar sus marineros. Llegaron brevemente de la Vera Cruz los géneros que se habian pedido, y se dió principio á la fábrica por mano de algunos maestros de esta profesion, que vinieron en el exército con plaza de soldados, asistiendo á cortar y conducir la madera, de orden de Motezuma, los carpinteros de la ciudad: con que se acabaron los dos bergantines dentro de breves dias, y él mismo determinó estrenarlos, embarcandose con los Españoles, para reconocer desde mas cerca las maestrías de aquella navegacion.

Introduxo con Motezuma esta novedad.

Fomenta Motezuma esta fábrica.

Previno una montería.

Previno para este fin una de sus monterías mas solemnes en parage de larga travesía, porque no faltáse tiempo á su observacion: y el dia señalado amanecieron sobre la laguna todas las canoas del séquito real con su familia y cazadores, reforzada en ellas la

boga, no sin presuncion de acreditar su ligereza, con descredito de las embarcaciones estrangeras, que á su parecer, eran pesadas, y serian dificultosas de manejar; pero tardaron poco en desengañarse, porque los bergantines partieron á vela y remo, favorecidos oportunamente del viento, y se dexaron atrás las canoas con largo espacio, y no menor admiracion de los Indios. Fue dia muy festivo, y de gran divertimiento para los Españoles, tanto por la novedad y circunstancias de la montería, como por la opulencia del banquete: y Motezuma estuvo muy entretenido con sus marineros, burlandose de lo que forcejaban en el alcance de los bergantines, y celebrando como suya la victoria de los Españoles.

Mas ligeros los bergantines que las canoas.

Concurrió despues toda la ciudad á ver aquellas, que en su lengua llamaban casas portátiles: hizo sus ordinarios efectos la novedad, y sobre todo admiraron el manejo del timón, y el oficio de las velas, que á su entender, mandaban al agua y al viento: invencion que celebraron los mas avisados como industria del arte superior á su ingenio, y el vulgo como sutileza mas que natural, ó predominio sobre los elementos. Consiguióse finalmente que fuesen bien recibidos aquellos bergantines, que se fabricaron á mayor intento; y tuvo su parte de felicidad esta providencia de Cortés, pues se hizo lo que convenia, y se ganó reputacion.

Admira el pueblo los bergantines.

Hace Cortés desear la confederacion de su Rey.

Al mismo tiempo iba caminando en otras diligencias que le dictaban su vigilancia y actividad. Introducia con Motezuma y con los nobles que le visitaban la estimacion de su Rey: ponderaba su clemencia, y engrandecia su poder, trayendo á su dictamen los ánimos con tanta suavidad y destreza, que llegó á desearse generalmente la confederacion que proponia, y el comercio de los Españoles como interés de aquella Monarquía. Tomaba tambien algunas noticias importantes por via de conversacion y sencilla curiosidad. Informóse muy particularmente de la magnitud y límites del Imperio Mexicano, de sus provincias y confines, de los montes, rios y minas principales, de las distancias de ambos mares, su calidad y surgideros: tan lejos de mostrar cuidado en sus observaciones, que Motezuma, para informarle mejor y complacerle, hizo que sus pintores delineasen, con asistencia de hombres noticiosos, un lienzo semejante á nuestros mapas, en que se contenia la demarcacion de sus dominios: á cuya vista le hizo capaz de todas las particularidades que merecian reflexîon; y permitió despues que fuesen algunos Españoles á reconocer las minas de mayor nombre, y los puertos ó ensenadas que parecian capaces de baxeles. Propusolo Hernan Cortés con pretexto de llevar á su Príncipe distinta relacion de lo mas notable; y él concedió no solamente su beneplácito, pero se-

Infórmase de los límites de aquel reyno.

Manda Motezuma formar un mapa de sus dominios.

Van los Españoles á reconocer los puertos y minas.

ñaló gente militar que los acompañáse, y despachó sus órdenes para que les franqueasen el paso y las noticias: bastante seña de que vivia sin rezelo, y andaban conformes su intencion y sus palabras.

Parece fuera de propósito que se derribasen los ídolos de México.

Pero en esta sazon, y quando mas se debian temer las novedades, como peligro de la quietud y de la confianza, refieren nuestros historiadores una resolucion de los Españoles tan desproporcionada y fuera de tiempo, que nos inclinamos á dudarla, ya que no hallamos razon para omitirla. Dice Bernal Diaz del Castillo, y lo escribió primero Francisco Lopez de Gómara (concordando alguna vez en lo menos tolerable) que se determinaron á derribar los ídolos de México, y convertir en Iglesia el adoratorio principal: que salieron á executarlo, por mas que lo resistió, y procuró embarazar Motezuma: que se armaron los sacerdotes, y estuvo conmovida toda la ciudad en defensa de sus dioses, durando la porfia sin llegar á rompimiento, hasta que por bien de paz se quedaron los ídolos en su lugar, y se limpió una capilla, y levantó un altar dentro del mismo adoratorio, donde se colocó la cruz de Christo, y la imagen de su Madre santísima, se celebró Misa cantada, y perseveró muchos dias el altar, cuidando de su limpieza y adorno los mismos sacerdotes de los ídolos. Asi lo refiere tambien Antonio de Herrera, y se aparta de los dos, añadiendo algunas circunstancias que

Es inverisímil que se hiciese capilla de Nuestra Señora.

pasan los límites de la exôrnacion, si ésta puede caber en la retórica del historiador: porque describe una procesion devota y armada que se ordenó para conducir las santas Imágenes al adoratorio: pone á la letra, ó supone la oracion recta que hizo Cortés delante de un Crucifixo: y pondera un casi milagro de su devocion, animandose á decir, no sabemos de qué origen, que se inquietaron poco despues los Mexicanos, porque faltó el agua del cielo para el beneficio de sus campos: que acudieron al mismo Cortés, con principios de sedicion, clamando sobre que no llovian sus dioses, porque se habian introducido en su templo deidades forasteras: que para conseguir que se quietasen, les ofreció de parte de su Dios copiosa lluvia dentro de breves horas; y que respondió el cielo puntualmente á su promesa con grande admiracion de Motezuma y de toda la ciudad.

Es menos creible la procesion que refieren, y el milagro que aplican á Cortés.

No discurrimos del empeño en que se puso, prometiendo milagros delante de unos infieles, en prueba de su Religion: que pudo ser ímpetu de su piedad; ni estrañamos la maravilla del suceso: que tambien pudo tener entonces aquel átomo de fé viva, con que se merecen y consiguen los milagros. Pero el mismo hecho disuena tanto á la razon, que parece dificultoso de creer en las advertencias de Cortés, y en el genio y letras de Fray Bartolomé de Olmedo. Pero caso que sucediese asi el hecho de arruinar

Motivos que obligan á tener por incierta esta novedad.

los ídolos de México en la forma y en el tiempo que viene supuesto (siendo licito al historiador el hacer juicio alguna vez de las acciones que refiere) hallamos en ésta diferentes reparos, que nos obligan por lo menos á dudar el acierto de semejante determinacion en una ciudad tàn populosa, donde se pudo tener por imposible lo que fue dificultoso en Cozumel. Corriase bien con Motezuma: consistia en su benevolencia toda la seguridad que se gozaba: no habia dado esperanzas de admitir el Evangelio, antes duraba inexôrable y obstinado en su idolatría. Los Mexicanos, sobre la dureza con que adoraban y defendian sus errores, andaban faciles de inquietar contra los Españoles. ¿Pues qué prudencia pudo aconsejar que se intentáse contra la voluntad de Motezuma semejante contratiempo? Si miramos al fin que se pretendia, le hallarémos inutil y fuera de toda razon. Empezar por los ídolos el desengaño de los Idólatras: tratar una exterioridad infructuosa como triunfo de la Religion: colocar las santas Imágenes en un lugar inmundo y detestable: dexarlas al arbítrio de los sacerdotes gentiles, aventuradas á la irreverencia y al sacrilegio: celebrar entre los simulácros del demonio el inefable sacrificio de la Misa. Y Antonio de Herrera califica estos atentados con título de faccion memorable. Júzguelo quien lo leyere, que nosotros no hallamos razon de congruencia política ó christiana para que se

perdonasen tantos inconvenientes; y dexando en duda el acierto, querriamos antes que no hubiera sucedido esta irregularidad como la refieren, ó que no tuvieran lugar en la Historia las verdades increibles.

CAPITULO II.

DESCUBRESE UNA CONJURACION que se iba disponiendo contra los Españoles, ordenada por el Rey de Tezcúco: y Motezuma, parte con su industria, y parte por las advertencias de Cortés, la sosiega castigando al que la fomentaba.

TUvo desde sus principios esta empresa de los Españoles notable desigualdad de accidentes: alternabanse continuamente la quietud y los cuidados: unos dias reynaba sobre las dificultades la esperanza, y otros renacian los peligros de la misma seguridad. Propia condicion de los sucesos humanos, encadenarse, y sucederse con breve intermision los bienes y los males. Y debemos creer que fue conveniente su instabilidad para corregir la destemplanza de nuestras pasiones.

Mezcla de felicidades y peligros.

La ciega gentilidad ponia esta série de los acaecimientos en una rueda imaginária, que se formaba en la trabazon de lo próspero y adverso: á cuyo mo-

Fortuna segun la gentilidad.

vimiento daban cierta inteligencia sin eleccion, que llamaron fortuna: con que dexaban al acaso todo lo que deseaban ó temian, siendo en la verdad alta disposicion de la divina Providencia que duren poco en un estado las felicidades y los infortunios de la tierra, para que se posean ó toleren con moderacion, y suba el entendimiento á buscar la realidad de las cosas en la region de las almas.

Providencia divina en la corta duracion de los bienes y los males,

Hallábanse ya los Españoles bastantemente asegurados en la voluntad de Motezuma, y en la estimacion de los Mexicanos; pero al mismo tiempo que se gozaba de aquel sosiego favorable, se levantó nueva tempestad, que puso en contingencia todas las prevenciones de Cortés. Moviόla Cacumatzín, sobrino de Motezuma, Rey de Tezcúco, y primer Elector del Imperio. Era mozo inconsiderado y bullicioso; y dexandose aconsejar de su ambicion, determinó hacerse memorable á su nacion, sacando la cara contra los Españoles con pretexto de poner en libertad á su Rey. Favorecianle su dignidad y su sangre para esperar en la primera eleccion el Imperio; y le pareció, que una vez desnuda la espada, podria llegar el caso de acercarse á la corona. Su primera diligencia fue desacreditar á Motezuma, murmurando entre los suyos de la indignidad y falta de espíritu con que se dexaba estar en aquella violenta sujecion. Acusó despues á los Españoles, culpando como principio

Conspiracion del Rey de Tezcúco contra los Españoles,

con ánimo de aspirar á la corona.

de tiranía la opresion en que le tenian, y la mano que se iban tomando en el gobierno; sin perdonar medio alguno de hacerlos odiosos y despreciables. Sembró despues la misma cizaña entre los demás Reyezuelos de la laguna: y hallando bastante disposicion en los animos, se resolvió á poner en execucion sus intentos: á cuyo fin convocó una junta de todos sus amigos y parientes, que se hizo de secreto en su palacio, concurriendo en ella los Reyes de Cuyoacán, Iztacpalápa, Tacúba y Matalcingo, y otros Señores ó Caciques del contorno: personas de séquito y suposicion, que mandaban gente de guerra, y se preciaban de soldados.

Convoca sus amigos y parientes.

Pretextos de su inquietud.

Hizoles un razonamiento de grande aparato; y dando colores de zelo á sus ocultos designios, ponderó el estado en que se hallaba su Rey, olvidado, al parecer, de su misma libertad, y la obligacion que tenian de concurrir todos como buenos vasallos á sacarle de aquella servidumbre. Sinceróse con la proxîmidad de la sangre, que le interesaba en los aciertos de su tio: y volviendo la mira contra los Españoles: ,, ¿ A qué aguardamos, amigos y parientes (dixo) que no abrimos los ojos al oprobrio de nuestra nacion, y á la vileza de nuestro sufrimiento? ¿ Nosotros, que nacimos á las armas, y ponemos nuestra mayor felicidad en el terror de nuestros enemigos, concedemos la cerviz al yugo afrentoso de una

Persuade á los de su faccion.

„ gente advenediza? ¿ Qué son sus atrevimientos sinó acusaciones de nuestra floxedad, y desprecios de nuestra paciencia? Consideremos lo que han conseguido en breves dias, y conocerémos primero nuestro desayre, y despues nuestra obligacion. Arrojaronse á la corte de México, insolentes de quatro victorias en que los hizo valientes la falta de resistencia. Entraron en ella triunfantes á despecho de nuestro Rey, y contra la voluntad de la nobleza y gobierno. Introduxeron consigo á nuestros enemigos ó rebeldes, y los mantienen armados á nuestros ojos, dando vanidad á los Tlascaltécas, y pisando el pundonor de los Mexicanos. Quitaron la vida con público y escandaloso castigo á un General del Imperio, tomando en ageno dominio jurisdiccion de magistrados, ó autoridad de legisladores. Y ultimamente prendieron al Gran Motezuma en su alojamiento, sacandole violentamente de su palacio; y no contentos con ponerle guardas á nuestra vista, pasaron á ultrajar su persona y dignidad con las prisiones de sus delinqüentes. Asi pasó: todos lo sabemos; ¿ pero quién habrá que lo crea sin desmentir á sus ojos? ¡ O verdad ignominiosa, digna del silencio, y mejor para el olvido! ¿ Pues en qué os deteneis, ilustres Mexicanos? ¿ Preso vuestro Rey, y vosotros desarmados? Esa libertad aparente de que le veis gozar estos dias, no es libertad sinó un

,, tránsito engañoso, por el qual ha pasado insensible-
,, mente á otro cautiverio de mayor indecencia: pues
,, le han tiranizado el corazon, y se han hecho due-
,, ños de su voluntad, que es la prision mas indigna
,, de los Reyes. Ellos nos gobiernan y nos mandan,
,, pues el que nos habia de mandar los obedece. Ya
,, le veis descuidado en la conservacion de sus domi-
,, nios, desatento á la defensa de sus leyes, y conver-
,, tido el ánimo real en espíritu servil. Nosotros,
,, que suponemos tanto en el Imperio Mexicano, de-
,, bemos impedir con todo el hombro su ruina. Lo
,, que nos toca es juntar nuestras fuerzas, acabar con
,, estos advenedizos, y poner en libertad á nuestro
,, Rey. Si le desagradáremos dexandole de obede-
,, cer en lo que le conviene, conocerá el remedio
,, quando convalezca de la enfermedad: y si no le co-
,, nociere, hombres tiene México que sabrán llenar
,, con sus sienes la corona; y no será el primero de
,, nuestros Reyes, que por no saber reynar, ó rey-
,, nar descuidadamente, se dexó caer el cetro de las
,, manos."

Oponese á la resolucion el Señor de Matalcingo.

En esta substancia oró Cacumatzín, y con tanto fervor, que le siguieron todos, prorumpiendo en grandes amenazas contra los Españoles, y ofreciendo servir en la faccion personalmente. Solo el Señor de Matalcingo, que se hallaba en el mismo grado pariente de Motezuma, y tenia sus pensamientos de

reynar, conoció lo interior de la propuesta, y tiró á desvanecer los designios de su competidor, añadiendo: „ Que tenia por necesario, y por mas con„ veniente á la obligacion de todos, que se previnie„ se á Motezuma de lo que intentaban, y se tomáse „ primero su licencia; pues no era razon que se arro„ jasen armados á la casa donde residia, sin poner en „ salvo su persona, tanto por el peligro de su vida, „ como por la disonancia de que pereciesen aquellos „ hombres debaxo de las alas de su Rey." Barajaron los demás esta proposicion como impracticable, diciendole Cacumatzín algunos pesares, que sufrió por no descomponer sus esperanzas; y se acabó la junta, quedando señalado el dia, discurrido el modo, y encargado el secreto.

Supieron casi á un mismo tiempo Motezuma y Cortés esta conjuracion: Motezuma por un aviso reservado que se atribuyó al Señor de Matalcingo; y Cortés por la inteligencia de sus espias y confidentes. Buscaronse luego los dos, para comunicarse la noticia de semejante novedad; y tuvo Motezuma la dicha de hablar primero, con que dexó saneada su intencion. Dióle cuenta de lo que pasaba: mostró grande irritacion contra su sobrino el de Tezcúco, y contra los demás conjurados: y propuso castigarlos con el rigor que merecian. Pero Hernan Cortés (dandole á entender que sabía todo el caso con algunas

Saben Cortés y Motezuma la conspiracion.

Encárgase Motezuma del castigo.

circunstancias, que no dexasen en duda su comprehension) le respondió: „Que sentia mucho haber ocasionado aquella inquietud en sus vasallos: y que „por la misma razon se hallaba obligado á tomar por „su cuenta el remedio, y venia con ánimo de pedirle licencia para marchar luego con sus Españoles á Tezcúco, y atajar en su orígen el daño, trayendole preso á Cacumatzín antes que se uniese „con los demás coligados, y fuese necesario pasar á „mayores remedios." No admitió Motezuma esta proposicion, antes procuró desviarla con total repugnancia, conociendo lo que perderia su autoridad y su poder si se valiese de armas forasteras para castigar atrevimientos de esta calidad en hombres de aquella suposicion. Pidióle que disimuláse por él su desabrimiento; y le dixo por última resolucion: „Que „no queria, ni era conveniente que se moviesen los „Españoles, porque no se hiciese obstinacion el odio „con que procuraban apartarlos de su lado; sinó que „le ayudasen á sujetar aquellos rebeldes, asistiendole con el consejo, y haciendo, si fuese menester, „el oficio de medianeros."

Respuesta de Cortés.

Parecióle despues, que sería bien intentar primero los medios suaves, y que su sobrino, como persona mas dependiente de su respeto, sería facil de reducir á la quietud, acordandole su obligacion, y haciendole amigo de los Españoles. Para cuyo efecto

le envió á llamar con uno de sus criados principales: el qual le intimó la orden que llevaba de su Rey, y le dixo de parte de Cortés: „ Que deseaba su amis„ tad, y tenerle mas cerca para que la experimentá„ se." Pero él, que se hallaba ya lejos de la obediencia, ó tenia mas cerca su ambicion, respondió á Motezuma con desacato de hombre precipitado, y á Cortés con tanta desestimacion y arrojamiento, que le obligó á pedir con nueva instancia la empresa de sujetarle, cuya propuesta reprimió segunda vez Motezuma, diciendole: „ Que aquel era de los casos en „ que se debia usar primero del entendimiento que „ de las manos: y que le dexáse obrar segun la expe„ riencia y conocimiento que tenia de aquellos humo„ res y de sus causas."

Llama Motezuma al de Tezcúco.

Respondió con desabrimiento.

Portóse despues con gran reserva entre sus ministros, despreciando el delito para descuidar al delinqüente; á cuyo fin les decia: „ Que aquel atrevimien„ to de su sobrino se debia tomar como ardor juve„ nil, ó primer movimiento de hombre sin capaci„ dad." Y al mismo tiempo formó una conjuracion secreta contra el mismo conjurado, valiendose de algunos criados suyos, que atendieron á su primera obligacion, ó la conocieron á vista de las dádivas y las promesas. Por cuyo medio consiguió que le asaltasen una noche dentro de su casa, y embarcandose con él en una canoa que tenian prevenida, le truxe-

Como consiguió Motezuma su prision.

sen preso á México sin que pudiese resistirlo. Descubrió entonces Motezuma todo el enojo que disimulaba: y sin permitir que le viese, ni dar lugar á sus disculpas, le mandó poner, con acuerdo y parecer de Cortés, en la carcel mas estrecha de sus nobles, tratandole como á reo de culpa irremisible, y de pena capital.

Hallábase á esta sazon en México un hermano de Cacumatzín, que pocos dias antes escapó dichosamente de sus manos, porque intentó quitarle insidiosamente la vida sobre algunas desconfianzas domésticas de poco fundamento. Amparóle Motezuma en su palacio, y le hizo alistar en su familia para darle mayor seguridad. Era mozo de valor, y grandes habilidades, bien recibido en la corte y entre los vasallos de su hermano: haciendole con unos y otros mas recomendable la circunstancia de perseguido. Puso Cortés los ojos en él: y deseando ganarle por amigo, y traherle á su partido, propuso á Motezuma que le diese la investidura y Señorío de Tezcuco, pues ya no era capaz su hermano de volver á reynar, habiendo conspirado contra su Príncipe. Dixole: „ Que no „ era seguro castigar por entonces con pena de la vi„ da á un delinqüente de tanto séquito, quando esta„ ban conmovidos los animos de los nobles: que pri„ vandole del reyno, le daba otro género de muerte „ menos ruidosa, y de bastante severidad para el ter-

Pide Cortés que se dé el Señorío del preso á un hermano suyo.

„ ror de sus parciales: que aquel mozo tenia mejor „ natural, y debiendole ya la vida, le deberia tambien la corona, y quedaria mas obligado á su obediencia por la oposicion de su hermano: y ultimamente, que con esta demostracion daba el reyno á „ quien debia succeder en él, y dexaba en su sangre „ la dignidad de primer Elector, que tanto suponia „ en el Imperio."

Pagóse Motezuma de esta proposicion.

Agradó tanto á Motezuma este pensamiento de Cortés, que le comunicó luego á su consejo, donde se alabó como benigna y justificada la resolucion: y autorizando los ministros el decreto real, fue desposeido Cacumatzín, segun la costumbre de aquella tierra, de todos sus honores, como rebelde á su Príncipe, y nombrado su hermano por succesor del reyno y voz electoral. Llamóle despues Motezuma, y en el acto de la investidura, que tenia sus ceremonias y solemnidades, le hizo una oracion magestuosa, en que reduxo á pocas palabras todos los motivos que podian acrecentar el empeño de su fidelidad: y le dixo publicamente: „ Que habia tomado aquella determina„ cion por consejo de Hernan Cortés:" dandole á conocer que le debia la corona. Puedese creer que ya lo sabria el interesado, porque no era tiempo de obscurecer los beneficios; pero es de reparar lo que cuidaba Motezuma de hacerle bien quisto, y de ganar los animos de los suyos á favor de los Españoles.

Coronacion del nuevo Rey.

Partió luego el nuevo Rey á su corte, y fue recibido y coronado en ella con grandes aclamaciones y regocijos, celebrando todos su exâltacion con diferentes motivos: unos porque le amaban, y sentian su persecucion: otros por la mala voluntad que tenian á Cacumatzín; y los mas por dar á entender que aborrecian su delito. Tuvo notable aplauso en todo el Imperio este género de castigo sin sangre, que se atribuyó al superior juicio de los Españoles, porque no esperaban de Motezuma semejante moderacion: y fue de tanta conseqüencia la misma novedad para el escarmiento, que los demás conjurados derramaron luego sus tropas, y trataron de recurrir desarmados á la clemencia de su Rey. Valieronse de Cortés, y ultimamente consiguieron por su medio el perdon: con que se deshizo aquella tempestad; y habiendose levantado contra él, salió del peligro mejorado, parte por su industria, y parte porque le favorecieron los mismos accidentes: pues Motezuma le agradeció la quietud de su reyno: se declaró por su hechura el mayor Príncipe del Imperio: y favoreciendo á los demás que intentaban destruirle, se halló con nuevo caudal de amigos y obligados.

Valense de Cortés los demás conjurados.

CAPITULO III.

RESUELVE MOTEZUMA DESPACHAR á Cortés respondiendo á su embajada: junta sus nobles, y dispone que sea reconocido el Rey de España por succesor de aquel Imperio: determinando que se le dé la obediencia, y pague tributo como á descendiente de su Conquistador.

SOsegados aquellos rumores, que llegaron á ocupar todo el cuidado, sintió Motezuma el ruido que dexa en la imaginacion la memoria del peligro. Empezó á discurrir para consigo el estado en que se hallaba: parecióle que ya se detenian mucho los Españoles, y que habiendose mirado como falta de libertad en él la benevolencia con que los trataba, debia familiarizarse menos, y dar otro color á las exterioridades. Avergonzabase del pretexto que tomó Cacumatzín para su conjuracion, atribuyendo á falta de espíritu su benignidad; y alguna vez se acusaba de haber ocasionado aquella murmuracion: sentia la flaqueza de su autoridad, cuyos zelos andan siempre cerca de la corona, y ocupan el primer lugar entre las pasiones que mandan á los Reyes. Temia que se volviesen á inquietar sus vasallos, y que saltasen nuevas centellas de aquel incendio recien apagado. Quisiera decir á Cortés que tratáse de abreviar su jorna-

Intenta Motezuma despachar á Cortés.

Motivos de esta resolucion.

da, y no hallaba camino decente de proponerselo; ni los rezelos, por ser especie de miedo, se confiesan con facilidad. Duró algunos dias en esta irresolucion; y ultimamente determinó que le convenia en todo caso despachar luego á los Españoles, y quitar aquel tropiezo á la fidelidad de sus vasallos.

Dispone la materia con sagacidad.

Dispuso la materia con notable sagacidad: porque antes de comunicar su intento á Cortés, llevó prevenidas sus réplicas, saliendo á todos los motivos en que pudiera fundar su detencion. Aguardó que le viniese á visitar como solia: recibióle sin hacer novedad en el agrado, ni en el cumplimiento: introduxo la plática de su Rey al modo que otras veces: ponderó quánto le veneraba; y dexando traher su propuesta de la misma conversacion, le dixo: „ Que „ habia discurrido en reconocerle de su propia vo- „ luntad el vasallage que se le debia como á succesor „ de Quezalcoál, y dueño propietario de aquel Im- „ perio." Asi lo entendia, y en esto solo habló con afectacion; pero no se trataba entonces de restituirle sus dominios, sinó de apartar á Cortés, y facilitar su despacho: á cuyo fin añadió: „ Que pensaba convo- „ car la nobleza de sus reynos, y hacer en su presen- „ cia este razonamiento, para que todos á su imita- „ cion le diesen la obediencia, y estableciesen el va- „ sallage con alguna contribucion: en que pensaba „ tambien darles exemplo, pues tenia ya prevenidas

Reconocimiento que hizo á Cortés.

Trata de reconocer vasallage al Rey de España.

„ diferentes joyas y preséas de mucho valor, para „ cumplir por su parte con esta obligacion; y no du- „ daba que sus nobles acudirian á ella con lo mejor „ de sus riquezas, ni desconfiaba de que se juntaria „ cantidad tan considerable, que pudiese llegar sin „ desayre á la presencia de aquel Príncipe, como pri- „ mera demostracion del Imperio Mexicano."

Esta fue su proposicion, y en ella concedia de una vez todo lo que, á su parecer, podian atreverse á desear los Españoles, satisfaciendo á su ambicion y á su codicia, para quitarles enteramente la razon de perseverar en su corte, antes de ordenarles que se retirasen. Y encubrió con tanta destreza el fin á que caminaba, que no le conoció entonces Hernan Cortés, antes le rindió las gracias de aquella liberalidad, sin estrañarla ni encarecerla, como quien aceptaba de parte de su Rey lo que se le debia: y quedó sumamente gustoso de haber conseguido mas de lo que parecia practicable, segun el estado presente de las cosas. Celebró despues con sus Capitanes y soldados el servicio que harian al Rey Don Carlos, si conseguian que se declaráse por súbdito y tributario suyo un Monarca tan poderoso: discurrió en las grandes riquezas con que podrian acompañar esta noticia, para que no llegáse desnuda la relacion, y peligrase de increible. Y á la verdad no pensaba entonces apartarse de su empresa, ni le parecia dificultoso el man-

No conoció Cortés el artificio de Motezuma.

tenerse, hasta que sabiendo en España el estado en que la tenia, se le ordenáse lo que debia executar: seguridad á que le pudo inducir lo que le favorecia Motezuma, los amigos que iba ganando, la facilidad con que se le venian á las manos los sucesos, ó alguna causa de orígen superior que le dilataba el ánimo, para que á vista de quanto pudiera desear, no se acabáse de componer con sus esperanzas.

Hacese convocacion de los nobles.

Pero Motezuma, que tiraba sus líneas á otro centro, y sabía resolver de espacio, y executar sin dilacion, despachó luego sus convocatorias á los Caciques de su reyno, como se acostumbraba quando se ofrecia negocio público en que hubiese de intervenir la nobleza, sin alargarse á los mas distantes, por abreviar el intento principal de aquella diligencia. Vinieron todos á México dentro de pocos dias con el séquito que solian asistir en la corte, y tan numeroso, que hiciera ruido en el cuidado, si se ignorára la ocasion y la costumbre. Juntólos Motezuma en el quarto de su habitacion, y en presencia de Cortés (que fue llamado á esta conferencia, y concurrió en ella con sus intérpretes y algunos de sus Capitanes) les hizo un razonamiento, en que dió los motivos, y facilitó la dureza de aquella notable resolucion. Bernal Diaz del Castillo dice que hubo dos juntas, y que no asistió Cortés en la primera: pudo ser alguna de sus equivocaciones, porque no lo callaria el mismo Her-

Juntalos Motezuma en presencia de Cortés.

nan Cortés en la segunda relacion de su jornada; y quando se trataba de satisfacerle y confiarle, no era tiempo de juntas reservadas.

Fue de grande aparato y autoridad esta funcion, porque asistieron tambien á ella los nobles y ministros que residian en la corte: y Motezuma, despues de haberlos mirado una y dos veces con agradable magestad, empezó su oracion, haciendolos benévolos y atentos con ponerles delante „ Quánto los ama- „ ba, y quánto le debian: acordóles que tenian de su „ mano todas las riquezas y dignidades que poseían: „ y sacó por ilacion de este principio la obligacion „ en que se hallaban de creer que no les propondria „ materia que no fuese de su mayor conveniencia, „ despues de haberla premeditado con madura deli- „ beracion, consultado á sus dioses el acierto, y te- „ nido señales evidentes de que hacia su voluntad."

Proposicion de Motezuma.

Supone inspiracion de los dioses.

Afectaba muchas veces estas vislumbres de inspiracion, para dar algo de divinidad á sus resoluciones: y entonces le creyeron, porque no era novedad que le favoreciese con sus respuestas el demonio. Asentada esta reconvencion y este misterio, refirió con brevedad „ El orígen del Imperio Mexicano, la ex- „ pedicion de los Nabatlácas, las hazañas prodigiosas „ de Quezalcoál, su primer Emperador, y lo que de- „ xó profetizado quando se apartó á las conquistas del „ oriente, previniendo con impulso del cielo que ha-

Refiere el orígen de su Imperio.

,, bian de volver á reynar en aquella tierra sus descendientes. Tocó despues como punto indubitable:

Que el Rey de España habia de ser su succesor.

,, Que el Rey de los Españoles, que dominaba en aquellas regiones orientales, era legítimo succesor ,, del mismo Quezalcoál. Y añadió: Que siendo él ,, Monarca de quien habia de proceder aquel Príncipe tan deseado entre los Mexicanos, y tan prometido en los oráculos y profecias que veneraba su ,, nacion, debian todos reconocer en su persona este ,, derecho hereditario, dando á su sangre lo que, á ,, falta de ella, se introduxo en eleccion: que si hubiera venido entonces personalmente, como envió ,, sus Embajadores, era tan amigo de la razon, y amaba tanto á sus vasallos, que por su mayor felicidad sería el primero en desnudarse de la dignidad que poseía, rindiendo á sus pies la corona, fuese para dexarla en sus sienes, ó para recibirla de su ,, mano. Pero que debiendo á los dioses la buena fortuna de que hubiese llegado en su tiempo noticia ,, tan deseada, queria ser el primero en manifestar

Ofrece su obediencia.

,, la prontitud de su ánimo, y habia discurrido en ofrecerle desde luego su obediencia, y hacerle algun ,, servicio considerable. A cuyo fin tenia destinadas

Pide contribucion á sus vasallos.

,, las joyas mas preciosas de su tesoro, y queria que ,, sus nobles le imitasen, no solo en hacer el mismo ,, reconocimiento, sinó en acompañarle con alguna ,, contribucion de sus riquezas, para que siendo ma-



J. Ximeno inv.t et d.t — Moreno Tejada sc.

Nombra Motezuma al Rey de España por sucesor de su Imperio: le da la obediencia y tribúto.



„ yor el servicio, llegáse mas decoroso á los ojos de „ aquel Príncipe."

En esta substancia concluyó Motezuma su razonamiento, aunque no de una vez: porque á despecho de lo que se procuró esforzar en este acto, quando llegó á pronunciarse vasallo de otro Rey, le hizo tal disonancia esta proposicion, que se detuvo un rato, sin hallar las palabras con que habia de formar la razon; y al acabarla se enterneció tan declaradamente, que se vieron algunas lagrimas discurrir por su rostro, como lloradas contra la voluntad de los ojos. Y los Mexicanos, conociendo su turbacion, y la causa de que procedia, empezaron tambien á enternecerse, prorumpiendo en sollozos menos recatados, y deseando, al parecer, con algo de lisonja, que hiciese ruido su fidelidad. Fue necesario que Cortés pidiese licencia de hablar, y alentase á Motezuma, diciendo: „ Que no era el ánimo de su Rey desposeerle „ de su dignidad, ni trataba de que se hiciese nove- „ dad en sus dominios: porque solo querria que se „ aclaráse por entonces su derecho á favor de sus des- „ cendientes, respecto de hallarse tan distante de a- „ quellas regiones, y tan ocupado en otras conquis- „ tas, que no podria llegar en muchos años el caso „ en que hablaban sus tradiciones y profecias." Con cuyo desahogo cobró el aliento, volvió á serenar el semblante, y acabó su oracion como se ha referido.

Enternecese al pronunciarse vasallo de otro Rey.

Enternecense los Mexicanos.

Alientalos Cortés.

Turbacion de los nobles.

Quedaron los Mexicanos atonitos, ó confusos de oir semejante resolucion, estrañandola como desproporcionada, ó menos decente á la magestad de un Príncipe tan grande, y tan zeloso de su dominacion. Miraronse unos á otros sin atreverse á replicar, ni á conceder, dudando en qué se ajustarian mas á su intencion; y duró este silencio reverente hasta que tomó la mano el primero de sus magistrados, y con mejor conocimiento de su dictamen respondió por los demás: „Que todos los nobles que concurrian „en aquella junta le respetaban como á su Rey y Se„ñor natural, y estarian prontos á obedecer lo que „proponia por su benignidad, y mandaba con su „exemplo: porque no dudaban que lo tendria bien „discurrido y consultado con el cielo, ni tenian ins„trumento mas sagrado que el de su voz para enten„der la voluntad de los dioses." Concurrieron todos en el mismo sentir: y Hernan Cortés, quando llegó el caso de significar su agradecimiento, fue dictando á sus intérpretes otra oracion no menos artificiosa, en que dió las gracias á Motezuma, y á todos los circunstantes, de aquella demostracion, aceptando en nombre de su Rey el servicio, y midiendo sus ponderaciones con la máxîma de no estrañar mucho que asistiesen á su obligacion, al modo que se recibe la deuda, y se agradece la puntualidad en el deudor.

Responde por todos un ministro.

Acepta Cortés la propuesta.

Pero no bastaron aquellas lagrimas de Motezuma

para que se rezeláse Cortés entonces de su liberalidad, ni conociese que se trataba de su despacho final; en que se dexó llevar del primer sonido con alguna disculpa: porque donde halló introducida como verdad infalible aquella notable aprehension de los descendientes de Quezalcoál, y tenian á su Rey indubitablemente por uno de ellos, no le pareceria tan irregular esta demostracion, que se debiese mirar como afectada ó sospechosa. Sobre cuyo presupuesto pudo tambien atribuir el llanto de Motezuma, y aquella congoja con que llegó á pronunciar las clausulas del vasallage, á la misma violencia con que se desprende la corona, y se mide la suma distancia que hay entre la soberania y la sujecion: caso verdaderamente de aquellos en que puede faltar el ánimo con algo de magnanimidad. Pero se debe creer que Motezuma, por mas que miráse al Rey de España como legítimo succesor de aquel Imperio, no tuvo intento de cumplir lo que ofrecia. Su mira fue deshacerse de los Españoles, y tomar tiempo para entenderse despues con su ambicion, sin hacer mucho caso de su palabra: y no estaria fuera de su centro entre aquellos Reyes bárbaros la simulacion, cuya indignidad, bastante á manchar el pundonor de un hombre particular, pusieron otros bárbaros estadistas entre las artes necesarias del reynar.

Disculpas de su engaño.

Fines de Motezuma.

Simulacion.

Desde aquel dia, como quiera que fuese, quedó

Queda reconocido el Rey de España por Señor de México.

Por Rey propietario del Imperio.

reconocido el Emperador Carlos Quinto por Señor del Imperio Mexicano, legítimo y hereditario en el sentir de aquella gente, y en la verdad destinado por el cielo á mejor posesion de aquella corona: sobre cuya resolucion se formó público instrumento con todas las solemnidades que parecieron necesarias, segun el estilo de los homenages que solian prestar á sus Reyes: dando este allanamiento de Príncipe y vasallos poco mas que el nombre de Rey al Emperador; y siendo una como insinuacion misteriosa del título que se debió despues al derecho de las armas, sobre justa provocacion, como lo verémos en su lugar: circunstancia particular, que concurrió en la conquista de México para mayor justificacion de aquel dominio, sobre las demás consideraciones generales, que no solo hicieron licita la guerra en otras partes, sinó legítima y razonable siempre que se puso en términos de medio necesario para la introduccion del Evangelio.

Título que se hizo despues legítimo.

CAPITULO IV.

ENTRA EN PODER DE HERNAN Cortés el oro y joyas que se juntaron de aquellos presentes. Dicele Motezuma con resolucion que trate de su jornada: y él procura dilatarla sin replicarle, al mismo tiempo que se tiene aviso de que han llegado navios Españoles á la costa.

NO se descuidó Motezuma en acercarse como pudo al fin que deseaba, resuelto á ganar las horas en el despacho de los Españoles, y ya violento en aquel género de sujecion que se habia obligado á conservar, porque no dexáse de parecer voluntaria. Entregó con este cuidado á Cortés el presente que tenia prevenido, y se componia de varias curiosidades de oro con alguna pedrería, unas de las que usaba en el adorno de su persona, y otras de las que se guardaban por grandeza, y servian á la ostentacion: diferentes piezas del mismo género y metal en figura de animales, aves y pescados, en que se miraba como segunda riqueza el artificio: cantidad de aquellas piedras que llamaban chalcuítes, parecidas en el color á las esmeraldas, y en la vana estimacion á nuestros diamantes: y algunas pinturas de pluma, cuyos colores naturales ó imitaban mejor, ó tenian menos que fingir en la imitacion de la naturaleza:

Entrega Motezuma su presente á Cortés. De qué alhajas se componia.

dádiva de ánimo real que se hallaba oprimido, y trataba de poner en precio su libertad.

Envian despues la contribucion los nobles.

Siguieronse á esta demostracion los presentes de los nobles, que venian con título de contribucion, y se reduxeron á piezas de oro, y otras preséas de la misma calidad, en que se compitieron unos á otros con deseo, al parecer, de sobresalir en la obediencia de su Rey, y mezclando esta subordinacion con algo de propia vanidad. Todo venia dirigido á Motezuma, y pasaba con recado suyo al quarto de Cortés. Nombraronse contador y tesorero, para que se llevase la razon de lo que se iba recibiendo: y se juntó en breves dias tanta cantidad de oro, que reservando las joyas y piezas de primor, y habiendose fundido lo demás, se hallaron seiscientos mil pesos reducidos á barras de buena ley: de cuya suma se apartó el quinto para el Rey; y del residuo, segundo quinto para Hernan Cortés, con beneplácito de su gente, y cargo de acudir á las necesidades públicas del exército. Separó tambien la cantidad en que estaba empeñado para satisfacer la deuda de Diego Velazquez, y lo que le prestaron sus amigos en la Isla de Cuba; y lo demás se repartió entre los Capitanes y soldados, comprehendiendo á los que se hallaban en la Vera Cruz.

Nombra Cortés contador y tesorero.

Dá Cortés su porcion á los soldados.

Dieronse iguales porciones á los que tenian ocupacion; pero entre los de plaza sencilla hubo alguna

diferencia, porque fueron mejor remunerados los de mayores servicios, ó menos inquietos en los rumores antecedentes: peligrosa equidad, en que hace agraviados el premio, y quejosos la comparacion. Hubo murmuraciones y palabras atrevidas contra Hernan Cortés, y contra los Capitanes; porque al ver tanta riqueza junta, querian igual recompensa los que merecian menos; y no era posible llenar su codicia, ni conviniera fundar en razon la desigualdad.

Quejanse del repartimiento.

Bernal Diaz del Castillo discurre con indecencia en este punto, y gasta demasiado papel en ponderar y encarecer lo que padecieron los pobres soldados en este repartimiento; hasta referir como donayre ó discrecion lo que dixo éste ó aquel en los corrillos.

Bernal Diaz destemplado en esta queja.

Habla mas como pobre soldado, que como historiador: y Antonio de Herrera le sigue con descuidada seguridad; siendo en la Historia igual prevaricacion decir de paso lo que se debe ponderar, y detenerse mucho en lo que se pudiera omitir. Pero uno y otro asientan que se quietó este desabrimiento de los soldados, repartiendo Cortés, del oro que le habia tocado, todo lo que fue necesario para satisfacer á los quejosos: y alaban despues su liberalidad y desinterés, deshaciendo, en vez de borrar, lo que sobra en su narracion.

Siguele Antonio de Herrera,

y ambos alaban despues la liberalidad de Cortés.

Motezuma, luego que por su parte y la de sus nobles se dió cumplimiento al servicio que se ofreció

en la junta, hizo llamar á Cortés, y con alguna severidad, fuera de su costumbre, le dixo: „ Que ya „ era razon que tratáse de su jornada, pues se hallaba „ enteramente despachado: y que habiendo cesado todos los motivos ó pretextos de su detencion, y „ conseguido en obsequio de su Rey tan favorable „ respuesta de su embajada, ni sus vasallos dexarian „ de presumir intentos mayores, si le viesen perseverar en su corte voluntariamente, ni él podria estar de su parte, quando no estaba de su parte la razon." Esta breve insinuacion de su ánimo, dicha en términos de amenaza, y con señas de resolucion premeditada, hizo tanta novedad á Cortés, que tardó en socorrerse de su discrecion para la respuesta: y conociendo entonces el artificio de aquellas liberalidades y favores de la junta pasada, tuvo primeros movimientos de replicarle con alguna entereza, valiendose del genio superior con que le dominaba: y fuese con este fin, ó porque llegó á rezelar, viendole tan sobre sí, que traheria guardadas las espaldas, ordenó recatadamente á uno de sus Capitanes que hiciese tomar las armas á los soldados, y los tuviese prontos para lo que se ofreciese. Pero entrando en mejor consejo, se determinó á condescender por entonces con su voluntad: y para dar motivo á la detencion de la respuesta, disculpó cortesanamente lo que se habia embarazado, viendole menos agradable, quan-

Desengaña Motezuma á Cortés, despidiendole de su corte.

Túrbase Cortés al oir su resolucion.

Toma tiempo para obedecerle.

do era tan puesto en razon lo que ordenaba. Dixole: ,, Que trataria luego de abreviar su viage: que ya tra- ,, hia entre las manos las prevenciones de que nece- ,, sitaba: y que deseando executarle sin dilacion, ha- ,, bia discurrido en pedirle licencia para que se fabri- ,, casen algunos baxeles capaces de tan larga navega- ,, cion, por haberse perdido, como sabía, los que le ,, conduxeron á sus costas." Con que dexó introducida y pendiente su obediencia, satisfaciendo al empeño en que se hallaba, y dando tiempo á la resolucion.

Dicen que tuvo Motezuma prevenidos cincuenta mil hombres para este lance, y que vino con determinacion de hacerse obedecer, valiendose de la fuerza si fuese necesario: y es cierto que temió la réplica de Cortés, y que deseaba excusar el rompimiento; porque le abrazó con particular afecto, estimando su respuesta como quien no la esperaba. Obligóse de que le quitáse la ocasion de irritarse contra él. Amabale con un género de voluntad, que tenia parte de inclinacion, y parte de respeto: y bien hallado con su mismo desenojo, le dixo: ,, Que no era su ,, intento apresurar su jornada, sin darle medios para ,, que la executáse: que se dispondria luego la fábri- ,, ca de los baxeles; y entretanto no tenia que hacer ,, novedad, ni apartarse de su lado: pues bastaria pa- ,, ra la satisfaccion de sus dioses, y quietud de sus va-

Temió Motezuma la réplica de Cortés.

Alarga el término de la partida.

„ sallos aquella prontitud con que se trataba de obe- „ decer á los unos, y complacer á los otros." Fatigabale aquellos dias el demonio con horribles amenazas, dando voz, ó semejanza de voz á los ídolos para irritarle contra los Españoles. Congojabanle tambien los nuevos rumores que se iban encendiendo entre los suyos, por haberse recibido mal que se hiciese tributario de otro Príncipe, mirando aquella desautoridad suya como nuevo gravamen, que baxaria con el tiempo á los hombros de sus vasallos. De suerte que se hallaba combatido por una parte de la política, y por otra de la religion: y fue mucho que se determinase á dar esta permision á Cortés, por ser observantisimo con sus dioses, y no menos supersticioso con el ídolo de su conservacion.

Cuidados de Motezuma.

Dieronse luego las órdenes para la fábrica de los baxeles. Publicóse la jornada, y Motezuma hizo pregonar que acudiesen á la costa de Ulúa todos los carpinteros del contorno, señalando los parages donde se podria cortar la madera, y los lugares que habian de contribuir con Indios de carga para que la conduxesen al astillero. Hernan Cortés por su parte afectó las exterioridades de obediente. Despachó luego á los maestros y oficiales que fabricaron los bergantines, conocidos ya entre los Mexicanos. Discurrió publicamente con ellos del porte y calidad de los baxeles, ordenandoles que se aprovechasen del hierro, xarcias

Trátase de fabricar baxeles en la Vera Cruz.

y velamen de los que se barrenaron: y todo era tratar del viage, como si le tuviera resuelto; con que adormeció las inquietudes que se iban forjando, y se aseguró en la confianza de Motezuma.

Pero al tiempo de partir esta gente á la Vera Cruz, habló reservadamente á Martin Lopez, Vizcaíno de nacion, que iba por cabo principal: y siendo maestro consumado en este género de fábricas, sabía cumplir mejor con la profesion de soldado. „ Encargóle „ que se fuese poco á poco en la formacion de los ba- „ xeles, y procuráse alargar la obra quanto pudiese, „ con tal artificio, que se consiguiese la tardanza sin „ que pareciese dilacion." Era su fin conservarse con este color en aquella corte, y hacer lugar para que pudiesen volver de España sus comisarios Alonso Hernandez Portocarrero, y Francisco de Montejo, con esperanza de que le truxesen algun socorro de gente, ó por lo menos el despacho y órdenes de que necesitaba para la direccion de su empresa: porque siempre tuvo firme resolucion de proseguirla. Y caso que le arrojáse de México la última necesidad, pensaba esperarlos en la Vera Cruz, y mantenerse al abrigo de aquella fortificacion, valiendose de las naciones amigas para resistir á los Mexicanos. Admirable constancia, que no solo duraba entre las dificultades presentes, pero se prevenia para no descaecer en las contingencias.

Encarga Cortés á Martin Lopez que dilate la fábrica, con ánimo de dilatar su jornada.

Sobrevino dentro de pocos dias otro accidente que descompuso estas disposiciones, llamando la prudencia y el valor á nuevo cuidado. Tuvo noticia Motezuma de que andaban en la costa de Ulúa diez y ocho navios estrangeros: y los ministros de aquel parage se los enviaron pintados en aquellos lienzos, que hacian el oficio de las cartas, con las señas de la gente que se habia dexado ver en ellos, y algunos caractéres, en que venia significado lo que se podia rezelar de sus intentos, siendo Españoles al parecer, y llegando en ocasion que se trataba de aviar á los que residian en su corte. Diesele ó no cuidado esta representacion de sus Gobernadores, lo que resultó de ella fue llamar luego á Cortés, ponerle delante la pintura, y decirle: „Que ya no sería necesaria la prevencion que se hacia para su jornada, pues habian llegado á la costa baxeles de su Nacion en que podria executarla." Miró Cortés la pintura con mas atencion que sobresalto; y aunque no entendió los caractéres que la especificaban, conoció en el trage de la gente, porte y hechura de los navios lo bastante para no dudar que fuesen Españoles. Su primer movimiento fue alegrarse, teniendo por cierto que habrian llegado sus procuradores, y fingiendose grandes socorros en tanto número de baxeles. Vase con facilidad la imaginacion á lo que se desea, y no se persuadió entonces á que pudiese venir contra él arma-

Llegan diez y ocho navios á la costa de la Vera Cruz, de que tuvo aviso Motezuma.

Comunica esta noticia á Cortés,

que se persuadió que le venia socorro de España.

da tan poderosa: porque discurria noblemente, segun la llaneza de su proceder: y las sinrazones ocurren tarde á los bien intencionados. Su respuesta fue: „ Que „ se partiria luego, si aquellos navios estuviesen de „ vuelta para los dominios de su Rey." Y no estrañando que hubiese llegado primero á su noticia esta novedad, porque sabía la incesable diligencia de sus correos, añadió: „ Que no podia tardar el aviso de „ los Españoles que asistian en Zempoala, por cuyo „ medio se sabrian con fundamento la derrota y de- „ signios de aquella gente, y se veria si era necesario „ proseguir en la fábrica de los baxeles, ó posible „ adelantar sin ellos su viage." Aprobó Motezuma este reparo, agradeciendo la prontitud, y conociendo la razon. Pero tardaron poco en llegar las cartas de la Vera Cruz, en que avisaba Gonzalo de Sandoval: „ Que aquellos baxeles eran de Diego Velaz- „ quez, y venian en ellos ochocientos Españoles con- „ tra Hernan Cortés y su conquista:" cuyo golpe no esperado recibió en presencia de Motezuma, y necesitó de todo su aliento para encubrir su turbacion. Hallóse con el peligro donde aguardaba el socorro. La ocasion era terrible: angustias por todas partes: desconfianzas en México, y enemigos en la costa. Pero haciendo lo que pudo para componer el semblante con la respiracion, negó su cuidado á Motezuma: endulzó la noticia entre los suyos; y se retiró despues

Responde á Motezuma.

Avisanle de la Vera Cruz que venia la armada contra él.

á desapasionar el discurso, para que se diese con libertad á las diligencias del remedio.

CAPITULO V.

REFIERENSE LAS NUEVAS prevenciones que hizo Diego Velazquez para destruir á Hernan Cortés: el exército y armada que envió contra él á cargo de Pámphilo de Narbáez: su arribo á las costas de Nueva España; y su primer intento de reducir á los Españoles de la Vera Cruz.

Estado en que se hallaba Diego Velazquez.

DExamos á Diego Velazquez envuelto en sus desconfianzas, impaciente de que se hubiesen malogrado los esfuerzos que hizo para detener á Hernan Cortés, y desacreditando con nombre de traicion la fuga que ocasionaron sus violencias, para disponer su venganza con título de remedio. Recibió las cartas del Licenciado Benito Martin su Capellan, con nombramiento de Adelantado por el Rey no solo de aquella Isla, sinó de las tierras que se descubriesen y conquistasen por su inteligencia. Dabale noticia de la gratitud, ó fuese agradecimiento, con que le defendia y patrocinaba el Presidente de las Indias Obispo de Burgos, desfavoreciendo por este respecto á los procuradores de Cortés; pero al mismo tiem-

po le avisaba de la benignidad con que los oyó el Emperador en Tordesillas, del ruido que habian hecho en España las riquezas que llevaron, y del concepto grande con que se hablaba ya en aquella conquista, dandola el primero lugar entre las antecedentes.

Crecen con el poder las pasiones.

Entró con el nuevo dictado en mayores pensamientos. Dieronle osadia y presuncion los favores del Presidente; y como crecen con el poder las pasiones humanas, ó es propiedad en ellas el mandar mas en los mas poderosos, miró su ofensa con otro género de irritacion mas empeñada, ó con otra especie de superioridad, que le desfiguraba la envidia con el trage de la justificacion. Afligian y precipitaban su paciencia los aplausos de Cortés; y aunque no le pesaba de ver tan adelantada la conquista, porque las obligaciones de su sangre dexaban siempre su lugar al servicio del Rey, no podia sufrir que se llevàse otro las gracias que, á su parecer, se le debian: tan vanaglorioso en el aprecio de la parte que tuvo en la primera disposicion de aquella jornada, que se atribuía, sin otro fundamento, el renombre de Conquistador: y tan dueño en su estimacion de toda la empresa, que le parecian suyas hasta las hazañas con que se habia conseguido.

Dispone armada contra Cortés.

Con estos motivos, y con esta destemplanza de aprehensiones, trató luego de formar armada y exército con que destruir á Hernan Cortés, y á quantos

le seguian: compró baxeles, alistó soldados, y discurrió personalmente por toda la Isla, visitando las estancias de los Españoles, y animandolos á la faccion. Poniales delante la obligacion que tenian de asistir á su desagravio: partia con ellos anticipadamente las grandes riquezas de aquella conquista, usurpadas entonces, asi lo decia, por unos rebeldes mal aconsejados, que salieron de Cuba fugitivos, para no dexar en duda su falta de valor: con cuyas esperanzas, y algunos socorros, en que gastó mucha parte de su caudal, juntó en breves dias un exército, que alli se pudo llamar formidable por el número y calidad de la gente. Constaba de ochocientos infantes Españoles, ochenta caballos, y diez ó doce piezas de artillería, con abundante provision de bastimentos, armas y municion. Nombró por Cabo principal á Pámphilo de Narbáez, natural de Valladolid, sugeto capaz, y en aquella Isla de la primera estimacion; aunque amigo de sus opiniones, y de alguna dureza en los dictámenes. Dióle título de Teniente suyo, nombrandose Gobernador, quando menos, de la Nueva España.

Alista ochocientos Españoles.

Nombra por Cabo á Pámphilo de Narbáez.

Su Instruccion secreta.

Dióle tambien instruccion secreta en que le ordenaba: „ Que procuráse prender á Cortés, y se le remitiese con buena guardia, para que recibiese de „ su mano el castigo que merecia: que hiciese lo mis„ mo con la gente principal que le seguia, sinó se re-

„ duxesen á dexar su partido: y que tomáse posesion „ en su nombre de todo lo conquistado, adjudican- „ dolo al distrito de su Adelantamiento:" sin detenerse mucho á discurrir en los accidentes que se le podian ofrecer; porque á vista de tan ventajosas fuerzas le parecia facil de conseguir quanto le proponia su deseo: y la confianza, vicio familiar de ingenios apasionados, ó mira desde lejos los peligros, ó no conoce hasta que padece las dificultades.

Tuvieron aviso de este movimiento y prevenciones los Religiosos de San Gerónimo, que presidian á la Real Audiencia de Santo Domingo con suprema jurisdiccion sobre las otras Islas; y previniendo los inconvenientes que podian resultar de tan ruidosa competencia, enviaron al Licenciado Lucas Vazquez de Ayllon, juez de la misma Real Audiencia, para que procuráse poner en razon á Diego Velazquez; y no bastando los medios suaves, le intimáse las órdenes que llevaba, mandandole con graves penas que desarmáse la gente, deshiciese la armada, y no perturbáse, ó pusiese impedimento á la conquista en que estaba entendiendo Hernan Cortés, so color de pertenecerle, por qualquiera razon, ó pretexto que fuese: y que dado que tuviese alguna querella contra su persona, ó algun derecho sobre la tierra que andaba pacificando, acudiese á los tribunales del Rey, donde tendria segura, por los términos regulares, su justicia.

Procuran detenerle los Gobernadores de Santo Domingo.

Pasa con esta orden á Cuba un Ministro.

Llegó este Ministro á la Isla de Cuba quando ya estaba prevenida la armada, que se componia de once navios de alto borde, y siete poco mas que bergantines, unos y otros de buena calidad: y Diego Velazquez andaba muy solícito en adelantar la embarcacion de la gente. Procuró reducirle, sirviendose amigablemente de quantas razones le ocurrieron para detenerle y confiarle. Dióle á conocer „ Lo que aventuraba si se pusiese Cortés en resistencia, interesa„dos ya en defender sus mismas utilidades los solda„dos que le seguian: el daño que podria resultar de „que viesen aquellos Indios belicosos, y recien con„quistados, una guerra civil entre los Españoles: que „si por esta desunion se perdiese una conquista, de „que ya se hacia tanta estimacion en España, peli„graria su credito en un cargo de mala calidad, sin „que le pudiesen defender los que mas le favorecian. „Pusose de parte de su justicia para persuadirle á que „la pidiese donde se miraria con diferente atencion, „sinó la desacreditáse con aquella violencia." Y ultimamente, viendole incapaz de consejo, porque le parecia impracticable todo lo que no fuese destruir á Hernan Cortés, pasó á lo judicial, manifestó las órdenes, y se las hizo notificar por un escribano que llevaba prevenido, acompañandolas con diferentes requerimientos y protestas; pero nada bastó á detener su resolucion, porque sonaba tanto en su concepto el

Requiere con ella á Diego Velazquez.

Hace sus protestas judiciales.

título de Adelantado, que dió muestras de no reconocer superior en su distrito: y se quedó en su obstinacion, hecha ya porfia la inobediencia. Disimuló el Oidor algunos desacatos, sin atreverse á contradecirle derechamente, por no hacer mayor su precipicio; y viendo que trataba de abreviar la embarcacion de la gente, fingió deseo de ver aquella tierra tan encarecida, y se ofreció á seguir el viage con apariencias de curiosidad: á que salió facilmente Diego Velazquez, porque llegáse mas tarde á la Isla de Santo Domingo la noticia de su atrevimiento; y él consiguió el embarcarse con gusto y estimacion de todos. Resolucion, que (bien fuese de su dictamen, ó procediese de su instruccion) pareció bien discurrida, ó conveniente para estorvar el rompimiento de aquellos Españoles. Persuadióse con bastante probabilidad á que sería mas facil de conseguir lejos de Diego Velazquez la obediencia de las órdenes, ó tendria diferente autoridad su mediacion con Pámphilo de Narbáez; y aunque fue su asistencia de nuevo inconveniente, como lo verémos despues, no por eso dexaron de merecer alabanza su zelo y su discurso: que los sucesos, por el mismo caso que se apartan muchas veces de los medios proporcionados, no pueden quitar el nombre al acierto de las resoluciones. Embarcóse tambien Andres de Duero, aquel Secretario de Velazquez que favoreció tanto á Cortés en los

Dura en su obstinacion Velazquez.

Disimula el Ministro, y se embarca en la armada.

Motivos del Ministro.

Pasó en esta armada Andres de Duero.

principios de su fortuna. Dicen unos que se ofreció á esta jornada por desfrutar sus riquezas, acordando el beneficio; y otros, que fue su intencion mediar con Narbáez, y embarazar en quanto pudiese la ruina de su amigo: á cuyo sentir nos aplicarémos antes que al primero, por no estar bien con los historiadores que se precian de tener mal inclinadas las conjeturas.

Llega Narbáez á la Vera Cruz.

Hicieronse á la vela, y favoreciendolos el viento, se hallaron en breves dias á vista de la tierra que buscaban. Surgió la armada en el puerto de Ulúa, y Pámphilo de Narbáez echó algunos soldados en tierra para que tomasen lengua, y reconociesen las poblaciones vecinas. Hallaron estos á poca diligencia dos ó tres Españoles que andaban desmandados por aquel parage. Llevaronlos á la presencia de su Capitan; y ellos, ó temerosos de alguna violencia, ó inclinados á la novedad, le informaron de todo lo que pasaba en México y en la Vera Cruz, buscando su lisonja en el descredito de Cortés: sobre cuya noticia, fue lo primero que resolvió, tratar con Gonzalo de Sandoval que le rindiese aquella fortaleza de su cargo, manteniendola por él, ó la desmantelase, pasandose á su exército con la gente de la guarnicion. Encargó esta negociacion á un Clérigo que llevaba consigo, llamado Juan Ruiz de Guevara, hombre de condicion menos reprimida que pedia el sacerdocio. Fueron con él tres soldados que sirviesen de testigos, y

Envia un Sacerdote á Sandoval con tres soldados y un escribano.

un Escribano Real, por si fuese necesario llegar á términos de notificacion. Tenia Gonzalo de Sandoval sus centinelas á trechos para que observasen los movimientos de la armada, y se fuesen avisando unas á otras, por cuyo medio supo que venia mucho antes que llegasen: y con certidumbre de que no los seguia mayor número de gente, mandó abrir las puertas de la villa, y se retiró á esperarlos en su posada. Llegaron ellos, no sin alguna presuncion de que serian bien admitidos: y el Clérigo, despues de las primeras urbanidades, y haber puesto en manos de Sandoval su carta de creencia, le dió noticia de las fuerzas con que venia Pámphilo de Narbáez á tomar satisfaccion por Diego Velazquez de la ofensa que le hizo Hernan Cortés en apartarse de su obediencia, siendo suya enteramente la conquista de aquella tierra, por haberse intentado de su orden, y á su costa. Hizo su proposicion como punto sin dificultad en que sobraban los motivos; y esperó gracias de venirle á buscar con un partido ventajoso, donde se habian juntado la fuerza y la razon. Respondióle Gonzalo de Sandoval con alguna destemplanza (mal escondida en el sosiego exterior): ,, Que Pámphilo de Narbáez era ,, su amigo, y tan atento vasallo de su Rey, que so- ,, lo desearia lo que fuese mas conveniente á su ser- ,, vicio: que la ocurrencia de las cosas, y el mismo ,, estado en que se hallaba la conquista, pedian que se

Los dexa entrar Sandoval en la villa.

Proposicion del Sacerdote.

Respuesta de Sandoval.

„ uniesen sus fuerzas con las de Cortés, y le ayudá-
„ se á perficionar lo que tenia tan adelantado, tratan-
„ dose primero de la primera obligacion; pues no se
„ hizo el tribunal de las armas para querellas de par-
„ ticulares. Pero que dado caso, que anteponiendo el
„ interés, ó la venganza de su amigo, se arrojáse á
„ intentar alguna violencia contra Hernan Cortés, tu-
„ viese desde luego entendido que asi él, como to-
„ dos los soldados de aquella plaza querrian antes mo-
„ rir á su lado, que concurrir á semejante desalum-
„ bramiento."

Sintió el Clérigo, como golpe improviso, esta repulsa; y mas acostumbrado á dexarse llevar, que á reprimir su natural, prorumpió en injurias y amenazas contra Hernan Cortés, llamandole traidor, y alargandose á decir que lo serian Gonzalo de Sandoval, y quantos le siguiesen. Procuraron unos y otros moderarle y contenerle, acordandole su dignidad, para que supiese á lo menos la razon porque le sufrian; pero él, levantando la voz, sin mudar el estilo, mandó al Escribano: „ Que hiciese notorias las órdenes que lle-
„ vaba, para que supiesen todos que habian de obe-
„ decer á Narbáez, pena de la vida:" y no pudo lograr esta diligencia, porque la embarazó Gonzalo de Sandoval diciendo al Escribano, que le haria poner en una horca si se atreviese á notificarle órdenes que no fuesen del Rey. Crecieron tanto las voces y los

Cólera del Sacerdote.

Intenta el Escribano su notificacion.

desacatos, que los mandó llevar presos, no sin alguna impaciencia. Pero considerando poco despues el daño que podrian hacer si volviesen irritados á la presencia de Narbáez, resolvió enviarlos á México, para que se asegurá se de ellos Hernan Cortés, ó procuráse reducirlos: y lo executó sin dilacion, haciendo prevenir Indios de carga que los llevasen aprisionados sobre sus hombros en aquel género de andas que les servian de litéras. Fue con ellos por cabo de la guardia un Español de su confianza que se llamaba Pedro de Solís: encargóle que no se les hiciese molestia ni mal tratamiento en el camino: despachó correo, adelantando á Cortés esta noticia; y trató de prevenir su gente, y convocar los Indios amigos para la defensa de su plaza, disponiendo quanto le tocaba como advertido y cuidadoso Capitan.

Prendelos Sandoval, y los remite á México.

No se puede negar que obró con algun arrojamiento mas que militar en la prision de aquel Sacerdote, dando á su irritacion sobrada licencia: si ya no la resolvió politicamente, considerando que no estaria bien cerca de Narbáez un hombre de aquella violencia y precipitacion, para que se consiguiese la paz que tanto convenia. Puedese creer que se dieron la mano en su resolucion el propio sentimiento, y la conveniencia principal: y si obró con esta mira, como lo persuade la misma reportacion con que le habia sufrido y respetado, no se debe culpar todo el

Fue arrojamiento la prision del Sacerdote.

hecho por éste ó aquel motivo menos moderado: que algunas veces acierta el enojo lo que no acertára la modestia, y sirve la ira de dar calor á la prudencia.

CAPITULO VI.

DISCURSOS Y PREVENCIONES de Hernan Cortés en orden á excusar el rompimiento: introduce tratados de paz, no los admite Narbáez; antes publíca la guerra, y prende al Licenciado Lucas Vazquez de Ayllon.

DE todas estas particularidades iba teniendo Hernan Cortés freqüentes avisos, que hicieron evidencia su rezelo; y poco despues supo que habia tomado tierra Pámphilo de Narbáez, y marchaba con su exército en orden la vuelta de Zempoala. Padeció mucho aquellos dias con su mismo discurso: vario en los medios, y perspicaz en los inconvenientes. No hallaba partido en que no quedáse mal satisfecho su cuidado. Buscar á Narbáez en la campaña con fuerzas tan desiguales era temeridad, particularmente quando se hallaba obligado á dexar en México parte de su gente, para cubrir el quartel, defender el tesoro adquirido, y conservar aquel género de guardia en que se dexaba estar Motezuma. Esperar á su enemigo en la ciudad, era revolver los humo-

Varios discursos de Cortés.

res sediciosos, de que adolescian ya los Mexicanos, darles ocasion para que se armasen con pretexto de la propia defensa, y tener otro peligro á las espaldas. Introducir pláticas de paz con Narbáez, y solicitar la union de aquellas fuerzas, siendo lo mas conveniente, le pareció lo mas dificultoso, por conocer la dureza de su condicion, y no hallar camino de reducirle, aunque se rindiese á rogarle con su amistad; á que no se determinaba, por ser el ruego poco feliz con los porfiados, y en proposiciones de paz desayrado medianero. Poniasele delante la perdicion total de su conquista, el malogro de aquellos grandes principios, la causa de la Religion desatendida, el servicio del Rey atropellado; y era su mayor congoja el hallarse obligado á fingir seguridad y desahogo, trayendo en el rostro la quietud, y dexando en el pecho la tempestad.

A Motezuma decia que aquellos Españoles eran vasallos de su Rey, que traherian segunda embajada, en prosecucion de la primera: que venian con exército por costumbre de su Nacion: que procuraria disponer que se volviesen, y se volveria con ellos, pues se hallaba ya despachado, sin que hubiese dexado su grandeza que desear á los que venian de nuevo con la misma proposicion. A sus soldados animaba con varios presupuestos, cuya falencia conocia. Deciales que Narbáez era su amigo, y hombre de tantas obli-

Cómo se entendia con Motezuma,

y cómo alentaba á sus soldados.

gaciones, y de tan buena capacidad, que no dexaria de inclinarse á la razon, anteponiendo el servicio de Dios y del Rey á los interéses de un particular: que Diego Velazquez habia despoblado la Isla de Cuba, para disponer su venganza, y á su parecer, les enviaba un socorro de gente con que proseguir su conquista; porque no desconfiaba de que se hiciesen compañeros los que venian como enemigos. Con sus Capitanes andaba menos recatado: comunicabales parte de sus rezelos: discurria como de prevencion en los accidentes que se podian ofrecer: ponderaba la poca milicia de Narbáez, la mala calidad de su gente, la injusticia de su causa y otros motivos de consuelo, en que trabajaba tambien su disimulacion, dandoles en la verdad mas esperanzas que tenia.

Pide su parecer á los Capitanes.

Pidióles finalmente su parecer, como lo acostumbraba en casos de semejante conseqüencia, y disponiendo que le aconsejasen lo que tenia por mejor, resolvió tentar primero el camino de la paz, y hacer tales partidos á Narbáez, que no se pudiese negar á ellos, sin cargar sobre sí los inconvenientes del rompimiento. Pero al mismo tiempo hizo algunas prevenciones para cumplir con su actividad.

Avisa de su cuidado á Tlascála.

Avisó á sus amigos los de Tlascála que le tuviesen prontos hasta seis mil hombres de guerra para una faccion en que sería posible averlos menester.

Otras prevenciones suyas.

Ordenó al cabo de tres ó quatro soldados Españoles, que andaban en la

provincia de Chinantlá descubriendo las minas de aquel parage, que procuráse disponer con los Caciques una leva de otros dos mil hombres, y que los tuviese prevenidos para marchar con ellos al primer aviso. Eran los Chinantécas enemigos de los Mexicanos, y se habian declarado con grande afecto por los Españoles, y enviado secretamente á dar la obediencia: gente valerosa y guerrera, que le pareció tambien á propósito para reforzar su exército: y acordandose de haber oido alabar las picas, ó lanzas de que usaban en sus guerras, por ser de vara consistente, y de mayor alcance que las nuestras, dispuso que le traxesen luego trescientas para repartirlas entre sus soldados, y las hizo armar con puntas de cobre templado, que suplia bastantemente la falta del hierro: prevencion que adelantó á las demás, porque le daba cuidado la caballería de Narbáez, y porque hubiese tiempo de imponer en el manejo de ellas á los Españoles.

Provincia de Chinantlá.

Llegó entretanto Pedro de Solís con los presos que remitia Gonzalo de Sandoval: avisó á Cortés, y esperó su orden antes de entrar en la laguna. Pero él, que ya los aguardaba por la noticia que vino delante, salió á recibirlos con mas que ordinario acompañamiento. Mandó que les quitasen las prisiones. Abrazólos con grande humanidad, y al Licenciado Guevara primera y segunda vez con mayor agasajo. Dixole: „Que castigaria á Gonzalo de Sandoval la

Llega Pedro de Solís con los presos.

Cortés los puso en libertad.

Agasajos que hizo al Sacerdote.

,, desatencion de no respetar como debia su persona ,, y dignidad." Llevóle á su quarto, dióle su mesa, y le significó algunas veces con bien adornada exterioridad ,, Quánto celebraba la dicha de tener á Pámphilo de Narbáez en aquella tierra, por lo que se ,, prometia de su amistad, y antiguas obligaciones." Cuidó de que anduviesen delante de él alegres y animosos los Españoles. Pusole donde viese los favores que le hacia Motezuma, y la veneracion con que le trataban los Príncipes Mexicanos. Dióle algunas joyas de valor, con que iba quebrantando los ímpetus de su natural. Hizo lo mismo con sus compañeros; y sin darles á entender que necesitaba de sus oficios para suavizar á Narbáez, los despachó dentro de quatro dias, inclinados á su razon, y cautivos de su liberalidad.

Restituye á Narbáez sus mensageros.

Hecha esta primorosa diligencia, y dexando al tiempo lo que podria fructificar, resolvió enviar persona de satisfaccion que propusiese á Narbáez los medios que parecian practicables, y eran convenientes. Eligió para esta negociacion al Padre Fray Bartolomé de Olmedo, en quien concurrian con ventajas conocidas la eloqüencia y la autoridad. Abrevió quanto fue posible su despacho, y le dió cartas para Narbáez, para el Licenciado Lucas Vazquez de Ayllon, y para el Secretario Andres de Duero, con diferentes joyas que repartiese conforme al dictamen de su

Escribe á Narbáez con Fr. Bartolomé de Olmedo.

prudencia. Era la importancia de la paz el argumento de las cartas, y en la de Narbáez „ Le daba la bien „ venida con palabras de toda estimacion: y despues „ de acordarle sù amistad y confianza, le informaba „ el estado en que tenia su conquista, descubriendo„ le por mayor las provincias que habia sujetado, la „ sagacidad y valentia de sus naturales, el poder y „ grandezas de Motezuma; " no tanto para encarecer su hazaña, como para traherle al conocimiento de lo que importaba que se uniesen ambos exércitos á perficionar la empresa. Dabale á entender „ Quán„ to se debia rezelar que los Mexicanos, gente ad„ vertida y belicosa, llegasen á conocer discordia en„ tre los Españoles, porque sabrian aprovecharse de „ la ocasion, y destruir ambos partidos para sacudir „ el yugo forastero. Y ultimamente le decia: que pa„ ra excusar lances y disputas, convendria que sin mas „ dilacion le hiciese notorias las órdenes que llevaba: „ porque si eran del Rey, estaba pronto á obedecer„ las, dexando en sus manos el baston y el exérci„ to de su cargo; pero si eran de Diego Velazquez, „ debian ambos considerar con igual atencion lo que „ aventuraban: porque á vista de una dependencia „ en que se interponia la causa del Rey, hacian po„ co vulto las pretensiones de un vasallo, que se po„ drian ajustar á menos costa: siendo su ánimo satis„ facerle todo el gasto de su primer avio, y partir

Substancia de su carta.

„ con él, no solamente las riquezas, sinó la misma „ gloria de la conquista." En este sentir concluyó su carta: y pareciendole que se habia detenido mucho en el deseo de la paz, añadió en el fin algunas cláusulas briosas, dandole á entender „ Que no se valia „ de la razon porque le faltasen las manos; y que de „ la misma suerte que sabía ponderarla, sabria defen„ derla."

Estaba Narbáez en Zempoala.

Tenia Pámphilo de Narbáez asentado su quartel, y alojado su exército en Zempoala: y el Cacique gordo anduvo muy solícito en el agasajo de aquellos Españoles, creyendo que venian de socorro á su amigo Hernan Cortés; pero tardó poco en desengañarse, porque no hallaba en ellos el estilo á que le tenian enseñado los primeros: y aunque no trahian lengua para darse á entender, hablaban las demostraciones, y los diferenciaba el proceder. Reconoció en Narbáez un género de imperiosa desazon que le puso en cuidado: y no le quedó que dudar, quando vió que le quitaba contra su voluntad todas las alhajas y joyas que habia dexado en su casa Hernan Cortés. Los soldados, á quien servia de licencia el exemplo de su Capitan, trataban á sus huespedes como enemigos, y executaba la extorsion lo que mandaba la codicia.

Desconfianzas del Cacique gordo.

Llega el Licenciado Guevara.

Llegó el Licenciado Guevara, y refirió los sucesos de su jornada, las grandezas de México, quan bien recibido estaba Hernan Cortés en aquella corte:

lo que le amaba Motezuma, y respetaban sus vasallos: encareció la humanidad y cortesia con que le habia recibido y hospedado: empezó á discurrir en lo que deseaba que no se llegáse á conocer discordia entre los Españoles, inclinandose al ajustamiento; y no pudo proseguir, porque le atajó Narbáez, diciendole que se volviese á México, si le hacian tanta fuerza los artificios de Cortés, y le arrojó de su presencia con desabrimiento. Pero el Clérigo y sus compañeros buscaron nuevo auditorio, pasando con aquellas noticias, y con aquellas dádivas á los corrillos de los soldados, y se logró, en lo que mas importaba, la diligencia de Cortés: porque algunos se inclinaron á su razon; otros á su liberalidad: quedando todos aficionados á la paz, y llegando los mas á tener por sospechosa la dureza de Narbáez.

Desazon de Narbáez.

Poco despues vino el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y halló en Pámphilo de Narbáez mas entereza que agasajo. Puso en sus manos la carta: leyóla por cumplimiento; y con señas de hombre que se reprimia, se dispuso á escucharle, dando á entender que sufria la embajada por el Embajador. Fue la oracion del Religioso eloqüente y substancial: ,, Acordó ,, en el exôrdio las obligaciones de su profesion, pa- ,, ra introducirse á medianero desinteresado en aque- ,, llas diferencias: procuró sincerar el ánimo de Cor- ,, tés, como testigo de vista obligado á la verdad.

Llegó poco despues el Padre Fray Bartolomé.

Su oracion á Narbáez.

„ Asentó, que por su parte sería facil de conseguir „ quanto se le propusiese razonable y conveniente: „ ponderó lo que se aventuraba en la desunion de los „ Españoles: quánto adelantaria Diego Velazquez su „ derecho, si cooperáse con aquellas armas á la per- „ feccion de la conquista; y añadió: que teniendolas „ él á su disposicion, debia medir el uso de ellas con „ el estado presente de las cosas: punto que vendria „ presupuesto en su instruccion, pues se dexaba siem- „ pre á la prudencia de los Capitanes el arbitrio de „ los medios con que se habia de asegurar el fin pre- „ tendido; y ellos estaban obligados á obrar segun el „ tiempo y sus accidentes, para no destruir con la „ execucion el intento de las órdenes."

Respuesta de Narbáez. La respuesta de Narbáez fue precipitada y descompuesta: „ Que no era decente á Diego Velazquez el „ pactar con un súbdito rebelde, cuyo castigo era el „ primer negocio de aquel exército: que mandaria „ luego declarar por traidores á quantos le siguiesen: „ y que trahia bastantes fuerzas para quitarle de las „ manos la conquista, sin necesitar de advertencias „ presumidas, ó consejos de culpados, que se valian „ para persuadirle de la razon con que se hallaban „ para temerle." Replicóle Fray Bartolomé sin dexar su moderacion: „ Que miráse bien lo que determi- „ naba, porque antes de llegar á México habia pro- „ vincias enteras de Indios guerreros, amigos de Cor-

Réplica de Fray Bartolomé.

„ tés que tomarian las armas en su defensa: y que no „ era tan facil como pensaba el atropellarle, porque „ sus Españoles estaban arrestados á perderse con él, „ y tenia de su parte á Motezuma, Príncipe de tan- „ tas fuerzas, que podria juntar un exército para ca- „ da uno de sus soldados: y ultimamente, que una „ materia de aquella calidad, no era para resuelta de „ la primera vez: que la discurriese con segunda re- „ flexîon, y él volveria por la respuesta." Con lo qual se despidió, dexando en sus oidos este género de animosidad, que le pareció necesaria para mitigar aquella confianza de sus fuerzas, en que consistia la mayor vehemencia de su obstinacion.

Pasó luego á executar las otras diligencias de su instruccion. Visitó al Licenciado Lucas Vazquez de Ayllon, y al Secretario Andres de Duero, que alabaron su zelo, aprobando lo que propuso á Narbáez, y ofreciendo asistir á su despacho con todos los medios posibles para que se consiguiese la paz que tanto convenia. Dexóse ver de los Capitanes y soldados que conocia: publicó su comision: procuró acreditar la intencion de Cortés: hizo desear el ajustamiento: repartió con buena eleccion sus joyas y sus ofertas: y pudo esperar que se formáse partido á favor de Cortés, ó por lo menos á favor de la paz, si Pámphilo de Narbáez, que tuvo noticia de estas pláticas, no le hubiera estrechado á que no las prosiguiese. Mandó-

Esparce despues la plática de la paz.

Atropellale Narbáez.

le venir á su presencia, y á grandes voces le atropelló con injurias y amenazas. Llamóle amotinador y sedicioso: calificó por especie de traicion el andar sembrando entre su gente las alabanzas de Cortés: y estuvo resuelto á prenderle, como se hubiera executado, sinó se interpusiera el Secretario Andres de Duero, á cuya instancia corrigió su dictamen, ordenando que saliese luego de Zempoala.

Ponese de parte de la razon el Ministro.

Pero el Licenciado Lucas Vazquez de Ayllon, que llegó advertidamente á la sazon, fue de sentir que se debia convocar antes una junta en que se hallasen todos los Cabos del exército, para que se discurriese con mayor acuerdo la respuesta que se habia de dar á Hernan Cortés, puesto que se mostraba inclinado á la paz, y no parecia dificultoso que se llegáse á poner en términos proporcionados y decentes: á cuya proposicion se inclinaban algunos de los Capitanes que se hallaron presentes; pero Narbáez la oyó con un género de impaciencia, que tocaba en desprecio: y para responder de una vez al Oidor y al Religioso, mandó publicar á sus oidos con voz de pregonero la guerra contra Hernan Cortés á sangre y fuego, declarandole por traidor al Rey, señalando talla para quien le prendiese ó matáse, y dando las órdenes para que se previniese la marcha del exército.

Publíca Narbáez la guerra.

No pudo, ni debió aquel Ministro sufrir, ó to-

lerar semejante desacato, ni dexar de ocurrir al remedio con su autoridad. Mandó que cesasen los pregones: hizole notificar „Que no se moviese de Zempoala, pena de la vida, ni usáse de aquellas armas „sin acuerdo y parecer de todo el exército." Ordenó á los Capitanes y soldados que no le obedeciesen, y duró en sus protestas y requerimientos con tanta resolucion, que Narbáez, ciego ya de cólera, y perdido el respeto á su persona y representacion, le hizo prender ignominiosamente, y dispuso que le llevasen luego á la Isla de Cuba en uno de sus baxeles: de cuya execucion volvió escandalizado el Padre Fray Bartolomé de Olmedo sin otra respuesta: y lo quedaron tanto sus mismos Capitanes y soldados, que los de mayor discurso, viendo prender á un Ministro de aquella suposicion, se hallaron obligados á mirar con alguna cautela por el servicio del Rey; y los de menos punto, con bastante materia para la murmuracion, y el desafecto á su Capitan: mejorandose con este atrevimiento de Narbáez la causa de Cortés en la inclinacion de los soldados, y sirviendole como diligencias suyas los mismos desaciertos de su enemigo.

Vuelve por su autoridad el Oidor.

Mandale prender Narbáez.

Escandolo de su gente,

que dió credito á Cortés.

CAPITULO VII.

PERSEVERA MOTEZUMA EN SU buen ánimo para con los Españoles de Cortés, y se tiene por improbable la mudanza que atribuyen algunos á diligencias de Narbáez. Resuelve Cortés su jornada, y la executa, dexando en México parte de su gente.

No pudo Narbáez entenderse con Motezuma.

ASientan algunos de nuestros escritores, que Pámphilo de Narbáez introduxo pláticas de grande intimidad y confidencia con Motezuma: que iban y venian correos de México á Zempoala, por cuyo medio le dió á entender que trahia comision de su Rey para castigar los desafueros y exorbitancias de Cortés: que no solo él, sinó todos los que seguian sus banderas, andaban foragidos, y fuera de obediencia: y que habiendo sabido la opresion en que se hallaba su persona, trataria luego de marchar con su exército, para dexarle restituido en su libertad, y en pacífica posesion de sus dominios, con otras imposturas de semejante malignidad. A cuyas esperanzas, dicen, no solo que asintió Motezuma, pero que llegó á entenderse con él, y le hizo grandes presentes, recatandose de Cortés, y deseando romper su prision con ocultas diligencias. No sabemos cómo pudieron llegar á sus oidos estas sugestiones; porque Narbáez

Razones que favorecen esta opinion.

no tuvo intérpretes con que darse á entender á los Indios, ni pudo introducir por su medio, con el lenguage de las señas, tan concertada negociacion. De sus Españoles solo vinieron á México el Licenciado Guevara con los demás que remitió Sandoval: y estos no hablaron reservadamente á Motezuma; ni quando se diera en Cortés semejante descuido, pudieran hacer este razonamiento sin valerse de Aguilar y Doña Marina: caso incompatible con lo que se refiere de su fidelidad. Debese creer que los Indios Zempoales conocieron de los semblantes y señas exteriores la enemistad y oposicion de aquellos dos exércitos, cuya noticia dieron á Motezuma sus confidentes ó ministros: porque no es dudable que la tuvo, antes que se la participáse Cortés; pero de lo mismo que obró en esta ocasion, se arguye que tenia el ánimo seguro, y sin alguna preocupacion de siniestros informes.

No se niega que hizo algunos presentes de consideracion á Narbáez; pero tampoco se colige de ellos que hubiese correspondencia entre los dos; porque aquellos Príncipes solian usar este género de agasajo con los estrangeros que arribaban á sus costas, como se hizo con el exército de Cortés; á quien pudo encubrir sin artificio esta demostracion, por ser materia sin novedad, ó por hacer menos caso de sus dádivas. Pero es de reparar que hasta en ellas mismas,

Presentes que hizo Motezuma á Narbáez.

fuesen ocultas ó ignoradas, hubo requisitos ó circunstancias casuales que aprovecharon al credito de Cortés; porque al recibirlas descubrió Narbáez mas complacencia ó mas aplicacion que fuera conveniente. Mandabalas guardar con demasiada cuenta y razon, sin dar alguna seña de su liberalidad á los que mas favorecia: y los soldados (que no conocen su avaricia quando culpan la de sus Capitanes) empezaron á desanimarse con este desengaño de sus esperanzas: y poniendo el propio interés entre las causas de la guerra, ó daban la razon á Cortés, ó se la quitaban al menos generoso.

Le desacreditan con su gente.

Volvió finalmente de su jornada Fray Bartolomé de Olmedo; y Hernan Cortés halló en su relacion lo mismo que rezelaba de Narbáez: sintió el desprecio de sus proposiciones menos por sí que por su razon: conoció en la prision del Oidor quan lejos estaba de atender al servicio del Rey quien trahia tan desenfrenada la osadia: oyó sin enojo, á lo menos exterior, las injurias y denuestos con que maltrataba sus ausencias: y ponderan justamente los autores, que llegando á su noticia por diversas partes el menosprecio con que hablaba de su persona, las indecencias de su estilo, y quánto le repetia el oprobrio de traidor, no se le oyó jamás una palabra descompuesta, ni dexar de llamar á Pámphilo de Narbáez por su nombre. ¡Rara constancia ó predominio sobre sus pasiones!

Vuelve de su jornada Fray Bartolomé.

Cortés sufrido en sus injurias.

y digno siempre de envidia un corazon, donde caben los agravios sin estorvar el sufrimiento.

Consolóse mucho con la noticia que le dió Fray Bartolomé de Olmedo de la buena disposicion que habia reconocido en la gente de Narbáez, por la mayor parte deseosa de la paz, ó con poco afecto á sus dictámenes; y no desconfió de hacerle la guerra, ó traherle al ajustamiento que deseaba con la fuerza ó con la floxedad de sus mismos soldados. Comunicó uno y otro á sus Capitanes; y considerados los inconvenientes que por todas partes ocurrian, se tuvo por el menor ó el menos aventurado salir á la campaña con el mayor número de gente que fuese posible: procurar incorporarse con los Indios que se habian prevenido en Tlascála y Chinantlá; y marchar unidos la vuelta de Zempoala con presupuesto de hacer alto en algun lugar amigo, para volver á introducir desde mas cerca las pláticas de la paz: logrando la ventaja de capitular con las armas en la mano, y la conveniencia de asistir en parage donde se pudiese recoger la gente de Narbáez que se determinâse á dexar su partido. Publicóse luego entre los soldados esta resolucion, y se recibió con notable aplauso y alegria. No ignoraban la desigualdad incomparable del exército contrario; pero estuvieron á vista del peligro tan lejos del temor, que los de menos obligaciones hicieron pretension de salir á la empresa: y fue

Resuelve salir á campaña.

Recibese bien esta resolucion.

necesario que trabajasen el ruego y la autoridad, quando llegó el caso de nombrar á los que se dexaron en México. Tanto se fiaban los unos en la prudencia, los otros en el valor, y los mas en la fortuna de su Capitan: que asi llamaban aquella repeticion extraordinaria de sucesos favorables con que solia conseguir quanto intentaba: propiedad que puede mucho en el ánimo de los soldados, y pudiera mas, si supieran retribuir á su Autor estos efectos inopinados, que se llaman felicidades, porque vienen de causa no entendida.

Cortés, afortunado Capitan.

Pasó luego Hernan Cortés al quarto de Motezuma, prevenido ya de varios pretextos para darle cuenta de su viage, sin descubrirle su cuidado; pero él le obligó á tomar nueva senda en su discurso dando principio á la conversacion. Recibióle diciendo: „Que habia reparado en que andaba cuidadoso, y „sentia que le hubiese recatado la ocasion, quando „por diferentes partes le avisaban que venia de mal „ánimo contra él y contra los suyos aquel Capitan „de su Nacion que residia en Zempoala: y que no „estrañaba tanto que fuesen enemigos por alguna querella particular, como que siendo vasallos de un „Rey acaudillasen dos exércitos de contraria faccion; „en los quales era preciso que por lo menos el uno „anduviese fuera de su obediencia." Esta noticia no esperada en Motezuma, y esta reconvencion que te-

Habla Motezuma en el nuevo cuidado.

nia fuerza de argumento, pudieran embarazar á Cortés: y no dexaron de turbarle interiormente; pero con aquella prontitud natural que le sacaba de semejantes aprietos, le respondió sin detenerse: „ Que los „ que habian observado la mala voluntad de aquella „ gente, y las amenazas imprudentes de su caudillo, „ le avisaban la verdad, y él venia con ánimo de co„ municarsela, no habiendo podido cumplir antes con „ esta obligacion, porque acababa de llegar el Padre „ Fray Bartolomé de Olmedo con el primer aviso de „ semejante novedad. Que aquel Capitan de su Na„ cion, aunque tan arrojado en las demostraciones de „ su enojo, no se debia mirar como inobediente, si„ nó como engañado en el servicio de su Rey: por„ que venia despachado con veces de substituto y „ Lugarteniente de un Gobernador poco advertido, „ que por residir en provincia muy distante, no sa„ bia las últimas resoluciones de la Corte, y estaba „ persuadido á que le tocaba por su puesto la funcion „ de aquella embajada. Pero que todo el aparato de „ tan frívola pretension se desvaneceria facilmente „ sin mas diligencia que manifestarle sus despachos: „ en cuya virtud se hallaba con plena jurisdiccion pa„ ra que le obedeciesen todos los Capitanes y solda„ dos que se dexasen ver en aquellas costas; y antes „ que pasáse á mayor empeño su ceguedad, habia re„ suelto marchar á Zempoala con parte de su gente

Respuesta de Cortés.



J. Ximeno inv. et del. Moreno Tejada sc.

Resuelve CORTÉS ir à resistir à Panfilo de Narvaez; y antes encarga a Motezuma cuide de los Españoles que quedaban en Mexico.

„ no los desamparáse ó descubriese con apartarse de „ ellos, porque de qualquiera mudanza, ó menos gra„ titud que reconociesen los suyos, podrian resultar „ graves inconvenientes que pidiesen graves reme„ dios: y que sentiria mucho hallarse obligado á vol„ ver quejoso, quando iba tan reconocido. A que a„ ñadió, que Pedro de Alvarado quedaba substituyen„ do su persona; y asi como le tocaban en su au„ sencia las prerogativas de Embajador, dexaba en él „ su misma obligacion de asistir en todo á su mayor „ servicio: y que no desconfiaba de volver con mu„ cha brevedad á su presencia, libre de aquel emba„ razo, para recibir sus órdenes, disponer su viage, „ y llevar al Emperador con sus presentes la noticia „ de su amistad y confederacion, que sería la joya de „ su mayor aprecio."

Vuelve Motezuma á ofrecerle sus tropas.

Volvióse á contristar Motezuma de que saliese con fuerzas tan desiguales. Pidióle: „ Que si necesitáse „ de las armas para dar á entender su razon, procu„ ráse dilatar el rompimiento hasta que llegasen los „ socorros de su gente, que tendria prontos en el nú„ mero que los pidiese. Dióle palabra de no desam„ parar á los Españoles que dexaba con Pedro de Al„ varado, ni hacer mudanza en su habitacion pen„ diente su ausencia." Y añade Antonio de Herrera, que le salió acompañando largo trecho con todo el séquito de su corte; pero atribuye con malicia vo-

Salió acompañandole largo trecho.

luntaria esta demostracion á lo que deseaba verse libre de los Españoles, suponiendole ya desabrido y de mal ánimo contra Hernan Cortés y contra los suyos. Lo que vemos es, que cumplió puntualmente su palabra perseverando en aquel alojamiento y en su primera benignidad, por mas que se le ofrecieron grandes turbaciones, que pudo remediar con volverse á su palacio: y tanto en lo que obró para defender á los Españoles que le asistian, como en lo que dexó de obrar contra los demás en esta desunion de sus fuerzas, se conoce que no hubo doblez ó novedad en su intencion. Es verdad que llegó á desear que se fuesen, porque le instaba la quietud de su república; pero nunca se determinó á romper con ellos, ni dexó de conocer el vínculo de la salvaguardia real en que vivian: y aunque parecen estas atenciones de Príncipe menos bárbaro, y poco adequadas á su condicion, fue una de las maravillas que obró Dios para facilitar esta conquista la mudanza total de aquel hombre interior; porque la rara inclinacion, y el temor reverencial que tuvo siempre á Cortés, se oponian derechamente á su altivez desenfrenada, y se deben mirar como dos afectos enemigos de su genio, que tuvieron de inspirados todo aquello que les faltaba de naturales.

Puntualidad de sus ofertas.

Obra Dios la mudanza de su ánimo.

CAPITULO VIII.

MARCHA HERNAN CORTÉS LA vuelta de Zempoala, y sin conseguir la gente que tenia prevenida en Tlascála. Continúa su viage hasta Matalequíta, donde vuelve á las pláticas de la paz, y con nueva irritacion rompe la guerra.

Halla Cortés agasajo en Cholúla.

DIóse principio á la marcha, y se fue siguiendo el camino de Cholúla con todas las cautelas y resguardos que pedia la seguridad, y abrazaba facilmente la costumbre de aquellos soldados, diestros en las puntualidades que ordena la milicia, y hechos á obedecer sin discurrir. Fueron recibidos en aquella ciudad con agradable prontitud, convertido ya en veneracion afectuosa el miedo servil con que vinieron á la obediencia. De alli pasaron á Tlascála, y media legua de aquella ciudad hallaron un lucido acompañamiento, que se componia de la Nobleza y el Senado. La entrada se celebró con notables demostraciones de alegria, correspondientes al nuevo merito con que volvian los Españoles, por haber preso á Motezuma, y quebrantado el orgullo de los Mexicanos: circunstancia que multiplicó entonces los aplausos, y mejoró las asistencias. Juntóse luego el Senado para tratar de la respuesta que se debia dar á

Llega á Tlascála.

Gente que se pidió al Senado.

Discordancia de los Autores.

Hernan Cortés sobre la gente de guerra que habia pedido á la república. Y aqui hallamos otra de aquellas discordancias de Autores, que ocurren con freqüente infelicidad en estas narraciones de las Indias, obligando algunas veces á que se abraze lo mas verisímil, y otras á buscar trabajosamente lo posible. Dice Bernal Diaz que pidió quatro mil hombres, y que se los negaron con pretexto de que no se atrevian sus soldados á tomar las armas contra Españoles, porque no se hallaban capaces de resistir á los caballos y armas de fuego: y Antonio de Herrera, que dieron seis mil hombres efectivos, y le ofrecian mayor número. Los quales, refiere, que se agregaron á las compañias de los Españoles, y que á tres leguas de marcha se volvieron, por no estar acostumbrados á pelear lejos de sus confines. Pero como quiera que sucediese (que no todo se debe apurar) es cierto que no se hallaron los Tlascaltécas en esta faccion. Pidiólos Hernan Cortés mas por hacer ruido á Narbáez, que porque se fiáse de sus armas, ni fuese de codicia su estilo de pelear contra enemigos Españoles. Pero tambien es cierto que salió de aquella ciudad sin queja suya, ni desconfianza de los Tlascaltécas, porque los buscó despues, y los halló quando los hubo menester contra otros Indios: en cuyos combates eran valientes y resueltos, como lo asegura el haber conservado su libertad á despecho de los Mexicanos

No sirvieron en esta faccion los Tlascaltécas;

pero fue sin desconfianza de Cortés,

ni falta de valor en los de aquella nacion.

tan cerca de su corte, y en tiempo de un Príncipe que tenia su mayor vanidad en el renombre de conquistador.

Detuvose poco el exército en Tlascála, y alargando los tránsitos, pasó á Matalequíta, lugar de Indios amigos distante doce leguas de Zempoala, donde llegó casi al mismo tiempo Gonzalo de Sandoval con la gente de su cargo, y siete soldados mas, que se pasaron á la Vera Cruz del exército de Narbáez el dia siguiente á la prision del Oidor, teniendo por sospechoso aquel partido. Supo de ellos Hernan Cortés quanto pasaba en el quartel de su enimigo: y Gonzalo de Sandovàl le dió mas frescas noticias de todo; porque antes de partir tuvo inteligencia para introducir en Zempoala dos soldados Españoles, que imitaban con propiedad los ademanes y movimientos de los Indios, y no les desayudaba el color para la semejanza. Estos se desnudaron con alegre solicitud: y cubriendo parte de su desnudez con los arreos de la tierra, entraron al amanecer en Zempoala con dos banastas de fruta sobre la cabeza, y puestos entre los demás que manejaban este género de grangería, la fueron trocando á cuentas de vidrio: tan diestros en fingir la simplicidad y la codicia de los paisanos, que nadie hizo reparo en ellos; con que pudieron discurrir por la villa, y escapar á su salvo con la noticia que buscaban. Pero no contentos con esta

Pasa el exército á Matalequíta.

Llega Gonzalo de Sandoval.

Noticias del enemigo que dieron dos soldados,

que entraron en Zempoala como Indios.

diligencia, y deseando tambien llevar averiguado con que género de guardias pasaba la noche aquel exército, volvieron á entrar con segunda carga de hierba entre algunos Indios que salian á forragear; y no solo reconocieron la poca vigilancia del quartel, pero la comprobaron, trayendo á la Vera Cruz un caballo que pudieron sacar de la misma plaza sin que hubiese quien se lo embarazáse, y acertó á ser del Capitan Salvatierra, uno de los que mas irritaban á Narbáez contra Hernan Cortés: circunstancia que dió estimacion á la presa. Hicieron estos exploradores por su fama quanto cupo en la industria y el valor; y se callaron desgraciadamente sus nombres en una faccion tan bien executada, y en una Historia donde se hallan á cada paso hazañas menores con dueño encarecido.

Retiranse con un caballo de presa.

Fundaba Cortés parte de sus esperanzas en la corta milicia de aquella gente: y el descuido con que gobernaba su quartel Pámphilo de Narbáez le trahia varios designios á la imaginacion. Podia nacer de lo mismo que desestimaba sus fuerzas, y asi lo conocia; pero no le pesaba de verlas tan desacreditadas que produxesen aquella seguridad en el exército contrario, la qual favorecia su intento, y, á su parecer, militaba de su parte: en que discurria sobre buenos principios, siendo evidente que la seguridad es enemiga del cuidado, y ha destruido á muchos Capitanes. De-

Discursos de Cortés.

Seguridad, culpa de la guerra.

bese poner entre los peligros de la guerra; porque ordinariamente, quando llega el caso de medir las fuerzas, queda mejor el enemigo despreciado. Trató de abreviar sus disposiciones, y estrechar á Narbáez con las instancias de la paz, que por su parte debian preceder al rompimiento.

Hizo reseña de su gente, y se halló con doscientos y sesenta y seis Españoles, inclusos los Oficiales y los soldados que vinieron con Gonzalo de Sandoval, sin los Indios de carga que fueron necesarios para el bagage. Despachó segunda vez al Padre Fray Bartolomé de Olmedo, para que volviese á porfiar en el ajustamiento; y le avisó brevemente del poco efecto que producian sus diligencias. Pero deseando hacer algo mas por la razon, ó ganar algun tiempo en que pudiesen llegar los dos mil Indios que aguardaba de Chinantlá, determinó enviar al Capitan Juan Velazquez de Leon, creyendo que por su autoridad, y por el parentesco de Diego Velazquez, sería mejor admitida su mediacion. Tenia experimentada su fidelidad, y pocos dias antes le habia repetido las ofertas de morir á su lado, con ocasion de poner en sus manos una carta que le escribió Narbáez llamandole á su partido con grandes conveniencias. Demostracion á cuyo agradecimiento correspondió Hernan Cortés, fiando entonces de su ingenuidad y entereza tan peligrosa negociacion.

Despacha segunda vez á Fr. Bartolomé,

y despues á Juan Velazquez de Leon para solicitar el ajustamiento.

Recibele Narbáez con esperanza de reducirle.

Creyeron todos quando llegó á Zempoala que iba reducido á seguir las banderas de su pariente: y Narbáez salió á recibirle con grande alborozo; pero quando llegó á entender su comision, y conoció que se iba empeñando en apadrinar la razon de Cortés, atajó el razonamiento, y se apartó de él con alguna desazon, aunque no sin esperanza de reducirle: porque antes de volver á la plática, ordenó que se hiciese un alarde á sus ojos de toda su gente, deseando, al parecer, atemorizarle, ó convencerle con aquella vana ostentacion de sus fuerzas. Aconsejaronle algunos que le prendiese; pero no se atrevió, porque tenia muchos amigos en aquel exército; antes le convidó á comer el dia siguiente, y convidó tambien á los Capitanes de su confidencia para que le ayudasen á persuadirle. Dieronse á la urbanidad y cumplimiento los principios de la conversacion; pero á breve rato se introduxo la murmuracion de Cortés entre las licencias del banquete. Y aunque procuró disimular Juan Velazquez por no destruir el negocio de su cargo, pasando á términos indecentes la irrision y el desacato, no se pudo contener en el desayre de su paciencia, y dixo en voz alta y descompuesta: „Que „pasasen á otra plática, porque delante de un hom„bre como él no debian tratar como ausente á su „Capitan: y que qualquiera de ellos que no tuviese „á Cortés y á quantos le seguian por buenos vasallos

Hace delante de él un alarde.

Convidale á comer.

No puede sufrir Juan Velazquez que se murmure de Cortés.

„ del Rey, se lo dixese con menos testigos, y le des„ engañaria como quisiese." Callaron todos, y calló Pámphilo de Narbáez como embarazado en la dificultad de la respuesta; pero un Capitan mozo, sobrino de Diego Velazquez, y de su mismo nombre, se adelantó á decirle: „ Que no tenia sangre de Ve„ lazquez, ó la tenia indignamente quien apadrinaba „ con tanto empeño la causa de un traidor." A que respondió Juan Velazquez desmintiendole, y sacando la espada con tanta resolucion de castigar su atrevimiento, que trabajaron todos en reprimirle; y ultimamente le instaron en que se volviese al real de Cortés, porque temieron los inconvenientes que podria ocasionar su detencion: y él lo executó luego, llevandose consigo al Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y diciendo al partir algunas palabras poco advertidas, que hacian á su venganza, ó la trataban como decision del rompimiento.

Atrevimiento de Diego Velazquez el mozo.

Saca la espada Juan Velazquez.

Despidese con desabrimiento.

Quedaron algunos de los Capitanes mal satisfechos de que Narbáez le dexáse volver sin ajustar el duelo de su pariente, para oirle y despacharle bien ó mal, segun lo que de nuevo representáse: á cuyo propósito decian: „ Que una persona de aquella suposicion „ y autoridad se debia tratar con otro género de aten„ cion: que de su juicio y entereza no se podia creer „ que hubiese venido con proposiciones descamina„ das, ó menos razonables: que las puntualidades de

Sentir de los Capitanes de Narbáez.

„ la guerra nunca llegaban á impedir la franqueza de „ los oidos; ni era buena política ó buen camino de „ poner en cuidado al enemigo darle á entender que „ se temia su razon." Discursos que pasaron de los Capitanes á los soldados con tanto conocimiento de la poca justificacion con que se procedia en aquella guerra, que Pámphilo de Narbáez necesitó, para sosegarlos, de nombrar persona que fuese á disculpar en su nombre y el de todos aquella falta de urbanidad, y á saber de Cortés á qué puntos se reducia la comision de Juan Velazquez de Leon: para cuya diligencia eligieron él y los suyos al Secretario Andres de Duero, que por menos apasionado contra Hernan Cortés pareció á propósito para la satisfaccion de los mal contentos; y por criado de Diego Velazquez no desmereció la confianza de los que procuraban estorvar el ajustamiento.

Sentimiento de sus soldados.

Vá Andres de Duero á verse con Cortés.

Hernan Cortés entretanto, con las noticias que llevaron Fray Bartolomé de Olmedo y Juan Velazquez de Leon, entró en conocimiento de que habia cumplido sobradamente con las diligencias de la paz: y teniendo ya por necesario el rompimiento, movió su exército con ánimo de acercarse mas, y ocupar algun puesto ventajoso donde aguardar á los Chinantécas, y aconsejarse con el tiempo.

Mueve su marcha Cortés.

Iba continuando su marcha, quando volvieron los batidores con noticia de que venia de Zempoala el

Secretario Andres de Duero: y Hernan Cortés, no sin esperanza de alguna favorable novedad, se adelantó á recibirle. Saludaronse los dos con igual demostracion de su afecto: renovaronse con los abrazos, ó se volvieron á formar los antiguos vínculos de su amistad: concurrieron al aplauso de su venida todos los Capitanes; y antes de llegar á lo inmediato de la negociacion, le hizo Cortés algunos presentes mezclados con mayores ofertas. Detuvose hasta otro dia despues de comer: y en este tiempo se apartaron los dos á diferentes conferencias de grande intimidad. Discurrieronse algunos medios en orden á la union de ambos partidos, con deseo de hallar camino para reducir á Narbáez, cuya obstinacion era el unico impedimento de la paz. Llegó Cortés á ofrecer que le dexaria la empresa de México, y se apartaria con los suyos á otras conquistas. Y Andres de Duero, viendole tan liberal con su enemigo, le propuso que se viese con él, pareciendole que podria conseguir de Narbáez este abocamiento, y que se vencerian mejor las dificultades con la presencia y viva voz de las partes. Dicen unos que llevaba orden para introducir esta plática; otros, que fue pensamiento de Cortés; y concuerdan todos en que se ajustaron las vistas de ambos Capitanes luego que volvió Andres de Duero á Zempoala, por cuya solicitud se hizo capitulacion auténtica, señalando la hora y el sitio don-

Llega Andres de Duero.

Confieren los dos sobre el ajustamiento.

Ajustanse las vistas de Narbáez y Cortés.

de habia de ser la conferencia: y asegurando cada uno con su palabra y su firma que saldrian al puesto señalado con solos diez compañeros, para que fuesen testigos de lo que se discurriese y ajustáse.

Pero al mismo tiempo que se disponia Hernan Cortés para dar cumplimiento por su parte á lo capitulado, le avisó de secreto Andres de Duero, que se andaba previniendo una emboscada con ánimo de prenderle ó matarle sobre seguro: cuya noticia, que se confirmó tambien por otros confidentes, le obligó á darse por entendido con Narbáez de que habia descubierto el doblez de su trato; y con el primer calor de su enojo, le escribió una carta rompiendo la capitulacion, y remitiendo á la espada su desagravio. Llevabale ciegamente á las manos de su enemigo la misma nobleza de su proceder; y acertaba mal á disculpar con los suyos aquella falta de cautela ó precipitada sinceridad con que se fiaba de Narbáez, teniendo conocida su intencion y mala voluntad; pero nadie pudo acusarle de poco advertido Capitan en esta confianza, siendo el rompimiento de la palabra en semejantes convenciones una de las malignidades que no se deben rezelar del enemigo: porque las supercherías no estan en el número de los estratagemas, ni caben estos engaños que manchan el pundonor en toda la malicia de la guerra.

Siniestra intencion de Narbáez.

Rompese la capitulacion.

No son ardides las supercherías.

CAPITULO IX.

PROSIGUE SU MARCHA HERNAN Cortés hasta una legua de Zempoala: sale con su exército en campaña Pámphilo de Narbáez: sobreviene una tempestad, y se retira, con cuya noticia resuelve Cortés acometerle en su alojamiento.

QUedó Hernan Cortés mas animoso que irritado con esta última sinrazon de Narbáez, pareciendole indigno de su temor un enemigo de tan humildes pensamientos; y que no fiaba mucho de su exército, ni de sí, quien trataba de asegurar la victoria con detrimento de la reputacion. Siguió su marcha en mas que ordinaria diligencia; no porque tuviese resuelta la faccion, ni discurridos los medios; sinó porque llevaba el corazon lleno de esperanzas, madrugando á confortar su resolucion aquellas premisas que suelen venir delante de los sucesos. Asentó su quartel una legua de Zempoala, en parage defendido por la frente del rio que llamaban de Canoas, y abrigado por las espaldas con la vecindad de la Vera Cruz, donde le dieron unas caserías ó habitaciones bastante comodidad para que se reparáse la gente de lo que habia padecido con la fuerza del sol, y prolixidad del camino. Hizo pasar algunos batidores y centinelas á la otra

Sigue Cortés su marcha.

Hace alto en el rio de Canoas.

parte del rio: y dando el primer lugar al descanso de su exército, reservó para despues el discurrir con sus Capitanes lo que se hubiese de intentar, segun las noticias que llegasen del exército contrario, donde tenia ganados algunos confidentes, y estaba creyendo que lo habian de ser en la ocasion quantos aborrecian aquella guerra: cuyo presupuesto, y las cortas experiencias de Narbáez, le dieron bastante seguridad para que pudiese acercarse tanto á Zempoala sin falta de precaucion, ó nota de temeridad.

Sale Narbáez á campaña.

Llegó á Narbáez la noticia del parage donde se hallaba su enemigo; y mas apresurado que diligente, ó con un género de celeridad embarazada, que tocaba en turbacion, trató de sacar su exército en campaña. Hizo pregonar la guerra, como si ya no estuviera pública: señaló dos mil pesos de talla por la cabeza de Cortés: puso en precio menor las de Gonzalo de Sandoval y Juan Velazquez de Leon. Mandaba muchas cosas á un tiempo sin olvidarse de su enojo: mezclabanse las órdenes con las amenazas; y todo era despreciar al enemigo con apariencias de temerle. Puesto en orden el exército, menos por su disposicion, que por lo que acertaron sin obedecer sus Capitanes, marchó como un quarto de legua con todo el grueso, y resolvió hacer alto para esperar á Cortés en campo abierto: persuadiendose á que venia tan desalumbrado, que le habia de acometer donde pu-

Espera un quarto de legua de Zempoala.

diese lograr todas sus ventajas el mayor número de su gente. Duró en este sitio y en esta credulidad todo el dia, gastando el tiempo, y engañando la imaginacion con varios discursos de alegre confianza: conceder el pillage á los soldados: enriquecer con el tesoro de México á los Capitanes: y hablar mas en la victoria que de la batalla. Pero al caer el sol se levantó un nublado que adelantó la noche, y empezó á despedir tanta cantidad de agua, que aquellos soldados maldixeron la salida, y clamaron por volverse al quartel: en cuya impaciencia entraron poco despues los Capitanes, y no se trabajó mucho en reducir á Narbáez, que sentia tambien su incomodidad: faltando en todos la costumbre de resistir á las inclemencias del tiempo; y en muchos la inclinacion á un rompimiento de tantos inconvenientes.

Sobreviene un recio temporal.

Retírase Narbáez á su quartel.

Habia llegado poco antes aviso de que se mantenia Cortés de la otra parte del rio: de que, no sin alguna disculpa, conjeturaron que no habia que rezelar por aquella noche: y como nunca se halla con dificultad la razon que busca el deseo, dieron todos por conveniente la retirada, y la pusieron en execucion desconcertadamente, caminando al cubierto, menos como soldados, que como fugitivos.

No permitió Narbáez que su exército se desuniese aquella noche, mas porque discurrió en salir temprano á la campaña, que porque tuviese algun reze-

lo de Cortés; aunque afectó por los demás el cuidado á que obligaba la cercania del enemigo. Alojaronse todos en el adoratorio principal de la villa, que constaba de tres torreones ó capillas poco distantes: sitio eminente y capaz, á cuyo plano se subia por unas gradas pendientes y desabridas, que daban mayor seguridad á la eminencia.

Recogese con su exército á un adoratorio.

Cómo se alojó.

Guarneció con su artillería el pretil que servia de remate á las gradas: eligió para su persona el torreon de enmedio, donde se retiró con algunos Capitanes, y hasta cien hombres de su confidencia, y repartió en los otros dos el resto de la gente: dispuso que saliesen algunos caballos á correr la campaña: nombró dos centinelas que se alargasen á reconocer las avenidas: y con estos resguardos que, á su parecer, no dexaban que desear á la buena disciplina, dió al sosiego lo que restaba de la noche, tan lejos el peligro de su imaginacion, que se dexó rendir al sueño con poca ó ninguna resistencia del cuidado.

Tuvo Cortés aviso de su retirada.

Despachó luego Andres de Duero á Hernan Cortés un confidente suyo, que pudo echar fuera de la plaza con poco riesgo, para que á boca le diese cuenta de la retirada, y de la forma en que se habia dispuesto el alojamiento, mas por asegurarle amigablemente que podia pasar la noche sin rezelo, que por advertirle ó provocarle á nuevos designios. Pero él con esta noticia tardó poco en determinarse á lograr

Resuelve asaltar el quartel.

la ocasion que, á su parecer, le convidaba con el suceso. Tenia premeditados todos los lances que se le podian ofrecer en aquella guerra: y alguna vez se deben cerrar los ojos á las dificultades, porque suelen parecer mayores desde lejos; y hay casos en que daña el discurrir al executar. Convocó su gente sin mas dilacion, y la puso en orden, aunque duraba la tempestad; pero aquellos soldados, endurecidos ya en mayores trabajos, obedecieron, sin hacer caso de su incomodidad, ni preguntar la ocasion de aquel movimiento inopinado: tanto se dexaban á la providencia de su Capitan. Pasaron el rio con el agua sobre la cintura: y vencida esta dificultad, hizo á todos un breve razonamiento, en que les comunicó lo que llevaba discurrido, sin poner duda en su resolucion, ni cerrar las puertas al consejo. Dióles noticia de la turbacion con que se habian retirado los enemigos, buscando el abrigo de su quartel contra el rigor de la noche, y de la separacion y desorden con que habian ocupado los torreones del adoratorio: ponderó el descuido y seguridad en que se hallaban: la facilidad con que podrian ser asaltados antes que llegasen á unirse, ó tuviesen lugar para doblarse: y viendo que no solo se aprobaba, pero se aplaudia la proposicion: „Esta noche, prosiguió diciendo con nuevo fervor, esta noche, amigos, ha puesto el cielo en nuestras manos la mayor ocasion que se pudiera fingir nues-

Facilita la empresa.

Razonamiento que hizo á sus soldados.

„ tro deseo : veréis agora lo que fio de vuestro valor; „ y yo confesaré que vuestro mismo valor hace gran„ des mis intentos. Poco ha que aguardabamos á nues„ tros enemigos con esperanza de vencerlos al repa„ ro de esa ribera : ya los tenemos descuidados y des„ unidos , militando por nosotros el mismo desprecio „ con que nos tratan. De la impaciencia vergonzosa „ con que desampararon la campaña , huyendo esos „ rigores de la noche , pequeños males de la natura„ leza; se colige cómo estarán en el sosiego unos hom„ bres que le buscaron con floxedad , y le desfrutan „ sin rezelo. Narbáez entiende poco de las puntua„ lidades á que obligan las contingencias de la guerra. „ Sus soldados por la mayor parte son visoños, gen„ te de la primera ocasion, que no ha menester la „ noche para moverse con desacierto y ceguedad: mu„ chos se hallan desobligados ó quejosos de su Capi„ tan : no faltan algunos á quien debe inclinacion „ nuestro partido; ni son pocos los que aborrecen „ como voluntario este rompimiento: y suelen pesar „ los brazos quando se mueven contra el dictamen ó „ contra la voluntad. Unos y otros se deben tratar „ como enemigos hasta que se declaren : porque si „ ellos nos vencen , hemos de ser nosotros los trai„ dores. Verdad es que nos asiste la razon ; pero en „ la guerra es la razon enemiga de los negligentes, „ y ordinariamente se quedan con ella los que pue-

„ den mas. A usurparos vienen quanto habeis adqui-„ rido: no aspiran á menos que hacerse dueños de „ vuestra libertad, de vuestras haciendas, y de vues-„ tras esperanzas: suyas han de llamar nuestras victo-„ rias: suya la tierra que habeis conquistado con vues-„ tra sangre: suya la gloria de vuestras hazañas: y lo „ peor es, que con el mismo pie que intentan pisar „ nuestra cerviz, quieren atropellar el servicio de „ nuestro Rey, y atajar los progresos de nuestra Re-„ ligion; porque se han de perder si nos pierden: y „ siendo suyo el delito, han de quedar en duda los „ culpados. A todo se ocurre con que obreis esta no-„ che como acostumbrais: mejor sabréis executarlo, „ que yo discurrirlo: alto á las armas y á la costum-„ bre de vencer: Dios y el Rey en el corazon, el „ pundonor á la vista, y la razon en las manos, que „ yo seré vuestro compañero en el peligro; y entien-„ do menos de animar con las palabras, que de per-„ suadir con el exemplo."

Quedaron tan encendidos los animos con esta oracion de Cortés, que hacian instancia los soldados sobre que no se dilatáse la marcha. Todos le agradecieron el acierto de la resolucion, y algunos le protestaron, que si trataba de ajustarse con Narbáez, le habian de negar la obediencia: palabras de hombres resueltos, que no le sonaron mal, porque hacian al brio mas que al desacato. Formó, sin perder tiempo, tres

Cómo formó su exército.

pequeños esquadrones de su gente, los quales se habian de ir sucediendo en el asalto. Encargó el primero á Gonzalo de Sandoval con sesenta hombres, en cuyo número fueron comprehendidos los Capitanes Jorge y Gonzalo de Alvarado, Alonso Dávila, Juan Velazquez de Leon, Juan Nuñez de Mercado, y nuestro Bernal Diaz del Castillo. Nombró por Cabo del segundo al Maestre de Campo Christoval de Olid, con otros sesenta hombres, y asistencia de Andres de Tapia, Rodrigo Rangel, Juan Xaramillo y Bernardino Vazquez de Tapia: y él se quedó con el resto de la gente, y con los Capitanes Diego de Ordaz, Alonso de Grado, Christoval y Martin de Gamboa, Diego Pizarro y Domingo de Alburquerque. La orden fue, que Gonzalo de Sandoval con su vanguardia procuráse vencer la primera dificultad de las gradas, y embarazar el uso de la artillería, dividiendose á estorvar la comunicacion de los dos torreones de los lados, y poniendo gran cuidado en el silencio de su gente. Que Christoval de Olid subiese inmediatamente con mayor diligencia, y embistiese al torreon de Narbáez, apretando el ataque á viva fuerza; y él seguiria con los suyos para dar calor, y asistir donde llamáse la necesidad, rompiendo entonces las caxas y demás estruendos militares, para que su misma novedad diese al asombro y á la confusion el primer movimiento del enemigo.

Cómo dispuso la faccion.

Entró luego Fray Bartolomé de Olmedo con su exôrtacion espiritual, y asentado el presupuesto de que iban á pelear por la causa de Dios, los dispuso á que hiciesen de su parte lo que debian para merecer su favor. Habia una cruz en el camino, que fixaron ellos mismos quando pasaron á México; y puesto de rodillas delante de ella todo el exército, les dictó un acto de contricion, que iban repitiendo con voz afectuosa: mandóles decir la confesion general, y bendiciendolos despues con la forma de la absolucion, dexó en sus corazones otro espíritu de mejor calidad, aunque parecido al primero: porque la quietud de la conciencia quita el horror á los peligros, ó mejora el desprecio de la muerte.

Fray Bartolomé dá su bendicion al exército.

Concluida esta piadosa diligencia, formó Hernan Cortés sus tres esquadrones: puso en su lugar las picas y las bocas de fuego: repitió las órdenes á los Cabos: encargó á todos el silencio: dió por seña y por invocacion el nombre del Espíritu Santo, en cuya Pasqua sucedió esta interpresa: y empezó á marchar en la misma ordenanza que se habia de acometer, caminando muy poco á poco, porque llegáse descansada la gente, y por dar tiempo á la noche para que se apoderáse mas de su enemigo: de cuya ciega seguridad y culpable descuido pensaba servirse para vencerle á menos costa, sin quedarle algun escrupulo de que obraba menos valerosamente que solia en

Marchan los tres esquadrones.

Insidias generosas en la guerra.

este género de insidias generosas, que llamó la antigüedad delitos de Emperadores ó Capitanes Generales: siendo los engaños, que no se oponen á la buena fé, lícitas permisiones del arte militar, y disputable la preferencia entre la industria y el valor de los soldados.

CAPITULO X.

LLEGA HERNAN CORTÉS A Zempoala, donde halla resistencia: consigue con las armas la victoria: prende á Narbáez, cuyo exército se reduce á servir debaxo de su mano.

Prendese una centinela de Narbáez.

Escápase otra.

HAbria marchado el exército de Cortés algo mas de media legua, quando volvieron los batidores con una centinela de Narbáez, que cayó en sus manos, y dieron noticia de que se les habia escapado entre la maleza otra que venia poco despues: accidente que destruia el presupuesto de hallar descuidado al enemigo. Hizose una breve consulta entre los Capitanes: y vinieron todos en que no era posible que aquel soldado (caso que hubiese descubierto el exército) se atreviese por entonces á seguir el camino derecho, siendo mas verisímil que tomáse algun rodeo, por no dar en el peligro: de que resultó, con aplauso comun, la resolucion de alargar el paso para llegar antes que la espia, ó entrar al mismo tiempo en

Alarga Cortés el paso.

el quartel de los enemigos: suponiendo, que si no se lográse la ventaja de asaltarlos dormidos, se conseguiria por lo menos la de hallarlos mal despiertos, y en el preciso embarazo de la primera turbacion. Asi lo discurrieron sin detenerse, y empezaron á marchar en mayor diligencia, dexando en un ribazo fuera del camino los caballos, el bagage y los demás impedimentos. Pero la centinela, que debió á su miedo parte de su agilidad, consiguió el llegar antes, y puso en arma el quartel, diciendo á voces que venia el enemigo. Acudieron á las armas los que se hallaron mas prontos. Llevaronle á la presencia de Narbáez; y él, despues de hacerle algunas preguntas, despreció el aviso y al que le trahia, teniendo por impracticable que se atreviese Cortés á buscarle con tan poca gente dentro de su alojamiento, ni pudiese campear en noche tan obscura y tempestuosa.

Puso la centinela en arma el quartel.

Desprecia esta noticia Narbáez.

Serian poco mas de las doce quando llegó Hernan Cortés á Zempoala, y tuvo dicha en que no le descubriesen los caballos de Narbáez que, al parecer, perdieron el camino con la obscuridad, sinó se apartaron de él para buscar algun abrigo en que defenderse del agua. Pudo entrar en la villa, y llegar con su exército á vista del adoratorio, sin hallar un cuerpo de guardia, ni una centinela en que detenerse. Duraba entonces la disputa de Narbáez con el soldado, que se afirmaba de haber reconocido, no solamen-

Entra Cortés en la villa.

te los batidores, sinó todo el exército en marcha diligente; pero se buscaban todavia pretextos á la seguridad, y se perdia en el exâmen de la noticia el tiempo que, aun siendo incierta, se debia lograr en la prevencion. La gente andaba inquieta y desvelada cruzando por el atrio superior: unos dudosos, y otros en la inteligencia de su Capitan; pero todos con las armas en las manos, y poco menos que prevenidos.

Descubrense los de Narbáez.

Conoció Hernan Cortés que le habian descubierto: y hallandose ya en el segundo caso que llevaba discurrido, trató de asaltarlos antes que se ordenasen. Hizo la seña de acometer: y Gonzalo de Sandoval con su vanguardia empezó á subir las gradas, segun el orden que llevaba. Sintieron el rumor algunos de los artilleros que estaban de guardia: y dando fuego á dos ó tres piezas, tocaron arma segunda vez, sin dexar duda en la primera. Siguióse al estruendo de la artillería el de las caxas y las voces: y acudieron luego á la defensa de las gradas los que se hallaron mas cerca. Creció brevemente la oposicion: estrechóse á las picas y á las espadas el combate: y Gonzalo de Sandoval hizo mucho en mantenerse, forcejando á un tiempo con el mayor número de la gente, y con la diferencia del sitio inferior; pero le socorrió entonces Christoval de Olid: y Hernan Cortés, dexando formado su reten, se arrojó á lo mas

Cierra con el adoratorio.

Ponense en defensa los de Narbáez.

ardiente del conflicto, y facilitó el avance de unos y otros, obrando con la espada lo que infundia con la voz: á cuyo esfuerzo no pudieron resistir los enemigos, que tardaron poco en dexar libre la última grada, y poco mas en retirarse desordenadamente, desamparando el atrio y la artillería. Huyeron muchos á sus alojamientos, y otros acudieron á cubrir la puerta del torreon principal, donde se volvió á pelear breve rato con igual valor de ambas partes.

Retiranse del atrio superior.

Dexóse ver á este tiempo Pámphilo de Narbáez, que se detuvo en armarse á persuasion de sus amigos; y despues de animar á los que peleaban, y hacer quanto pudo para ordenarlos, se adelantó con tanto denuedo á lo mas recio del combate, que hallandose cerca Pedro Sanchez Farfan, uno de los soldados que asistian á Sandoval, le dió un picazo en el rostro, de cuyo golpe le sacó un ojo, y derribó en tierra, sin mas aliento que el que hubo menester para decir que le habian muerto. Corrió esta voz entre sus soldados, y cayó sobre todos el espanto y la turbacion con varios efectos: porque unos le desampararon ignominiosamente, otros se detuvieron por falta de movimiento; y los que mas se quisieron esforzar á socorrerle, peleaban embarazados y confusos del subito accidente: con que se hallaron obligados á retroceder, dando lugar á los vencedores para que le retirasen. Baxaronle por las gradas poco menos que ar-

Sale Narbáez á la defensa.

Pedro Sanchez Farfan le saca un ojo de un bote de pica.

Retiran los de Cortés á Narbáez.

rastrado. Envió Cortés á Gonzalo de Sandoval para que cuidáse de asegurar su persona, lo qual se executó, entregandole al último esquadron: y el que poco antes miraba con tanto descuido aquella guerra, se halló al volver en sí, no solo con el dolor de su herida, sinó en poder de sus enemigos, y con dos pares de grillos, que le ponian mas lejos su libertad.

Encierranse los vencidos en sus torreones.

Llegó el caso de cesar la batalla, porque cesó la resistencia. Encerraronse todos los de Narbáez en sus torreones tan amedrentados que no se atrevian á disparar, y solo cuidaban de poner estorvos á la entrada. Los de Cortés apellidaron á voces la victoria, unos por Cortés, y otros por el Rey, y los mas atentos por el Espíritu Santo: gritos de alborozo anticipado, que ayudaron entonces al terror de los enemigos: y fue circunstancia que hizo al caso en aquella coyuntura, que se persuadiesen los mas á que trahia Cortés un exército muy poderoso, el qual, á su parecer, ocupaba gran parte de la campaña; porque desde las ventanas de su encerramiento descubrian á diferentes distancias algunas luces, que interrumpiendo la obscuridad, parecian á sus ojos cuerdas encendidas y tropas de arcabuceros: siendo unos gusanos que resplandecen de noche, semejantes á nuestras lucernas ó noctilúcas, aunque de mayor tamaño y resplandor en aquel hemisferio. Aprehension que hizo particular batería en el vulgo del exército, y que dexó

Persuadense á que trahe Cortés un exército mas poderoso,

por las lucernas que resplandecian en la campaña.

dudosos á los que mas se animaban. Tanto engaña el temor á los afligidos, y tanto se inclinan los adminículos menores de la casualidad á ser parciales de los afortunados.

Mandó Cortés que cesasen las aclamaciones de la victoria, cuya credulidad intempestiva suele dañar en los exércitos, y se debe atajar, porque descuida y desordena los soldados. Hizo volver la artillería contra los torreones: dispuso que á guisa de pregon se publicáse indulto general á favor de los que se rindiesen, ofreciendo partidos razonables y comunicacion de interéses á los que se determinasen á seguir sus banderas, libertad y pasage á los que se quisiesen retirar á la Isla de Cuba, y á todos salva la ropa y las personas: diligencia que fue bien discurrida, porque importó mucho que se hiciese notoria esta manifestacion de su ánimo, antes que el dia, cuya primera luz no estaba lejos, desengañáse aquella gente de las pocas fuerzas que los tenian oprimidos, y les diese resolucion para cobrarse de la pusilanimidad mal concebida: que algunas veces el miedo suele hacerse temeridad, avergonzando al que le tuvo con poco fundamento.

Cortés publíca indulto general.

Apenas se acabó de intimar el bando á las tres separaciones donde se habia retrahido la gente, quando empezaron á venir tropas de Oficiales y soldados á rendirse. Iban entregando las armas como llegaban:

Salen á rendirse los soldados.

y Cortés, sin faltar á la urbanidad ni al agasajo, hizo tambien desarmar á sus confidentes, porque no se les conociese la inclinacion, ó porque diesen exemplo á los demás. Creció tanto en breve tiempo el número de los rendidos, que fue necesario dividirlos, y asegurarlos con guardia suficiente, hasta que saliendo el dia, se descubriesen las caras y los afectos.

Cuidó en este intermedio Gonzalo de Sandoval de que se curáse la herida de Narbáez: y Hernan Cortés, que acudia incansablemente á todas partes, y tenia en aquella su principal cuidado, se acercó á verle con algun recato, por no afligirle con su presencia; pero le descubrió el respeto de sus soldados: y Narbáez, volviendole á mirar con semblante de hombre que no acababa de conocer su fortuna, le dixo:

Palabras de Narbáez á Cortés.

„ Tened en mucho, señor Capitan, la dicha que ha„ beis conseguido en hacerme vuestro prisionero." A

Respuesta de Cortés.

que le respondió Cortés: „ De todo, amigo, se de„ ben las gracias á Dios; pero sin género de vanidad „ os puedo asegurar que pongo esta victoria y vues„ tra prision entre las cosas menores que se han obra„ do en esta tierra."

Resiste uno de los torreones.

Llegó entonces noticia de que se resistia con obstinacion uno de los torreones donde se habian hecho fuertes el Capitan Salvatierra y Diego Velazquez el mozo, deteniendo con su autoridad y persuasiones á los soldados que se hallaban con ellos. Volvió Cor-



Ximena inv. et del. Moreno sc.

CORTES acomète de noche el Quartel de Panfilo de Narvaez: le vence, quedando herido y prisionero.



tés á subir las gradas: hizoles intimar que se rindiesen, ó serian tratados con todo el rigor de la guerra; y viendolos resueltos á defenderse ó capitular, dispuso, no sin alguna cólera, que se disparasen al torreon dos piezas de artillería: y poco despues ordenó á los artilleros que levantasen la mira, y diesen la carga en lo alto del edificio, mas para espantar que para ofender. Asi lo executaron; y no fue necesaria mayor diligencia para que saliesen muchos á pedir quartel, dexando libre la entrada de la torre, que acabó de allanar Juan Velazquez de Leon con una esquadra de los suyos, prendiendo á los Capitanes Salvatierra y Velazquez, enemigos declarados, de quien se podia temer que aspirasen á ocupar el vacío de Narbáez: con que se declaró enteramente la victoria por Cortés. Murieron de su parte solo dos soldados, y hubo algunos heridos, de los quales hay quien diga que murieron otros dos. En el exército contrario quedaron muertos quince soldados, un Alferez y un Capitan, y fue mucho mayor el número de los heridos. Narbáez y Salvatierra fueron llevados á la Vera Cruz con la guardia que pareció necesaria. Quedó prisionero de Juan Velazquez de Leon Diego Velazquez el mozo: y aunque le tenia justamente irritado con el lance de Zempoala, cuidó con particular asistencia de su cura y regalo. Generosidad, en que medió como intercesora la igualdad de la sangre, y como superior

Allanale Juan Velazquez de Leon.

Prende á Salvatierra y Velazquez el mozo.

Llevanse presos á la Vera Cruz Salvatierra y Narbáez.

la nobleza del ánimo. Y todo esto quedó executado antes de amanecer. ¡ Notable faccion, en que se midieron por instantes los aciertos de Cortés, y los deslumbramientos de Narbáez!

Al romper del Alva llegaron los dos mil Chinantécas que se habian prevenido; y aunque vinieron despues de la victoria, celebró Cortés el socorro, teniendole por oportuno, para que viesen los de Narbáez que no le faltaban amigos que le asistiesen. Miraban aquellos pobres rendidos con vergüenza y confusion el estado en que se hallaban: dióles el dia con su ignominia en los ojos: vieron llegar este socorro, y conocieron las pocas fuerzas con que se habia conseguido la victoria: maldecian la confianza de Narbáez: acusaban su descuido: y todo cedia en mayor estimacion de Cortés, cuya vigilancia y ardimiento ponderaban con igual admiracion. Prerogativa es del valor, en la guerra particularmente, que no le aborrezcan los mismos que le envidian: pueden sentir su fortuna los perdidosos; pero nunca desagradan al vencido las hazañas del vencedor. Máxîma que se verificó en esta ocasion: porque cada uno, sin fiarse de los demás, se iba inclinando á mejorar de Capitan, y á seguir las banderas de un exército donde vencian y medraban los soldados. Habia entre los prisioneros algunos amigos de Cortés, muchos aficionados á su valor, y muchos á su liberalidad. Rompieron los

Cómo se hallaban los rendidos.

Bien quisto el valor con los mismos vencidos.

Vanse alistando en el exército de Cortés.

amigos el velo de la disimulacion, dieron principio á sus aclamaciones, con que se declararon luego los aficionados, siguiendo á la mayor parte los demás. Permitióse que fuesen llegando á la presencia del nuevo Capitan: arrojaronse muchos á sus pies, si él no los detuviera con los brazos: dieron todos el nombre, haciendo pretension de ganar antigüedad en las listas: no hubo entre tantos uno que se quisiese volver á la Isla de Cuba: y logró con esto Hernan Cortés el principal fruto de su empresa; porque no deseaba tanto vencer, como conquistar aquellos Españoles. Fue reconociendo los animos, y halló en todos bastante sinceridad, pues ordenó luego que se les volviesen las armas: accion que resistieron algunos de sus Capitanes; pero no faltarian motivos á esta seguridad, siendo amigos los que mas suponian entre aquella gente, y estando alli los Chinantécas, que aseguraban su partido. Conocieron ellos el favor que recibian: aplaudieron esta confianza con nuevas aclamaciones; y él se halló en breves horas con un exército que pasaba ya de mil Españoles, presos los enemigos de quien se podia rezelar, con una armada de once navios y siete bergantines á su disposicion, deshecho el último esfuerzo de Velazquez, y con fuerzas proporcionadas para volver á la conquista principal. Debiendose todo á su gran corazon, suma vigilancia y talento militar; y no menos al valor de sus soldados, que abrazaron

Vuelveles sus armas.

Lo que mejoró sus fuerzas Cortés.

primero con el animo una resolucion tan peligrosa; y despues con la espada y con el brio le dieron, no solamente la victoria, sinó el acierto de la misma resolucion: porque al voto de los hombres, que dan ó quitan la fama, el conseguir es credito del intentar, y las mas veces se debe á los sucesos el quedar con opinion de prudentes los consejos aventurados.

El conseguir es credito del intentar.

CAPITULO XI.

PONE CORTÉS EN OBEDIENCIA la caballería de Narbáez, que andaba en la campaña: recibe noticia de que habian tomado las armas los Mexicanos contra los Españoles que dexó en aquella corte: marcha luego con su exército, y entra en ella sin oposicion.

La caballería de Narbáez quedó en la campaña.

NO se dexó ver aquella noche la caballería de Narbáez, que pudiera embarazar mucho á Cortés, si hubiera quedado en la disposicion que pedia una plaza de armas en tan corta distancia del enemigo. Pero alli se olvidaron todas las reglas de la milicia, y dado el yerro de la negligencia en un Capitan, ó se hace menos estraño lo que se dexó de advertir, ó pasan por conseqüencias los absurdos. Valieronse de los caballos para escapar los que duraron menos en la ocasion: y á la mañana se tuvo noticia

de que andaban incorporados con los batidores que salieron la noche antes, formando un cuerpo de hasta quarenta caballos que discurrian por la campaña con señas de resistir. Dió poco rezelo esta novedad: y Hernan Cortés, antes de pasar á términos de mayor resolucion, nombró al Maestre de Campo Christoval de Olid, y al Capitan Diego de Ordaz para que fuesen á procurar reducirlos con suavidad: como lo executaron y consiguieron á la primera insinuacion de que serian admitidos en el exército con la misma gratitud que sus compañeros, cuyo partido y exemplar bastó para que viniesen todos á rendirse y tomar servicio con sus armas y caballos. Tratóse luego de curar los heridos y alojar la gente, á que asistieron alegres y oficiosos el Cacique y sus Zempoales, celebrando la victoria, y disponiendo el hospedage de sus amigos con un género de regocijo interesado, en que, al parecer, respiraban de la fatiga y servidumbre antecedente.

Toma servicio en el exército.

Aplausos de Zempoala.

No se descuidó Hernan Cortés en asegurarse de la armada, punto esencial en aquella ocurrencia. Despachó sin dilacion al Capitan Francisco de Lugo para que hiciese poner en tierra, y conducir á la Vera Cruz las velas, xarcias y timones de todos los baxeles. Ordenó que viniesen á Zempoala los pilotos y marineros de Narbáez, y envió de los suyos los que parecieron bastantes para la seguridad de los buques:

Asegúrase Cortés de los baxeles.

por cuyo cabo fue un Maestre que se llamaba Pedro Caballero, bastante ocupacion para que le honráse Bernal Diaz con titulo de Almirante de la mar.

Dispuso que se volviesen á su provincia los Chinantécas, agradeciendo el socorro como si hubiera servido: y despues se dieron algunos dias al descanso de la gente, en los quales vinieron los pueblos vecinos y Caciques del contorno á congratularse con los Españoles buenos ó Teules mansos, que asi llamaban á los de Cortés. Volvieron á revalidar su obediencia y á ofrecer su amistad: acompañando esta demostracion con varios presentes y regalos, de que no poco se admiraban los de Narbáez: empezando á experimentar las mejoras del nuevo partido en el agasajo y seguridad de aquella gente, que vieron poco antes escarmentada y desabrida.

Demostracion de los Caciques de el contorno.

En todo este fervor de sucesos favorables trahia Hernan Cortés á México en el corazon: no se apartaba un instante su memoria del riesgo en que dexó á Pedro de Alvarado y sus Españoles, cuya defensa consistia unicamente en aquello poco que se podia fiar de la palabra que le dió Motezuma de no hacer novedad en su ausencia: vínculo desacreditado en la soberana voluntad de los Reyes; porque algunos estadistas le procuran desatar con varias soluciones, defendiendo que no les obliga su observancia como á los particulares: en cuyo dictamen pudo hallar enton-

Error de los que niegan el vínculo de la palabra en los Reyes.

ces Hernan Cortés bastante razon de temer, sin aprobar con su rezelo esta política irreverente, por ser lo mismo hallar falencia en las palabras de los Reyes, que apartar de los Príncipes la obligacion de Caballeros.

Hecho el ánimo á volverse luego, y no atreviendose á llevar consigo tanta gente, por no desconfiar á Motezuma ó remover los humores de su corte, resolvió dividir el exército, y emplear alguna parte de él en otras conquistas. Nombró á Juan Velazquez de Leon para que fuese con doscientos hombres á pacificar la provincia de Panúco, y á Diego de Ordaz para que se apartáse con otros doscientos á poblar la de Guazacoalco: reservando para sí poco mas de seiscientos Españoles, número que le pareció proporcionado para entrar en la corte con apariencias de modesto, sin olvidar las señas de vencedor.

Disposiciones de la marcha.

Pero al mismo tiempo que se daba execucion á este designio, se ofreció novedad, que le obligó á tomar otra senda en sus disposiciones. Llegó carta de Pedro de Alvarado en que le avisaba: „ que habian „ tomado las armas contra él los Mexicanos; y á pesar de Motezuma, que perseveraba todavia en su „ alojamiento, le combatian con freqüentes asaltos, y „ tanto número de gente, que se perderian sin remedio él y todos los suyos, sinó fuesen socorridos con „ brevedad." Vino con esta noticia un soldado Es-

Llega carta de Pedro de Alvarado. Avisa de las inquietudes de México.

Aviso de Motezuma á Cortés.

pañol, y en su escolta un Embajador de Motezuma, cuya representacion fue „ darle á entender que no „ habia sido en su mano el reprimir á sus vasallos: „ ponerle delante lo que padecia su autoridad con los „ amotinados: asegurarle que no se apartaria de Pe- „ dro de Alvarado y sus Españoles: y ultimamente „ llamarle á su corte para el remedio:" fuese de la misma sedicion, ó fuese del peligro en que se hallaban aquellos Españoles, que uno y otro arguye confianza y sinceridad.

Parte Cortés á México con toda su gente.

No fue necesario poner en consulta la resolucion que se debia tomar en este caso, porque se adelantó el voto comun de los Capitanes y soldados á mirar como empeño inexcusable la jornada: pasando algunos á tener por oportuno y de buen presagio un accidente que les servia de pretexto para excusar la desunion de sus fuerzas, y volver con todo el grueso á la corte; de cuya reduccion debian tomar su principio las demás conquistas. Nombró luego Hernan Cortés por Gobernador de la Vera Cruz, como Teniente de Gonzalo de Sandoval, á Rodrigo Rangel, persona de cuya inteligencia y cuidado pudo fiar la seguridad de los prisioneros y la conservacion de los aliados. Hizo que pasáse muestra su exército; y dexando en aquella plaza la guarnicion que pareció necesaria, y bastante seguridad en los baxeles, halló que constaba de mil infantes y cien caballos. Dividióse la

Rodrigo Rangel queda en la Vera Cruz.

Pasa muestra el exército de Cortés.

marcha en diferentes veredas, por no incomodar los pueblos, ó por facilitar la provision de los víveres: señalóse por plaza de armas un parage conocido cerca de Tlascála, donde pareció que debian entrar unidos y ordenados: y aunque fueron delante algunos comisarios á tener bastecidos los tránsitos, no bastó su diligencia para que dexasen de padecer los que iban fuera del camino principal algunos ratos de hambre y sed intolerable. Fatiga que sufrieron los de Narbáez sin descaecer ni murmurar; siendo aquellos mismos que poco antes rindieron el sufrimiento á menor inclemencia. Pudose atribuir esta novedad al exemplo de los veteranos, ó á las esperanzas que llevaban en el corazon: dexando alguna parte á la diferencia del Capitan, cuya opinion suele tener sus influencias ocultas en el valor y en la paciencia de los soldados.

Constancia de los de Narbáez.

Antes de partir, respondió Hernan Cortés por escrito á Pedro de Alvarado, y por su Embajador á Motezuma, dandoles cuenta de su victoria, de su vuelta y del aumento de su exército: al uno, para que se alentase con esperanza de mayor socorro; y al otro, para que no estrañáse verle con tantas fuerzas, quando los tumultos de su corte le obligaban á no dividirlas. Procuró medir el tiempo con la necesidad: alargó las marchas quanto pudo: estrechó las horas al descanso, hallandole su actividad en su mis-

Avisa Cortés de su marcha á Pedro de Alvarado.

mo trabajo. Hizo alguna mansion en la plaza de armas para recoger la gente que venia extraviada: y ultimamente llegó á Tlascála en diez y siete de Junio con todo el exército puesto en orden, cuya entrada fue lucida y festejada. Magiscatzín hospedó á Cortés en su casa: los demás hallaron comodidad, obsequio y regalo en su alojamiento. Andaba en los Tlascaltécas mal encubierto el odio de los Mexicanos con el amor de los Españoles: referian su conspiracion, y el aprieto en que se hallaba Pedro de Alvarado, con circunstancias de mas afectacion que certidumbre: ponderaban el atrevimiento y la poca fé de aquella nacion, provocando los ánimos á la venganza, y mezclando con poco artificio el avisar y el influir. Culpas encarecidas con zelo sospechoso, y verdades en boca del enemigo, que se introducen como informes para declinar en acusaciones.

Llega el exército á Tlascála.

Resolvió el Senado hacer un esfuerzo grande, y convocar todas sus milicias para que asistiesen á Cortés en esta ocasion, no sin alguna razon de estado, mejor entendida que recatada: porque deseaban arrimar su interés á la causa del amigo, y servirse de sus fuerzas para destruir de una vez la nacion dominante que tanto aborrecian. Conocióse facilmente su intencion; y Hernan Cortés con señas de agradecido y lisonjeado reprimió el orgullo con que se disponian á seguirle, contraponiendo á las instancias del Sena-

Asistencias que ofreció Tlascála.

do algunas razones aparentes, que en la substancia venian á ser pretextos contra pretextos. Pero admitió hasta dos mil hombres de buena calidad, con sus Capitanes ó Cabos de quadrillas, los quales siguieron su marcha, y fueron de servicio en las ocasiones siguientes. Llevó esta gente por dar mayor seguridad á su empresa, ó mantener la confianza de los Tlascaltécas, acreditados ya de valientes contra los Mexicanos: y no llevó mayor número por no escandalizar á Motezuma, ó poner en desesperacion á los rebeldes. Era su intento entrar en México de paz, y ver si podia reducir aquel pueblo con los remedios moderados, sin acordarse por entonces de su irritacion, ni discurrir en el castigo de los culpados; si ya no queria que fuese primero la quietud: por ser dos cosas que se consiguen mal á un mismo tiempo, el sosiego de la sedicion, y el escarmiento de los sediciosos.

Admite Cortés dos mil Tlascaltécas.

Desea entrar de paz en México.

Llegó á México dia de San Juan, sin haber hallado en el camino mas embarazo que la variedad y discordancia de las noticias. Pasó el exército la laguna sin oposicion, aunque no faltaron señales que hiciesen novedad en el cuidado. Hallaronse deshechos y abrasados los dos bergantines de fábrica Española: desiertos los arrabales y el barrio de la entrada: rotos los puentes que servian á la comunicacion de las calles: y todo en un silencio que parecia cauteloso. Indicios que obligaron á caminar poco á poco, suspendiendo

Entra en México sin oposicion.

los avances, y ocupando la infantería lo que dexaban reconocido los caballos. Duró este rezelo hasta que descubriendo el socorro los Españoles que asistian á Motezuma, levantaron el grito y aseguraron la marcha. Baxó con ellos Pedro de Alvarado á la puerta del alojamiento, y se celebró la comun felicidad con igual regocijo. Victoreabanse unos á otros en vez de saludarse: todos hablaban, y todos se interrumpian: dixeron mucho los brazos y las medias razones: eloqüencias del contento, en que significan mas las voces que las palabras.

Recibimiento de Cortés.

Demostraciones de Motezuma.

Salió Motezuma con algunos de sus criados hasta el primer patio, donde recibió á Cortés, tan copiosa de afectos su alegria, que tocó en exceso, y se llevó tras sí la magestad. Es cierto, y nadie lo niega, que deseaba su venida, porque ya necesitaba de sus fuerzas y consejo para reprimir á los suyos, ó por la misma privacion en que se hallaba de aquel género de libertad que le permitia Cortés, dexandole salir á sus divertimientos: licencia de que no quiso usar en todo el tiempo de su ausencia; siendo cierto que ya consistia su prision en la fuerza de su palabra, cuyo desempeño le obligó á no desviarse de los Españoles en aquella turbacion de su república.

Fuerza que le hizo su palabra.

Imputan á Cortés que le recibió con desabrimiento.

Bernal Diaz del Castillo dice que correspondió Hernan Cortés con desabrimiento á esta demostracion de Motezuma: que le torció el rostro, y se retiró á

su quarto sin visitarle ni dexarse visitar : que dixo contra él algunas palabras descompuestas delante de sus mismos criados : y añade como de propio dictamen: ,, Que por tener consigo tantos Españoles, hablaba ,, tan ayrado y descomedido." Términos son de su Historia. Y Antonio de Herrera le desautoriza mas en la suya : porque se vale de su misma confesion para comprobar su desacierto con estas palabras : ,, Muchos han dicho haber oido decir á Hernando Cortés, que si en llegando visitára á Motezuma, sus ,, cosas pasáran bien ; y que lo dexó, estimandole en ,, poco por hallarse tan poderoso." Y trahe á este propósito un lugar de Cornelio Tácito, cuya substancia es, que los sucesos prosperos hacen insolentes á los grandes Capitanes. No lo dice asi Francisco Lopez de Gómara, ni el mismo Hernan Cortés en la segunda relacion de su jornada, que pudiera tocarlo para dar los motivos que le obligaron á semejante aspereza, tuviese razon, ó fuese disculpa. Quede al arbitrio de la sinceridad el credito que se debe á los Autores, y seanos lícito dudar en Cortés una sinrazon tan fuera de propósito. Los mismos Herrera y Castillo asientan que Motezuma resistió esta sedicion de sus vasallos : que los detuvo y reprimió siempre : que intentaron asaltar el quartel : y que sinó fuera por la sombra de su autoridad, hubieran perecido infaliblemente Pedro de Alvarado y los suyos. Nadie niega que

No es verisímil.

Cortés lo llevó entendido asi ; ni el hallarle cumpliendo su palabra le dexaba razon de dudar : siendo fuera de toda proporcion que aquel Príncipe moviese las armas que detenia, y se dexáse estar cerca de los que intentaba destruir. Accion parece indigna de Cortés el despreciarle, quando podia llegar el caso de haberle menester, y no era de su genio la destemplanza que se le atribuye como efecto de la prosperidad. Puedese creer, ó sospechar á lo menos, que Antonio de Herrera entró con poco fundamento en esta noticia, reincidiendo en los manuscritos de Bernal Diaz, apasionado intérprete de Cortés: y pudo ser que se inclináse á seguir su opinion por lograr la sentencia de Tácito. Ambicion peligrosa en los historiadores : porque suele torcerse ó ladearse la narracion para que vengan á propósito las márgenes : y no es de todos entenderse á un tiempo con la verdad y con la erudicion.

Peligros de la erudicion en las márgenes.

CAPITULO XII.

DASE NOTICIA DE LOS MOTIVOS que tuvieron los Mexicanos para tomar las armas. Sale Diego de Ordaz con algunas compañias á reconocer la ciudad: dá en una zelada que tenian prevenida; y Hernan Cortés resuelve la guerra.

DOS ó tres dias antes que llegáse á México el exército de Cortés se retiraron los rebeldes á la otra parte de la ciudad; cesando en sus hostilidades cavilosamente, segun lo que se pudo inferir del suceso. Hallabanse asegurados en el exceso de sus fuerzas, y orgullosos de haber muerto en los combates pasados tres ó quatro Españoles: caso extraordinario, en que adquirieron, á costa de mucha gente, nueva osadia ó mayor insolencia. Supieron que venia Cortés, y no pudieron ignorar lo que habia crecido su exército; pero estuvieron tan lejos de temerle, que hicieron aquel ademan de retirarse para dexarle franca la entrada, y acabar con todos los Españoles despues de tenerlos juntos en la ciudad. No se llegó á penetrar entonces este designio, aunque se tuvo por ardid la retirada: y pocas veces se engaña quien discurre con malicia en las acciones del enemigo.

Ardid de los amotinados.

Alójase el exército.

Alojóse todo el exército en el recinto del mismo quartel, donde cupieron Españoles y Tlascaltécas con bastante comodidad: distribuyeronse las guardias y las centinelas, segun el rezelo á que obligaba una guerra que habia cesado sin ocasion: y Hernan Cortés se apartó con Pedro de Alvarado para inquirir el orígen de aquella sedicion, y pasar á los remedios con noticia de la causa. Hallamos en este punto la misma variedad en que otras veces ha tropezado el curso de la pluma. Dicen unos que las inteligencias de Narbáez consiguieron esta conjuracion del pueblo Mexicano; y otros que dispuso el motin, y le fomentó Motezuma con ansia de su libertad: en que no es necesario detenernos, pues se ha visto ya el poco fundamento con que se atribuyeron á Narbáez estas negociaciones ocultas; y queda bastantemente defendido Motezuma de semejante inconseqüencia Dieron algunos el principio de la conspiracion á la fidelidad de los Mexicanos, refiriendo que tomaron las armas para sacar de opresion á su Rey: dictamen que se acerca mas á la razon que á la verdad. Otros atribuyeron este rompimiento al gremio de los sacerdotes, y no sin alguna probabilidad: porque anduvieron mezclados en el tumulto, publicando á voces las amenazas de sus dioses, y enfureciendo á los demás con aquel mismo furor que los disponia para recibir sus respuestas. Repetian ellos lo que hablaba el de-

Infórmase Cortés de Alvarado.

Discurrese con variedad en el orígen de esta sedicion.

monio en sus ídolos; y aunque no fue suyo el primer movimiento, tuvieron eficacia y actividad para irritar los animos, y mantener la sedicion.

Los Escritores forasteros se apartan mas de lo verisímil, poniendo el orígen y los motivos de aquella turbacion entre las atrocidades con que procuran desacreditar á los Españoles en la conquista de las Indias: y lo peor es que apoyan su malignidad citando al Padre Fray Bartolomé de las Casas ó Casaus, que fue despues Obispo de Chiapa, cuyas palabras copian y traducen, dandonos con el argumento de Autor nuestro y testigo calificado. Lo que dexó escrito y anda en sus obras es, que los Mexicanos dispusieron un bayle público, de aquellos que llamaban mitotes, para divertir ó festejar á Motezuma: y que Pedro de Alvarado, viendo las joyas de que iban adornados, convocó su gente, y embistió con ellos, haciendolos pedazos para quitarselas: en cuyo miserable despojo, dice, que fueron pasados á cuchillo mas de dos mil hombres de la Nobleza Mexicana; con que dexa la conspiracion en términos de justa venganza. Notable despropósito de accion, en que hace falta lo congruente y lo posible. Solicitaba entonces este Prelado el alivio de los Indios, y encareciendo lo que padecian, cuidó menos de la verdad que de la ponderacion. Los mas de nuestros Escritores le convencen de mal informado en esta y otras enor-

Impostura de los Escritores forasteros.

Alegan por su parte al Obispo de Chiapa.

Juicio de su opinion.

midades que dexó escritas contra los Españoles. Dicha es hallarle impugnado, para entendernos mejor con el respeto que se debe á su dignidad.

El orígen verdadero de la conspiracion.

Pero lo cierto fue, que Pedro de Alvarado, poco despues que se apartó de México Hernan Cortés, reconoció en los nobles de aquella corte menos atencion ó menos agrado; cuya novedad le obligó á vivir cuidadoso, y velar sobre sus acciones. Valióse de algunos confidentes, que observasen lo que pasaba en la ciudad: supo que andaba la gente inquieta y misteriosa, y que se hacian juntas en casas particulares, con un género de recato mal seguro, que ocultaba el intento, y descubria la intencion. Dió calor á sus inteligencias, y consiguió con ellas la noticia evidente de una conjuracion que se iba forjando contra los Españoles: porque ganó algunos de los mismos conjurados que venian con los avisos, afeando la traicion, sin olvidar el interés. Ibase acercando una fiesta muy solemne de sus ídolos, que celebraban con aquellos bayles publicos, mezcla de nobleza y plebe, y conmocion de toda la ciudad. Eligieron este dia para su faccion, suponiendo que se podrian juntar descubiertamente sin que hiciese novedad. Era su intento dar principio al bayle para convocar el pueblo, y llevarsele tras sí con la diligencia de apellidar la libertad de su Rey y la defensa de sus dioses: reservando para entonces el publicar la conjuracion, por no aven-

Fiesta de sus ídolos.

turar el secreto, fiandose anticipadamente de la muchedumbre: y á la verdad no lo tenian mal discurrido: que pocas veces falta el ingenio á la maldad.

Vinieron la mañana precedente al dia señalado algunos de los promovedores del motin á verse con Pedro de Alvarado, y le pidieron licencia para celebrar su festividad: rendimiento afectado con que procuraron deslumbrarle; y él, mal asegurado todavia en su rezelo, se la concedió con calidad que no llevasen armas, ni se hiciesen sacrificios de sangre humana; pero aquella misma noche supo que andaban muy solicitos escondiendo las armas en el barrio mas vecino al templo: noticia que no le dexó que dudar, y le dió motivo para discurrir en una temeridad, que tuvo sus apariencias de remedio; y lo pudiera ser, si se aplicára con la debida moderacion. Resolvió asaltarlos en el principio de su fiesta, sin dexarles lugar para que tomasen las armas, ni levantasen el pueblo: y asi lo puso en execucion, saliendo á la hora señalada con cincuenta de los suyos, y dando á entender que le llevaba la curiosidad ó el divertimiento. Hallólos entregados á la embriaguez, y envueltos en el regocijo cauteloso, de que se iba formando la traicion. Embistió con ellos, y los atropelló con poca ó ninguna resistencia, hiriendo y matando algunos que no pudieron huir, ó tardaron mas en arrojarse por las cercas y ventanas del adoratorio. Su intento

Motivos de Alvarado.

Resuelve asaltarlos en su fiesta,

y los dexa castigados.

fue castigarlos y desunirlos, lo qual se consiguió sin dificultad, pero no sin desorden, porque los Españoles despojaron de sus joyas á los heridos y á los muertos. Licencia mal reprimida entonces, y siempre dificultosa de reprimir en los soldados, quando se hallan con la espada en la mano, y el oro á la vista.

Culpa de Pedro de Alvarado.

Dispuso esta faccion Pedro de Alvarado con mas ardor que providencia. Retiróse con desahogos de vencedor, sin dar á entender al concurso popular los motivos de su enojo. Debiera publicar entonces la traicion que prevenian contra él aquellos nobles: manifestar las armas que tenian escondidas; ó hacer algo de su parte para ganar contra ellos el voto de la plebe, facil siempre de mover contra la nobleza: pero volvió satisfecho de que habia sido justo el castigo, y conveniente la resolucion; ó no conoció lo que importan al acierto los adornos de la razon. Y aquel pueblo, que ignoraba la provocacion, y vió el estrago de los suyos y el despojo de las joyas, atribuyó á la codicia todo el hecho, y quedó tan irritado, que tomó luego las armas, y dió cuerpo formidable á la sedicion, hallandose dentro del tumulto con poca ó ninguna diligencia de los primeros conjurados.

Irritacion del pueblo Mexicano.

Reprehende Cortés á Alvarado.

Reprehendió Hernan Cortés á Pedro de Alvarado por el arrojamiento y falta de consideracion con que aventuró la mayor parte de sus fuerzas en dia de tanta conmocion, dexando el quartel y su primer cui-

dado al arbitrio de los accidentes que podian sobrevenir. Sintió que recatáse á Motezuma los primeros lances de aquella inquietud, porque no se fió de él, hasta que le vió á su lado en la ocasion: y debiera comunicarle sus rezelos, quando no para valerse de su autoridad, para sondar su ánimo, y saber si le dexaba seguro con tan poca guarnicion: lo qual fue lo mismo que volver las espaldas al enemigo, de quien mas se debia rezelar: culpó la inadvertencia de no justificar á voces con el pueblo y con los mismos delinqüentes una resolucion de tan violenta exterioridad. De que se conoce que no hubo en el hecho, ni en sus motivos ó circunstancias, la maldad que le imputaron; porque no se contentára Hernan Cortés con reprehender solamente un delito de semejante atrocidad, ni perdiera la ocasion de castigarle, ó prenderle por lo menos, para introducir la paz con este género de satisfaccion. Antes hallamos que le propuso el mismo Alvarado su prision como uno de los medios que podrian facilitar la reduccion de aquella gente; y no vino en ello, porque le pareció camino mas real servirse de la razon que tuvo el mismo Alvarado contra los primeros amotinados, para desengañar el pueblo, y enflaquecer la faccion de los nobles.

Propone Alvarado su prision.

No se dexaron ver aquella tarde los rebeldes, ni despues hubo accidente que turbáse la quietud de la noche. Llegó la mañana, y viendo Hernan Cortés

que duraba el silencio del enemigo con señas de cavilacion, porque no parecia un hombre por las calles, ni en todo lo que se alcanzaba con la vista, dispuso que saliese Diego de Ordaz á reconocer la ciudad, y apurar el fondo á este misterio. Llevó quatrocientos hombres Españoles y Tlascaltécas: marchó con buena orden por la calle principal, y á poca distancia descubrió una tropa de gente armada, que le arrojaron, al parecer, los enemigos para cebarle: y avanzando entonces, con ánimo de hacer algunos prisioneros para tomar lengua, descubrió un exército de innumerable muchedumbre que le buscaba por la frente, y otro á las espaldas, que tenian oculto en las calles de los lados, cerrando el paso á la retirada. Embistieronle unos y otros con igual ferocidad, al mismo tiempo que se dexó ver en las ventanas y azuteas de las casas tercer exército de gente popular, que cerraba tambien el camino de la respiracion, llenando el ayre de piedras y armas arrojadizas.

Sale Diego de Ordaz á reconocer la ciudad.

Descubre la multitud de los enemigos.

Pero Diego de Ordaz, que necesitó de su valor y experiencia para juntar en este conflicto el desahogo con la celeridad, formó y dividió su esquadron segun el terreno, dando segunda frente á la retaguardia: picas y espadas contra las dos avenidas; y bocas de fuego contra las ofensas de arriba. No le fue posible avisar á Cortés del aprieto en que se hallaba; ni él, sin esta noticia, tuvo por necesario el socor-

Hace gran daño al enemigo.

rerle, quando le suponia con bastantes fuerzas para executar la orden que llevaba. Pero duró poco el calor de la batalla; porque los Indios embistieron tumultuariamente, y anegados en su mismo número, se impedian el uso de las armas: perdiendo tantos la vida en el primer acometimiento, que se reduxeron los demás á distancia que ni podian ofender, ni ser ofendidos. Las bocas de fuego despejaron brevemente los terrados. Y Diego de Ordaz, que venia solo á reconocer, y no debia pasar á mayor empeño, viendo que los enemigos le sitiaban á lo largo, reducidos á pelear con las voces y las amenazas, se resolvió á retirarse abriendo el camino con la espada: y dada la orden, se movió en la misma formacion que se hallaba, cerrando á viva fuerza con los que ocupaban el paso del quartel, y peleando al mismo tiempo con los que se le acercaban por la parte contrapuesta, ó se descubrian en lo alto de las casas. Consiguióse con dificultad la retirada, y no dexó de costar alguna sangre, porque volvieron heridos Diego de Ordaz y los mas de los suyos, quedando muertos ocho soldados que no se pudieron retirar. Serian acaso Tlascaltécas; porque solo se hace memoria de un Español, que obró señaladamente aquel dia, y murió cumpliendo con su obligacion. Bernal Diaz refiere sus hazañas, y dice que se llamaba Lezcano. Los demás no hablan en él. Quedó sin el nombre cabal que merecia; pero no

Retírase valerosamente

con alguna pérdida, y muchos heridos.

Murió Lezcano.

quede sin la recomendacion de que se puede honrar su apellido. Conoció Hernan Cortés en este suceso que ya no era tiempo de intentar proposiciones de paz, que disminuyendo la reputacion de sus fuerzas, aumentasen la insolencia de los sediciosos. Determinó hacersela desear antes de proponersela, y salir á la ciudad con la mayor parte de su exército, para llamarlos con el rigor á la quietud. No se hallaba persona entonces por cuyo medio se pudiese introducir el tratado. Motezuma desconfiaba de su autoridad, ó temia la inobediencia de sus vasallos. Entre los rebeldes no habia quien mandáse, ni quien obedeciese, ó mandaban todos, y nadie obedecia: vulgo entonces sin distincion ni gobierno, que se componia de nobles y plebeyos. Deseaba Cortés con todo el ánimo seguir el camino de la moderacion, y no desconfió de volverle á cobrar; pero tuvo por necesario hacerse atender antes de ponerse á persuadir: en que obró como diestro Capitan, porque nunca es seguro fiarse de la razon desarmada para detener los ímpetus de un pueblo sedicioso: ella encogida ó balbuciente quando no lleva seguras las espaldas; y él un monstruo inexôrable que, aun teniendo cabeza, le faltan los oidos.

Resuelve hacer salida Cortes.

Pueblo sedicioso inexôrable.

CAPITULO XIII.

INTENTAN LOS MEXICANOS asaltar el quartel, y son rechazados: hace dos salidas contra ellos Hernan Cortés; y aunque ambas veces fueron vencidos y desbaratados, queda con alguna desconfianza de reducirlos.

PErsiguieron los Mexicanos á Diego de Ordaz, tratando como fuga su retirada, y siguiendo con ímpetu desordenado el alcance, hasta que los detuvo, á su despecho, la artillería del quartel, cuyo estrago los obligó á retroceder lo que tuvieron por necesario para desviarse del peligro; pero hicieron alto á la vista, y se conoció del silencio y diligencia con que se andaban convocando y disponiendo, que trataban de pasar á nuevo designio.

Siguen los Mexicanos á Ordaz.

Era su intento asaltar á viva fuerza el quartel por todas partes; y á breve rato se vieron cubiertas de gente las calles del contorno. Hicieron poco despues la seña de acometer sus atabales y bocinas: avanzaron todos á un tiempo con igual precipitacion. Trahian de vanguardia tropas de Flecheros, para que barriendo la muralla, pudiesen acercarse los demás. Fueron tan cerradas y tan repetidas las cargas que despidieron, haciendo lugar á los que iban señalados para el asalto, que se hallaron los defensores en confusion,

Asaltan el quartel.

Diligencias del enemigo en el asalto.

acudiendo con dificultad á los dos tiempos de reparar y ofender. Vióse casi anegado en flechas el quartel: y no parezca locucion sobradamente animosa, pues se llegó á señalar gente que las apartáse, porque ofendian segunda vez cerrando el paso á la defensa. Las piezas de artillería, y demás bocas de fuego hacian horrible destrozo en los enemigos; pero venian tan resueltos á morir ó vencer, que se adelantaban de tropel á ocupar el vacío de los que iban cayendo, y se volvian á cerrar animosamente, pisando los muertos, y atropellando los heridos.

Llegaron muchos á ponerse debaxo del cañon, y á intentar el asalto con increible determinacion: valianse de sus instrumentos de pedernal para romper las puertas, y picar las paredes: unos trepaban sobre sus compañeros para suplir el alcance de sus armas: otros hacian escalas de sus mismas picas para ganar las ventanas ó terrados; y todos se arrojaban al hierro y al fuego como fieras irritadas. Notable repeticion de temeridades, que pudieran celebrarse como hazañas, si obrára en ellos el valor algo de lo que obraba la ferocidad.

Fueron rechazados con gran pérdida.

Pero ultimamente fueron rechazados, y se retiraron, para cubrirse, á las travesias de las calles, donde se mantuvieron hasta que los dividió la noche, mas por la costumbre que tenian de no pelear en ausencia del sol, que porque diesen esperanzas de ha-

berse decidido la qüestion. Antes se atrevieron poco despues á turbar el sosiego de los Españoles, poniendo por diferentes partes fuego al quartel: ó ya lo consiguiesen arrimandose á las puertas y ventanas con el amparo de la obscuridad; ó ya le arrojasen á mayor distancia con las flechas de fuego artificial: que pareció mas verisímil, porque la llama creció subitamente á tomar posesion del edificio con tanto vigor, que fue necesario atajarla derribando algunas paredes, y trabajar despues en cerrar y poner en defensa los portillos que se hicieron para impedir la comunicacion del incendio: fatiga que duró la mayor parte de la noche.

Ponen fuego al quartel.

Pero apenas se declaró la primera luz de la mañana, quando se dexaron ver los enemigos, escarmentados, al parecer, de acercarse á la muralla, porque solo provocaban á los Españoles para que saliesen de sus reparos: llamabanlos á la batalla con grandes injurias: tratabanlos de cobardes porque se defendian encerrados: y Hernan Cortés, que habia resuelto salir contra ellos aquel dia, tuvo por oportuna esta provocacion para encender los animos de los suyos. Dispusolos con una breve oracion al desagravio de su ofensa, y formó, sin mas dilacion, tres esquadrones del grueso que pareció conveniente, dando á cada uno mas Españoles que Tlascaltécas: los dos para que fuesen desembarazando las calles vecinas ó

Llaman á los Españoles fuera de sus reparos.

Cortés hace salida contra ellos.

colaterales; y el tercero, donde iba su persona y la fuerza principal de su exército, para que acometiese por la calle de Tacuba, donde habia cargado el mayor grueso del enemigo. Dispuso las hileras, y distribuyó las armas segun la necesidad que habia de pelear por la frente y por los lados, acomodandose á lo que observó Diego de Ordaz en su retirada, y teniendo por digno de su imitacion lo que poco antes mereció su alabanza: en que mostró la ingenuidad de su ánimo, y que no ignoraba quanto aventuran los superiores que se dedignan de caminar por las huellas de los que fueron delante, quando hay tan poca distancia entre el errar, y el diferenciarse de los que acertaron.

Imitó á Diego de Ordaz.

Combate reñido.

Embistieron todos á un tiempo, y los enemigos dieron y recibieron las primeras cargas sin perder tierra ni conocer el peligro, esperando unas veces, y otras acometiendo, hasta llegar á lo estrecho de las armas y los brazos. Esgrimian los chuzos y los montantes con desesperada intrepidez. Entrabanse por las picas y las espadas para lograr el golpe á precio de la vida. Las bocas de fuego, que iban señaladas al opósito de las azuteas y ventanas, no podian atajar la lluvia de las piedras, porque las arrojaban sin descubrirse, y fue necesario poner fuego en algunas casas para que cesáse aquella prolixa hostilidad.

Cedieron finalmente al esfuerzo de los Españoles;

pero iban rompiendo los puentes de las calles, y hacian rostro de la otra parte, obligandolos á que cegasen, peleando, las acequias para seguir el alcance. Los que partieron á desembarazar las calles de los lados cargaron la multitud que las ocupaba con tanta resolucion, que se consiguió por su medio el asegurar la retaguardia, y el llevar siempre al enemigo por la frente, hasta que saliendo á lo ancho de una plaza, se unieron los tres esquadrones, y á su primer ataque desmayaron los Indios, y volvieron las espaldas atropelladamente, dando á la fuga el mismo ímpetu que dieron á la batalla.

Unense los Españoles. Huyen los enemigos.

No permitió Hernan Cortés que se pasáse á destruir enteramente aquellos vasallos de Motezuma, fugitivos ya y desordenados, ó no le sufrió su ánimo que se hiciese mas sangrienta la victoria, pareciendole que dexaba castigado con bastante rigor su atrevimiento. Recogió su gente, y se retiró sin hallar oposicion que le obligáse á pelear. Faltaron de su exército diez ó doce soldados, y hubo muchos heridos, los mas de piedra ó flecha, y ninguno de cuidado. En el exército de los Mexicanos murió innumerable gente: los cuerpos que no pudieron retirar llenaban de horror las calles, despues de haber teñido en su sangre las acequias. Duró toda la mañana el combate, y se llegaron á ver en conflicto algunas veces los Españoles; pero se debió á su valor el suceso,

Retírase Cortés con grande pérdida de los Mexicanos.

y le hizo posible su experiencia y buena disciplina. No hubo quien sobresaliese, porque obraron todos con igual bizarría, señalandose los soldados como los Capitanes, y quitando unas hazañas el nombre de las otras. Hizo la imitacion valientes sin precipicio á los Tlascaltécas: y Hernan Cortés gobernó la faccion como valeroso y prudente Capitan, acudiendo á todas partes, y mas diligente á los peligros: siempre la espada en el enemigo, la vista en los suyos, y el consejo en su lugar: dexando en duda, si se debió mas á su ardimiento que á su pericia militar. Virtudes ambas que poseyó en grado eminente, y que se desean sin distincion, ó concurren sin preferencia en los grandes Capitanes.

Atiendese á la defensa del quartel.

Fue necesario dexar algun tiempo al descanso de la gente, y á la cura de los heridos, cuya suspension duró tres dias, ó poco mas, en que se atendió solamente á la defensa del quartel, que tuvo siempre á la vista el exército de los amotinados, y fue algunas veces combatido con ligeras escaramuzas, en que andaba mezclado el huir y el acometer. En este medio tiempo volvió Cortés á las pláticas de la paz, y fueron saliendo con diferentes partidos algunos Mexicanos de los que asistian al servicio de Motezuma; pero no se descuidó mientras duraba la negociacion en las demás prevenciones. Hizo fabricar al mismo tiempo quatro castillos de madera, que se movian

Introduce Cortés pláticas de paz.

Hace fabricar unos castillos de madera.

sobre ruedas con poca dificultad, por si llegáse la ocasion de hacer nueva salida. Era capaz cada uno de veinte ó treinta hombres, guarnecido el techo de gruesos tablones contra las piedras que venian de lo alto: frente y lados con sus troneras para dar la carga sin descubrir el pecho: imitacion de las mantas que usa la milicia para echar gente á picar las murallas: cuyo reparo tuvo entonces por conveniente para que se pudiesen arrimar sus soldados á poner fuego en las casas, y á romper las trincheras con que iban atajando las calles; si ya no fue para que al embestir aquellas máquinas portátiles, peleáse tambien la novedad asombrando al enemigo.

Nieganse los Mexicanos á la paz.

De los Mexicanos que salieron á proponer la paz, volvieron unos mal despachados, y otros se quedaron entre los rebeldes, no sin grande irritacion de Motezuma, que deseaba con empeño la reduccion de sus vasallos, y recataba con artificio, facil de penetrar, el rezelo de que acabasen de perder el miedo á su autoridad. Hacianse á este tiempo nuevas prevenciones de guerra en la ciudad. Los Señores de vasallos, que andaban en la sedicion, iban llamando la gente de sus lugares: crecia por instantes la fuerza del enemigo; y no cesaba la provocacion en el quartel de los Españoles, cansados ya de sufrir la embarazosa repeticion de voces y flechas, que aunque se perdian en el viento, no dexaban de ofender en la paciencia.

Teme Motezuma que se desboquen los sediciosos.

Con esta buena disposicion de su gente, con el parecer de sus Capitanes, y aprobacion de Motezuma, executó Cortés la segunda salida contra los Mexicanos. Llevó consigo la mayor parte de los Españoles, y hasta dos mil Tlascaltécas, algunas piezas de artillería, las máquinas de madera con guarnicion proporcionada, y algunos caballos á la mano para usar de ellos quando lo permitiesen las quiebras del terreno. Estaba entonces el tumulto en un profundo silencio, y apenas se dió principio á la marcha, quando se conoció la primera dificultad de la empresa en lo que abultaron subitamente los gritos de la multitud, alternados con el estruendo pavoroso de los atabales y caracoles. No esperaron á ser acometidos, antes se vinieron á los Españoles con notable resolucion y movimiento menos atropellado que solian. Dieron y recibieron las primeras cargas sin descomponerse ni precipitarse; pero á breve rato conocieron el daño que recibian, y se fueron retirando poco á poco, sin volver las espaldas, al primero de los reparos con que tenian atajadas las calles: en cuya defensa volvieron á pelear con tanta obstinacion, que fue necesario adelantar algunas piezas de artillería para desalojarlos. Tenian cerca las retiradas, y en algunas levantados los puentes de las acequias, con que se repetia importunamente la dificultad, y no se hallaba la sazon de poderlos combatir en descubierto. Vieronse aquel dia

Cortés hace segunda salida.

Acometen los Mexicanos.

en sus operaciones algunas advertencias, que parecian de guerra mas que popular. Disparaban á tiempo, y baxa la puntería para no malograr el tiro en la resistencia de las armas. Los puestos se defendian con desahogo, y se abandonaban sin desorden. Echaron gente á las acequias para que ofendiesen nadando con el bote de las picas. Hicieron subir grandes peñascos á las azuteas para destruir los castillos de madera, y lo consiguieron haciendolos pedazos. Todas las señas daban á entender que habia quien gobernase, porque se animaban y socorrian tempestivamente, y se dexaba conocer alguna obediencia entre los mismos desconciertos de la multitud.

Sus advertencias en el modo de pelear.

Rompen los castillos de madera.

Duró el combate la mayor parte del dia, reducidos los Españoles y sus aliados á ganar terreno de trinchera en trinchera: hizose gran daño en la ciudad, quemaronse muchas casas, y costó mas sangre á los Mexicanos esta ocasion que las dos antecedentes, porque anduvieron mas cerca de las balas, ó porque no pudieron huir como solian con el impedimento de sus mismos reparos.

Daño que se hace en ellos y en la ciudad.

Ibase acercando la noche, y Hernan Cortés viendose obligado, no sin alguna desazon, á la disputa inutil de ganar puestos, que no se habian de mantener, se volvió á su alojamiento, dexando en la verdad, menos corregida que ostigada la sedicion. Perdió hasta quarenta soldados, los mas Tlascaltécas: sa-

Retírase Cortés á su alojamiento.

lieron heridos y maltratados mas de cincuenta Españoles, y él con un flechazo en la mano izquierda; pero mas herido interiormente de haber conocido en esta ocasion que no era posible continuar aquella guerra tan desigual, sin riesgo de perder el exército y la reputacion. Primer desaliento suyo, cuya novedad estrañó su corazon, y padeció su constancia. Encerróse con pretexto de la herida, y con deseo de alargar las riendas al discurso. Tuvo mucho que hacer consigo la mayor parte de la noche. Sentia el retirarse de México, y no hallaba camino de mantenerse. Procuraba esforzarse contra la dificultad, y se ponia la razon de parte del rezelo. No se conformaban su entendimiento y su valor, y todo era batallar sin resolver: impaciente y desabrido con los dictamenes de la prudencia, ó mal hallado con lo que duele, antes de aprovechar el desengaño.

Salió herido en una mano.

Batalla interior de Cortés.

CAPITULO XIV.

PROPONE A CORTÉS MOTEZUMA que se retire; y él le ofrece que se retirará luego que dexen las armas sus vasallos. Vuelven estos á intentar nuevo asalto: habla con ellos Motezuma desde la muralla, y queda herido, perdiendo las esperanzas de reducirlos.

NO tuvo mejor noche Motezuma, que vacilaba entre mayores inquietudes, dudoso ya en la fidelidad de sus vasallos, y combatido el ánimo de contrarios afectos, que unos seguian, y otros violentaban su inclinacion: impetus de la ira, moderaciones del miedo, y repugnancias de la sobervia. Estuvo aquel dia en la torre mas alta del quartel observando la batalla, y reconoció entre los rebeldes al señor de Iztapalapa, y otros Príncipes de los que podian aspirar al Imperio: viólos discurrir á todas partes animando la gente, y disponiendo la faccion: no rezelaba de sus nobles semejante alevosía: crecieron á un tiempo su enojo y su cuidado; y sobresalió el enojo, dando á la sangre y al cuchillo el primer movimiento de su natural; pero conociendo poco despues el cuerpo que habia tomado la dificultad, convertido ya el tumulto en conspiracion, se dexó caer en el desaliento, quedando sin accion para po-

Varios discursos de Motezuma.

Teme la conspiracion de sus nobles.

nerse de parte del remedio, y rindiendo al asombro y á la flaqueza todo el impulso de la ferocidad. Horribles siempre al tirano los riesgos de la corona, y fáciles ordinariamente al temor los que se precian de temidos.

Resuelve despedir á los Españoles.

Esforzóse á discurrir en diferentes medios para restablecerse, y ninguno le pareció mejor que despachar luego á los Españoles, y salir á la ciudad, sirviendose de la mansedumbre y de la equidad antes de levantar el brazo de la justicia. Llamó á Cortés por la mañana, y le comunicó lo que habia crecido su cuidado, no sin alguna destreza. Ponderó con afectada seguridad el atrevimiento de sus nobles, dando al empeño de castigarlos algo mas que á la razon de temerlos. Prosiguió diciendo: „ Que ya pedian pronto remedio aquellas turbaciones de su república, y „ convenia quitar el pretexto á los sediciosos, y darles á conocer su engaño antes de castigar su delito: „ que todos los tumultos se fundaban sobre apariencias de razon; y en las aprehensiones de la multitud era prudencia entrar cediendo para salir dominando: que los clamores de sus vasallos tenian de „ su parte la disculpa del buen sonido, pues se reducian á pedir la libertad de su Rey, persuadidos á „ que no la tenia, y errado el camino de pretenderla: „ que ya llegaba el caso de ser inexcusable que saliesen de México sin mas dilacion Cortés y los suyos,

Lo que dixo á Cortés.

,, para que pudiese volver por su autoridad, poner ,, en sujecion á los rebeldes, y atajar el fuego des- ,, viando la materia." Repitió lo que habia padecido por no faltar á su palabra, y tocó ligeramente los rezelos que mas le congojaban; pero fueron tan rendidas las instancias que hizo á Cortés para que no le replicáse, que se descubrian las influencias del temor en las eficacias del ruego.

Hallábase ya Hernan Cortés con dictamen de que le convenia retirarse por entonces, aunque no sin esperanzas de volver á la empresa con mayor fundamento: y sirviendose de lo que llevaba discurrido, para estrañar menos esta proposicion, le respondió sin detenerse: ,, Que su ánimo y su entendimiento ,, estaban conformes en obedecerle con ciega resig- ,, nacion, porque solo deseaba executar lo que fuese ,, de su mayor agrado, sin discurrir en los motivos ,, de aquella resolucion, ni detenerse á representar ,, inconvenientes que tendria previstos y considera- ,, dos, en cuyo exâmen debe rendir su juicio el infe- ,, rior, ó suele bastar por razon la voluntad de los ,, Príncipes. Que sentiria mucho apartarse de su la- ,, do sin dexarle restituido en la obediencia de sus va- ,, sallos, particularmente quando pedia mayor pre- ,, caucion la circunstancia de haberse declarado la no- ,, bleza por los populares: novedad que necesitaba de ,, todo su cuidado, porque los nobles (roto una vez

Respuesta de Cortés. Allánase á retirarse.

Proponele su riesgo,

,, el freno de su obligacion) se hallan mas cerca de
,, los mayores atrevimientos. Pero que no le tocaba
,, formar dictamenes que pudiesen retardar su obe-
,, diencia, quando le proponia como remedio nece-
,, sario su jornada, conociendo la enfermedad, y los
,, humores de que adolecia su república: sobre cuyo
,, presupuesto, y la certidumbre de que marcharia
,, luego con su exército la vuelta de Zempoala, de-
,, bia suplicarle, que antes de su partida hiciese dexar
,, las armas á sus vasallos; porque no sería de buena
,, conseqüencia que atribuyesen á su rebeldia lo que
,, debian á la benignidad de su Rey; cuyo reparo ha-
,, cia mas por el decoro de su autoridad, que porque
,, le diese cuidado la obstinacion de aquellos rebeldes,
,, pues dexaba el empeño de castigarlos por compla-
,, cerle, llevando en su espada y en el valor de los
,, suyos todo lo que habia menester para retirarse con
,, seguridad."

y que dexen las armas los rebel-des.

No esperaba Motezuma tanta prontitud en la respuesta de Cortés: creyó hallar en él mayor resistencia, y temia estrecharle con la porfia ó con la desazon en materia que tenia resuelta y deliberada. Dióle á entender su agradecimiento con demostraciones de particular gratitud. Salió al semblante y á la voz el desahogo de su respiracion. Ofreció mandar luego á sus vasallos que dexasen las armas, y aprobó su advertencia, estimandola como disposicion necesaria pa-

Agradece Motezuma la respuesta.

ra que llegasen menos indignos á capitular con su Rey. Punto en que no habia discurrido, aunque sentia interiormente la disonancia de tanto contemporizar con los que merecian su desagrado; y no hallaba camino de componer la soberania con la disimulacion. Al mismo tiempo que duraba esta conferencia se tocó un arma muy viva en el quartel. Salió Hernan Cortés á reconocer sus defensas, y halló la gente por todas partes empeñada en la resistencia de un asalto general que intentaron los enemigos. Estaba siempre vigilante la guarnicion, y fueron recibidos con todo el rigor de las bocas de fuego: pero no fue posible detenerlos, porque cerraron los ojos al peligro, y acometieron de golpe, impelidos unos de otros con tanta precipitacion, que caminando, al parecer, su vanguardia sin propio movimiento, logró al primer avance la determinacion de arrimarse á la muralla. Fueronse quedando los arcos y las hondas en la distancia que habian menester, y empezaron á repetir sus cargas, para desviar la oposicion del asalto, que al mismo tiempo se intentaba, y resistia con igual resolucion. Llegó por algunas partes el enemigo á poner el pie dentro de los reparos: y Hernan Cortés, que tenia formado su reten de Tlascaltécas y Españoles en el patio principal, acudia con nuevos socorros à los puestos mas aventurados, siendo necesaria toda su actividad y todo el ardimiento de los su-

Vuelven al asalto los rebeldes

con valerosa resolucion.

yos para que no flaqueáse la defensa, ó se llegáse á conocer la falta que hacen las fuerzas al valor.

Propone Motezuma salir á la muralla para reprimir á los suyos.

Supo Motezuma el conflicto en que se hallaba Cortés, llamó á Doña Marina, y por su medio le propuso: „ Que segun el estado presente de las cosas, „ y lo que tenian discurrido, sería conveniente de- „ xarse ver desde la muralla para mandar que se re- „ tirasen los sediciosos populares, y viniesen desarma- „ dos los nobles á representar lo que unos y otros „ pretendian." Admitió Cortés su proposicion, teniendo ya por necesaria esta diligencia para que respiráse por un rato su gente, quando no bastase para vencer la obstinacion de aquella multitud inexôrable: y Motezuma se dispuso luego á executar esta diligencia, con ansia de reconocer el ánimo de sus vasallos en lo tocante á su persona. Hizose adornar de las vestiduras reales: pidió la diadema y el manto imperial: no perdonó las joyas de los actos publicos, ni otros resplandores afectados que publicaban su desconfianza; dando á entender con este cuidado que necesitaba de accidentes su presencia para ganar el respeto de los ojos, ó que le convenia socorrerse de la púrpura y el oro para cubrir la flaqueza interior de la Magestad. Con todo este aparato, y con los Mexicanos principales que duraban en su servicio, subió al terrado contrapuesto á la mayor avenida. Hizo calle la guarnicion, y asomandose uno de ellos al pretil, di-

Cortés acepta este partido.

Adórnase Motezuma para esta funcion.

xo en voces altas que previniesen todos su atencion y su reverencia, porque se habia dignado el gran Motezuma de salir á escucharlos y favorecerlos. Cesaron los gritos al oir su nombre, y cayendo el terror sobre la ira, quedaron apagadas las voces, y amedrentada la respiracion. Dexóse ver entonces de la muchedumbre, llevando en el semblante una severidad apacible, compuesta de su enojo y su rezelo. Doblaron muchos la rodilla quando le descubrieron, y los mas se humillaron hasta poner el rostro con la tierra, mezclandose la razon de temerle con la costumbre de adorarle. Miró primero á todos, y despues á los nobles, con ademan de reconocer á los que conocia. Mandó que se acercasen algunos, llamandolos por sus nombres. Honrólos con el título de amigos y parientes, forcejando con su indignacion. Agradeció el afecto con que deseaban su libertad, sin faltar á la decencia de las palabras; y su razonamiento (aunque le hallamos referido con alguna diferencia) fue, segun dicen los mas, en esta conformidad:

Turbacion de los rebeldes á la vista de su Rey.

Cómo se portó Motezuma con los suyos.

„Tan lejos estoy, vasallos mios, de mirar como „delito esta conmocion de vuestros corazones, que „no puedo negarme inclinado á vuestra disculpa. „Exceso fue tomar las armas sin mi licencia; pero „exceso de vuestra fidelidad. Creisteis, no sin alguna razon, que yo estaba en este palacio de mis predecesores detenido y violentado: y el sacar de opre-

Oracion que hizo á los sediciosos.

,, sion á vuestro Rey es empeño grande para intentado sin desorden: que no hay leyes que puedan sujetar el nimio dolor á los términos de la prudencia; y aunque tomasteis con poco fundamento la ocasion de vuestra inquietud (porque yo estoy sin violencia entre los forasteros que tratais como enemigos) ya veo que no es descredito de vuestra voluntad el engaño de vuestro discurso. Por mi eleccion he perseverado con ellos, y he debido toda esta benignidad á su atencion, y todo este obsequio al Príncipe que los envia. Ya estan despachados: ya he resuelto que se retiren, y ellos saldrán luego de mi corte; pero no es bien que me obedezcan primero que vosotros, ni que vaya delante de vuestra obligacion su cortesia. Dexad las armas, y venid como debeis á mi presencia, para que cesando el rumor, y callando el tumulto, quedeis capaces de conocer lo que os favorezco en lo mismo que os perdono."

Asi acabó su oracion, y nadie se atrevió á responderle. Unos le miraban asombrados y confusos de hallar el ruego donde temian la indignacion: y otros lloraban de ver tan humilde á su Rey, ó lo que disuena mas, tan humillado. Pero al mismo tiempo que duraba esta suspension, volvió á remolinar la plebe, y pasó en un instante del miedo á la precipitacion, facil siempre de llevar á los extremos su inconstancia:

Vuelve á inquietarse la multitud.



ó fealdad espantosa que suelen dexar en el ánimo al acabarse de cometer los enormes delitos.

Pasó luego Hernan Cortés al quarto de Motezuma, que volvió en sí dentro de breve rato; pero tan impaciente y despechado, que fue necesario detenerle para que no se quitáse la vida. No era posible curarle, porque desviaba los medicamentos: prorumpia en amenazas, que terminaban en gemidos: esforzabase la ira, y declinaba en pusilanimidad: la persuasion le ofendia, y los consuelos le irritaban: cobró el sentido para perder el entendimiento; y pareció conveniente dexarle por un rato, y dar algun tiempo á la consideracion, para que se desembarazáse de las primeras disonancias de la ofensa. Quedó encargado á su familia, y en miserable congoja, batallando con las violencias de su natural, y el abatimiento de su espíritu, sin aliento para intentar el castigo de los traidores, y mirando como hazaña la resolucion de morir á sus manos. Bárbaro recurso de ánimos cobardes, que gimen debaxo de la calamidad, y solo tienen valor contra el que puede menos.

Impaciencias de Motezuma.

Su desesperacion.

CAPITULO XV.

MUERE MOTEZUMA SIN QUERER reducirse á recibir el bautismo. Envia Cortés el cuerpo á la ciudad: celebran sus exêquias los Mexicanos; y se describen las calidades que concurrieron en su persona.

PErseveró en su impaciencia Motezuma, y se agravaron al mismo paso las heridas, conociendose por instantes lo que influyen las pasiones del ánimo en la corrupcion de los humores. El golpe de la cabeza pareció siempre de cuidado, y bastaron sus despechos para que se hiciese mortal; porque no fue posible curarle como era necesario, hasta que le faltaron las fuerzas para resistir á los remedios. Padeciase lo mismo para reducirle á que tomáse algun alimento, cuya necesidad le iba extenuando: solo duraba en él alentada y vigorosa la determinacion de acabar con su vida, creciendo su desesperacion con la falta de sus fuerzas. Conocióse á tiempo el peligro, y Hernan Cortés (que faltaba pocas veces de su lado, porque se moderaba y componia en su presencia) trató con todas veras de persuadirle á lo que mas le importaba. Volvióle á tocar el punto de la Religion, llamandole con suavidad á la detestacion de sus errores, y al conocimiento de la verdad. Habia mostra-

Agrávase la herida de la cabeza.

Diligencias que se hicieron para su conversion.

do en diferentes ocasiones alguna inclinacion á los ritos y preceptos de la Fé Católica, desagradando á su entendimiento los absurdos de la idolatría, y llegó á dar esperanzas de convertirse; pero siempre lo dilataba por su diabólica razon de estado, atendiendo á la supersticion agena, quando le dexaba la suya, y dando al temor de sus vasallos mas que á la reverencia de sus dioses.

Persuasiones de Cortés y de Fr. Bartolomé.

Hizo Cortés de su parte quanto pedia la obligacion de Christiano. Rogabale unas veces fervoroso, y otras enternecido que se volviese á Dios, y aseguráse la eternidad recibiendo el bautismo. El Padre Fray Bartolomé de Olmedo le apretaba con razones de mayor eficacia. Los Capitanes que se preciaban de sus favorecidos, querian entenderse con su voluntad. Doña Marina pasaba de la interpretacion á los motivos y á los ruegos: y diga lo que quisiere la emulacion, ó la malicia (que hasta en este cuidado culpa de omisos á los Españoles) no se omitió diligencia humana para reducirle al camino de la verdad.

Sus respuestas.

Pero sus respuestas eran despropósitos de hombre precíto: discurrir en su ofensa, prorumpir en amenazas, dexarse caer en la desesperacion, y encargar á Cortés el castigo de los traidores: en cuya batalla, que

Muere obstinado.

duró tres dias, rindió al demonio la eterna posesion de su espíritu, dando á la venganza y á la ferocidad las últimas cláusulas de su aliento; y dexando al mun-

do un exemplo formidable de lo que se deben temer en aquella hora las pasiones, enemigas siempre de la conformidad, y mas absolutas en los poderosos, porque falta el vigor para sujetarlas, al mismo tiempo que prevalece la costumbre de obedecerlas.

Sentimiento de los Españoles.

Fue general entre los Españoles el sentimiento de su muerte, porque todos le amaban con igual afecto, unos por sus dádivas, y otros por su gratitud y benevolencia. Pero Hernan Cortés, que le debia mas que todos, y hacia mayor pérdida, sintió esta desgracia tan vivamente, que llegó á tocar su dolor en congoja y desconsuelo: y aunque procuraba componer el semblante por no desalentar á los suyos, no bastaron sus esfuerzos para que dexáse de manifestar el secreto de su corazon con algunas lagrimas que se vinieron á sus ojos, tarde, ó mal detenidas. Tenia fundada en la voluntaria sujecion de aquel Príncipe la mayor fábrica de sus designios. Habiasele cerrado con su muerte la puerta principal de sus esperanzas. Necesitaba ya de tirar nuevas líneas para caminar al fin que pretendia. Y sobre todo le congojaba que hubiese muerto en su obstinacion: último encarecimiento de aquella infelicidad, y punto esencial que le dividia el corazon entre la tristeza y el miedo, tropezando en el horror todos los movimientos de la piedad.

Envia Cortés el cadáver con sus criados.

Su primera diligencia fue llamar á los criados del difunto, y elegir seis de los mas principales para que

sacasen el cuerpo á la ciudad ; en cuyo número fueron comprehendidos algunos prisioneros sacerdotes de los ídolos : unos y otros oculares testigos de sus heridas y de su muerte. Ordenóles que dixesen de su parte á los Príncipes que gobernaban el tumulto popular : „ Que allí les enviaba el cadáver de su Rey, „ muerto á sus manos, cuyo enorme delito daba nueva razon á sus armas. Que antes de morir le pidió „ repetidas veces (como sabian) que tomáse por su „ cuenta la venganza de su agravio, y el castigo de „ tan horrible conspiracion. Pero que mirando aquella culpa como brutalidad impetuosa de la ínfima „ plebe, y como atrevimiento, cuya enormidad habrian conocido y castigado los de mayor entendimiento y obligaciones, volvia de nuevo á proponer la paz, y estaba pronto á concedersela, viniendo los diputados que nombrasen á conferir y ajustar los medios que pareciesen convenientes. Pero „ que al mismo tiempo tuviesen entendido, que si „ no se ponian luego en la razon y en el arrepentimiento, serian tratados como enemigos, con la circunstancia de traidores á su Rey, experimentando „ los últimos rigores de sus armas : porque muerto „ Motezuma, cuyo respeto le detenia y moderaba, „ trataria de asolar y destruir enteramente la ciudad, „ y conocerian con tardo escarmiento lo que iba de „ una hostilidad poco mas que defensiva, en que solo

Amenaza con esta ocasion á los sediciosos,

sin apartarse de la paz.

„ se cuidaba de reducirlos, á una guerra declarada en „ que se llevaria delante de los ojos la obligacion de „ castigarlos."

Partieron luego con este mensage los seis Mexicanos, llevando en los hombros el cadáver; y á pocos pasos llegaron á reconocerle, no sin alguna reverencia, los sediciosos, como se observó desde la muralla. Siguieronle todos, arrojando las armas y desamparando sus puestos: y en un instante se llenó la ciudad de llantos y gemidos, bastante demostracion de que pudo mas el espectáculo miserable, ó la presencia de su culpa, que la dureza de sus corazones. Ya tenian elegido Emperador, segun la noticia que se tuvo despues, y sería dolor sin arrepentimiento; pero no disonarian al sucesor aquellas reliquias de fidelidad, mirandolas en el nombre, y no en la persona del Rey. Duraron toda la noche los alaridos y clamores de la gente, que andaba en tropas repitiendo por las calles el nombre de Motezuma con un género de inquietud lastimosa, que publicaba el desconsuelo, sin perder las señas de motin.

Dolor de los Mexicanos.

Algunos dicen que le arrastraron, y le hicieron pedazos, sin perdonar á sus hijos y mugeres. Otros, que le tuvieron expuesto á la irrision y desacato de la plebe, hasta que un criado suyo, formando una humilde pyra de mal colocados leños, abrasó el cuerpo en lugar retirado y poco decente. Pudose creer

uno y otro de un pueblo desbocado, en cuya inhumanidad se acerca mas á lo verisímil lo que se aparta mas de la razon. Pero lo cierto fue que respetaron el cadáver, afectando en su adorno, y en la pompa funeral, que sentian su muerte como desgracia en que no tuvo culpa su intencion: si ya no aspiraron á conseguir con aquella exterioridad reverente la satisfaccion, ó el engaño de sus dioses. Llevaronle con grande aparato la mañana siguiente á la montaña de Chapultepeque, donde se hacian las exêquias, y guardaban las cenizas de sus Reyes: y al mismo tiempo resonaron con mayor fuerza los clamores y lamentos de la multitud que solia concurrir á semejantes funciones, cuya noticia confirmaron despues ellos mismos, refiriendo las honras de su Rey como hazaña de su atencion, ó como emienda substancial de su delito.

Pompa de sus exêquias.

No faltaron plumas que atribuyesen á Cortés la muerte de Motezuma, ó lo intentasen por lo menos, afirmando que le hizo matar para desembarazarse de su persona. Y alguno de los nuestros dice que se dixo; y no lo defiende, ni lo niega: descuido que, sin culpa de la intencion, se hizo semejante á la calumnia. Pudo ser que lo afirmasen, años despues, los Mexicanos por concitar el odio contra los Españoles, ó borrar la infamia de su nacion; pero no lo dixeron entonces, ni lo imaginaron: ni se debia permitir á la pluma, sin mayor fundamento, un hecho de semejan-

Engaño de los que atribuyen á Cortés esta muerte.



tes inconseqüencias. ¿ Cómo era posible que un hombre tan atento y tan avisado como Hernan Cortés, qüando tenia sobre sí todas las armas de aquel Imperio, se quisiese deshacer de una prenda en que consistia su mayor seguridad ? ¿ O qué disposicion le daba la muerte de un Rey amigo y sujeto, para la conquista de un reyno levantado y enemigo ? Desgracia es de las grandes acciones la variedad con que se refieren, y empresa facil de la mala intencion inventar circunstancias, que quando no basten á deslucir la verdad, la sujetan por entonces á la opinion ó á la ignorancia, empezando muchas veces en la credulidad licenciosa del vulgo lo que viene á parar en las Historias. Notablemente se fatigan los estrangeros para desacreditar los aciertos de Cortés en esta empresa. Defiendale su entendimiento de semejante absurdo, sinó le defendiere la nobleza de su ánimo de tan horrible maldad, y quedese la envidia en su confusion: vicio sin deleyte, que atormenta quando se disimula, y desacredita quando se conoce: siendo en la verdad lustre del envidiado, y desayre de su dueño.

Inconseqüencia de esta calumnia.

Propiedades de la envidia.

Fue Motezuma (como diximos) Príncipe de raros dotes naturales, de agradable y magestuosa presencia, de claro y perspicaz entendimiento, falto de cultura, pero inclinado á la substancia de las cosas. Su valor le hizo el mejor entre los suyos antes de llegar á la corona; y despues le dió entre los estraños

Juicio de las acciones de Motezuma.

Su valor.

la opinion mas venerable de los Reyes. Tenia el genio y la inclinacion militar: entendia las artes de la guerra; y quando llegaba el caso de tomar las armas, era el exército su corte. Ganó por su persona y direccion nueve batallas campales, conquistó diferentes provincias, y dilató los límites de su Imperio, dexando los resplandores del solio por los aplausos de la campaña, y teniendo por mejor cetro el que se forma del baston. Fue naturalmente dadivoso y liberal: hacia grandes mercedes sin género de ostentacion, tratando las dádivas como deudas, y poniendo la magnificencia entre los oficios de la Magestad. Amaba la justicia, y zelaba su administracion en los Ministros con rígida severidad. Era contenido en los desórdenes de la gula, y moderado en los incentivos de la sensualidad. Pero estas virtudes, tanto de hombre, como de Rey, se deslucian ó apagaban con mayores vicios de hombre y de Rey. Su continencia le hacia mas vicioso que templado, pues se introduxo en su tiempo el tributo de las concubinas, naciendo la hermosura en todos sus reynos esclava de sus moderaciones: desordenado el antojo, sin hallar disculpa en el apetito. Su justicia tocaba en el extremo contrario, y llegó á equivocarse con su crueldad; porque trataba como venganzas los castigos, haciendo muchas veces el enojo lo que pudiera la razon. Su liberalidad ocasionó mayores daños, que produxo beneficios,

Su liberalidad.

Su justicia y otras virtudes.

Mayores sus vicios.

porque llegó á cargar sus reynos de imposiciones y tributos intolerables, y se convertia en sus profusiones y desperdicios el fruto aborrecible de su iniquidad. No daba medio, ni admitia distincion entre la esclavitud y el vasallage: y hallando política en la opresion de sus vasallos, se agradaba mas de su temor que de su paciencia. Fue la soberbia su vicio capital y predominante: votaba por sus meritos, quando encarecia su fortuna: y pensaba de sí mejor que de sus dioses; aunque fue sumamente dado á la supersticion de su idolatría, y el demonio llegó á favorecerle con freqüentes visitas, cuya malignidad tiene sus hablas y visiones para los que llegan á cierto grado en el camino de la perdicion. Sujetóse á Cortés voluntariamente, rindiendose á una prision de tantos dias contra todas las reglas naturales de su ambicion y su altivez. Pudose dudar entonces la causa de semejante sujecion; pero de sus mismos efectos se conoce ya que tomó Dios las riendas en la mano para domar este monstruo, sirviendose de su mansedumbre para la primera introduccion de los Españoles: principio de que resultó despues la conversion de aquella gentilidad. Dexó algunos hijos: dos de los que le asistian en su prision fueron muertos por los Mexicanos quando se retiró Cortés: y otras dos ó tres hijas, que se convirtieron despues, y casaron con Españoles. Pero el principal de todos fue Don Pedro de Motezu-

Opresion de sus vasallos.

Visitabale el demonio.

Rara sujecion á Cortés.

ma, que se reduxo tambien á la Religion Católica dentro de pocos dias, y tomó este nombre en el bautismo. Concurrió en él la representacion de su padre, por ser habido en la Señora de la provincia de Tula, una de las Reynas que residian en el palacio real con igual dignidad, la qual se reduxo tambien á imitacion de su hijo, y se llamó en el bautismo Doña Maria de Niagua Suchil: acordando en estos renombres la nobleza de sus antepasados. Favoreció el Rey á Don Pedro dandole Estado y rentas en Nueva España con Título de Conde de Motezuma, cuya sucesion legítima se conserva hoy en los Condes de este apellido, vinculada en él dignamente la heroyca recordacion de tan alto principio.

Reynó este Príncipe diez y siete años: undécimo en el número de aquellos Emperadores: segundo en el nombre de Motezuma: y ultimamente murió en su ceguedad á vista de tantos auxîlios que parecian eficaces. ¡O siempre inescrutables permisiones de la eterna Justicia! mejores para el corazon que para el entendimiento.

CAPITULO XVI.

VUELVEN LOS MEXICANOS A SITIAR el alojamiento de los Españoles. Hace Cortés nueva salida: gana un adoratorio que habian ocupado, y los rompe, haciendo mayor daño en la ciudad, y deseando escarmentarlos para retirarse.

NO intentaron los Indios faccion particular que diese cuidado en los tres dias que duró Motezuma con sus heridas, aunque siempre hubo tropas á la vista, y algunas ligeras invasiones que se desviaban con facilidad. Pudose dudar si duraba en ellos la turbacion de su delito, y el temor de su Rey nuevamente irritado. Pero despues se conoció que aquella tibia continuacion de la guerra nacia de la gente popular que andaba desordenada y sin caudillos, por hallarse ocupados los Magnates de la ciudad en la coronacion del nuevo Emperador, que segun lo que se averiguó despues, se llamaba Quetlavaca, Rey de Iztapalapa, y segundo Elector del Imperio: vivió pocos dias, pero bastantes, para que su tibieza y falta de aplicacion dexáse poco menos que borrada entre los suyos la memoria de su nombre. Los Mexicanos que salieron con el cuerpo de Motezuma y con la proposicion de la paz, no volvieron con res-

Corónase Quetlavaca por Emperador. Duró su Imperio pocos dias.

puesta; y esta rebeldía en los principios del nuevo gobierno trahia malas conseqüencias á la imaginacion.

Desea Cortés retirarse.

Deseaba Hernan Cortés retirarse con reputacion, empeñado ya con sus Capitanes y soldados en que se dispondria brevemente la salida, y hecho el ánimo á que le convenia rehacerse de nuevas fuerzas para volver á México menos aventurado: cuya conquista miró siempre como cosa que habia de ser, y miraba entonces como empeño necesario, muerto Motezuma, cuyas atenciones contenian su resolucion dentro de otros límites menos animosos.

Vuelven á la guerra los Mexicanos.

Tardó poco el desengaño de lo que se andaba maquinando en aquella suspension de los Indios: porque la mañana siguiente al dia en que se celebraron las exêquias de Motezuma volvieron á la guerra con mas fundamento y mayor número de gente. Amanecieron ocupadas todas las calles del contorno, y guarnecidas las torres de un adoratorio grande que distaba poco del quartel, dominando parte del edificio con el alcance de hondas y flechas: puesto en que se hubiera fortificado Hernan Cortés, si se hallára con fuerzas bastantes para divididas; pero no quiso incurrir en el desacierto de los que faltan á la necesidad, por acudir á la prevencion.

Fortificanse en un adoratorio.

Subiase por cien gradas al atrio superior de este adoratorio, sobre cuyo pavimento se levantaban algunas torres de bastante capacidad. Habianse alojado

en él hasta quinientos soldados escogidos entre la nobleza Mexicana, tomando tan de asiento el mantenerle, que se previnieron de armas y bastimentos para muchos dias.

Hallóse Cortés empeñado en desalojar al enemigo de aquel padrastro, cuyas ventajas una vez conocidas, y puestas en uso, pedian breve remedio: y para conseguirlo, sin aventurar la faccion, sacó la mayor parte de su gente fuera de la muralla, dividiendola en esquadrones del grueso que pareció necesario para detener las avenidas, y embarazar los socorros. Cometió el ataque del adoratorio al Capitan Escobar con su compañia, y hasta cien Españoles de buena calidad. Dióse principio al combate, ocupando los Españoles todas las bocas de las calles: y al mismo tiempo acometió Escobar, penetrando el atrio inferior y parte de las gradas sin hallar oposicion, porque los Indios le dexaron empeñar en ellas advertidamente, por ofenderle mejor desde mas cerca: y en viendo la ocasion, se coronaron de gente los pretiles, y dieron la carga, disparando sus flechas y sus dardos con tanto rigor y concierto, que le obligaron á detenerse, y á ordenar que peleasen los arcabuces y ballestas contra los que se descubrian: pero no le fue posible resistir á la segunda carga, que fue menos tolerable. Tenian de mampuesto grandes piedras, y gruesas vigas, que dexadas caer de lo alto, y cobrando

Asalta Escobar el adoratorio.

Son rechazados los Españoles del asalto.

fuerza en el pendiente de las gradas, le obligaron á retroceder primera, segunda y tercera vez. Algunas de las vigas baxaban medio encendidas, para que hiciesen mayor daño. Ruda imitacion de las armas de fuego, que sería grande arbitrio entre sus Ingenieros; pero se descomponia la gente para evitar el golpe, y turbada la union, se hacia la retirada inevitable.

Reconociólo Hernan Cortés, que discurria con una tropa de caballos por todas las partes donde se peleaba: y desmontando con el primer consejo de su valor, reforzó la compañia de Escobar con algunos Tlascaltécas del reten, y la gente de su tropa. Hizose atar al brazo herido una rodela, y se arrojó á las gradas con la espada en la mano, y tan segura resolucion, que dexó sin conocimiento del peligro á los que le seguian. Vencieronse con presteza y felicidad los impedimentos del asalto: ganóse del primer abordo la última grada, y poco despues el pretil del atrio superior, donde se llegó á lo estrecho de las espadas y los chuzos. Eran nobles aquellos Mexicanos, y se conoció en su resistencia lo que diferencia los hombres el incentivo de la reputacion. Dexabanse hacer pedazos por no rendir las armas: algunos se precipitaban de los pretiles, persuadidos á que mejoraban de muerte, si la tomaban por sus manos. Los sacerdotes y ministros del adoratorio (despues de apellidar la defensa de sus dioses) murieron

Sube Cortés, y le rinde.

peleando con presuncion de valientes; y á breve rato quedó por Cortés el puesto con total estrago de aquella nobleza Mexicana, sin perder un hombre, ni ser muchos los heridos.

Fue notable y digno de memoria el discurso que hicieron dos Indios valerosos en la misma turbacion de la batalla, y el denuedo con que llegaron á intentar la execucion de su designio. Resolvieronse á dar la vida por su patria, creyendo acabar la guerra con su muerte: y era el concierto de los dos precipitarse á un tiempo del pretil por la parte donde faltaban las gradas, llevandose consigo á Cortés. Anduvieron juntos buscando la ocasion: y apenas le vieron cerca del precipicio, quando arrojaron las armas para poderse acercar como fugitivos que iban á rendirse. Llegaron á él con la rodilla en tierra, en ademan de pedir misericordia; y sin perder tiempo se dexaron caer del pretil con la presa en las manos, haciendo mayor la violencia del impulso con la fuerza natural de su mismo peso. Arrojólos de sí Hernan Cortés no sin alguna dificultad, y quedó con menos enojo que admiracion, reconociendo su peligro en la muerte de los agresores, y sin desagradarse del atrevimiento, por la parte que tuvo de hazaña.

Intentan dos Indios precipitarse con Cortés.

Arrojalos de sí Hernan Cortés.

Hubo algunas circunstancias en esta faccion del adoratorio que la hicieron posible á menos costa. Turbaronse los Indios al verse acometer de mayor nú-

Maravilla que se hizo reparar en el asalto.

mero, y del mismo Capitan, á quien tenian por invencible. Anduvieron mas acelerados que diligentes en la defensa de las gradas: y las vigas que arrojaban de lo alto atravesadas (en cuyo golpe consistia su mayor defensa) se observó que baxaron de punta, con que pasaban sin ofender: accidente que pareció muy repetido para casual; y algunos le refieren como una de las maravillas que obró en aquella conquista la divina Providencia. Pudo ser culpa de su turbacion el arrojarlas menos advertidamente; pero es cierto que facilitó el último asalto esta novedad: y á vista de tanto como hubo que atribuir á Dios en esta guerra, no sería mucho exceso equivocar alguna vez lo admirable con lo milagroso.

Hizo Hernan Cortés que se trasportasen luego á su quartel los víveres que tenian almacenados en las oficinas del adoratorio, cantidad considerable, y socorro necesario en aquella ocasion. Mandó que se pusiese fuego al mismo adoratorio, y que se diesen á la ruina y al incendio las torres y algunas casas interpuestas, que podian embarazar para que su artillería mandáse la eminencia. Cometió este cuidado á los Tlascaltécas, que lo pusieron luego en execucion: y volviendo los ojos al empeño en que se hallaba su gente, reconoció que habia cargado la mayor fuerza del enemigo á la calle de Tacuba, poniendo en conflicto á los que cuidaban de aquella principal avenida.

Ponese fuego en el adoratorio.

Peligran los que peleaban en la calle de Tacuba.

Cobró luego su caballo, y afianzó la rienda en el brazo herido. Tomó una lanza, y partió al socorro, haciendo que le siguiesen los demás caballos, y Escobar con la gente de su cargo. Pasaron los caballos delante, cuyo choque rompió la multitud enemiga, hiriendo y atropellando á todas partes, sin perder golpe, ni olvidar la defensa. Fue sangriento el combate, porque los Indios, que se iban quedando atrás por apartarse de los caballos, daban medio vencidos en la infantería, que trabajaba poco en acabarlos de vencer. Pero Hernan Cortés, no sin alguna inconsideracion, se adelantó á todos los de su tropa, dexandose lisonjear mas que debiera de sus mismas hazañas: y quando volvió sobre sí, no se pudo retirar, porque le venia cargando todo el tropel de los fugitivos, hecha ya peligro de su vida la victoria de los suyos.

Entró al socorro Cortés.

Empéñase demasiado.

Resolvióse á tomar otra calle, creyendo hallar en ella menos oposicion: y á pocos pasos encontró una partida numerosa de Indios mal ordenados que llevaban preso á su grande amigo Andres de Duero, porque dió en sus manos, cayendo su caballo, y le valió para que no le hiriesen el ir destinado al sacrificio. Embistió con ellos animosamente, y atropellando la escolta, puso en confusion á los demás, con que pudo el preso desembarazarse de los que le oprimian, para servirse de un puñal que le dexaron por descuido quando le desarmaron. Hizose lugar con

Toma otra calle para escapar.

Socorre á Andres de Duero.

muerte de algunos hasta cobrar su lanza y su caballo:
Retiranse los dos. y unidos los dos amigos, pasaron la calle á galope largo, rompiendo por las tropas enemigas, hasta llegar á incorporarse con los suyos. Celebró este socorro Hernan Cortés como una de sus mayores felicidades: vinosele á las manos la ocasion, quando se hallaba dudoso de la propia salud; pero le ayudaba tanto la fortuna (tomada en su real y católica significacion) que hasta sus mismas inadvertencias le producian sucesos oportunos.

Huyen los Mexicanos, Ibase ya retirando por todas partes el enemigo, y no pareció conveniente pasar á mayor empeño: porque no era posible seguir el alcance sin desabrigar el quartel. y Cortés se recoge á su quartel. Hizose la seña de recoger; y aunque volvió fatigada la gente del largo combate, fue sin otra pérdida que la de algunos heridos: cuya felicidad dió nueva sazon al descanso, enjugando brevemente la victoria el sudor de la batalla. Quemaronse muchas casas este dia, y murieron tantos Mexicanos, que á vista de su castigo, se pudo esperar su escarmiento. Algunos refieren esta salida entre las que se hicieron antes que muriese Motezuma; pero fue despues, segun la relacion del mismo Hernan Cortés, á quien seguimos sin mayor exâmen, por no ser este de los casos en que importa mucho la graduacion de los sucesos. Debióse principalmente á su valor el asalto del adoratorio, porque hizo superable con su

resolucion y con su exemplo la dificultad en que vacilaban los suyos. Olvidóse dos veces este dia de lo que importaba su persona, entrando en los peligros menos considerado que valiente. Excesos del corazon, que aun sucediendo bien, merecen admiracion sin alabanza.

Olvidóse dos veces de lo que importaba su vida.

Hicieron tanto aprecio los Mexicanos de este asalto del adoratorio, que le pintaron como acaecimiento memorable: y se hallaron despues algunos lienzos que contenian toda la faccion: el acometimiento de las gradas: el combate del atrio; y daban ultimamente ganado el puesto á sus enemigos, sin perdonar el incendio y la ruina de los torreones, ni atreverse á torcer lo substancial del suceso, por ser estas pinturas sus Historias, cuya fé veneraban, teniendo por delito el engaño de la posteridad. Pero se hizo justo reparo en que no les faltáse malicia para fingir algunos adminículos que miraban al credito de su nacion. Pintaron muchos Españoles muertos, despeñados y heridos: cargando la mano en el destrozo que no hicieron sus armas, y dexando, al parecer, colorida la pérdida con la circunstancia de costosa. Falta de puntualidad, en que no pudieron negar la profesion de historiadores, entre los quales viene á ser vicio como familiar este género de cuidado con que se refieren los sucesos, torciendo sus circunstancias ázia la inclinacion que gobierna la pluma: tan-

Pintan los Mexicanos el asalto del adoratorio.

Como lo pintaron.

Peligro en que incurren muchos historiadores.

to, que son raras las Historias en que no se conozca por lo escrito la patria, ó el afecto del Escritor. Plutarco, en la gloria de los Atenienses, halló alguna paridad entre la Historia y la Pintura. Quiere que sea un pais bien delineado, que ponga delante de los ojos lo que refiere. Pero nunca se verifica mas en la pluma la semejanza del pincel, que quando se aliña el pais en que se retratan los sucesos con este género de pinceladas artificiosas, que pasan como adornos de la narracion, y son distancias de la Pintura, que pudieran llamarse lejos de la verdad.

CAPITULO XVII.

PROPONEN LOS MEXICANOS LA PAZ con ánimo de sitiar por hambre á los Españoles: conocese la intencion del tratado: junta Hernan Cortés sus Capitanes, y se resuelve salir de México aquella misma noche.

EL dia siguiente hicieron llamada los Mexicanos, y fueron admitidos no sin esperanza de algun acuerdo conveniente. Salió Hernan Cortés á escucharlos desde la muralla: y acercandose algunos de los nobles con poco séquito, le propusieron de parte del nuevo Emperador: „Que tratáse de marchar „luego con su exército á la marina, donde le aguar-

Proposicion de los Mexicanos sobre la paz.

„ daban sus grandes canoas, y cesaria la guerra por „ el tiempo de que necesitáse para disponer su jor- „ nada. Pero que no determinandose á tomar luego „ esta resolucion, tuviese por cierto que se perderian „ él y todos los suyos irremediablemente: porque ya „ tenian experiencia de que no eran inmortales; y „ quando les costase veinte mil hombres cada Espa- „ ñol que muriese, les sobraria mucha gente para „ cantar la última victoria." Respondióles Hernan Cortés: „ Que sus Españoles nunca presumieron de „ inmortales, sinó de valerosos y esforzados sobre to- „ dos los mortales: y tan superiores á los de su na- „ cion, que sin mas fuerzas, ni mayor número de „ gente, le bastaba el ánimo á destruir, no solamente „ la ciudad, sinó todo el Imperio Mexicano. Pero „ que doliendose de lo que habian padecido por su „ obstinacion, y hallandose ya sin el motivo de su „ embajada, muerto el gran Motezuma (cuya benig- „ nidad y atenciones le detenian) estaba resuelto á „ retirarse, y lo executaria sin dilacion, asentandose „ de una parte y otra los pactos que fuesen conve- „ nientes para la disposicion de su viage." Dieron á entender los Mexicanos que volvian satisfechos y bien despachados: y á la verdad llevaron la respuesta que deseaban, aunque tenia su malignidad oculta la proposicion.

Respuesta de Cortés.

Habianse juntado los Ministros del nuevo gobier-

no para discurrir en presencia de su Rey sobre los puntos de la guerra: y despues de varias conferencias, resolvieron, que para evitar el daño grande que recibian de las armas Españolas, la mortandad lastimosa de su gente, y la ruina de la ciudad, sería conveniente sitiarlos por hambre; no porque diesen el caso de aguardar á que se rindiesen, sinó por enflaquecerlos, y embestirlos quando les faltasen las fuerzas, inventando este género de asedio, novedad hasta entonces en su milicia. Fue la resolucion que se moviesen pláticas de paz, para conseguir la suspension de armas que deseaban: suponiendo que se podria entretener el tratado con varias proposiciones, hasta que se acabasen los pocos bastimentos que hubiese de reserva en el quartel: á cuyo fin ordenaron que se cuidáse mucho de impedir los socorros, de cerrar con tropas á lo largo, y otros reparos, las surtidas por donde se podian escapar los sitiados, y de romper el paso de las calzadas que salian al camino de la Vera Cruz; porque ya no era conveniente dexarlos salir de la ciudad, para que alborotasen las provincias mal contentas, ó se rehiciesen al abrigo de Tlascála.

Tratan de sitiar por hambre á los Españoles, á cuyo fin propusieron la paz.

Repararon algunos en lo que padecerian diferentes Mexicanos de gran suposicion, que se hallaban prisioneros en el mismo quartel: los quales era necesario que pereciesen de hambre, primero que la llega-

Reparan en el peligro de sus prisioneros.

sen á sentir sus enemigos. Pero anduvieron muy zelosos de la causa pública, votando que serian felices, y cumplirian con su obligacion si muriesen por el bien de la patria: y pudo ser que les hiciese daño el hallarse con ellos tres hijos de Motezuma, cuya muerte no sería mal recibida en aquel congreso, por ser el mayor mozo capaz de la corona, bien quisto con el pueblo, y el único sugeto de quien se debia rezelar el nuevo Emperador. Flaqueza lastimosa de semejantes Ministros, dexarse llevar ázia la contemplacion por los rodeos del beneficio comun.

Votan que mueran por la patria, porque muera un hijo de Motezuma.

Solamente les daba cuidado el sumo de aquellos inmundos sacerdotes que se hallaba en la misma prision, porque le veneraban como á la segunda persona del Rey, y tenian por ofensa de sus dioses el dexarle perecer; pero usaron de un ardid notable para conseguir su libertad. Volvieron aquella misma tarde á nueva conferencia los mismos Enviados, y propusieron de parte de su Príncipe, que para excusar de mandas y respuestas que retardasen el tratado, sería bien que saliese á la ciudad alguno de los Mexicanos que tenian prisioneros con noticia de lo que se hubiese de capitular: medio, que no hizo disonancia, ni pareció dificultoso; y luego que le vieron admitido, se dexaron caer (como por via de consejo amigable) que ninguno sería tan á propósito como un sacerdote anciano que paraba en su poder: porque sabria dar á

Dales cuidado el primer sacerdote.

Ardid de que usaron para sacarle de la prision.

entender la razon, y vencer las dificultades que se ofreciesen: cuyo especioso, y bien ordenado pretexto bastó para que viniesen á conseguir lo que deseaban; no porque se dexáse de conocer el descuido artificioso de la proposicion, sinó porque á vista de lo que importaba sondar el ánimo de aquella gente, suponia poco el deshacerse de un prisionero abominable y embarazoso. Salió poco despues el mismo sacerdote bien instruido en algunas demandas faciles de conceder, que miraban á la comodidad y buen pasage de los tránsitos, para llegar, caso que volviese, á lo que se debia capitular en orden á la deposicion de las armas, rehenes y otros puntos de mas consideracion. Pero no fue necesario esperarle, porque llegó primero el desengaño de que no volveria. Reconocieron las centinelas que los enemigos tenian sitiado el quartel á mayor distancia que solian: que andaban recatados y solícitos levantando algunas trincheras y reparos para defender el paso de las acequias: y que habian echado gente á la laguna, que iba rompiendo los puentes de la calzada principal, y embarazando el camino de Tlascála. Diligencia que dió á conocer enteramente el artificio de su intencion.

Llevó este prisionero instruccion de Cortés.

Reconocese que habian sitiado el quartel.

Recibió Hernan Cortés con alguna turbacion esta noticia; pero enseñado á vencer mayores dificultades, cobró el sosiego natural, y con el primer calor de su discurso, que se iba derechamente á los re-

Trata Cortés de su retirada.

medios, mandó fabricar un puente de vigas y tablones para ocupar las divisiones de la calzada, que fuese capaz de resistir al peso de la artillería, quedando en tal disposicion que le pudiesen mover y conducir hasta quarenta hombres. Y sin detenerse mas de lo que fue necesario para dexar esta obra en el astillero, pasó á tomar el parecer de sus Capitanes en orden al tiempo en que se debia executar la retirada. Punto, en cuya proposicion se portó con total indiferencia, ó porque no llevaba hecho dictamen, ó porque le llevaba de no cargar sobre sí la incertidumbre del suceso. Dividieronse los votos, y paró en disputa la conferencia: unos que se hiciese de noche la retirada; otros, que fuese de dia: y por ambas partes habia razones que proponer y que impugnar.

Consulta con sus Capitanes.

Querian unos que fuese de noche la retirada.

Los primeros decian: „Que no siendo contrarios el valor y la prudencia, se debia elegir el camino mas seguro: que los Mexicanos (fuese costumbre ó supersticion) dexaban las armas en llegando la noche; y entonces se debia suponer que los tendria menos desvelados la misma plática de la paz, que juzgaban introducida y abrazada: y que siendo su intencion el embarazar la salida, como lo daban á entender sus prevenciones, se considerase quanto se debia temer una batalla en el paso de la misma laguna, donde no era posible doblarse, ni servirse de la caballería, descubiertos los dos

Razones de esta opinion.

„ costados á las embarcaciones enemigas, y obligados „ á romper por la frente, y resistir por la retaguar- „ dia." Los que llevaban la contraria opinion decian:

Votan otros que sea de dia la retirada.

„ Que no era practicable intentar de noche una mar- „ cha con bagage y artillería por camino incierto, y „ levantado sobre las aguas, quando la estacion del „ tiempo (nublado entonces y lluvioso) daba en los „ ojos con la ceguedad, y el desacierto de semejante „ resolucion: que la faccion de mover un exército „ con todos sus impedimentos, y con el embarazo „ de ir echando puentes para franquear el paso, no „ era obra para executada sin ruido y sin detencion; „ ni en la guerra eran seguras las cuentas alegres so- „ bre los descuidos del enemigo, que alguna vez se „ pueden lograr, pero nunca se deben presumir: que „ la costumbre que se daba por cierta en los Mexi- „ canos de no tomar las armas en llegando la noche „ (demás de haberse visto interrumpida en la faccion „ de poner fuego al quartel, y en la de ocupar el ado- „ ratorio) no era bastante prenda para creer que hu- „ biesen abandonado enteramente la única surtida que „ debian asegurar: y que siempre tendrian por me- „ nor inconveniente salir peleando á riesgo descu- „ bierto, que hacer una retirada con apariencias de „ fuga, para llegar sin credito al abrigo de las nacio- „ nes confederadas, que acaso desestimarian su amis- „ tad, perdido el concepto de su valor, ó por lo me-

„ nos sería mala política necesitar de los amigos, y „ buscarlos sin reputacion."

Tuvo mas votos la opinion de que se hiciese de noche la retirada, y Hernan Cortés cedió al mayor número, dexandose llevar, al parecer, de algun motivo reservado. Convinieron todos en que se apresuráse la salida; y ultimamente se resolvió que fuese aquella misma noche, porque no se dexáse tiempo al enemigo para discurrir en nuevas prevenciones, ó para embarazar el camino de la calzada con algunos reparos ó trincheras de las que solian usar en el paso de las acequias. Dióse calor á la fábrica del puente; y aunque se puede creer que tuvo intento Hernan Cortés de que se hiciesen otros dos, por ser tres los canales que se habian roto, no cupo en el tiempo esta prevencion, ni pareció necesaria, creyendo que se podria mudar el puente de un canal á otro como fuese pasando el exército. Suposiciones en que ordinariamente se conoce tarde la distancia que hay entre el discurso y la operacion.

Vino Cortés en que fuese de noche la salida.

No se puede negar que se portó Hernan Cortés en esta controversia de sus Capitanes con mas neutralidad, ó menos accion que solia. Tuvose por cierto que llegó á la junta inclinado á lo mismo que se resolvió, por haber atendido á la vana prediccion de un Astrólogo, que al entrar en ella, le aconsejó misteriosamente que marchase aquella misma noche, porque

Vana prediccion de un Astrólogo.

se perderia la mayor parte de su exército, si dexaba pasar cierta constelacion favorable, que andaba cerca de terminar en otro aspecto infortunado. Llamábase Botello este adivino, soldado Español, de plaza sencilla, y mas conocido en el exército por el renombre del nigromántico, á que respondia sin embarazarse, teniendo este vocablo por atributo de su habilidad: hombre sin letras ni principios, que se preciaba de penetrar los futuros contingentes; pero no tan ignorante como los que saben con fundamento las artes diabólicas, ni tan sencillo que dexáse de gobernarse por algunos caractéres, números ó palabras de las que tienen dentro de sí la estipulacion abominable del primer engañado. Reíase ordinariamente Cortés de sus pronósticos, despreciando el sugeto por la profesion: y entonces le oyó con el mismo desprecio; pero incurrió en la culpa de oirle, poco menor que la de consultarle; y quando necesitaba de su prudencia para elegir lo mejor, se le llevó tras sí el vaticinio despreciado. Gente perjudicial, y observaciones peligrosas, que deben aborrecer los mas advertidos, y particularmente los que gobiernan; porque al mismo tiempo que se conoce su vanidad, dexan preocupado el corazon con algunas especies que inclinan al temor ó á la seguridad: y quando llega el caso de resolver, suelen alzarse con el oficio del entendimiento las aprehensiones ó los desvaríos de la imaginacion.

Llamábase Botello.

Usaba de algunas supersticiones.

Abominable profesion.

CAPITULO XVIII.

MARCHA EL EXÉRCITO recatadamente, y al entrar en la calzada, le descubren y acometen los Indios con todo el grueso por agua y tierra. Peléase largo rato, y ultimamente se consigue con dificultad y considerable pérdida, hasta salir al parage de Tacuba.

ENvióse aquella misma tarde nuevo Embajador Mexicano á la ciudad con pretexto de continuar la proposicion que llevó á su cargo el sacerdote. Diligencia que pareció conveniente para deslumbrar al enemigo, dandole á entender que se corria de buena inteligencia en el tratado, y que á lo mas largo se dispondria la marcha dentro de ocho dias. Trató luego Hernan Cortés de apresurar las disposiciones de su jornada, cuyo breve plazo daba estimacion á los instantes. Sale Cortés aquella misma noche.

Distribuyó las órdenes, instruyó á los Capitanes, previniendo con atenta precaucion los accidentes que se podian ofrecer en la marcha. Formó la vanguardia, poniendo en ella doscientos soldados Españoles con los Tlascaltecas de mayor satisfaccion, y hasta veinte caballos á cargo de los Capitanes Gonzalo de Sandoval, Francisco de Acebedo, Diego de Ordaz, Francisco de Lugo, y Andres de Tapia. Encargó Cómo dispuso su exército.

la retaguardia con algo mayor número de gente y caballos á Pedro de Alvarado, Juan Velazquez de Leon, y otros Cabos de los que vinieron con Narbáez. En la batalla ordenó que fuesen los prisioneros, artillería y bagage con el resto del exército, reservando para que asistiesen á su persona, y á las ocurrencias donde llamáse la necesidad, hasta cien soldados escogidos con los Capitanes Alonso Dávila, Christoval de Olid, y Bernardino Vazquez de Tapia. Hizo despues una breve oracion á los soldados, ponderando aquella vez las dificultades y peligros del intento; porque andaba muy valída en los corrillos la opinion de que no peleaban de noche los Mexicanos, y era necesario introducir el rezelo para desviar la seguridad: enemiga lisonjera en las facciones militares, porque inclina los ánimos al descuido, para entregarlos á la turbacion; asi como suele prevenirlos el temor prudente contra el miedo vergonzoso.

Pondera la dificultad á sus soldados.

Seguridad peligrosa en la guerra.

Manifiesta el oro y las joyas del tesoro.

Mandó luego sacar á una pieza de su quarto el oro y plata, joyas y preséas del tesoro que tenia en depósito Christoval de Guzman su camarero: y de él se apartó el quinto del Rey en los géneros mas preciosos, y de menos volumen: de que se hizo entrega formal á los Oficiales que llevaban la cuenta y razon del exército, dando para su conduccion una yegua suya, y algunos caballos heridos, por no embarazar los Indios que podian servir en la ocasion. Pasaria el residuo, segun

el cómputo que se pudo hacer, de setecientos mil pesos: cuya riqueza desamparó con poca ó ninguna repugnancia, protestando publicamente „ Que no era „ tiempo de retirarla, ni tolerable que se detuviesen „ á ocupar indignamente las manos, que debian ir li- „ bres para la defensa de la vida y de la reputacion." Pero reconociendo en los soldados menos aplaudido el acierto de aquella pérdida inexcusable, añadió al apartarse: „ Que no se debia mirar entonces la reti- „ rada como desamparo del caudal adquirido, ni del „ intento principal; sinó como una disposicion nece- „ saria para volver á la empresa con mayor esfuerzo: „ al modo que suele servir al impulso del golpe la „ diligencia de retirar el brazo." Y les dió á entender, que no sería gran delito aprovecharse de lo que buenamente pudiesen: que fue lo mismo en la substancia que dexar la moderacion al arbitrio de la codicia: y aunque los mas, viendo en su poder aquel tesoro abandonado, cuidaron de quedar aligerados, y prontos para lo que se ofreciese, hubo algunos, y particularmente los de Narbáez, que se dieron al pillage con sobrada inconsideracion, acusando la estrechez de las mochilas, y sirviendose de los hombros contra la voluntad de las fuerzas. Dispensacion en que, al parecer, dormitaron las advertencias militares de Cortés; porque no pudo ignorar que la riqueza en el soldado no solo es embarazo exterior, quan-

Protestas que hizo á sus soldados.

Permitió que se aprovechasen con moderacion.

Inconvenientes de esta permision.

do llega el caso de pelear, sinó impedimento que suele hacer estorvo en el ánimo: siendo mas fácil en los de pocas obligaciones desprenderse del pundonor, que desasirse de la presa.

No le hallamos otra disculpa que haberse persuadido á que podria executar su marcha sin oposicion: y si esta seguridad, que no parece de su genio, tuvo alguna relacion al vaticinio del Astrólogo, dado el error de haberle atendido, no se debe mirar como nuevo descuido, sinó como segundo inconveniente de la primera culpa.

Parten á la media noche.

Sería poco menos de media noche quando salieron del quartel, sin que las centinelas, ni los batidores hallasen que reparar ó que advertir: y aunque la lluvia y la obscuridad favorecian el intento de caminar cautamente, y aseguraban el rezelo de que pudiese durar el enemigo en sus reparos, se observó con tanta puntualidad el silencio y el recato, que no pudiera obrar el temor lo que pudo en aquellos soldados la obediencia. Pasó el puente levadizo á la vanguardia, y los que le llevaban á su cargo, le acomodaron á la primera canal; pero aferró tanto en las piedras que le sustentaban con el peso de los caballos y artillería, que no quedó capaz de poderse mudar á los demás canales, como se habia presupuesto: ni llegó el caso de intentarlo; porque antes que acabáse de pasar el exército el primer tramo de la calzada,

Pasa el ponton á la vanguardia.



Ximeno inv. et del.

Pelean de noche los Españoles con los Mexicanos en la Calzada de la laguna, de donde salen con mucha dificultad y perdida.



fue necesario acudir á las armas, y se hallaron acometidos por todas partes, quando menos lo rezelaban.

Fue digna de admiracion en aquellos bárbaros la maestría con que dispusieron su faccion, y observaron con vigilante disimulacion el movimiento de sus enemigos. Juntaron, y distribuyeron sin rumor la multitud inmanejable de sus tropas: sirvieronse de la obscuridad y del silencio para lograr el intento de acercarse sin ser descubiertos. Cubrióse de canoas armadas el ámbito de la laguna, que venian por los dos costados sobre la calzada, entrando al combate con tanto sosiego y desembarazo, que se oyeron sus gritos, y el estruendo belicoso de sus caracoles, casi al mismo tiempo que se dexaron sentir los golpes de sus flechas.

Notable advertencia de los Mexicanos.

Acometen por agua y tierra.

Pereciera sin duda todo el exército de Cortés, si hubieran guardado los Indios en el pelear la buena ordenanza que observaron al acometer; pero estaba en ellos violenta la moderacion, y al empezar la cólera, cesó la obediencia, y prevaleció la costumbre, cargando de tropel sobre la parte donde reconocieron el bulto del exército, tan oprimidos unos de otros, que se hacian pedazos las canoas, chocando en la calzada; y era segundo peligro de las que se acercaban, el impulso de las que procuraban adelantarse. Hicieron sangriento destrozo los Españoles en aquella gente desnuda y desordenada; pero no bastaban

Desordenaronse al pelear.

Velerosa defensa de los Españoles.

las fuerzas al contínuo exercicio de las espadas y los chuzos: y á breve rato se hallaron tambien acometidos por la frente, y llegó el caso de volver las caras á lo mas executivo del combate; porque los Indios que se hallaban distantes, ó los que no pudieron sufrir la pereza de los remos, se arrojaron al agua, y sirviendose de su agilidad y de sus armas, trepa-

Suben los enemigos á la calzada.

ron sobre la calzada en tanto número, que no quedaron capaces de mover las armas: cuyo nuevo sobresalto tuvo en aquella ocasion circunstancias de socorro; porque fueron faciles de romper, y muriendo

Sirven sus cuerpos de puente al exército.

casi todos, bastaron sus cuerpos á cegar el canal, sin que fuese necesario otra diligencia que irlos arrojando en él para que sirviesen de puente al exército. Asi lo refieren algunos escritores; aunque otros dicen que se halló dichosamente una viga de bastante latitud, que dexaron sin romper en la segunda puente, por la qual pasó desfilada la gente, llevando por el agua los caballos al arbitrio de la rienda. Como quiera que sucediese (que no son faciles de concordar estas noticias, ni todas merecen reflexîon) la dificultad de aquel paso inexcusable se venció, median-

Sale á la ribera la vanguardia.

do la industria ó la felicidad: y la vanguardia prosiguió su marcha sin detenerse mucho en el último canal; porque se debió á la vecindad de la tierra la diminucion de las aguas, y se pudo esguazar facilmente lo que restaba del lago: teniendose á dicha particu-

lar que los enemigos, de tanta gente como les sobraba, no hubiesen echado alguna de la otra parte; porque fuera entrar en nueva y mas peligrosa disputa los que iban saliendo á la ribera fatigados y heridos, con el agua sobre la cintura; pero no cupo en su advertencia esta prevencion, ni al parecer, descubrieron la marcha; ó sería lo mas cierto que no se hizo lugar entre su confusion y desorden el intento de impedirla.

Pasó Hernan Cortés con el primer trozo de su gente, y ordenando sin detenerse á Juan de Xaramillo que cuidáse de ponerla en esquadron como fuese llegando, volvió á la calzada con los Capitanes Gonzalo de Sandoval, Christoval de Olid, Alonso Dávila, Francisco de Morla, y Gonzalo Dominguez. Entró en el combate animando á los que peleaban, no menos con su presencia, que con su exemplo: reforzó su tropa con los soldados que parecieron bastantes para detener al enemigo por las dos avenidas: y entretanto mandó que se retiráse lo interior de las hileras, haciendo echar al agua la artillería para desembarazar el paso, y dar corriente á la marcha. Fue mucho lo que obró su valor en este conflicto; pero mucho mas lo que padeció su espíritu; porque le trahia el ayre á los oidos, envueltas en el horror de la obscuridad, las voces de los Españoles, que llamaban á Dios en el último trance de la vida: cuyos lamen-

Vuelve Cortés al socorro de los suyos.

Cómo dispuso la retirada.

Voces de los Españoles que perecian.

tos, confusamente mezclados con los gritos y amenazas de los Indios, le trahian al corazon otra batalla entre los incentivos de la ira, y los afectos de la piedad.

Sonaban estas voces lastimosas á la parte de la ciudad, donde no era posible acudir, porque los enemigos que andaban en la laguna, cuidaron de romper el puente levadizo antes que acabáse de pasar la retaguardia: donde fue mayor el fracaso de los Españoles, porque cerró con ellos el principal grueso de los Mexicanos, obligandolos á que se retirasen á la calzada, y haciendo pedazos á los menos diligentes, que por la mayor parte fueron de los que faltaron á su obligacion, y rehusaron entrar en la batalla, por guardar el oro que sacaron del quartel. Murieron estos ignominiosamente abrazados con el peso miserable que los hizo cobardes en la ocasion, y tardos en la fuga. Destruyeron su opinion, y dañaron injustamente al credito de la faccion, porque supusieron en el cómputo de los muertos, como si hubieran vendido á mejor precio la vida: y de buena razon no se habian de contar los cobardes en el número de los vencidos.

Padece mucho la retaguardia.

Mueren los que venian cargados.

Retiróse finalmente Cortés con los últimos que pudo recoger de la retaguardia, y al tiempo que iba penetrando, con poca ó ninguna oposicion, el segundo espacio de la calzada, llegó á incorporarse con él

Pedro de Alvarado, que debió la vida poco menos que á un milagro de su espíritu y su actividad: porque hallandose combatido por todas partes, muerto el caballo, y con uno de los canales por la frente, fixó su lanza en el fondo de la laguna, y saltó con ella de la otra parte, ganando elevacion con el impulso de los pies, y librando el cuerpo sobre la fuerza de los brazos. Maravilloso atrevimiento, que se miraba despues como novedad monstruosa, ó fuera del curso natural: y el mismo Alvarado, considerando la distancia y el suceso, hallaba diferencia entre lo hecho y lo factible. No quiso acomodarse Bernal Diaz del Castillo á que dexáse de ser fingido este salto; antes le impugnó en su Historia, no sin alguna demasia, porque lo dexa y vuelve á repetir, con desconfianza de hombre que temió ser engañado entonces, ó que alguna vez se arrepintió de haber creido con facilidad. Y en nuestro sentir es menos tolerable que Pedro de Alvarado se pusiese á fingir en aquella coyuntura una hazaña sin proporcion ni probabilidad, que quando se creyese, dexaba mas encarecida su ligereza, que acreditado su valor. Referimos lo que afirmaron y creyeron los demás escritores, y lo que autorizó la fama, dando á conocer aquel sitio por el nombre del salto de Alvarado; sin hallar gran disonancia en confesar que pudieron concurrir en este caso, como en otros, lo verdadero y lo in-

Llega Pedro de Alvarado.

Salto de Alvarado.

Niegale Bernal Diaz.

No parece verisímil que Alvarado le fingiese.

verisímil: y á vista del aprieto en que se halló Pedro de Alvarado, se nos figura menos digno de admiracion el suceso, teniendole, no tanto por raro contingente negado á la humana diligencia, como por un esfuerzo extraordinario de la última necesidad.

CAPITULO XIX.

MARCHA HERNAN CORTÉS LA vuelta de Tlascála, siguenle algunas tropas de los lugares vecinos, hasta que uniendose con los Mexicanos, acometen al exército, y le obligan á tomar el abrigo de un adoratorio.

Detienese Cortés cerca de Tacúba.

ACabó de salir el exército á tierra con la primera luz del dia, y se hizo alto cerca de Tacúba, no sin rezelos de aquella poblacion numerosa y parcial de los Mexicanos; pero se tuvo atencion á no desamparar luego la cercania de la laguna, por dar algun tiempo á los que pudiesen escapar de la batalla: y fue bien discurrida esta detencion, porque se logró el recoger algunos Españoles y Tlascaltécas, que, mediante su valor ó su diligencia, salieron nadando á la ribera, ó tuvieron suerte de poderse ocultar en los maizales del contorno.

Dieron estos noticia de que se habia perdido totalmente la última porcion de la retaguardia: y pues-

ta en esquadron la gente, se halló que faltaban del exército casi doscientos Españoles, mas de mil Tlascaltécas, quarenta y seis caballos, y todos los prisioneros Mexicanos, que sin poderse dar á conocer en la turbacion de la noche, fueron tratados como enemigos por los mismos de su nacion. Estaba la gente quebrantada y rezelosa, disminuido el exército, y sin artillería, pendiente la ocasion, y apartado el término de la retirada: y sobre tantos motivos de sentimiento se miraba como infelicidad de mayor peso la falta de algunos Cabos principales, en cuyo número fueron los mas señalados Amador de Lariz, Francisco de Morla y Francisco de Saucedo, que perdieron la vida, cumpliendo á toda costa con sus obligaciones. Murió tambien Juan Velazquez de Leon, que se retiraba en lo último de retaguardia, y cedió á la muchedumbre, durando en el valor hasta el último aliento. Pérdida que fue de general sentimiento, porque le respetaban todos como á la segunda persona del exército. Era Capitan de grande utilidad, no menos para el consejo que para las execuciones: de austera condicion y contínuas veras; pero sin desagrado ni prolixidad: apasionado siempre de lo mejor, y de ánimo tan ingenuo, que se apartó de su pariente Diego Velazquez, porque le vió descaminado en sus dictámenes; y siguió á Cortés, porque iba en su vando la razon. Murió con opinion de hom-

Perdieronse doscientos Españoles.

Muere Juan Velazquez de Leon.

Sus buenas prendas, y el sentimiento de su muerte.

bre necesario en aquella conquista, y dexó su muerte igual exercicio á la memoria que al deseo.

Congoja interior de Cortés.

Descansaba Hernan Cortés sobre una piedra entretanto que sus Capitanes atendian á la formacion de la marcha, tan rendido á la fatiga interior, que necesitó mas que nunca de sí, para medir con la ocasion el sentimiento: procuraba socorrerse de su constancia, y pedia treguas á la consideracion; pero al mismo tiempo que daba las órdenes, y animaba la gente con mayor espíritu y resolucion, prorumpieron sus ojos en lagrimas, que no pudo encubrir á los que le asistian: flaqueza varonil, que por ser en causa comun, dexaba sin ofensa la parte irascible del corazon. Sería digno espectáculo de grande admiracion verle afligido, sin faltar á la entereza del aliento, y bañado el rostro en lagrimas, sin perder el semblante de vencedor.

Preguntó por el Astrólogo, bien fuese para indignarse con él, por la parte que tuvo en apresurar la marcha, ó para seguir la disimulacion, burlandose de su ciencia; y se averiguó que habia muerto en el primer asalto de la calzada: sucediendo á este miserable lo que ordinariamente se verifica en los de su profesion. No hablamos de los que saben con fundamento la facultad, proporcionando el uso de ella con los términos de la razon; sinó de los que se introducen á judiciarios ó adivinos, hombres que por la ma-

Murió el Astrólogo.

yor parte viven y mueren desastradamente, siempre solícitos de agenas felicidades, y siempre infelices, ó menos cuidadosos de su fortuna: tanto, que alguno de los Autores clásicos llegó á presumir, que solo el inclinarse á la vana observacion de las estrellas se podia tener por argumento de nacer con mala estrella.

Miserias de esta profesion.

Fue de gran consuelo para Hernan Cortés, y para todo el exército que pudiesen escapar de la batalla y de la confusion de la noche Doña Marina y Gerónimo de Aguilar, instrumentos principales de aquella conquista, y tan necesarios entonces como en lo pasado, porque sin ellos fuera imposible incitar, ó atraer los ánimos de las naciones que se iban á buscar. Y no se tuvo á menor felicidad que se detuviesen los Mexicanos en seguir el alcance; porque dieron tiempo á los Españoles para que respirasen de su fatiga, y pudiesen marchar, llevando en grupa los heridos, y en menos apresurada formacion el exército. Nació esta detencion de un accidente inopinado, que se pudo atribuir á providencia del cielo. Murieron al rigor de las armas enemigas los hijos de Motezuma que asistian á su padre, y los demás prisioneros que venian asegurados en el comboy del bagage; porque cebados al amanecer los Indios en el despojo de los muertos, reconocieron atravesados en sus mismas flechas á estos Príncipes miserables, que veneraban con aquella especie de adoracion que dieron

Escaparon los intérpretes.

Detencion de los Mexicanos.

á su padre. Quedaron al verlos como absortos y espantados, sin atreverse á pronunciar la causa de su turbacion. Unos se apartaban, para que llegasen otros, y unos y otros enmudecian, dando voces á la curiosidad con el silencio. Corrió finalmente la noticia por sus tropas, y cayó sobre todos el miedo y el asombro: suspendiendose por un rato el uso de sentidos y potencias con aquel género de súbita enagenacion que llamaban terror pánico los Antiguos. Resolvieron los Cabos que se diese cuenta de aquella novedad al Emperador: y él, que necesitaba de afectar el sentimiento, para cumplir con los que no le fingian, ordenó que hiciese alto el exército, dando principio á la ceremonia de los llantos y clamores funerales, que debian preceder á las exêquias, hasta que llegasen los sacerdotes con el resto de la ciudad á entregarse de aquellos cuerpos reales, para conducirlos al entierro de sus mayores. Debieron los Españoles á la muerte de estos Príncipes el primer desahogo de su turbacion, y el primer alivio de su cansancio; pero la sintieron como una de sus mayores pérdidas; y particularmente Cortés, que amaba en ellos la memoria de su padre, y llevaba en el derecho del mayor parte de sus esperanzas.

Asombro de su muerte.

Cumplen con sus exêquias.

Marchaba entretanto Cortés la vuelta de Tlascála con guias de aquella nacion, puesto el exército en batalla, y sin dexar de tener por sospechosa la tar-

Marcha el exército á Tlascála.

danza del enemigo: en cuyas operaciones acierta mas veces el temor que la seguridad.

Tardaron poco en dexarse ver algunas tropas de guerreros, que seguian la huella sin acercarse: gente de Tacúba, Escapuzalco, y Tenecuya, convocada por los Mexicanos, para que saliesen á entretener la marcha en tanto que se desembarazaban ellos de su funcion. ¡ Notable advertencia en aquellos bárbaros! Fueron de poco impedimento en el camino, porque anduvieron siempre á distancia, que solo podian ofender con las voces; pero duraron en este género de hostilidad, hasta que llegando la multitud Mexicana, se unieron todos apresuradamente, y sirviendose de su ligereza para el avance, acometieron con tanta resolucion, que fue necesario hacer alto para detenerlos.

Salen tropas á entretener la marcha.

Llega el exército enemigo.

Diose mas frente al esquadron: pasaron á ella los arcabuces y ballestas, y se volvió á la batalla, en parage abierto, sin retirada, ni seguridad en las espaldas. Morian quantos Indios se acercaban, sin escarmentar á los demás. Salian los caballos á escaramuzar, y hacian grande operacion; pero crecia por instantes el número de los enemigos, y ofendian desde lejos los arcos y las hondas. Cansabanse los Españoles de tanto resistir, sin esperanza de vencer; y ya empezaba en ellos el valor á quejarse de las fuerzas, quando Hernan Cortés (que andaba en la batalla como soldado, sin traher embarazadas las atenciones de

Pelean los Españoles.

Capitan) descubrió una elevacion del terreno, poco distante del camino, que mandaba por todas partes la campaña, sobre cuya eminencia se levantaba un edificio torreado, que parecia fortaleza, ó lo fingieron asi los ojos de la necesidad. Resolvióse á lograr en aquel parage las ventajas del sitio: y señalando algunos soldados que se adelantasen á reconocerle, movió el exército, y trató de ocuparle, no sin mayor dificultad, porque fue necesario ganar la cumbre con el rostro en el enemigo, y echar algunas mangas de arcabuceros contra sus avenidas; pero se consiguió el intento con felicidad, porque se halló el edificio sin resistencia, y en él quanto pudiera entonces fabricar la imaginacion.

Ocupa Cortés un adoratorio eminente

de ídolos silvestres,

Era un adoratorio de ídolos silvestres, á cuya invocacion encomedaban aquellos bárbaros la fertilidad de sus cosechas. Dexaronle desierto los sacerdotes y ministros que asistian al culto abominable de aquel sitio, huyendo la vecindad de la guerra, como gente de otra profesion. Tenia el atrio bastante capacidad, y su género de muralla, que unida con las torres, daba conveniente disposicion para quedar en defensa. Empezaron á respirar los Españoles al abrigo de aquellos reparos, que alli se miraban como fortaleza inexpugnable. Volvieron los ojos y los corazones al cielo, recibiendo todos aquel alivio de su congoja como socorro de superior Providencia: y permane-

donde respiraron los Españoles,

ció fuera del peligro esta devota consideracion, pues en memoria de lo que importó la mansion de aquel adoratorio para salir de un conflicto en que se tuvo á la vista el último riesgo, fabricaron despues en el mismo parage una Ermita de Nuestra Señora con título de los Remedios, que se conserva hoy, durando en la santa Imagen el oficio de remediar necesidades, y en la devocion de los fieles comarcanos el reconocimiento de aquel beneficio.

y se fabricó despues una Ermita.

No se atrevieron los enemigos á subir la cuesta, ni dieron indicio de intentar el asalto; pero se acercaron á tiro de piedra, ciñendo por todas partes la eminencia, y hacian algunos avances para disparar sus flechas, hiriendo las mas veces el ayre, y algunas, con rabiosa puntería, las paredes, como en castigo de que se oponian á su venganza. Todo era gritos y amenazas, que descubrian la flaqueza de su atrevimiento, procurando llenar los vacíos del valor. Costó poca diligencia el detenerlos, hasta que declinando el dia, se retiraron todos ázia el camino de la ciudad: fuese por cumplir con el sol, volviendose á la observancia de su costumbre, ó porque se hallaban rendidos de haber estado casi en contínua batalla desde la media noche antecedente. Reconocióse desde las torres que hacian alto en la campaña, y procuraban encubrirse, divididos en diferentes ranchos: como si no hubieran dado bastantes evidencias de su

No se atreven al asalto los enemigos.

Retiranse al anochecer con ánimo de acometer por la mañana.

intento, y publicado al retirarse que dexaban pendiente la qüestion.

Dispuso Hernan Cortés su alojamiento con el cuidado á que obligaba una noche mal segura, en puesto amenazado. Mandó que se mudasen con breve interpolacion las guardias y las centinelas, para que tocáse á todos el descanso. Hicieronse algunos fuegos, tanto porque pedia este socorro la destemplanza del tiempo, como por consumir las flechas mexicanas, y quitar al enemigo el uso de aquella municion.

Cura de los Españoles heridos.

Dióse un refresco limitado á la gente del bastimento que se halló en el adoratorio, y pudieron escapar algunos Indios del bagage. Atendióse con particular aplicacion á la cura de los heridos, que tuvo su dificultad en aquella falta de todo; pero se inventaron medicinas manuales, que aliviaban acaso los dolores, y sirvieron á la provision de hilas y bendas las mantas de los caballos.

Junta Cortés sus Capitanes.

Cuidaba de todo Hernan Cortés, sin apartar la imaginacion del empeño en que se hallaba: y antes de retirarse á reparar las fuerzas con algun rato de sosiego, llamó á sus Capitanes para conferir brevemente con ellos lo que se debia executar en aquella ocurrencia. Ya lo llevaba premeditado; pero siempre se recataba de obrar por sí en las resoluciones aventuradas, y era grande artifice de atraher los votos á lo mejor, sin descubrir su dictamen, ni socorrerse de

su autoridad. Propuso las operaciones con sus inconvenientes, dexandoles arbitrio entre lo posible y lo dificultoso. Entró suponiendo: „ Que no era para „ dos veces la congoja en que se vieron aquella tar- „ de, ni se podia repetir sin temeridad el empeño de „ marchar peleando con un exército de número tan „ desigual, obligados á traher en contrario movimien- „ to las manos y los pies. A que añadió: Que para „ evitar esta resolucion tan peligrosa, y de tantos in- „ convenientes, habia discurrido en asaltar al enemi- „ go en su alojamiento con el favor de la noche; pe- „ ro que le parecia diligencia infructuosa, porque so- „ lo se habia de conseguir que huyese la multitud „ para volverse á juntar: costumbre á que se reducia „ lo mas prolixo de aquella guerra. Que despues ha- „ bia pensado en mantener aquel puesto, esperando „ en él á que se cansasen los Mexicanos de asistir en „ la campaña; pero que la falta de bastimentos, que „ ya se padecia, dexaba este recurso en términos de „ impracticable. Y ultimamente dixo: Que tambien „ se le habia ofrecido, si convendria (y esto era lo „ que llevaba resuelto) marchar aquella misma no- „ che, y amanecer dos ó tres leguas de aquel parage: „ que no moviendose los enemigos, segun su estilo, „ hasta la mañana, tendria la conveniencia de ade- „ lantar el camino sin otro cuidado: y quando se re- „ solviesen á seguir el alcance, llegarian cansados, y

Su proposicion.

„ sería mas facil continuar la retirada con menos brio-
„ sa oposicion. Pero que viniendo tan quebrantado
„ el exército, y tan fatigada la gente, sería inhuma-
„ nidad fuera de toda razon ponerla, sin nueva causa,
„ en el trabajo de una marcha intempestiva, obscu-
„ ra la noche, y el camino incierto; aunque la oca-
„ sion, ó el aprieto en que se hallaban, pedia reme-
„ dios extraordinarios, breve determinacion; y don-
„ de nada era seguro, pesar las dificultades, y fiar el
„ acierto del menor inconveniente."

Marcha el exército aquella noche.

Apenas acabó su razonamiento, quando se conformaron todos los Capitanes en que solo era posible, ó menos aventurada la resolucion de adelantar la marcha, sin mas detencion que la que fuese necesaria para dexar algunas horas al descanso de la gente, y quedó resuelta para la media noche, conformandose Cortés con su mismo dictamen, y tratandole como ageno. Primor de que solia valerse para excusar disputas, quando instaba la resolucion: y de que solo pueden usar los que saben el arte de preguntar decidiendo, que se consigue con no dexar que discurrir preguntando.

CAPITULO XX.

CONTINUAN SU RETIRADA los Españoles, padeciendo en ella grandes trabajos y dificultades, hasta que llegando al valle de Otumba, queda vencido y deshecho en batalla campal todo el poder Mexicano.

POco antes de la hora señalada, se convocó la gente, que dormia cuidadosa, y despertó sin dificultad. Dióse á un tiempo la orden y la razon de la orden: con que se dispusieron todos á la marcha, conociendo el acierto, y alabando la resolucion. Mandó Hernan Cortés que se dexasen cebados los fuegos, para deslumbrar al enemigo de aquel movimiento: y encargando á Diego de Ordaz la vanguardia con guias de satisfaccion, puso la fuerza principal en la retaguardia, y se quedó en ella, por hallarse mas cerca del peligro, y afianzar con su cuidado la seguridad de los que iban delante. Partieron con el recato conveniente, y ordenando á las guias que se apartasen del camino real para volverle á cobrar con el dia, marcharon poco mas de media legua, sin que dexáse de perseverar en la vigilancia de los oidos el silencio de la noche.

Cómo se dispuso la marcha.

Pero al entrar en tierra mas quebrada y montuosa, dieron los batidores en una zelada, que no supie-

Hallanse algunas emboscadas.

ron encubrir los mismos que procuraban ocultarse, porque avisaron del riesgo anticipadamente las voces y las piedras. Baxaban de los montes, y salian de la maleza diversas tropas de Indios, que acometian desunidamente por los costados: y aunque no eran de tanto grueso que obligasen á detener la marcha, fue necesario caminar desviando los enemigos que se acercaban, romper diferentes emboscadas, y disputar algunos pasos estrechos. Temióse al principio segunda invasion del exército, que se dexaba de la otra parte del adoratorio: y algunos de nuestros Escritores refieren esta faccion como alcance de aquellos Mexicanos; pero no fueron conforme á su estilo de pelear estos acometimientos interpolados y desunidos, ni caben con lo que obraron despues: y en nuestro sentir, eran las milicias de aquellos lugares cercanos, que de orden anterior, salian á cortar la marcha, ocupando las quiebras del camino: porque si los Mexicanos hubieran descubierto la retirada, vinieran de tropel como solian, entráran al ataque por la retaguardia, y no se hubieran dividido en tropas menores para convertir la guerra en hostilidad.

Con este género de contradiccion de menos peligro que molestia, caminó dos leguas el exército: y poco antes de amanecer se hizo alto en otro adoratorio menos capaz y menos eminente que el pasado; pero bastante para reconocer la campaña, y me-

Hacese alto en otro adoratorio.

dir con el número de los enemigos la resolucion que pareciese de mayor seguridad. Descubrióse con el dia la calidad y desunion de aquellos Indios: y hallandose reducido á correrías de paisanos lo que se llegó á rezelar, como nueva carga del exército enemigo, se volvió á la marcha sin mas detencion, con ánimo de adelantarla quanto fuese posible, para evitar, ó hacer mas dificultoso el alcance de los Mexicanos.

Continúase la marcha.

Duraron los Indios en la importunacion de sus gritos, siguiendo desde lejos como perros amedrentados, que ponian la cólera en el latido, hasta que dos leguas mas adelante se descubrió un lugar en parage oportuno, y al parecer, de considerable poblacion. Eligióle Cortés para su alojamiento, y dió las órdenes para que se ocupáse por fuerza, si no bastase la suavidad; pero se halló desamparado totalmente de sus habitadores, y con algunos bastimentos que no pudieron retirar, tan necesarios entonces, como el descanso para la restauracion de las fuerzas.

Hállase un lugar desamparado.

Aqui se detuvo el exército un dia, y algunos dicen que fueron dos, porque no permitió mayor diligencia el estado en que se hallaban los heridos. Hicieronse despues otras dos marchas, entrando en terreno de mayor aspereza y esterilidad, todavia fuera del camino, y con alguna incertidumbre del acierto en los que guiaban. No se halló cubierto donde pa-

sar la noche, ni cesaba la persecucion de aquellos Indios, que anduvieron siempre á la vista; si ya no fueron otros que iban saliendo con la primera orden á correr su distrito. Pero sobre todo se dexó sentir en aquellos tránsitos la hambre y la sed, que llegó á términos de congoja y desaliento. Animabanse unos á otros los soldados y los Capitanes: y hacia sus esfuerzos la paciencia, como ambiciosa de parecer valor. Llegaronse á comer las hierbas y raíces del campo, sin atender al rezelo de que fuesen venenosas; aunque los mas advertidos gobernaban su eleccion por el conocimiento de los Tlascaltécas. Murió uno de los caballos heridos, y se olvidó con alegre facilidad la falta que hacia en el exército, porque se repartió como regalo particular entre los mas necesitados: y estos celebraron la fiesta convidando á sus amigos. Banquete sazonado entonces, en que cedieron á la necesidad los escrupulos del apetito.

Sientese la hambre y la sed.

Banquete de un caballo muerto.

Terminaron estas dos marchas en un lugar pequeño, cuyos vecinos franquearon la entrada, sin retirarse como los demás, ni dexar de asistir con agrado y solicitud á quanto se les ordenaba. Puntualidad y agasajo, que fue nuevo ardid de los Mexicanos, para que sus enemigos se acercasen menos cuidadosos al lazo que tenian prevenido. Manifestaron sin violencia los víveres de su provision, y truxeron de otros lugares cercanos lo que bastó para que se olvi-

Agasajos cautelosos de los paisanos.

dáse lo padecido. Por la mañana se dispuso el exército para subir la cuesta, que por la otra parte declina en el valle de Otumba, donde se habia de caer necesariamente para tomar el camino de Tlascála. Reconocióse novedad en los Indios que venian siguiendo la marcha, porque sus gritos y sus irrisiones tenian mas de contento que de indignacion. Reparó Doña Marina en que decian muchas veces: *Andad, tiranos, que presto llegaréis donde perezcais*. Y dieron que discurrir estas voces, porque se repetian mucho, para no tener algun motivo particular. Hubo quien llegáse á dudar si aquellos Indios (confinantes ya con los términos de Tlascála) festejarian el peligro á que iban encaminados los Españoles, con noticia de que hubiese alguna mudanza en la fidelidad ó en el afecto de aquella nacion; pero Hernan Cortés, y los de mejor conocimiento, miraron esta novedad como indicio de alguna zelada mas vecina: porque no faltaban experiencias de la sencillez, ó facilidad con que solian publicar lo mismo que procuraban encubrir.

Subese la cuesta de Otumba.

Indicios de nueva zelada.

Ibase continuando la marcha, prevenidos ya, y dispuestos los ánimos para entrar en nueva ocasion, quando volvieron los batidores con noticia de que tenian ocupado los enemigos todo el valle que se descubria desde la cumbre, cerrando el camino que se buscaba con formidable número de guerreros. Era

Exército del enemigo de la otra parte.

el exército mismo de los Mexicanos, que se dexó en el parage del primer adoratorio, reforzado con nuevas tropas y nuevos Capitanes. Reconocieron por la mañana (segun la presuncion, que se ajusta mas con las circunstancias del suceso) la retirada intempestiva de los Españoles: y aunque no desconfiaron de conseguir el alcance, temieron advertidamente, con la experiencia de aquella noche, que no sería posible acabar con ellos antes que saliesen á tierra de Tlascála, si se iban asegurando en los puestos ventajosos de la montaña; y despacharon á México para que se tomáse con mayores veras lo que tanto importaba: cuya proposicion fue tan bien admitida en la ciudad, que partió luego toda la nobleza, con el resto de las milicias que tenian convocadas, á incorporarse con su exército, y en el breve plazo de tres ó quatro dias, se dividieron por caminos diferentes, marchando al abrigo de los montes con tanta celeridad, que se adelantaron á los Españoles, y ocuparon el llano de Otumba: campaña espaciosa donde podian pelear sin embarazarse, y esperar encubiertos. Notables advertencias en lo discurrido, y rara execucion de lo resuelto: que uno y otro se pudiera envidiar en Cabos de mayor experiencia, y en gente de menos bárbara disciplina.

Como pasaron á ocupar aquel sitio

con nuevos socorros de México.

No se llegó á rezelar entonces que fuesen los Mexicanos: antes se iba creyendo al subir la cuesta,

que se habrian juntado aquellas tropas que andaban esparcidas para defender algun paso con la inconstancia y floxedad que solian : pero al vencer la cumbre, se descubrió un exército poderoso de menos confusa ordenanza que los pasados, cuya frente llenaba todo el espacio del valle, pasando el fondo los términos de la vista : último esfuerzo del poder Mexicano, que se componia de varias naciones, como lo denotaban la diversidad y separacion de insignias y colores. Dexabase conocer en el centro de la multitud el Capitan General del Imperio en unas andas vistosamente adornadas, que sobre los hombros de los suyos, le mantenian superior á todos, para que se temiese, al obedecer sus órdenes, la presencia de los ojos. Trahia levantado sobre la cuja el estandarte real, que no se fiaba de otra mano, y solamente se podia sacar en las ocasiones de mayor empeño : su forma una red de oro macizo pendiente de una pica, y en el remate muchas plumas de varios tintes : que uno y otro contendria su misterio de superioridad sobre los otros geroglíficos de las insignias menores. Vistosa confusion de armas y penachos, en que tenian su hermosura los horrores.

Descripcion del exército enemigo.

Salió á esta faccion el estandarte real.

Reconocida por todo el exército la nueva dificultad á que debian preparar el ánimo y las fuerzas, volvió Hernan Cortés á exâminar los semblantes de los suyos con aquel brio natural que hablaba sin voz á

Buena disposicion de los Españoles.

los corazones; y hallandolos mas cerca de la ira que de la turbacion: *Llegó el caso*, dixo, *de morir ó vencer: la causa de nuestro Dios milita por nosotros*. Y no pudo proseguir, porque los mismos soldados le interrumpieron clamando por la orden de acometer, con que solo se detuvo en prevenirlos de algunas advertencias que pedia la ocasion: y apellidando, como solia, unas veces á Santiago, y otras

Acometen valerosamente.

á San Pedro, avanzó prolongada la frente del esquadron, para que fuese unido el cuerpo del exército con las alas de la caballería, que iba señalada para defender los costados, y asegurar las espaldas. Dióse tan á tiempo la primera carga de arcabuces y ballestas, que apenas tuvo lugar el enemigo para servirse de las armas arrojadizas. Hicieron mayor daño las espadas y las picas, cuidando al mismo tiempo los caballos de romper y desbaratar las tropas que se inclinaban á pasar de la otra banda, para sitiar por todas partes el exército. Ganóse alguna tierra de este primer avance. Los Españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitáse de segundo golpe. Los Tlascaltécas se arrojaban al conflicto con sed rabiosa de la sangre Mexicana; y todos tan dueños de su cólera, que mataban con eleccion, buscando primero

Cómo peleaban los Indios.

á los que parecian Capitanes. Pero los Indios peleaban con obstinacion, acudiendo menos unidos que apretados á llenar el puesto de los que morian: y el

mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los Españoles, porque se iba cebando la batalla con gente de refresco. Retirabase, al parecer, todo el exército quando cerraban los caballos, ó salian á la vanguardia las bocas de fuego; y volvia con nuevo impulso á cobrar el terreno perdido, moviendose á una parte y otra la muchedumbre con tanta velocidad, que parecia un mar proceloso de gente la campaña, y no lo desmentian los flujos y reflujos.

Peleaba Hernan Cortés á caballo, socorriendo con su tropa los mayores aprietos, y llevando en su lanza el terror y el estrago del enemigo; pero le trahia sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los Indios, porque no era posible que se dexasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de contínua operacion: y discurriendo en los partidos que podria tomar para mejorarse, ó salir al camino, le socorrió en esta congoja una observacion de las que solia depositar en su cuidado, para servirse de ellas en la ocasion. Acordóse de haber oido referir á los Mexicanos, que toda la suma de sus batallas consistia en el estandarte real, cuya pérdida ó ganancia decidia sus victorias, ó las de sus enemigos: y fiado en lo que se turbaba y descomponia el enemigo al acometer de los caballos, tomó resolucion de hacer un esfuerzo extraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente que ya conocia. Llamó á los Capitanes

Cuidado en que se halló Cortés.

Notable observacion suya.

Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Christoval de Olid, y Alonso Dávila para que le siguiesen, y guardasen las espaldas con los demás que asistian á su persona: y haciendoles una breve advertencia de lo que debian obrar para conseguir el intento, embistieron á poco mas de media rienda por la parte que parecia mas flaca, ó menos distante del centro. Retiraronse los Indios, temiendo como solian el choque de los caballos: y antes que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron á la multitud confusa y desordenada con tanto ardimiento y desembarazo, que rompiendo y atropellando esquadrones enteros, pudieron llegar sin detenerse al parage donde asistia el estandarte del Imperio con todos los nobles de su guardia; y entretanto que los Capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los pies á su caballo Hernan Cortés, y cerró con el Capitan General de los Mexicanos, que al primer bote de su lanza, cayó mal herido por la otra parte de las andas. Habianle ya desamparado los suyos; y hallandose cerca un soldado particular, que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo, y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba, con el estandarte, que puso luego en manos de Cortés. Era este soldado persona de calidad, y por haber perficionado entonces la hazaña de su Capitan, le hizo algunas mercedes el Emperador, y quedó por timbre de sus ar-

Acomete con sus caballos.

Rompe por los enemigos,

y gana el estandarte real,

que Juan de Salamanca puso en sus manos.



Josephus Ximeno inv. et del. Moreno Tejada sc.

Pelêa todo el poder de Mexico con el còrto exercito de CORTÉS en el Valle de Otumba, donde quedan deshechos y destruidos los Mexicanos.



mas el penacho de que se coronaba el estandarte.

Apenas le vieron aquellos bárbaros en poder de los Españoles, quando abatieron las demás insignias: y arrojando las armas, se declaró por todas partes la fuga del exército. Corrieron despavoridos á guarecerse de los bosques y maizales: cubrieronse de tropas amedrentadas los montes vecinos; y en breve rato quedó por los Españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fugitivos. Importaba deshacerlos, para que no se volviesen á juntar: y mandaba la irritacion lo que aconsejaba la conveniencia. Hubo algunos heridos entre los de Cortés, de los quales murieron en Tlascála dos ó tres Españoles: y el mismo Cortés salió con un golpe de piedra en la cabeza tan violento, que abollando las armas, le rompió la primera tunica del cerebro, y fue mayor el daño de la contusion. Dexóse á los soldados el despojo: y fue considerable, porque los Mexicanos venian prevenidos de galas y joyas para el triunfo. Dice la Historia que murieron veinte mil en esta batalla: siempre se habla por mayor en semejantes casos; y quien se persuadiere á que pasaba de doscientos mil hombres el exército vencido, hallará menos disonancia en la desproporcion del primer número.

Huyen con esto los Mexicanos.

Siguese la victoria.

Murieron dos ó tres Españoles. Cortés herido en la cabeza.

Mueren veinte mil Mexicanos.

Todos los Escritores, nuestros y estraños, refieren esta victoria como una de las mayores que se con-

siguieron en las dos Américas. Y si fuese cierto que peleó Santiago en el ayre por sus Españoles (como lo afirman algunos prisioneros) quedará mas creible, ó menos encarecido el estrago de aquella gente; aunque no era necesario recurrir al milagro visible, donde se conoció con tantas evidencias la mano de Dios, á cuyo poder se deben siempre atribuir con especial consideracion los sucesos de las armas: pues se hizo aclamar Señor de los Exércitos, para que supiesen los hombres, que solo deben esperar y reconocer de su altisima disposicion las victorias, sin hacer caso de las mayores fuerzas, porque algunas veces castiga la sinrazon, asistiendo á los menos poderosos; ni fiarse de la mejor causa, porque otras veces corrige á los que favorece, fiando el azote de la mano aborrecida.

Voz de que peleó Santiago.

Son de Dios los sucesos de las armas.

Castiga y premia con ellos.





HISTORIA
DE LA CONQUISTA, POBLACION Y PROGRESOS DE NUEVA ESPAÑA.

LIBRO V.

CAPITULO PRIMERO.

ENTRA EL EXÉRCITO EN LOS términos de Tlascála, y alojado en Gualipár, visitan á Cortés los Caciques y Senadores: celébrase con fiestas públicas la entrada en la ciudad, y se halla el afecto de aquella gente asegurado con nuevas experiencias.



Hizose noche en la tierra enemiga.

REcogió Hernan Cortés su gente que andaba divertida en el pillage, volvieron á ocupar su puesto los soldados, y se prosiguió la marcha, no sin algun rezelo de que se volviese á juntar el enemigo, porque todávia

se dexaban reconocer algunas tropas en lo alto de las montañas; pero no siendo posible salir aquel dia de los confines Mexicanos, á tiempo que instaba la necesidad de socorrer á los heridos, se ocuparon unas caserías de corta ó ninguna poblacion, donde se pasó la noche como en alojamiento poco seguro: y al amanecer se halló el camino sin alguna oposicion, despojados ya, y libres de asechanzas los llanos convecinos; aunque duraban las señas de que se iba pisando tierra enemiga en aquellos gritos y amenazas distantes que despedian á los que no pudieron detener.

Entra el exército en los términos de Tlascála.

Descubrieronse á breve rato, y se penetraron poco despues los términos de Tlascála, conocidos hasta hoy por los fragmentos de aquella insigne muralla que fabricaron sus antiguos, para defender las fronteras de su dominio, atando las eminencias del contorno por todos los parages donde se descuidaba lo inaccesible de las sierras. Celebróse la entrada en el distrito de la República con aclamaciones de todo el exército. Los Tlascaltécas se arrojaron á besar la tierra, como hijos desalados al regazo de su madre. Los Españoles dieron al cielo, con voces de piadoso reconocimiento, la primera respiracion de su fatiga. Y todos se reclinaron á tomar posesion de la seguridad cerca de una fuente, cuyo manantial se acreditó entonces de saludable y delicado; porque se refiere con particularidad lo que celebraron el agua los Españo-

Fuente saludable.

les: fuese porque dió estimacion al refrigerio la necesidad, ó porque satisfizo á segunda sed bebida sin tribulacion.

Hizo Hernan Cortés en este sitio un breve razonamiento á los suyos, dandoles á entender: „ Quanto importaba conservar con el agrado y la modestia el afecto de los Tlascaltécas: y que miráse cada uno en la ciudad como peligro de todos la queja de un paisano." Resolvió despues hacer alguna mansion en el camino para tomar lengua, y disponer la entrada con noticia y permision del Senado: y á poco mas de medio dia, se hizo alto en Gualipár, villa entonces de considerable poblacion, cuyos vecinos salieron largo trecho á dar señas de su voluntad, ofreciendo sus casas, y quanto fuese menester, con tales demostraciones de obsequio y veneracion, que hasta los que venian rezelosos, llegaron á conocer que no era capaz de artificio aquel género de sinceridad. Admitió Hernan Cortés el hospedage, y ordenó su quartel con todas las puntualidades que parecieron convenientes para quietar los escrupulos de la seguridad.

Exhortacion de Cortés á los suyos.

Hace alto en Gualipár.

Trató luego de participar al Senado la noticia de su retirada y sucesos con dos Tlascaltécas: y por mas que procuró adelantar este aviso, llegó primero la fama con el rumor de la victoria; y casi al mismo tiempo vinieron á visitarle por la República su gran-

Vienen á visitarle sus amigos

Magiscatzín y Xicotencál.

de amigo Magiscatzín, el ciego Xicotencál, su hijo, y otros Ministros del gobierno. Adelantóse á todos Magiscatzín, arrojandose á sus brazos, y apartandose de ellos para mirarle, y cumplir con su admiracion, como quien no se acababa de persuadir á la felicidad de hallarle vivo. Xicotencál se hacia lugar con las manos ázia donde le guiaban los oidos: y manifestó su voluntad aun mas afectuosamente; porque se queria informar con el tacto, y prorumpió en lagrimas el contento, que al parecer, tomaban á su cargo el exercicio de los ojos. Iban llegando los demás entretanto que se apartaban los primeros á congratularse con los Capitanes y soldados conocidos.

Xicotencál el mozo desagradable.

Pero no dexó de hacerse algun reparo en Xicotencál el mozo, que anduvo mas desagradable, ó mas templado en los cumplimientos: y aunque se atribuyó entonces á entereza de hombre militar, se conoció brevemente que duraban todavia en su intencion las desconfianzas de amigo reconciliado, y en su altivez los remordimientos de vencido. Apartóse Cortés con los recien venidos, y halló en su conversacion quantas puntualidades y atenciones pudiera desear en gente de mayor policía.

Prevenciones de Tlascála para el socorro.

Dixeronle que andaban ya juntando sus tropas con ánimo de socorrerle contra el comun enemigo, y que tenian dispuesto salir con treinta mil hombres á romper los impedimentos de su marcha. Dolieronse de sus heridas, mi-

randolas como desman sacrilego de aquella guerra sediciosa. Sintieron la muerte de los Españoles, y particularmente la de Juan Velazquez de Leon, á quien amaban no sin algun conocimiento de sus prendas. Acusaron la bárbara correspondencia de los Mexicanos: y ultimamente le ofrecieron asistir á su desagravio con todo el grueso de sus milicias, y con las tropas auxîliares de sus aliados: añadiendo para mayor seguridad, que ya no solo eran amigos de los Españoles, sinó vasallos de su Rey, y debian por ambos motivos estar á sus órdenes, y morir á su lado. Asi concluyeron su conversacion, distinguiendo, no sin discrecion pundonorosa, las dos obligaciones de amistad y vasallage, como que mandaba en ellos la fidelidad lo mismo que persuadia la inclinacion.

Respondió Hernan Cortés á todas sus ofertas y proposiciones con reconocida urbanidad: y de lo que discurrieron unos y otros pudo colegir, que no solo duraba en su primero vigor la voluntad de aquella gente, pero que habia crecido en ellos la parte de la estimacion: porque la pérdida que se hizo al salir de México, se miró como accidente de la guerra, y quedó totalmente borrada con la victoria de Otumba, que se admiró en Tlascála como prodigio del valor, y último credito de la retirada. Propusieronle que pasáse luego á la ciudad, donde tenian prevenido el alojamiento; pero se ajustaron facilmen-

te á conceder alguna detencion al reparo de la gente: porque deseaban prevenirse para la entrada, y que se hiciese con pública solemnidad, al modo que solian festejar los triunfos de sus Generales.

Detienese Cortés en Gualipár.

Tres dias se detuvo el exército en Gualipár, asistido liberalmente de quanto hubo menester por cuenta de la república: y luego que se hallaron los heridos en mejor disposicion, se dió aviso á la ciudad, y se trató de la marcha. Adornaronse los Españoles lo mejor que pudieron para la entrada, sirviendose de las joyas y plumas de los Mexicanos vencidos: exterioridad en que iba significada la ponderacion de la victoria: que hay casos en que importa la ostentacion al credito de las cosas, ó suele pecar de intempestiva la modestia. Salieron á recibir el exército los Caciques y Ministros en forma de Senado con todo el resto de sus galas, y numerosa comitiva de sus parentelas. Cubrieronse de gente los caminos: hervia en aplausos y aclamaciones la turba popular: andaban mezclados los víctores de los Españoles con los oprobrios de los Mexicanos: y al entrar en la ciudad, hicieron ruidosa y agradable salva los atabalillos, flautas y caracoles, distribuidos en diferentes coros, que se alternaban y sucedian, resonando en toques pacificos los instrumentos militares. Alojado el exército en forma conveniente, admitió Cortés, despues de larga resistencia, el hospedage de Magis-

Disponese la entrada en la ciudad.

Galas de los Españoles.

Aparato del recibimiento.

Hospeda Magiscatzín á Cortés,



Josephus Ximenez inv. et del. Moreno Texada sc.

Entra el Exèrcito de CORTÉS triunfante en Tlascala despues de la Victoria de Otumba.



catzín, cediendo á su porfia por no desconfiarle. Llevóse consigo, por esta misma razon, el ciego Xicotencál á Pedro de Alvarado; y aunque los demás Caciques se querian encargar de otros Capitanes, se desvió cortesanamente la instancia, porque no era razon que faltasen los Cabos del cuerpo de guardia principal. Fue la entrada que hicieron los Españoles en esta ciudad por el mes de Julio del año de mil quinientos y veinte; aunque tambien hay en esto alguna variedad entre los Escritores; pero reservamos este género de reparos para quando se discuerda en la substancia de los sucesos, donde no cabe la extension del poco mas ó menos. y Xicotencál el viejo á Pedro de Alvarado.

Dióse principio aquella misma tarde á las fiestas del triunfo, que se continuaron por algunos dias, dedicando todos sus habilidades al divertimiento de los huespedes, y al aplauso de la victoria, sin excepcion de los nobles, ni de los mismos que perdieron amigos ó parientes en la batalla: fuese por no dexar de concurrir á la comun alegria, ó por no ser permitido en aquella nacion belicosa tener por advèrsa la fortuna de los que morian en la guerra. Ya se ordenaban desafios con premios destinados al mayor acierto de las flechas: ya se competia sobre las ventajas del salto y la carrera: ya ocupaban la tarde aquellos funámbulos ó bolatines, que se procuraban exceder en los peligros de la maroma, exercicio á que tenian particular aplicacion, y en que se llevaba el susto

Fiestas de Tlascála.

Tenian por dicha el morir en la guerra.

Sus bolatines.

parte del entretenimiento. Pero se alegraban siempre los fines y las veras del espectáculo con los bayles y danzas de invenciones y disfraces: fiesta de la multitud en que se daba libertad al regocijo, y quedaban por cuenta del ruido bullicioso las últimas demostraciones del aplauso.

Sus bayles.

Fineza de aquella nacion.

Halló Hernan Cortés en aquellos ánimos toda la sinceridad y buena correspondencia que le habian prometido sus esperanzas. Era en los nobles amistad y veneracion lo que amor apasionado y obediencia rendida en el pueblo. Agradecia su voluntad, y celebraba sus exercicios, agasajando á los unos, y honrando á los otros con igual confianza y satisfaccion.

Los Españoles ganan amigos.

Los Capitanes le ayudaban á ganar amigos con el agrado y con las dádivas, y hasta los soldados menores cuidaban de hacerse bien quistos, repartiendo generosamente las joyas y preséas que pudieron adquirir en el despojo de la batalla. Pero al mismo tiempo que duraba en su primera sazon esta felicidad, sobrevino un cuidado, que puso los semblantes de otro color.

Agrávase la herida de Cortés.

Agravóse con accidentes de mala calidad la herida que recibió Hernan Cortés en la cabeza: venia mal curada, y el sobrado exercicio de aquellos dias truxo al cerebro una inflamacion vehemente con recias calenturas que postraron el sugeto y las fuerzas, reduciendole á términos que se llegó á temer el peligro de su vida.

Llegó á peligrar su vida.

Sintieron los Españoles este contratiempo como amenaza de que pendia su conservacion y su fortuna; pero fue mas reparable, por menos debida, la turbacion de los Indios, que apenas supieron la enfermedad, quando cesaron sus fiestas, y pasaron todos al extremo contrario de la tristeza y desconsuelo. Los nobles andaban asombrados y cuidadosos, preguntando á todas horas por el Teule, nombre, como diximos, que daban á sus Semi-dioses, ó poco menos que deidades. Los plebeyos solian venir en tropas á lamentarse de su pérdida: y era menester engañarlos con esperanzas de la mejoria para reprimirlos y apartarlos donde no hiciesen daño sus lástimas á la imaginacion del enfermo. Convocó el Senado los Medicos mas insignes de su distrito, cuya ciencia consistia en el conocimiento y eleccion de las hierbas medicinales, que aplicaban con admirable observacion de sus virtudes y facultades, variando el medicamento, segun el estado y accidentes de la enfermedad: y se les debió enteramente la cura; porque sirviendose primero de unas hierbas saludables y benignas para corregir la inflamacion y mitigar los dolores, de que procedia la calentura, pasaron por sus grados á las que disponian y cerraban las heridas con tanto acierto y felicidad, que le restituyeron brevemente á su perfecta salud. Riase de los empiricos la medicina racional: que á los principios todo fue de

Turbacion de los nobles y plebeyos.

Llama el Senado á los Medicos,

que consiguieron la cura de Cortés.

Medicina, hija de la experiencia.

la experiencia: y donde faltaba la natural filosofia, que buscó la causa por los efectos, no fue poco hallar tan adelantado el magisterio primitivo de la misma naturaleza. Celebróse con nuevos regocijos esta noticia. Conoció Hernan Cortés con otra experiencia mas el afecto de los Tlascaltécas: y libre ya la cabeza para discurrir, volvió á la fábrica de sus altos designios, tirar nuevas líneas, dirigir inconvenientes, y apartar dificultades: batalla interior de argumentos y soluciones, en que trabajaba la prudencia para componerse con la magnanimidad.

CAPITULO II.

LLEGAN NOTICIAS DE QUE SE habia levantado la Provincia de Tepeáca: vienen Embajadores de México á Tlascála; y se descubre una conspiracion que intentaba Xicotencál el mozo contra los Españoles.

VEnia Hernan Cortés deseoso de saber el estado en que se hallaban las cosas de la Vera Cruz, por ser la conservacion de aquella retirada una de las basas principales, sobre que se habia de fundar el nuevo edificio de que se trataba. Escribió luego á Rodrigo Rangel, que, como diximos, quedó nombrado por Teniente de Gonzalo de Sandoval en aquel

Escribe Cortés á la Vera Cruz.

gobierno: y llegó brevemente su respuesta, mediante la extraordinaria diligencia de los correos naturales, cuya substancia fue: „Que no se habia ofrecido „novedad que pudiese dar cuidado en la plaza ni en „la costa: que Narbáez y Salvatierra quedaban ase- „gurados en su prision: y que los soldados estaban „gustosos y bien asistidos, porque duraba en su pri- „mera puntualidad el afecto y buena corresponden- „cia de los Zempoales, Totonáques y demás nacio- „nes confederadas."

Responde Rangel.

Pero al mismo tiempo avisó que no habian vuelto á la plaza ocho soldados con un Cabo, que fueron á Tlascála por el oro que se dexó repartido á los Españoles de aquella guarnicion: y que si era cierta la voz que corria entre los Indios de que los habian muerto en la Provincia de Tepeáca, se podia temer que hubiese caido en el mismo lazo la gente de Narbáez que se quedó herida en Zempoála: porque habian marchado en tropas, como fueron mejorando, con ansia de llegar á México, donde se consideraban al arbitrio de la codicia las riquezas y las prosperidades.

Españoles muertos en Tepeáca.

Puso en gran cuidado á Cortés esta desgracia, por la falta que hacian al presupuesto de sus fuerzas aquellos soldados, que segun Antonio de Herrera, pasaban de cincuenta; y aunque fuese menor el número, como lo dice Bernal Diaz del Castillo, no por eso

dexaria de quedar grande la pérdida en aquella ocasion, y en una tierra donde se contaba por millares de Indios lo que suponia cada Español. Informóse de los Tlascaltécas amigos, y halló en ellos la misma noticia que daba Rangel, y la notable atencion de habersela recatado, por no desazonar con nuevos cuidados su convalecencia.

Confirmase esta noticia.

Era cierto que los ocho soldados que vinieron de la Vera Cruz, llegaron á Tlascála, y volvieron á partir con el oro de su repartimiento, en ocasion que andaba sospechosa la fidelidad de la provincia de Tepeáca, que fue una de las que dieron la obediencia en el primer viage de México: y despues se averiguó con evidencia que habian perecido en ella los unos y los otros, en que no dexaba que dudar la circunstancia de haber llamado tropas Mexicanas, con ánimo de mantener la traicion. Novedad que hizo necesario el empeño de sujetar aquellos rebeldes, y apartar de sus términos al enemigo: cuya diligencia no sufria dilacion por estar situada esta provincia en parage que dificultaba la comunicacion de México á la Vera Cruz: paso que debia quedar libre y asegurado antes de aplicar el ánimo á mayores empresas. Pero suspendió Hernan Cortés la negociacion que se habia de hacer con la república para que asistiese con sus fuerzas á esta faccion; porque supo al mismo tiempo que los Tepeaqueses habian penetrado pocos dias an-

Resuelve Cortés castigar esta provincia.

Hállase Tlascála en el mismo empeño.

tes los confines de Tlascála, destruyendo y robando algunas poblaciones de la frontera; y tuvo por cierto que le habrian menester para su misma causa, como sucedió con brevedad; porque resolvió el Senado que se castigáse con las armas el atrevimiento de aquella nacion, y se procuráse interesar á los Españoles en esta guerra, pues estaban igualmente irritados y ofendidos por la muerte de sus compañeros: con que llegó el caso de que le rogasen lo mismo que deseaba, y se puso en términos de conceder lo que habia de rogar.

Ofrecióse poco despues otra novedad que puso en nuevo cuidado á los Españoles. Avisaron de Gualipár que habian llegado á la frotera tres ó quatro Embajadores del nuevo Emperador Mexicano, dirigidos á la república de Tlascála, y quedaban esperando licencia del Senado para pasar á la ciudad. Discurrióse la materia en él con grande admiracion, y no sin conocimiento de que se debian escuchar como amenazas encubiertas las negociaciones del enemigo; pero aunque se tuvo por cierto que sería la embajada contra los Españoles, y estuvieron firmes en que no se les podria ofrecer conveniencia que preponderáse á la defensa de sus amigos, se decretó que fuesen admitidos los Embajadores, para que se lográse por lo menos aquel acto de igualdad, tan desusado en la soberbia de los Príncipes Mexicanos. Y se infiere del

Enviaron los Mexicanos Embajadores á Tlascála.

Decreta el Senado que se admitan.

con beneplácito de Cortés.

mismo suceso, que intervino en este decreto el beneplácito de Cortés, porque fueron conducidos públicamente al Senado los Embajadores, y no hubo recato, disculpa ó pretexto de que se pudiese arguir menos sinceridad en la intencion de los Tlascaltécas.

Entrada y presente de los Embajadores.

Hicieron su entrada con grande aparato y gravedad. Iban delante los tamenes bien ordenados, con el presente sobre los hombros, que se componia de algunas piezas de oro y plata, ropas finas de la tierra, curiosidades y penachos, con muchas cargas de sal, que alli era el contrabando mas apetecido. Trahian ellos mismos las insignias de la paz en las manos, gran cantidad de joyas, y numeroso acompañamiento de camaradas y criados. Superfluidades en que, á su parecer, venia figurada la grandeza de su Príncipe, y que algunas veces suelen servir á la desproporcion de la misma embajada: siendo como unas ostentaciones del poder, que asombran ó divierten los ojos, para introducir la sinrazon en los oidos. Esperólos el Senado en su tribunal, sin faltar á la cortesia, ni exceder en el agasajo; pero zeloso cuidadosamente de su representacion, y mal encubierto el desagrado en la urbanidad.

Ostentacion sospechosa.

Proposicion de los Mexicanos.

Su proposicion fue (despues de nombrar al Emperador Mexicano con grandes sumisiones y atributos:) „ Ofrecer de su parte la paz y alianza perpétua „ entre las dos naciones, libertad de comercio, y co-

„ municacion de intereses, con calidad y condicion „ que tomasen luego las armas contra los Españoles, „ ó se aprovechasen de su descuido y seguridad para „ deshacerse de ellos." Y no pudieron acabar su razonamiento, porque se hallaron atajados, primero, de un rumor indistinto que ocasionó la disonancia; y despues, de una irritacion mal reprimida, que prorumpió en voces descompuestas, y se llevó tras sí la circunspeccion.

Irritacion del Senado.

Pero uno de los Senadores ancianos acordó á sus compañeros el desacierto en que se iban empeñando contra el estilo y contra la razon; y dispuso que los Embajadores se retirasen á su alojamiento para esperar la resolucion de la república. Lo qual executado, se quedaron solos á discurrir sobre la materia; y sin detenerse á votar, concurrieron todos en el mismo sentir de los que habian propalado inadvertidamente su voto; aunque se aliñaron los términos de la repulsa, y se hizo lugar la cortesia en la segunda instancia de la cólera: resolviendo que se nombrasen tres ó quatro Diputados que llevasen la respuesta del Senado á los Embajadores, cuya substancia fue: „ Que „ se admitiria con toda estimacion la paz, como vi- „ niese propuesta con partidos razonables, y propor- „ cionados á la conveniencia y pundonor de ambos „ dominios; pero que los Tlascaltécas observaban re- „ ligiosamente las leyes del hospedage, y no acos-

Retiranse los Embajadores á su alojamiento.

Respuesta del Senado.

„ tumbraban ofender á nadie sobre seguro : preciandose de tener por imposible lo ilicito, y de irse derechos á la verdad de las cosas, porque no entendian de pretextos, ni sabian otro nombre á la traicion." Pero no llegó el caso de lograrse la respuesta : porque los Embajadores, viendo tan mal recibida su proposicion, se pusieron luego en camino, llevando tanto miedo, como truxeron gravedad : y no pareció conveniente detenerlos, porque habia corrido la voz en Tlascála de que venian contra los Españoles, y se temió algun movimiento popular que atropelláse las prerogativas de su ministerio, y destruyése las atenciones del Senado.

Escapan los Embajadores.

Esta diligencia de los Mexicanos (aunque frustrada con tanta satisfaccion de los Españoles) no dexó de traher algun inconveniente, de que se empezó á formar otro cuidado. Calló Xicotencál el mozo en la junta de los Senadores su dictamen, dexandose llevar del voto comun, porque temió la indignacion de sus compañeros, ó porque le detuvo el respeto de su padre; pero se valió despues de la misma embajada, para verter entre sus amigos y parciales el veneno de que tenia preocupado el corazon : sirviendose de la paz que proponian los Mexicanos, no porque fuese de su genio, ni de su conveniencia; sinó por esconder en este motivo especioso la fealdad ignominiosa de su envidia, y dañada intencion. „ El

Xicotencál el mozo mueve conspiracion.

Motivos de su mala voluntad.

„ Emperador Mexicano, decia, cuya potencia for-
„ midable nos trahe siempre con las armas en las ma-
„ nos, y envueltos en la contínua infelicidad de una
„ guerra defensiva, nos ruega con su amistad, sin
„ pedirnos otra recompensa que la muerte de los Es-
„ pañoles, en que solo nos propone lo que debiamos
„ executar por nuestra propia conveniencia y conser-
„ vacion: pues quando perdonemos á estos advene-
„ dizos el intento de aniquilar y destruir nuestra re-
„ ligion, no se puede negar que tratan de alterar nues-
„ tras leyes y forma de gobierno, convirtiendo en
„ monarquía la república venerable de los Tlascal-
„ técas, y reduciendonos al dominio aborrecible de
„ los Emperadores: yugo tan pesado y tan violento,
„ que aun visto en la cerviz de nuestros enemigos,
„ lastíma la consideracion." No le faltaba eloqüencia para vestir de razones aparentes su dictamen, ni osadia para facilitar la execucion; y aunque le contradecian, y procuraban disuadir algunos de sus confidentes, como estaba en reputacion de gran soldado, se pudo temer que tomáse cuerpo su parcialidad en una tierra donde bastaba el ser valiente para tener razon. Pero estaba tan arraigado en los ánimos el amor de los Españoles, que se hicieron poco lugar sus diligencias, y llegaron luego á la noticia de los Magistrados. Tratóse la materia en el Senado con toda la reserva que pedia un negocio de semejante conside-

Procuran disuadirle sus amigos.

Llegan sus intentos á noticia del Senado.

racion, y fue llamado á esta conferencia Xicotencál el viejo; sin que bastase la razon de ser hijo suyo el delinqüente, para que se desconfiáse de su entereza y justificacion.

Acriminaron todos este atentado como indigna cavilacion de hombre sedicioso, que intentaba perturbar la quietud pública, desacreditar las resoluciones del Senado, y destruir el credito de su nacion. Inclinaronse algunos votos á que se debia castigar semejante delito con pena de muerte, y fue su padre uno de los que mas esforzaron este dictamen, condenando en su hijo la traicion, como juez sin afectos, ó mejor padre de la patria.

Vota Xicotencál el viejo contra su hijo.

Pudo tanto en los ánimos de aquellos Senadores la constancia pundonorosa del anciano, que se mitigó, por su contemplacion, el rigor de la sentencia, reduciendose los votos á menos sangrienta demostracion. Hicieronle traher preso al Senado; y despues de reprehender su atrevimiento con destemplada severidad, le quitaron el baston de General, deponiendole del exercicio y prerogativas del cargo, con la ceremonia de arrojarle violentamente por las gradas del tribunal: cuya ignominia le obligó dentro de pocos dias á valerse de Cortés con demostraciones de verdadera reconciliacion: y á instancia suya fue restituido en sus honores, y en la gracia de su padre, aunque despues de algunos dias volvió á reverdecer

Viene preso al Senado.

Quitanle las insignias de General.

Cortés intercede por él.

la raiz infecta de su mala intencion, y reincidió en nueva inquietud, que le costó la vida, como verémos en su lugar. Pudieron ambos lances producir inconvenientes de grande amenaza, y dificultoso remedio; pero el de Xicotencál llegó á noticia de Cortés quando estaba prevenido el daño, y castigado el delito; y el de los Embajadores Mexicanos dexó satisfechos á los menos confiados, quedando en uno y otro nuevamente acreditada la rara fidelidad de los Tlascaltécas, que vista en una gente de tan limitada policía, y en aquel desabrigo de los medios humanos, llegó á parecer milagrosa; ó por lo menos se miraba entonces como uno de los efectos en que no se halla la razon natural, si se busca entre las causas inferiores.

Notable fidelidad de los Tlascaltécas.

CAPITULO III.

EXECÚTASE LA ENTRADA EN la provincia de Tepeáca: y vencidos los rebeldes, que aguardaron en campaña con la asistencia de los Mexicanos, se ocupa la ciudad, donde se levanta una fortaleza con el nombre de Segura de la Frontera.

ENtretanto que andaba Xicotencál el mozo convocando las milicias de su República, cebado ya en la guerra de Tepeáca, y deseoso entonces de

Dispone la jornada de Tepeáca.

borrar con los excesos de su diligencia las especies de su infidelidad, procuraba Cortés encaminar los ánimos de los suyos al conocimiento de que no se podia excusar el castigo de aquella nacion, poniendoles delante su rebeldía, la muerte de los Españoles, y quantos motivos podian hacer á la compasion, y llamar á la venganza. Pero no todos se ajustaban á que fuese conveniente aquella faccion, en cuyo dictamen sobresalieron los de Narbáez, que á vista de los trabajos padecidos, se acordaban con mayor afecto del ocio y de la comodidad, clamando por asistir á las grangerías que dexaron en la Isla de Cuba. Tenian por impertinente la guerra de Tepeáca, insistiendo en que se debia retirar el exército á la Vera Cruz para solicitar asistencias de Santo Domingo y Jamaica, y volver menos aventurados á la empresa de México; no porque tuviesen ánimo de perseverar en ella, sinó por acercarse con algun color á la lengua del agua, para clamar ó resistir con mayor fuerza. Y llegó á tanto su osadia, que hicieron notificar á Hernan Cortés una protesta en forma legal, adornada con algunos motivos de mayor atrevimiento que substancia, en que andaba el bien público y el servicio del Rey, procurando apretar los argumentos del temor y de la floxedad.

Mal contentos los de Narbáez.

Protesta que hicieron á Cortés.

Sintió vivamente Cortés que se hubiesen desmesurado á semejante diligencia, en tiempo que tenian

los enemigos, que asistian en Tepeáca, ocupado el camino de la Vera Cruz, y no era posible penetrarle sin hacer la guerra que rehusaban. Hizolos llamar á su presencia, y necesitó de toda su reportacion para no destemplarse con ellos: porque la tolerancia ó el disimulo de una injuria propia es dificultad que suele caber en ánimos como el suyo; pero sufrir en un despropósito la injuria de la razon, es en los hombres de juicio la mayor hazaña de la paciencia.

Llamalos á su presencia.

Agradeció como pudo los buenos deseos con que solicitaban la conservacion del exército; y sin detenerse á ponderar las razones que ocurrian para no faltar al empeño que estaba hecho con los Tlascaltécas, aventurando su amistad, y dexando consentida la traicion de los Tepeaqueses, se valió de motivos proporcionados al discurso de unos hombres á quien hacia poca fuerza lo mejor: para cuyo efecto les dixo solamente: „Que teniendo el enemigo los pasos es„trechos de la montaña, precisamente se habia de „pelear para salir á lo llano: que ir solos á esta fac„cion, sería perder voluntariamente, ó por lo me„nos aventurar sin disculpa el exército: que ni era „practicable pedir socorro á los Tlascaltécas, ni ellos „le darian para una retirada que se hacia contra su „voluntad: y que una vez sujeta la provincia rebel„de, y asegurado el camino (en lo qual asistiria con „todas sus fuerzas la República) les ofrecia sobre la

Motivos de que se valió para reducirlos.

,, fé de su palabra que podrian retirarse con licencia ,, suya quantos no se determinasen á seguir sus banderas." Con que los dexó reducidos á servir en aquella guerra, quedando en conocimiento de que no eran á propósito para entrar en mayores empeños; y trató de poner luego en execucion su jornada, con que se quietaron por entonces.

Eligió hasta ocho mil Tlascaltécas de buena calidad, divididos en tropas, segun su costumbre, con algunos Capitanes de los que ya tenia experimentados en el viage de México. Dexó á cargo de su nuevo amigo Xicotencál que siguiese con el resto de sus milicias: y puesta en orden su gente, se halló con quatrocientos y veinte soldados Españoles, inclusos los Capitanes, y diez y siete caballos, armada la mayor parte de picas, espadas y rodelas, algunas ballestas, y pocos arcabuzes, porque no sobraba la polvora, cuya falta obligó á que se dexasen los demás en casa de Magiscatzín.

Marcha el exército.

Marchó el exército con grandes aclamaciones del concurso popular, y grande alegria de los mismos soldados Tlascaltécas, pronosticos de la victoria, en que tenian su parte los espíritus de la venganza. Hizose alto aquel dia en el primer lugar de la tierra enemiga, situado tres leguas de Tlascála, y cinco de Tepeáca, ciudad capital que dió su nombre á la provincia. Retiróse la poblacion á la primera vista del exér-

cito, y solo dieron alcance los batidores á seis ó siete paisanos, que aquella noche hallaron agasajo y seguridad entre los Españoles, no sin alguna repugnancia de los Tlascaltécas, en cuya irritacion tuvieran diferente acogida. Llamólos á la mañana Hernan Cortés, y alentandolos con algunas dádivas, los puso á todos en libertad, encargandoles que por el bien de su nacion dixesen de su parte á los Caciques y Ministros principales de la ciudad: „ Que venia con „ aquel exército á castigar la muerte de tantos Españoles como habian perdido alevosamente la vida en „ su distrito, y la traicion calificada con que se habian negado á la obediencia de su Rey; pero que „ determinandose á tomar las armas contra los Mexicanos (para cuyo efecto los asistiria con sus fuerzas y las de Tlascála) quedaria borrada con un perdon general la memoria de ambas culpas, y serian „ restituidos á su amistad, excusando los daños de „ una guerra, cuya razon los amenazaba como delinqüentes, y los trataria como enemigos."

Ofrecese la paz á los Caciques.

Partieron con este mensage, y al parecer, bastantemente asegurados: porque Doña Marina y Aguilar añadieron á lo que dictaba Cortés algunos amigables consejos y seguridades en orden á que podian volver sin rezelo, aunque fuese mal admitida la proposicion de la paz. Y asi lo executaron el dia siguiente: acompañandolos en esta funcion dos Mexicanos,

que al parecer, venian como zeladores de la embajada, para que no se alterasen los términos de la repulsa, cuya substancia fue insolente y descomedida: „ Que no querian la paz, ni tardarian mucho en buscar á sus enemigos en campaña para volver con „ ellos maniatados á las aras de sus dioses." A que añadieron otros desprecios y amenazas de hombres que hacian la cuenta con el número de su exército.

Nieganse á la paz los Tepeaqueses.

No se dió por satisfecho Hernan Cortés con esta primera diligencia, y los volvió á despachar con nuevo requerimiento, que ordenó para su mayor justificacion, en que les protestaba: „ Que no admitiendo la „ paz con las condiciones propuestas, serian destrui„ dos á fuego y á sangre como traidores á su Rey, y „ quedarian esclavos de los vencedores, perdiendo en„ teramente la libertad quantos no perdiesen la vida." Hizose la notificacion á los Enviados con asistencia de los intérpretes: y dispuso que llevasen por escrito una copia del mismo requerimiento; no porque le hubiesen de leer, sinó porque al oir de sus mensageros aquella intimacion de tanta severidad, temiesen algo mas de las palabras sin voz que llevaba el papel: que como estrañaban tanto en los Españoles el oficio de la pluma, teniendo por sobrenatural que pudiesen hablarse y entenderse desde lejos, quiso darles en los ojos con lo que les hacia ruido en el cuidado: que fue como llamarlos al miedo por el camino de la admiracion.

Segundo requerimiento de Cortés.

Dase por escrito, y con qué fin.

Pero sirvió de poco este primor; porque fue aun mas briosa, y mas descortés la segunda respuesta, con la qual llegó el aviso de que venia marchando en diligencia mas que ordinaria el exército enemigo: y Hernan Cortés resuelto á buscarle, ordenó luego su gente, y la puso en marcha, sin detenerse á instruirla ni animarla: porque los Españoles estaban diestros en aquel género de batallas; y los Tlascaltécas iban tan deseosos de pelear, que trabajó mas la razon en detenerlos.

Salen á campaña los Tepeaqueses y Mexicanos.

Aguardaban los enemigos mal emboscados entre unos maizales, aunque los produce tan densos y crecidos la fertilidad de aquella tierra, que pudieran lograr el lazo, si fuera mayor su advertencia; pero se reconoció desde lejos el bullicio de su natural inquietud; y la noticia de los batidores llegó á tiempo, que dadas las órdenes, y prevenidas las armas, se consiguió el acercarse á la zelada con un género de sosiego, que procuraba imitar el descuido.

Aguardan emboscados.

Dióse principio al combate, prolongando los esquadrones lo que fue necesario para guardar las espaldas: y los Mexicanos, que trahian la vanguardia, se hallaron acometidos por todas partes, quando se andaban disponiendo para ocupar la retirada. Facilitó su turbacion el primer avance, y fueron pasados á cuchillo quantos no se retiraron anticipadamente. Fuese ganando tierra sin perder la formacion del exérci-

Rompelos Cortés.

to; y porque las flechas y demás armas arrojadizas perdian la fuerza y la puntería en las cañas del maiz, lo hicieron todo las espadas y las picas. Rehicieronse despues los enemigos, y esperaron segundo choque, alargando la disputa con el último esfuerzo de la desesperacion; pero se detuvo poco en declararse la victoria, porque los Mexicanos cedieron no solamente la campaña, sinó todo el pais, buscando su refugio en otros aliados: y á su exemplo se retiraron los Tepeaqueses con el mismo desorden, tan atemorizados, que vinieron aquella misma tarde sus Comisarios á rendir la ciudad, pidiendo quartel, y dexandose á la discrecion ó á la clemencia de los vencedores.

Rehacense los enemigos.

Huye deshecho el exército enemigo.

Perdió el enemigo en esta faccion la mayor parte de sus tropas: hicieronse muchos prisioneros, y el despojo fue considerable. Los Tlascaltécas pelearon valerosamente (y lo que mas se pudo estrañar) tan atentos á las órdenes, que á fuerza de su mejor disciplina, murieron solamente dos ó tres de su nacion. Murió tambien un caballo: y de los Españoles hubo algunos heridos, aunque tan ligeramente, que no fue necesario que se retirasen. El dia siguiente se hizo la entrada en la ciudad; y asi los Magistrados, como los Militares que salieron al recibimiento, y el concurso popular que los seguia, vinieron desarmados á manera de reos, llevando en el silencio y los

Entra Cortés en la ciudad.

Piden perdon los Tepeaqueses.



Quedan vencidos en batalla los rebeldes de la Provincia de Tepêaca, y se funda la Fortaleza de SEGURA de la FRONTERA.


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

semblantes confesada ó reconocida la confusion de su delito.

Humillaronse todos al acercarse, hasta poner la frente sobre la tierra: y fue necesario que los alentase Cortés para que se atreviesen á levantar los ojos. Mandó luego que los intérpretes aclamasen, levantando la voz, al Rey Don Carlos, y publicasen el perdon general en su nombre: cuya noticia rompió las ataduras del miedo, y empezaron las voces y los saltos á celebrar el contento. Señalóse á los Tlascaltécas su quartel fuera de poblado, porque se temió que pudiese mas en ellos la costumbre de maltratar á sus enemigos, que la sujecion á las órdenes en que se iban habituando: y Hernan Cortés se alojó en la ciudad con sus Españoles, con la union y cautela que pedia la ocasion, durando en este género de rezelo hasta que se conoció la sencillez de aquellos ánimos, que á la verdad, fueron solicitados y asistidos por los Mexicanos, asi para la primera traicion, como para los demás atrevimientos.

Aclamaciones del Rey Don Carlos.

Hallabanse ya escarmentados y pesarosos de haber dado segunda vez la cerviz al yugo intolerable de aquella nacion: y tan desengañados en el conocimiento (de que aun viniendo como amigos, no sabian abstenerse de mandar en las haciendas, en las honras y en las vidas) que hicieron ellos mismos diferentes instancias á Hernan Cortés para que no desamparáse

Pide Tepeáca socorro contra los Mexicanos.

Fúndase Segura de la Frontera

la ciudad: de que se tomó pretexto para levantar alli una fortaleza, que se les dió á entender era para defenderlos, siendo para sujetarlos: y sobre todo para dar seguridad al paso de la Vera Cruz, á cuyo fin convenia mantener aquel puesto, que siendo fuerte por naturaleza, podia recibir con facilidad los reparos del arte. Cerraronse las avenidas con algunas trincheras de fagína y tierra que diesen recinto á la ciudad, atando las quiebras de la montaña: y en lo mas eminente se levantó una fortificacion de materia mas solida en forma de castillo, que se tuvo por bastante retirada para qualquier accidente de los que se podian ofrecer en aquel género de guerra. Dióse tanto calor á la fábrica, y asistieron á ella los naturales y circunvecinos con tanta solicitud, y en tanto número, que se puso en defensa dentro dé breves dias: y Hernan Cortés señaló algunos Españoles que se quedasen á defender aquella plaza, que hizo llamar Segura de la Frontera, y fue la segunda poblacion Española del Imperio Mexicano.

con guarnicion Española.

Vendense los prisioneros como esclavos.

Desembarazóse primero para dar cobro á estas disposiciones de los prisioneros Mexicanos y Tepeaqueses de la victoria pasada: y ordenó que fuesen llevados á Tlascála con particular cuidado, porque ya se apreciaban como alhajas de valor, habiendose introducido entonces en aquella tierra el herrarlos, y venderlos como esclavos. Abuso, y falta de humani-

dad, que tuvo su principio en las Islas, donde se practicaba ya este género de terror contra los Indios rebeldes, aunque no se refiere como disculpa el exemplar: que siempre yerra segunda vez quien sigue lo culpable; y por mas que fuese ageno el primer desacierto, quedaria con circunstancias de reincidencia la imitacion.

Exemplares no son disculpa de los desaciertos.

No se detuvo muchos dias el remedio y la reprehension de semejante desorden, aunque llegó á noticia del Emperador fundado en algunos de los motivos que hacen licita la esclavitud entre los Christianos, y fue punto que se ventiló en largas disputas y papeles. Pero aquel ánimo Real (verdaderamente religioso y compasivo) se dexó pendientes las controversias de los Teólogos, y ordenó, de propio dictamen, que fuesen restituidos en su libertad quando lo permitiese la razon de la guerra; y en el interin, tratados como prisioneros, y no como esclavos. Heroica resolucion en que obró tanto la prudencia como la piedad: porque ni en lo político fuera conveniente introducir la servidumbre para mejorar el vasallage; ni en lo católico desautorizar con la cadena y el azote la fuerza de la razon.

Remedia este desorden el Emperador.

CAPITULO IV.

ENVIA HERNAN CORTÉS diferentes Capitanes á reducir ó castigar los pueblos inobedientes, y vá personalmente á la ciudad de Guacachúla contra un exército Mexicano, que vino á defender su frontera.

Llega Xicotencal con nuevo socorro.

POco despues que se alojó el exército en Tepeáca, llegó con el resto de sus tropas Xicotencál, y creció, segun dicen algunos, á cincuenta mil hombres el exército auxîliar de los Tlascaltécas. Convenia, para sosegar á los Tepeaqueses, que andaban rezelosos de su vecindad, ponerlos en alguna operacion; y sabiendo Hernan Cortés que al fomento de los Mexicanos se mantenian fuera de la obediencia tres ó quatro lugares de aquel distrito, envió diferentes Capitanes, dando á cada uno veinte ó treinta Españoles, y número considerable de Tlascaltécas, para que los procurasen reducir á la paz con términos suaves, ó pasasen á castigar con las armas su obstinacion. En todos se halló resistencia, y en todos hizo la fuerza lo que no pudo la mansedumbre; pero se consiguió el intento sin perder un hombre: y los Capitanes volvieron victoriosos, dexando sujetas aquellas poblaciones rebeldes, y no sin escarmiento á los Mexicanos, que huyeron rotos y deshechos de la otra

Sujetanse los lugares rebeldes.

parte de los montes. El despojo que se adquirió en el alcance de los enemigos, y en los mismos lugares sediciosos, fue rico y abundante de todos géneros. Los prisioneros excedian el número de los vencedores. Dicen que llegarian á dos mil los que se hicieron solo en Tecamachalco, donde se apretó la mano en el castigo, porque sucedió en este lugar la muerte de los Españoles: y ya no se llamaban prisioneros, sinó cautivos, hasta que puestos en venta perdian el nombre, y pasaban á la servidumbre personal, dando el rostro á la nota miserable de la esclavitud.

Dos mil prisioneros en Tecamachalco.

Habia muerto en esta sazon (segun la noticia que se tuvo poco despues) el Emperador que sucedió á Motezuma en la corona, que como diximos, se llamaba Quetlavaca, Señor de Iztapalapa: y juntandose los Electores, dieron su voto y la investidura del Imperio á Guatimozín, sobrino y yerno de Motezuma. Era mozo de hasta veinte y cinco años, y de tanto espíritu y vigilancia, que á diferencia de su antecesor, se dió todo á los cuidados públicos, deseando que se conociese luego lo que valen, puestas en mejor mano, las riendas del gobierno. Supo lo que iban obrando los Españoles en la provincia de Tepeáca: y previniendo los designios á que podrian aspirar con la reunion de los Tlascaltécas, y demás provincias confinantes, entró en aquel temor razonable, de que suele formar sus avisos la prudencia.

Muere el Emperador Mexicano.

Guatimozín sube al Imperio.

Principios de su gobierno.

Hizo notables prevenciones, que dieron grande recomendacion á los principios de su reynado. Alentó la milicia con premios y exênciones. Ganó el aplaúso de los pueblos con levantar enteramente los tributos por el tiempo que durase la guerra. Hizose mas Señor de los nobles con dexarse comunicar, templando aquella especie de adoracion á que procuraban elevar el respeto sus antecesores. Repartió dádivas y ofertas entre los Caciques de la frontera, exhortandolos á la fidelidad y á la propia defensa: y porque no se quejasen de que les dexaba todo el peso de la guerra, envió un exército de treinta mil hombres que diese calor á las milicias naturales. Y á vista de estas prevenciones, tienen despejo los émulos de nuestra Nacion para decir que se lidiaba con brutos incapaces, que solo se juntaban para ceder á la industria y al engaño, mas que al valor y á la constancia de sus enemigos.

Envia exército á la frontera.

Tuvo noticia Hernan Cortés de que se prevenia exército en la frontera, y no le dexaron que dudar tres ó quatro mensageros nobles que le despachó el Cacique de Guacachúla, ciudad populosa y guerrera, situada en el paso de México, y una de las que miraba el nuevo Emperador como antemural de sus Estados. Venian á pedir socorro contra los Mexicanos: quejabanse de sus violencias y desprecios: ofrecian tomar las armas contra ellos luego que se dexá-

Guacachúla pide socorro á Cortés.

se ver de sus murallas el exército de los Españoles. Facilitaban la empresa, y la querian justificar, diciendo, que su Cacique debia ser asistido como vasallo de nuestro Rey, por ser uno de los que dieron la obediencia en la junta de nobles que se hizo á convocacion de Motezuma. Preguntóles Hernan Cortés, qué grueso tendria el enemigo en aquel parage: y respondieron que hasta veinte mil hombres en el distrito de su ciudad, y en otra que se llamaba Yzucán, distante quatro leguas, otros diez mil; pero que de Guacachúla, y algunos lugares de su contribucion se juntaria número muy considerable de gente irritada y valerosa, que sabria gozar de la ocasion, y servirse de las manos. Exâminólos cuidadosamente, haciendoles diferentes instancias, á fin de penetrar el ánimo de su Cacique; y dieron tan buena razon de sí, que le dexaron persuadido á que venia sin doblez la proposicion. Y quando le quedáse algun rezelo, procuraria disimularle; porque aun en caso de salir incierto el tratado, era ya necesario echar de alli al enemigo, y sujetar aquellas ciudades fronterizas, antes que se pusiese mayor cuidado en defenderlas.

Veinte mil Mexicanos en su distrito.

Tomó tan de veras el empeño, que formó aquel mismo dia un exército de hasta trescientos Españoles, con doce ó trece caballos, y mas de treinta mil Tlascaltécas, encargando la faccion al Maestre de Campo Christoval de Olid: y andaba tan cerca entonces

Vá Christoval de Olid á este socorro.

el disponer del executar, que marchó la mañana siguiente, llevando consigo á los Mensageros, y orden para que se procuráse adelantar con recato hasta ponerse cerca de la ciudad: y caso que hubiese algun rezelo de trato doble, se abstuviese de atacar la poblacion, y procuráse romper antes á los Mexicanos, llamandolos á la batalla en algun puesto ventajoso.

Corre voz de que viene Guatimozín al socorro.

Iban todos alegres y de buen ánimo; pero á seis leguas de Tepeáca, y casi á la misma distancia de Guacachúla, donde hizo alto el exército, corrió voz de que venia en persona el Emperador Mexicano á socorrer aquellas ciudades con todo el resto de sus fuerzas. Decianlo asi los paisanos, sin dar fundamento en el origen de esta noticia; pero los Españoles de Narbáez la creyeron y la multiplicaron sin oir razon, ni atender á las órdenes. Contradecian á rostro descubierto la jornada, protestando que se quedarian, con tanta irreverencia, que llegó á enojarse con ellos Christoval de Olid, y á despedirlos con desabrimiento: amenazandolos con el enojo de Cortés, porque no les hacia fuerza el deshonor de la retirada. Y al mismo tiempo que trataba de proseguir sin ellos su marcha, se ofreció nuevo accidente, que si no llegó á turbar su constancia, puso en compromiso la resolucion, y el acierto de la misma jornada.

Vuelvense á inquietar los de Narbáez.

Descubrese un exército en la montaña.

Vieronse descender tropas de gente armada por lo alto de las montañas vecinas, que se iban acercan-

do en mas que ordinaria diligencia: y le obligaron á poner en orden su gente, creyendo que le buscaban ya los Mexicanos: en que obró lo que debia: que nunca dañan á la salud de los exércitos los excesos del cuidado. Pero algunos caballos que adelantó á tomar lengua, volvieron con aviso de que venia por Capitan de aquellas tropas el Cacique de Guaxozingo, á quien acompañaban otros Caciques sus confederados con ánimo de asistir á los Españoles en aquella guerra contra los Mexicanos, que tenian ocupada la frontera, y amenazados sus dominios. Mandó con esta noticia que hiciesen alto las tropas, y viniesen los Caciques á verse con él, como lo executaron luego. Pero de lo mismo que, al parecer, debian alegrarse todos, se levantó segunda voz en el exército, que tomó su principio en los Tlascaltécas, y comprehendió brevemente á los Españoles. Decian unos y otros que no era seguro fiarse de aquella gente: que su amistad era fingida; y que la enviaban los Mexicanos para que se declaráse por enemiga quando llegáse la ocasion de la batalla. Oyólos Christoval de Olid: y dexandose llevar con poco exâmen á la misma sospecha, prendió luego á los Caciques, y los envió á Tepeáca, para que determináse Cortés lo que se debia executar. Accion atropellada, en que aventuró que sucediese alguna turbacion entre los suyos, y los que verdaderamente venian como amigos;

Era el Cacique de Guaxocingo, y otros que venian á unirse con los Españoles.

Desconfianzas de este socorro.

Prende Olid á los Caciques, y los remite á Cortés.

pero estos perseveraron á vista de aquella desconfianza, sin moverse del parage donde se hallaban, dandose por satisfechos de que se remitiese á Cortés el conocimiento de su verdad: y los demás no se atrevieron á inquietarlos, porque dieron cuenta, y quedaron obligados á esperar la orden.

Llegaron los presos brevemente á la presencia de Cortés, y se quejaron de Christoval de Olid en términos razonables: dando á entender que no sentian la mortificacion de sus personas, sinó el desayre de su fidelidad. Oyólos benignamente, y haciendoles quitar las prisiones, procuró satisfacerlos y confiarlos: porque halló en ellos todas las señas que suele traher consigo la verdad para diferenciarse del engaño. Pero entró en dictamen de que ya necesitaba de su asistencia la faccion: porque la desconfianza de aquellas naciones amigas, y las voces que habian corrido en el exército, eran amenazas del intento principal. Dispuso luego su jornada: y encargando á los Ministros de justicia el gobierno y dependencias de la nueva poblacion, partió con los Caciques y una pequeña escolta de los suyos, tan diligente y deseoso de facilitar la empresa, que llegó en breves horas al exército. Alentaronse todos con su presencia: pusieronse las cosas de otro color: serenóse la tempestad que iba obscureciendo los ánimos: reprehendió á Christoval de Olid, no el haberle dado noticia de

que los puso luego en libertad.

Parte Cortés á su exército.

aquella novedad, hallandose tan cerca, sinó el haber manifestado sus rezelos con la prision de los Caciques. Y unidas las fuerzas marchó sin mas detencion la vuelta de Guacachúla, ordenando que se adelantasen los mensageros de aquella ciudad, y diesen aviso á su Cacique del parage donde se hallaba, y de las fuerzas con que venia; no porque necesitáse ya de sus ofertas, sinó por excusar el empeño de tratar como enemigos á los que deseaba reducir y conservar.

Marcha con él á Guacachúla.

Tenian su alojamiento los Mexicanos de la otra parte de la ciudad; pero al primer aviso de sus centinelas se movieron con tanta celeridad, que al tiempo que llegaron los Españoles á tiro de arcabuz, habian formado su exército, y ocupado el camino con ánimo de medir las fuerzas al abrigo de la plaza. Trabóse con rigurosa determinacion la batalla, y los enemigos empezaron á resistir y ofender con señas de alargar la disputa: quando el Cacique logró la ocasion, y desempeñó su fidelidad, cerrando con ellos por las espaldas, y ofendiendolos al mismo tiempo desde la muralla con tan buena orden, y tanta resolucion, que facilitó mucho la victoria, y en poco mas de media hora fueron totalmente deshechos los Mexicanos: siendo pocos los que pudieron escapar de muertos ó heridos.

Déxase ver el exército Mexicano.

Dase la batalla.

Cierran por las espaldas los de Guacachúla,

y quedan deshechos los Mexicanos.

Alojóse dentro de la ciudad Hernan Cortés con los Españoles, señalando su quartel fuera de los mu-

ros á los Tlascaltécas y demás aliados, cuyo número fue creciendo por instantes: porque á la fama de que se movia su persona, salieron otros Caciques de la tierra obediente con sus milicias á servir debaxo de su mano: y creció tanto su exército, que, segun su misma relacion, llegó á Guacachúla con mas de ciento y veinte mil hombres. Dió las gracias al Cacique y á los soldados naturales, atribuyendoles enteramente la gloria del suceso: y ellos se ofrecieron para la empresa de Yzucán, no sin presuncion de necesarios, por la noticia con que se hallaban de la tierra, y por lo que ya se podia fiar de su valor. Tenia el enemigo en aquella ciudad, como lo avisó el Cacique, mas de diez mil hombres de guarnicion, sin los que se le arrimarian de la rota pasada. Los paisanos de su poblacion y distrito se hallaban empeñados á todo riesgo en la enemistad de los Españoles. La plaza era fuerte por naturaleza, y por algunas murallas con sus rebellines que cerraban el paso entre las montañas: bañabala un rio, que necesariamente se habia de penetrar; y llegó noticia de que habian roto el puente para disputar la ribera: circunstancias bastantes para que no se despreciáse la faccion, ni se dexáse de mover todo el exército.

Vienen otros Caciques con sus tropas.

Jornada de Yzucán.

Fortaleza de aquella villa.

Iba Christoval de Olid en la vanguardia con la gente señalada para el esguazo, en cuya oposicion halló la mayor parte del exército enemigo; pero se ar-

Espera el enemigo de la otra parte de un rio.

rojó al agua peleando, y ganó la otra ribera con tanta determinacion, y tan arrestado en los avances, que le mataron el caballo, y le hirieron en un muslo. Huyeron los enemigos á la ciudad, donde pensaron mantenerse, porque habian echado fuera la gente inutil, niños y mugeres, quedandose con mas de tres mil paisanos habiles, y bastimentos de reserva para muchos dias. El aparato de las murallas, y el número de los defensores daban con la dificultad en los ojos, y premisas de que sería costoso el asalto; pero apenas acabó de pasar el exército, y se dieron las órdenes de acometer, quando cesaron los gritos, y desapareció por todas partes la guarnicion. Pudose temer algun estratagema de los que alcanzaba su milicia, si al mismo tiempo no se descubriera la fuga de los Mexicanos, que puestos en desorden, iban escapando á la montaña. Envió Cortés en su alcance algunas compañias de Españoles con la mayor parte de los Tlascaltécas; y aunque militaba por los enemigos lo agrio de la cuesta, se consiguió el romperlos tan executivamente, que apenas se les dió lugar para que volviesen el rostro.

Gana Olid la ribera.

Retiranse los enemigos á la villa.

Pasa el exército, y huyen los Mexicanos.

Quedaron rotos en el alcance.

La ciudad estaba tan desamparada, que solo se pudieron hallar entre los prisioneros tres ó quatro de los naturales; por cuyo medio trató Hernan Cortés de recoger á los demás, enviandolos á los bosques donde tenian retiradas sus familias, para que de su

Hállase desamparada la ciudad.

parte, y en nombre del Rey ofreciesen perdon y buen pasage á quantos se volviesen luego á sus casas: cuya diligencia bastó para que se poblase aquel mismo dia la ciudad, volviendose casi todos á gozar del indulto. Detuvose Cortés en ella dos ó tres dias para que perdiesen el miedo, y abrazasen la obediencia con el exemplo de Guacachúla. Despidió al mismo tiempo las tropas de los Caciques amigos, partiendo con ellos el despojo de ambas facciones: y se volvió á Tepeáca con sus Españoles y Tlascaltécas, dexando libre de Mexicanos la frontera, obedientes aquellas ciudades que tanto suponian, asegurado con la experiencia el afecto de las naciones amigas, y frustradas las primeras disposiciones del nuevo Emperador Mexicano, que suelen observarse como pronosticos de su reynado, y descaecer ó animar á los súbditos, segun las malogran ó las califican los sucesos.

Vuelven á sus casas los naturales,

y marcha Cortés á Tepeáca.

No quiere Bernal Diaz del Castillo que se halláse Cortés en esta expedicion. Puedese dudar si fue por autorizar la disculpa de haberse quedado en Segura de la Frontera, como lo confiesa pocos renglones antes; ó si le llevó inadvertidamente la pasion de contradecir en esto como en todo á Francisco Lopez de Gómara: porque los demás Escritores afirman lo que dexamos referido: y el mismo Hernan Cortés en la carta para el Emperador escrita en treinta de Octubre de mil y quinientos y veinte dá los motivos

Niega Bernal Diaz á Cortés esta faccion.

Afirmase lo contrario.

que le obligaron á seguir entonces el exército. Sentimos que se ofrezcan estas ocasiones de impugnar al Autor que vamos siguiendo; pero en este caso fuera culpa de Cortés, indigna en su cuidado, no haber asistido personalmente donde le llamaban desde tan cerca desconfianzas de los suyos, quejas de los confederados, voces de poco respeto entre los de Narbáez, Christoval de Olid, que gobernaba el exército, parcial de los rezelosos, y una empresa de tanta consideracion aventurada. Perdone Bernal Diaz, que quando lo dixese como lo entendió, pudo antes caber un descuido en su memoria, que una falta en la verdad, y un desacierto en la vigilancia de Cortés.

Motivos que le llevaron á esta ocasion.

CAPITULO V.

PROCURA HERNAN CORTÉS adelantar algunas prevenciones de que necesitaba para la empresa de México. Hállase casualmente con un socorro de Españoles. Vuelve á Tlascála, y halla muerto á Magiscatzín.

APenas llegó Hernan Cortés á Tepeáca, y á Segura de la Frontera, quando le avisaron de Tlascála que su grande amigo Magiscatzín quedaba en los últimos plazos de la vida: noticia de gran sentimiento suyo, porque le debia una voluntad apasio-

Enfermedad grave de Magiscatzín.

nada, que se habia hecho recíproca, y de igual correspondencia con el trato y la obligacion. Pero deseando socorrerle con la mejor prueba de su amistad, despachó luego al Padre Fray Bartolomé de Olmedo para que atendiese al socorro de su alma, procurando reducirle al gremio de la Iglesia. Estaba, quando llegó este Religioso, poco menos que rendido á la fuerza de la enfermedad; pero con el juicio libre, y el ánimo dispuesto á recibir nueva impresion: porque le desagradaban los ritos, y la multiplicidad de sus dioses, y hallaba menos disonancia en la Religion de los Españoles, inclinado á las congruencias que le dictaba la razon natural, y ciego, al parecer, mas por falta de luz, que por defecto de los ojos. Trabajó poco en persuadirle Fray Bartolomé, porque halló conocido el error, y deseado el acierto: con que solo necesitó de instruirle y amonestarle para excitar la voluntad, y quietar el entendimiento. Pidió á breve rato con grandes ansias el bautismo, y le recibió con entera deliberacion, gastando el poco tiempo que le duró la vida en fervorosas ponderaciones de su felicidad, y en exhortar á sus hijos que dexasen la idolatría, y obedeciesen á su amigo Hernan Cortés, procurando con todas veras, y como punto de conveniencia propia, la conservacion de los Españoles: porque segun lo que le decia en aquella hora el corazon, estaba creyendo que habia de caer en sus ma-

Envia Cortés á Fray Bartolomé.

Magiscatzín pide el bautismo.

Exhortacion que hizo á sus hijos quando murió.

nos el dominio de aquella tierra. Pudo inspirarselo Dios; pero tambien pudo colegirlo de los antecedentes, y ser dictamen suyo este que se refiere como profecia. Lo que no se debe dudar es, que le premió Dios con aquella última docilidad y extraordinaria vocacion lo que obró en favor de los Christianos: asi como le tomó por instrumento principal del abrigo que tantas veces debieron á la república de Tlascála. Fue hombre de virtudes morales, y de tan ventajosa capacidad, que llegó á ser el primero en el Senado, y casi á mandar en sus resoluciones: porque cedian todos á su autoridad y á su talento; y él sabia disponer como absoluto, sin exceder los límites de aconsejar como repúblico. Sintió Hernan Cortés su muerte como pérdida incapaz de consuelo; aunque le hacia mas falta como amigo que como director de sus intentos, por hallarse ya introducido en la voluntad y en el respeto de toda la república. Pero el cielo, que al parecer, cuidaba de animarle para que no desistiese, le socorrió entonces con un suceso favorable, que mitigó su tristeza, y puso de mejor condicion sus esperanzas.

Su capacidad y virtudes morales.

Siente Cortés su muerte.

Llegó al surgidero de San Juan de Ulúa un baxel de mediano porte, en que venian trece soldados Españoles, y dos caballos, con algunos bastimentos y municiones que remitia Diego Velazquez de socorro á Pámphilo de Narbáez, creyendo que tendria ya

Llega un baxel á S. Juan de Ulúa, de socorro á Narbáez.

por suyas las conquistas de aquella tierra, y á su devocion el exército de Cortés. Venia por Cabo de esta gente Pedro de Barba, el que se hallaba Gobernador de la Havana quando salió Hernan Cortés de la Isla de Cuba, debiendo á su amistad el último escape de las asechanzas con que se procuró embarazar su viage. Apenas descubrió el baxel Pedro Caballero, á cuyo cargo estaba el gobierno de la costa, quando salió en un esquife á reconocerle. Saludó con grande afecto á los recienvenidos; y en la cortesia ó sumision con que le preguntó Pedro de Barba por la salud de Pámphilo de Narbáez, conoció á lo que venia. Respondióle sin detenerse: „Que no solo se hallaba con salud, sinó en grandes prosperidades: porque todas aquellas regiones le habian dado la obediencia, y Hernan Cortés andaba fugitivo por los „montes con pocos de los suyos." Cautela, ó falta de verdad, en que se pudo alabar la prontitud y el desembarazo: pues fue bastante para sacarlos á tierra sin rezelo, y para dar con ellos en la Vera Cruz, donde se descubrió el engaño, y se hallaron presos por Hernan Cortés: aplaudiendo Pedro de Barba el ardid y la disimulacion de Pedro Caballero, porque, á la verdad, no le pesó de hallar á su amigo en mejor fortuna.

Venia por Cabo Pedro de Barba.

Ardid de Pedro Caballero.

Prende á Pedro de Barba por Cortés.

Fueron llevados á Segura de la Frontera, y Hernan Cortés celebró con particular gusto la dicha de

hallarse con mas Españoles, y la notable circunstancia de recibir por mano de su enemigo este socorro. Agasajó mucho á Pedro de Barba, y le dió luego una compañia de Ballesteros en fé de que tenia presente su amistad. Repartió algunas dádivas entre los soldados, con que se ajustaron á servir debaxo de su mano. Leyóse despues reservadamente la carta que trahia Pedro de Barba para Narbáez, en que le ordenaba Diego Velazquez (suponiendole vencedor y dueño de aquellas conquistas:) „Que se mantuviese „á toda costa en ellas, para cuyo efecto le ofrecia „grandes socorros. Y ultimamente le decia: Que si „no hubiese muerto á Cortés, se le remitiese luego „con bastante seguridad, porque tenia orden expre„sa del Obispo de Burgos para enviarle preso á la „corte." Y sería justificada la orden, si se atendió á no dexar su causa en manos de su enemigo; aunque del empeño con que favorecia este Ministro á Diego Velazquez, se puede temer que solo se trataba de que fuese mas ruidoso y mas exemplar el castigo, dando á la venganza particular algo de la vindicta pública.

Agasajale Cortés.

La carta que trahia para Narbáez.

Dentro de ocho dias llegó á la costa segundo baxel con nuevo socorro dirigido á Pámphilo de Narbáez, y le aprehendió con la misma industria Pedro Caballero. Trahia ocho soldados, una yegua, y cantidad considerable de armas y municiones á cargo del Capitan Rodrigo Morejon de Lobera: y todos pasa-

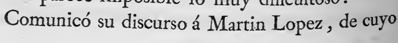
Llega otro baxel á la costa.

Viene la gente al exército.

ron luego á Segura, donde se incorporaron voluntariamente con el exército, siguiendo el exemplar de los que vinieron delante. Llegaban estos socorros por camino tan fuera de la esperanza, que los miraba Hernan Cortés como sucesos de buen auspicio, pareciendole que trahian dentro de sí algunas especies como intencionales de la felicidad venidera.

Pero al mismo tiempo le desvelaban las prevenciones de su empresa. Tenia en su imaginacion resuelta la conquista de México: y la grande asistencia de gente con que se halló en aquella jornada, le confirmó en este dictamen; pero siempre le daba cuidado el paso de la laguna, cuya dificultad era inevitable, porque una vez hallada por los enemigos la defensa de romper los puentes de las calzadas, no se debia fiar de los pontones levadizos: invencion que solo pudieron disculpar las angustias del tiempo: á cuyo fin discurrió en fabricar doce ó trece bergantines que pudiesen resistir á las canoas de los Indios, y transportar su exército á la ciudad: los quales pensaba llevar desarmados sobre hombros de Indios tamenes á la ribera mas cercana del lago, desde los montes de Tlascála, catorce ó quince leguas por lo menos de aspero camino. Tenia raras ideas su imaginativa, y naturalmente aborrecia los ingenios apagados, á quien parece imposible lo muy dificultoso.

Resuelve Cortés la fábrica de los bergantines.



Comunicó su discurso á Martin Lopez, de cuyo

ingenio y grande habilidad fiaba el desempeño de aquel notable designio: y hallando en él, no solamente aprobado el intento, sinó facilitada la execucion, que tomó luego por su cuenta, le mandó que se adelantáse á Tlascála, llevando consigo los soldados Españoles que sabian algo de este ministerio, y diese principio á la obra, sirviendose tambien de los Indios que hubiese menester para el corte de la madera, y lo demás que se pudiese fiar de su industria. Ordenó al mismo tiempo que se truxesen de la Vera Cruz la clavazon, xarcias y demás aderentes que se reservaron de aquellos baxeles que hizo echar á pique. Y porque tenia observado que producian aquellos montes un género de árboles que daban resina, los hizo beneficiar, y sacó de ellos toda la brea que hubo menester para la carena de los buques.

Facilitala Martin Lopez.

Ponese la mano en el corte de la madera.

Hallanse los ingredientes de la brea.

Hallábase tambien falto de polvora, y consiguió poco despues el fabricarla de ventajosa calidad, haciendo buscar el azufre, cuyo uso ignoraban los Indios, en el volcan que reconoció Diego de Ordaz, donde le pareció que no podia faltar este ingrediente; y hubo algunos soldados Españoles (entre los quales nombra Juan de Laet á Montano y á Mesa el Artillero) que se ofrecieron á vencer segunda vez aquella horrible dificultad: y volvieron finalmente con el azufre que fue necesario para la fábrica. En todo estaba, y á todo atendia Hernan Cortés, tan le-

Hacese fábrica de polvora.

Mesa y Montano sacan el azufre del volcan.

jos de fatigarse, que, al parecer, descansaba en su misma diligencia.

Vuelve Cortés á Tlascála.

Hechas todas estas prevenciones, que se fueron perficionando en breves dias, trató de volverse á Tlascála para estrechar quanto pudiese los términos de su conquista: y antes de partir, dexó sus instrucciones al nuevo Ayuntamiento de Segura, y por Cabo militar al Capitan Francisco de Orozco, dandole hasta veinte soldados Españoles, y quedando á su obediencia la milicia del Pais.

Queda Francisco de Orozco en Segura.

Entra Cortés de luto en Tlascála por la muerte de Magiscatzín.

Resolvió entrar de luto en la ciudad por la muerte de Magiscatzín: previnose de ropas negras, que vistieron sobre las armas él y sus Capitanes: á cuyo efecto mandó teñir algunas mantas de la tierra. Hizose la entrada sin mas aparato que la buena ordenanza, y un silencio artificioso en los soldados, que iba publicando el duelo de su General. Tuvo esta demostracion grande aplauso entre los nobles y plebeyos de la ciudad: porque amaban todos al difunto como padre de la patria; y aunque no se pone duda en el sentimiento de Cortés, que se lamentaba muchas veces de su pérdida, y tenia razon para sentirla, se puede creer que vistió el luto con ánimo de ganar voluntades: y que fue una exterioridad á dos luces, en que hizo quanto pudo por su dolor, sin olvidarse de hacer algo por el aura popular.

Tenian los Senadores sin proveer el cargo de

Magiscatzín (que gobernaba como Cacique por la república el barrio principal de la ciudad) para que hiciese Cortés la eleccion, ó seguir en ella su dictamen: y él, ponderando las atenciones que se debian á la buena memoria del difunto, nombró, y dispuso que nombrasen los demás, á su hijo mayor, mozo bien acreditado en el juicio y el valor, y de tanto espíritu, que subió al tribunal sin estrañar la silla, ni hallar novedad en las materias del gobierno: y ultimamente dió tan buena cuenta de su capacidad en lo mas importante, que poco despues pidió con grandes veras el bautismo, y le recibió con pública solemnidad, llamandose Don Lorenzo de Magiscatzín: efecto maravilloso de las razones que oyó á Fray Bartolomé de Olmedo en la conversion de su padre, cuya fuerza, meditada y digerida en la consideracion, le fue llamando poco á poco al conocimiento de su ceguedad. Bautizóse tambien por este tiempo el Cacique de Yzucán, mancebo de poca edad, que vino á Tlascála con la investidura y representacion del nuevo Señorío para dar las gracias á Cortés de que hubiese determinado en su favor un pleyto que le ponian sus parientes sobre la herencia de su padre. Que todo se lo consultaban, comprometiendo en él sus diferencias los Caciques y particulares de los pueblos comarcanos, y recibiendo sus decisiones como leyes inviolables: tanto le veneraban, y tan seguros del acierto le obedecian.

Nombró por Cacique á su hijo mayor, mozo de buenas prendas,

que se bautizó poco despues.

Bautismo del Cacique de Yzucán.

Conversion de Xicotencál el viejo.

El ruido que hicieron en la ciudad estas conversiones despertó al anciano Xicotencál, que andaba mal hallado con las disonancias de la gentilidad, y se dexaba estar en el error envejecido con una disposicion negligente, que se divertia con facilidad, ó con falta de resolucion: vicio casi natural en la vejez. Pero el exemplar de Magiscatzín, hombre de igual autoridad á la suya, y el verle reducido á la Religion Católica en el artículo de la muerte, le hizo tanta fuerza, que dió los oidos á la enseñanza, y poco despues el corazon al desengaño, recibiendo el bautismo con pública detestacion de sus errores. No parece, á la verdad, que pudieron llegar á mejor estado los principios del Evangelio en aquella tierra, convertidos los magnátes y los sabios de la república, por cuyo dictamen se gobernaban los demás. Pero no dieron lugar á este cuidado las ocurrencias de aquel tiempo: Hernan Cortés embebido en las disposiciones de aquella conquista: Fray Bartolomé de Olmedo con falta de obreros que le ayudasen; y uno y otro en inteligencia de que no se podia tratar con fundamento de la Religion, hasta que, impuesto el yugo á los Mexicanos, se consiguiese la paz, que miraban como disposicion necesaria para traher aquellos ánimos belicosos de los Tlascaltécas al sosiego de que necesita la enseñanza, y nueva introduccion de la doctrina Evangélica. Dexóse para despues lo mas

Buena sazon para introducir en Tlascála el Evangelio; pero no se logró por los cuidados presentes,

esencial: enfriaronse los exemplares, y duró la idolatría. Pudose lograr en los dias que se detuvo el exército el primer fruto, por lo menos, de aquella oportunidad favorable; pero no sabemos que se intentáse, ó consiguiese otra conversion. Tiempo erizado, bullicios de armas, y rumores de guerra, enseñados á llevarse tras sí las demás atenciones, y algunas veces á que se oygan mejor las máxîmas de la violencia con el silencio de la razon.

y porque los rumores de la guerra embarazan la atencion.

CAPITULO VI.

LLEGAN AL EXÉRCITO NUEVOS socorros de soldados Españoles. Retiranse á Cuba los de Narbáez, que instaron por su licencia. Forma Hernan Cortés segunda relacion de su jornada, y despacha nuevos Comisarios al Emperador.

QUejábase con alguna destemplanza Hernan Cortés de Francisco de Garay, porque no ignorando su entrada y progresos en aquella tierra, porfiaba en el intento de introducir conquista y poblacion por la parte de Panúco; pero tenia tan rara fortuna sobre sus émulos, que asi como le iba socorriendo Diego Velazquez con los medios que juntaba para destruirle, y mantener á Pámphilo de Narbáez,

Fortuna de Cortés contra sus émulos.

Socorrenle los baxeles de Garay.

le sirvió Garay con todas las prevenciones que hacia para usurparle su jurisdiccion. Volvieron, como diximos en su lugar, rechazadas sus embarcaciones de aquella provincia, quando estaba nuestro exército en Zempoala: y durando en la resolucion de sujetarla, previno armada: juntó mayor número de gente, y envió sus mejores Capitanes á la empresa. Pero esta segunda invasion tuvo el mismo suceso que la primera: porque apenas saltaron en tierra los Españoles, quando hallaron tan valerosa resistencia en los Indios naturales, que volvieron rotos y desordenados á buscar sus naves como pudieron: y atendiendo solo á desviarse del peligro, se hicieron á la mar por diferentes rumbos. Anduvieron perdidos algunos dias; y sin saber unos de otros, fueron llegando con poca intermision de tiempo á la costa de la Vera Cruz, donde se ajustaron á tomar servicio en el exército de Cortés, sin otra persuasion que la de su fama.

Tuvose por cuidado y disposicion del cielo este socorro: y aunque es verdad que pudo esparcir aquellas naves la turbacion de los soldados, ó la impericia de los marineros, y arrojarlas el viento á la parte donde mas eran menester; el haber llegado tan á propósito de la necesidad, y por tantos accidentes y rodeos, fue un suceso digno de reflexîon particular; porque no suele caber, ó cabe pocas veces tanta re-

peticion de oportunidades en los términos imaginarios de la casualidad.

Llegó primero un navio que gobernaba el Capitan Camargo con sesenta soldados Españoles: poco despues otro con mas de cincuenta de mejor calidad, y siete caballos á cargo del Capitan Miguel Diaz de Auz, Caballero Aragonés, y tan señalado en aquellas conquistas, que fue su persona socorro particular: y ultimamente la nave del Capitan Ramirez, que tardó algo mas, y llegó con mas de quarenta soldados y diez caballos con abundante provision de víveres y pertrechos. Desembarcaron unos y otros, y sin detenerse los primeros á recoger el resto de su armada, marcharon la vuelta de Tlascála: dexando exemplo á los demás para que siguiesen el mismo viage, como lo executaron todos voluntariamente: porque hacian ya tanto ruido en las Islas cercanas los progresos de la Nueva España, que tenian ganada la inclinacion de los soldados, faciles siempre de llevar adonde llama la prosperidad ó la conveniencia.

Navio de Camargo con sesenta Españoles.

Otro de Miguel Diaz de Auz con cincuenta.

Otro del Capitan Ramirez con querenta.

Tomaron todos servicio en el exército.

Creció considerablemente con este socorro el número de Españoles: llenaronse los ánimos de nuevas esperanzas: reduxeronse á gritos de alegria los cumplimientos de los soldados: abrazabanse como amigos los que solo se conocian como Españoles: y el mismo Hernan Cortés, no cabiendo en los límites de su autoridad, se dexó llevar á los excesos del con-

Creció el número de los Españoles.

armas que debian hacer, segun el número de sus tropas: y en los ratos que le dexaba libres esta ocupacion, trató de acabar una relacion en que iba recapitulando por menor todos los sucesos de aquella conquista, para dar cuenta de sí al Emperador, con ánimo de fletar baxel para España, y enviar nuevos Comisarios que adelantasen el despacho de los primeros, ó le avisasen del estado que tenian sus cosas en aquella corte, cuya dilacion era ya reparable, y se hacia lugar entre sus mayores cuidados.

Escribe Cortés al Emperador. Puso esta relacion en forma de carta, y resumiendo en ella lo mas substancial de los despachos que remitió el año antecedente con Alonso Fernandez Portocarrero, y Francisco de Montejo, refirió con puntualidad todo lo que despues le habia sucedido, próspero y adverso, desde que salió el exército de Zempoala, y consiguió á fuerza de hazañas y trabajos el entrar victorioso en la corte de aquel Imperio, hasta que se retiró quebrantado, y con pérdida considerable á Tlascála. Daba noticia de la seguridad con que se podia mantener en aquella provincia, de los soldados Españoles con que se iba reforzando su exército, y de las grandes confederaciones de Indios que tenia movidas para volver sobre los Mexicanos. Hablaba con aliento verdaderamente generoso en las esperanzas de reducir á la obediencia de su Magestad todo aquel Nuevo Mundo, cuyos términos por

Resumen de su carta.

Esperanzas de la Conquista.

la parte septentrional ignoraban los mismos naturales. Ponderaba la fertilidad y abundancia de la tierra, la riqueza de sus minas, y las opulencias de aquellos Príncipes. Encareció el valor y la constancia de sus Españoles: la fidelidad y el afecto de los Tlascaltécas: y en lo concerniente á su persona dexaba que hablasen por él sus operaciones; aunque algunas veces se componia con la modestia, dando estimacion á la conquista, sin obscurecer al Conquistador. Pedia breve remedio contra las sinrazones de Diego Velazquez y Francisco de Garay: y con mayor encarecimiento, que se le remitiesen luego soldados Españoles con el mayor número que fuese posible de caballos, armas y municiones: haciendo particular instancia en lo que importaba enviar Religiosos y Sacerdotes de aprobada virtud que ayudasen al Padre Fray Bartolomé de Olmedo en la conversion de aquellos Indios: punto en que hacia mayor fuerza, refiriendo que se habian reducido, y bautizado algunos de los que mas suponian, y dexado en los demás un género de inclinacion á la verdad, que daba esperanzas de mayor fruto. En esta substancia escribió entonces al Emperador, poniendo en su Real noticia los sucesos como pasaron, sin perdonar las menores circunstancias dignas de memoria. Dixo en todo sencillamente la verdad, dandose á entender con palabras de igual decoro y propiedad, como las permitia, ó

Fertilidad y riqueza de aquella tierra. Valor de su gente, y afecto de Tlascála.

Queja de Velazquez y Garay.

Pide Operarios del Evangelio.

Su eloqüencia natural.

las dictaba la eloqüencia de aquel tiempo; no sabemos si bastante, ó mejor para la claridad significativa del estilo familiar: aunque no podemos negar que padeció alguna equivocacion en los nombres de provincias y lugares, que como eran nuevos en el oido, llegaban mal pronunciados, ó mal entendidos á la pluma.

Vienen á España Alonso de Mendoza y Diego de Ordaz.

Cometió esta legacía, segun Bernal Diaz del Castillo, á los Capitanes Alonso de Mendoza, y Diego de Ordaz: y aunque Antonio de Herrera nombra solo al primero, no parece verisímil que dexáse de llevar compañero para una diligencia de esta calidad, en que se debian prevenir las contingencias de tan largo viage: y en la instruccion que recibieron de su mano, les ordenaba, que antes de manifestar su comision en España, ni darse á conocer por Enviados suyos, se viesen con Martin Cortés su padre, y con los Comisarios del año antecedente, para seguir ó adelantar la negociacion de su cargo, segun el estado en que se halláse la primera instancia. Remitió con ellos nuevo presente al Rey, que se compuso del oro y otras curiosidades que habia de reserva en Tlascála, y de lo que dieron para el mismo efecto los soldados, liberales entonces de sus pobres riquezas, á que se agregó tambien lo que se pudo adquirir en las expediciones de Tepeáca y Guacachúla: menos quantioso que el pasado, pero mas recomen-

Instruccion de Cortés.

Envia nuevo presente.

dable, por haberse juntado en el tiempo de la calamidad, y deberse considerar como resulta de las pérdidas, que iban confesadas en la relacion.

Escriben la Vera Cruz y Segura de la Frontera.

Parecióle tambien que debian escribir al Rey en esta ocasion los dos Ayuntamientos de la Vera Cruz y Segura de la Frontera, que tenian voz de república en aquella tierra: y ellos formaron sus cartas, solicitando las mismas asistencias, y representando á su Magestad, como punto de su obligacion, lo que importaba mantener á Hernan Cortés en aquel gobierno: porque, asi como se debian á su valor y prudencia los principios de aquella grande obra, no sería facil hallar otra cabeza, ni otras manos que bastasen á ponerla en perfeccion. En que dixeron con ingenuidad lo que sentian, y lo que verdaderamente convenia en aquella sazon. Dice Bernal Diaz que vió las cartas Hernan Cortés: dando á entender, que fue solicitada esta diligencia: y es muy creible que las viese; pero tambien es cierto que hallaria en ellas una verdad, en que pudo añadir poco la lisonja ó la contemplacion: y despues se queja de que no se permitiese á los soldados su representacion á parte; no porque dexáse de sentir lo mismo que los dos Ayuntamientos (que asi lo confiesa y lo repite) sinó porque tratandose de la conservacion de su Capitan, quisiera decir su parecer con los demás, y suponer en esto lo que verdaderamente suponia en las ocasiones de

Fue ambicioso de gloria. la guerra. Pase por ambicion de gloria: vicio que se debe perdonar á los que saben merecer, y está cerca de parecer virtud en los soldados.

Parten los Comisarios. Partieron luego Diego de Ordaz, y Alonso de Mendoza en uno de los baxeles que arribaron á la Vera Cruz, con toda la prevencion que pareció necesaria para el viage. Y poco despues resolvió Hernan Cortés que se fletáse otro para que pasasen los Capitanes Alonso Dávila, y Francisco Alvarez Chico con despachos de la misma substancia para los Religiosos de San Gerónimo, que presidian á la Real Audiencia de Santo Domingo, unica entonces en aquellos parages, y suprema, como diximos, para las dependencias de las otras Islas, y de la Tierra Firme que se iba descubriendo. Participóles todas las noticias que habia dado al Emperador, solicitando mas breves asistencias para el empeño en que se hallaba, y mas pronto remedio contra los desórdenes de Velazquez y Garay. Y aunque reconocieron aquellos Ministros su razon, y admiraron su valor y constancia, no se hallaba entonces la Isla de Santo Domingo en estado que pudiese partir con él sus cortas prevenciones. Aprobaron, y ofrecieron apoyar con el Emperador todo lo que se habia obrado, y solicitar por su parte los socorros de que necesitaba empresa tan grande y tan adelantada: encargandose de reprimir á sus dos émulos con órdenes apretadas y repe-

Ván otros dos á la Isla de Santo Domingo.

tidas: en cuya conformidad respondieron á sus cartas, y volvieron brevemente aquellos Comisarios mas aplaudidos que bien despachados en el punto de los socorros que se pedian. Pero antes que pasemos á la narracion de nuestra Conquista, y entretanto que se dá calor á la fábrica de los bergantines, y á las demás prevenciones de la nueva entrada, será bien que volvamos al viage de los otros dos Comisarios, y al estado en que se hallaban las cosas de la Nueva España en la corte del Emperador: noticia que ya se hace desear, y de aquellas que sirven al intento principal, y se permiten al historiador como digresiones necesarias, que importan á la integridad, y no disuenan á la proporcion de la Historia.

Respuesta de la Audiencia.

Digresion necesaria.

CAPITULO VII.

LLEGAN A ESPAÑA LOS Procuradores de Hernan Cortés, y pasan á Medellin, donde estuvieron retirados, hasta que mejorando las cosas de Castilla, volvieron á la corte, y consiguieron la recusacion del Obispo de Burgos.

DExamos á Martin Cortés con los dos primeros Comisarios de su hijo, Alonso Hernandez Portocarrero, y Francisco de Montejo, en la miserable

Primeros Comisarios de Cortés en la corte,

tarea de seguir la corte, donde residian los Gobernadores del reyno, y freqüentar los zaguanes de los Ministros, tan lejos de ser admitidos, que sin atreverse á molestar con sus instancias, se ponian al paso para dexarse ver, reducidos á contentarse con el reparo casual de los ojos: desconsolado memorial de los que tienen razon, y temen destruirla con adelantarla. Oyólos el Emperador benignamente, como se dixo en su lugar; y aunque le tenian desabrido las porfias y descomedimientos de algunas ciudades, que intentaban oponerse al viage de Alemania con protestas irreverentes, ó poco menos que amenazas, hizo lugar para informarse con particular atencion de lo sucedido en aquellas empresas de la Nueva España, y tomar punto fixo en lo que se podia prometer de su continuacion. Hizose capaz de todo, sin desdeñarse de preguntar algunas cosas: que no desdice á la Magestad el informarse del vasallo hasta entender el negocio; ni siempre debian ir á los Consejos las dudas de los Reyes. Conoció luego las grandes conseqüencias que se podian colegir de tan admirables principios: y ayudó mucho entonces á ganar su favor el concepto que hizo de Cortés, inclinado naturalmente á los hombres de valor.

mal admitidos de los Ministros.

Oyólos bien el Emperador.

No permitieron las dependencias del reyno junto en Córtes, ni lo que instaba el viage del Cesar, que se pudiese concluir en la Coruña la resolucion de una

materia, que tenia sus contradiciones, tanto por las diligencias que interponian los Agentes de Diego Velazquez, como por la siniestra inteligencia con que los apoyaban algunos Ministros. Pero quando llegó el caso de la embarcacion, que fue á los veinte de Mayo de este año de mil y quinientos y veinte, dexó su Magestad cometidas con particular recomendacion las proposiciones de Cortés al Cardenal Adriano, Gobernador del reyno en su ausencia. Y él deseó con todas veras favorecer esta causa; pero como los informes por donde se habia de gobernar en ella salian del Consejo de Indias, cuyos votos tenia cautivos de su autoridad y de su pasion el Presidente Obispo de Burgos, se halló embarazado en la resolucion; y no era facil asegurar el acierto en su dictamen, quando llegaban á su oido, cubiertas con el manto de la justicia, las representaciones de Velazquez, y desacreditadas, con el título de rebeldias, las hazañas de Cortés.

Quedan recomendados al Cardenal Adriano.

Deseó favorecerlos.

No se lo permiten los informes del Obispo de Burgos.

Faltó despues el tiempo, quando era mas necesario, para que se descubriese, ó exâminase la verdad, dexandose ocupar de otros cuidados y congojas de primera magnitud. Inquietaronse algunas ciudades, con pretexto de corregir los que llamaban desórdenes del gobierno, y hallaron otras que las siguiesen al precipicio, sin averiguar los achaques del exemplo. Sintieron todas como última calamidad la ausencia del Rey: y algunas, creyendo que le servian, ó

Sobrevienen las Comunidades.

que no le negaban la obediencia, padecian como atenciones de la obligacion los engaños de la fidelidad.

Entran algunos nobles en la inquietud.

Armóse la plebe para defender los primeros delitos, y no faltaron algunos nobles, á quien hizo plebeyos la corta capacidad: defecto que suele destruir todos los consejos de la buena sangre. Los Señores y los Ministros defendian la razon á costa de peligros y desacatos. Pusose todo en turbacion: y ultimamente llegaron casi á reynar las turbulencias del Reyno, que llamó la Historia *Comunidades*; aunque no sabemos con que propiedad: porque no fue comun la dolencia, donde tuvieron la parte del Rey muchas ciudades, y casi toda la nobleza. Dieron este nombre á su atrevimiento los delinqüentes, y quedó vinculado á la posteridad el vocablo de que se valian para desconocer la sedicion.

Estado en que se hallaba Castilla.

No es de nuestro argumento la descripcion de estas inquietudes; pero hemos debido tocarlas de paso, y decir algo del estado en que se hallaba Castilla, como una de las causas porque se detuvo la resolucion del Cardenal, y se atrasaron las dependencias de Cortés. Poco favorable sazon para tratar de nuevo empresas, quando andaban los Ministros y el Gobernador tan embebidos en los daños internos, que sonaban á despropósitos los cuidados de afuera. Por cuya razon, viendo Martin Cortés y sus dos compañeros el poco fruto de sus instancias, y el total des-

concierto de las cosas, se retiraron á Medellin con ánimo de aguardar á que pasáse la borrasca, ó volviese de su jornada el Emperador, que tenia comprehendida su razon, y los dexó con esperanzas de favorecerla, suponiendo ya que sería necesaria su autoridad para vencer la oposicion del Obispo y los demás embarazos del tiempo.

Retiranse los Comisarios con Martin Cortés.

Llegaron poco despues á Sevilla Diego de Ordaz y Alonso de Mendoza, habiendo acabado prosperamente su viage; y sin descubrirse, ni dar cuenta de su comision, procuraron tomar noticia del estado en que se hallaban las dependencias de Cortés. Diligencia que les importó la libertad; porque supieron, con grande admiracion suya, que los jueces de la Contratacion tenian orden expresa del Obispo de Burgos para que cuidasen de cerrar el paso, y poner en segura prision á qualesquiera Procuradores que viniesen de Nueva España, embargando el oro y demás géneros que truxesen de propio caudal, ó por via de encomienda: con que trataron solamente de poner en salvo sus personas, y no hicieron poco en escapar los despachos y cartas que trahian, dexando el presente del Rey, con todo lo demás, en manos de aquellos Ministros, y al arbitrio de aquellas órdenes.

Llegan Diego de Ordaz y Alonso de Mendoza.

Escapan dichosamente de Sevilla.

Salieron de Sevilla, no sin rezelo de ser conocidos, con determinacion de buscar en la corte á

Martin Cortés, ó á los dos Comisarios que tenian la voz de su hijo, para tomar, segun su instruccion, luz de lo que debian obrar; pero sabiendo en el camino que se habian retirado á Medellin, pasaron á verse con ellos en aquella villa, donde fue celebrada su venida con la demostracion que merecian nuevas tan deseadas y tan admirables. Confirióse despues entre los cinco, si convendria llevar los despachos de Cortés al Cardenal Gobernador, porque no se retardasen noticias de tanta consideracion; pero respecto del estado en que se hallaban las turbaciones del reyno, pareció diligencia infructuosa tratar de que se atendiese por entonces á conveniencias distantes, que miraban al aumento, y no al remedio de la monarquía: y asi resolvieron conservar aquel retiro, hasta que tomasen algun desahogo las inquietudes presentes, y cupiese otro cuidado en la obligacion de los Ministros.

Pasan á Medellin.

Resuelven esperar mejor sazon para su negocio.

Iban cada dia pasando á mayor rompimiento las turbulencias de Castilla; porque no se contentaban los sediciosos con mantener la rebelion, y salian á infestar la tierra, y á sitiar las villas leales: corriendose ya de parecer tolerados, y entrando en ambicion de ser agresores. Tratóse primero de traherlos al conocimiento de su error con la blandura y la paciencia; pero no estaba la enfermedad para la tarda operacion de los remedios suaves: particularmente

Salen á campaña los Comuneros.

quando, á su parecer, tenian la fuerza y la razon de su parte; y no faltaban algunos eclesiasticos desatentos que abusaban del pulpito, para mantenerlos en esta opinion, dandoles á entender que hacian el servicio de Dios y del Rey en corregir los desórdenes de la república. Llegó el caso, finalmente, de armarse los Señores y toda la nobleza para restituir en su autoridad á la justicia, y dar calor á las ciudades que se mantenian por el Emperador: y aunque los rebeldes tuvieron osadia para formar exércitos, y medir las armas con los que llamaban enemigos, á dos malos sucesos, en que perdieron gente y reputacion, y á quatro castigos que se hicieron en los caudillos de la sedicion, quedó su orgullo quebrantado, y se fueron disminuyendo en todas partes sus fuerzas: porque se retiraron al bando mas seguro los advertidos y los temerosos: reduxeronse las ciudades: calló el tumulto, y volvió á su oficio la consideracion. Movimiento, en fin, poco mas que popular, que se detiene con la misma facilidad que se desboca.

Predicadores sediciosos.

Armanse por el Rey los Señores y la nobleza.

Principios de la quietud.

Importó mucho para que la quietud se acabáse de restablecer, el aviso que llegó entonces de que se acercaba la vuelta del Emperador, resuelto ya, como lo aseguraban sus cartas, á dexarlo todo por asistir á lo que necesitaba de su presencia estos reynos: á cuya noticia se debió que se acabasen de poner las cosas en su lugar. Y hallandose Martin Cortés en el

Noticia de la vuelta del Emperador.

tiempo que deseaba para volver á la continuacion de sus instancias, partió luego á la corte con los quatro Procuradores de su hijo, donde solicitaron y consiguieron, no sin alguna dilacion, audiencia particular del Cardenal Gobernador. Informaronle por mayor del estado en que se hallaba la Conquista de México, remitiendose á las cartas de Cortés, que pusieron en sus manos Diego de Ordaz y Alonso de Mendoza. Dieronle cuenta de las órdenes que hallaron en Sevilla para su prision, y la de qualesquiera Procuradores que viniesen de aquella tierra. Hicieron memoria del embargo en que se habian puesto las joyas y preséas que trahian de presente para el Rey. Representaron con esta ocasion los motivos que tenian para desconfiar del Obispo de Burgos: y ultimamente le pidieron licencia para recusarle por términos juridicos, ofreciendo probar las causas, ó quedar expuestos al castigo de su irreverencia. Oyólos el Cardenal con señas de atento y compadecido, alentandolos, y ofreciendo cuidar de su despacho. Hicieronle particular disonancia las órdenes de Sevilla, y el embargo del presente; porque uno y otro se habia resuelto sin su noticia: y asi les respondió en lo tocante al Obispo, que podrian seguir su justicia, como les conviniese, y quedaria por su cuenta el defenderlos de qualquiera extorsion que por esta causa pudiesen rezelar: en que les dixo lo bastante, para que se ani-

Parte Martin Cortés á la corte.

Consigue audiencia del Cardenal.

Su representacion.

Quejas que dan del Obispo de Burgos.

Permite el Cardenal su recusacion.

masen á entrar en el peligro casi evidente de litigar contra un poderoso. Empresa en que se habla desde abaxo, y suele perderse de timida la razon.

Con estas premisas de mejor fortuna intentaron luego en el Consejo de Indias la recusacion de su mismo Presidente, dando las causas por escrito con toda la templanza y moderacion que pareció necesaria para que no quedáse ofendido el respeto. Pero ellas eran de calidad, y tan conocidas entre los mismos jueces, que no se atrevieron á repeler la instancia, negando el recurso de la justicia en negocio de tanta consideracion: particularmente quando se acercaba la vuelta del Emperador, cuya voz se divulgaba con aplauso de todos los que no le temian: y asi como importó para la quietud del reyno, tendria tambien sus influencias en la circunspeccion de los Ministros. Bernal Diaz del Castillo, y otros que lo tomaron de su Historia, refieren destempladamente las causas de esta recusacion. El dice lo que oyó, y ellos lo que trasladaron: porque no todas parecen creibles de un Varon tan venerable y tan graduado. Pero es cierto que se aprobaron algunas, como el estar actualmente tratando de casar una sobrina suya con Diego Velazquez: el haber hablado con aspereza en diferentes ocasiones á los Procuradores de Hernan Cortés, llamandole rebelde y traidor alguna vez que se olvidaba de su prudencia: y esto con las órdenes que tenia dadas

Causas de la recusacion.

No todas como se refieren.

Las que se probaron.

en Sevilla para cerrar el paso á sus instancias (cargos innegables, que constaban de su misma publicidad) bastó, para que vista la causa conforme á los términos del derecho, y precediendo consulta del Consejo, y resolucion del Cardenal, se diese por legítima la recusacion: quedando resuelto que se abstuviese de todos los negocios que tocasen á Hernan Cortés y á Diego Velazquez. Revocaronse las órdenes y los embargos de Sevilla: convalescieron las importancias de aquella empresa: volvieronse á celebrar las hazañas de Cortés, que ya estaban poco menos que obscurecidas con el descredito de su fidelidad: y el Cardenal empezó á recomendar con varios decretos el despacho de sus Procuradores, y á manifestar con tantas veras el deseo de adelantarle, que habiendo recibido en este tiempo la noticia de su exaltacion á la Silla de San Pedro, y partido poco despues á embarcarse, despachó en el camino algunas órdenes favorables á este negocio: fuese por la fuerza que le hacia la razon de Cortés, ó porque llevando ya el ánimo embebido en los cuidados de la suprema dignidad, tuvo por de su obligacion desviar los impedimentos de aquella conquista, que habia de allanar el paso al Evangelio, y facilitar la reduccion de aquella gentilidad. Intereses de la Iglesia, que ocuparian dignamente las primeras atenciones del Sumo Pontificado.

Declárase la recusacion del Obispo.

Convalesce la causa de Cortés.

Sube el Cardenal al Sumo Pontificado.

CAPITULO VIII.

PROSIGUESE HASTA SU CONCLUSION la materia del Capitulo precedente.

HAllábase á la sazon el ya nuevo Pontifice Adriano Sexto en la ciudad de Victoria, donde le llevaron las asistencias de Navarra y Guipuzcoa, cuyas fronteras invadieron los Franceses para dar calor á las turbulencias de Castilla. Pero las cosas de Italia y las instancias de Roma le obligaron á ponerse luego en camino, dexando el mejor cobro que pudo en las materias de su cargo. Llegó poco despues el Emperador á las costas de Cantabria: y tomando tierra en el puerto de Santander, halló sus reynos todavia convalescientes de los males internos que habian padecido. Cesó la borrasca; pero duraba la mareta sorda, que suele dexarse conocer entre la tempestad y la bonanza, siendo necesario el castigo de los sediciosos (exceptuados en el perdon general) para que acabasen de volver á su centro la quietud y la justicia. Halló tambien no del todo aplacadas las resultas de otra calamidad que padeció España en el tiempo de su ausencia: porque los Franceses, que ocuparon con exército improviso el reyno de Navarra, aunque fueron rechazados, perdiendo en una batalla la reputacion y la prenda mal adquirida, conservaban á Fuen-

Prosigue su camino el nuevo Pontifice.

Llega el Emperador á España.

Franceses en Navarra.

terrabía, y era preciso tratar luego de recuperar esta plaza, porque se disponia para socorrerla el enemigo. Pero á vista de estos cuidados, y de lo que instaban al mismo tiempo dependencias de Italia, Flandes y Alemania, hizo lugar para los negocios de Nueva España, que siempre le debieron particular atencion. Oyó de nuevo á los Procuradores de Cortés; y aunque le hablaron tambien los de Diego Velazquez, como se hallaba con noticia especial de ambas instancias por los informes del Pontifice, confirmó con nuevo despacho la recusacion del Obispo de Burgos: y mandó formar una junta de Ministros para la determinacion de este negocio, en la qual concurrieron el Gran Canciller de Aragon Mercurio de Catinara, Hernando de Vega, Señor de Grajal, y Comendador mayor de Castilla, el Doctor Lorenzo Galindez de Caravajal, y el Licenciado Francisco de Vargas, del Consejo y Cámara del Rey, y Monsieur de la Rosa, Ministro Flamenco; y no entró en esta junta Monsieur de Laxao (que añadieron á los referidos Bernal Diaz y Antonio de Herrera) porque habia muerto años antes en Zaragoza, y ocupado Mercurio de Catinara el puesto de Gran Canciller, que vacó por su muerte. Pero se conoció en la eleccion de personas tan calificadas lo que deseaba el acierto de la sentencia: porque no tenia entonces el reyno Ministros de mayor satisfaccion, ni pudo formarse

Oye el Emperador á los Procuradores.

Forma una junta de Ministros.

concurrencia en que se hallasen mejor aseguradas las letras, la rectitud y la prudencia.

Vieronse primero en esta junta los memoriales ajustados, segun las cartas y relaciones que se habian presentado en el proceso, y se halló tanta discordancia en el hecho, y tanta mezcla de noticias encontradas, que se tuvo por necesario mandar á los Procuradores de ambas partes que compareciesen á dar razon de sí en la primera junta: porque deseaban todos abreviar el negocio, y exâminar á cara descubierta cómo disculpaban, ó cómo entendian sus proposiciones, para sacar en limpio la verdad, sin atarse á los términos del camino judicial; cuyas disputas ó cavilaciones legales son por la mayor parte difugios de la substancia, y se debieran llamar estorvos de la justicia.

Vense los memoriales de Cortés y Velazquez.

Vinieron el dia siguiente á la junta unos y otros Procuradores con sus Abogados; y entre los de Diego Velazquez se dexó ver Andres de Duero, que llegó en esta ocasion: y con haber faltado primero á su amo, hizo menos estraño el faltar entonces á su amigo. Fueronse leyendo los memoriales, y preguntando al mismo tiempo á las partes lo que parecia conveniente, para ver como satisfacian á los cargos que resultaban de la relacion, y como se verificaban las quejas ó las disculpas: de cuyas respuestas iban observando los jueces lo que bastaba para formar dicta-

Comparecen las partes en la junta.

Sentir de la junta contra Velazquez.

men. Y á pocos dias que se repitió este juicio, poco mas que verbal, convinieron todos en que no habia razon para que Diego Velazquez pretendiese apropiarse, y tratar como suya la Conquista de Nueva España, sin mas título que haber gastado alguna cantidad en la prevencion de esta jornada, y nombrado á Cortés por Capitan de la empresa: porque solo podria tener accion á cobrar lo que hubiese gastado, haciendo constar que fue de caudal propio, y no de lo que producian los efectos del Rey en su distrito; sin que le pudiese adquirir derecho alguno para llamarse dueño de la empresa el nombramiento que hizo en la persona de Cortés: porque demás de haberse dado este instrumento con falta de autoridad, y sin noticia de los Gobernadores, á cuya orden estaba, perdió esta prerogativa el dia que le revocó; y en quanto fue de su parte, quedó sin accion para decir que se hacia de su orden la Conquista, dexando libre á Cortés para que pudiese obrar lo que juzgó mas conveniente al servicio del Rey con aquella gente, cuya mayor parte fue conducida por él, y con aquellos baxeles, en cuyo apresto habia gastado su caudal y el de sus amigos.

Declaranse todos á favor de Cortés.

Y aunque se consideró tambien que hubo alguna destemplanza, ó menos obediencia de parte de Cortés en los primeros pasos de esta jornada, fueron de parecer que se podia condonar algo á su justa irrita-

cion, y mucho mas á los grandes efectos que resultaron de este principio, quando se le debia una Conquista de tanta importancia y admiracion, en cuyas dificultades se habia conocido su valor incomparable, y sobre todo su fidelidad y honrados pensamientos; por cuya razon le tuvieron por digno de que fuese mantenido por entonces en el gobierno de lo que habia conquistado, alentandole y asistiendole para que no desistiese de una empresa que tenia tan adelantada: y ultimamente culparon como ambicion desordenada en Diego Velazquez el aspirar con tan debiles fundamentos al fruto y á la gloria de trabajos y hazañas agenas, y como atrevimiento digno de severa reprehension el haber pasado á formar y enviar exército contra Hernan Cortés, atropellando los inconvenientes que podian resultar de semejante violencia, y menospreciando las órdenes que tuvo en contrario de los Gobernadores y Real Audiencia de Santo Domingo.

Consúltase al Emperador el parecer de la junta.

Este parecer de la junta se consultó al Emperador, y con su noticia se pronunció la sentencia, cuya substancia fue: declarar por buen Ministro y fiel vasallo de su Magestad á Hernan Cortés: honrar con la misma estimacion á sus Capitanes y soldados: imponer perpétuo silencio á Diego Velazquez en la pretension de la Conquista: mandarle con graves penas que no la embarazáse por sí, ni por sus dependien-

tes; y dexarle su derecho á salvo en quanto á los maravedis, para que pudiese verificar su relacion, y pedirlos donde conviniese á su derecho. Con que se concluyó este negocio, reservando las gracias de Cortés, la reprehension de Diego Velazquez, y las demás órdenes que resultaban de la consulta para los despachos que se habian de autorizar con el nombre del Rey.

Era de Cortés la razon.

Dicen algunos que se gobernó este juicio mas por razon de Estado, que por el rigor de la justicia. No es de nuestro instituto exâminar el derecho de las partes. Hemos tocado los motivos y consideraciones de los jueces: y no dexamos de conocer que hubo que perdonar en la primera determinacion de Cortés; pero tampoco se puede negar que fue suya la Conquista, y del Rey lo conquistado: sobre cuya verdad y conocimiento pudieron aquellos Ministros usar de alguna equidad, sacando este negocio de las reglas comunes, y moderando con la gracia los extremos de la justicia. Temperamento á que ayudaria mucho la flaca razon de Diego Velazquez, y lo que se debia reparar en sus violencias y desatenciones. Dicen que vivió pocos dias despues que recibió la reprehension del Emperador: antiguo privilegio de los Reyes, tener el premio y el castigo en sus palabras. Confesamosle su calidad, su talento y su valor: que de uno y otro dió bastantes experiencias en la con-

Vivió pocos dias Diego Velazquez.

quista de Cuba; pero en este caso erró miserablemente los principios, y se dexó precipitar en los medios, con que perdió los fines, y vino á morir de su misma impaciencia. Su primera ceguedad consistió en la desconfianza, vicio que tiene sus temeridades como el miedo: la segunda fue de la ira, que hace los hombres algo mas que irracionales, pues los dexa enemigos de la razon: y la tercera de la envidia, que viene á ser la ira de los pusilánimes.

Dexóse cegar en este negocio.

Tratóse luego de las asistencias de Hernan Cortés, corriendo su disposicion por los Ministros de la Junta. Oyó el Emperador á sus Comisarios con alegre semblante, pagado, al parecer, de que tuviesen la justicia de su parte: favoreció mucho á Martin Cortés, honrando en él los meritos de su hijo, y ofreciendo remunerarlos con liberalidad correspondiente á sus grandes servicios. Nombraronse algunos Religiosos que pasasen á entender en la conversion de los Indios: primer desvelo del Emperador, porque siempre hicieron mas fuerza en su piedad los aumentos de la Religion, que ruido en su cuidado los intereses de la monarquía. Mandóse hacer prevencion de gente, armas y caballos, que se pudiesen remitir con la primera flota: y considerando quanto importaba que no se detuviesen los despachos, quando estaba Hernan Cortés con las armas en las manos, y tan rezeloso de sus émulos, se formaron luego las

Honra el Emperador á Martin Cortés.

Nombranse Religiosos.

Previenense las asistencias de Cortés.

órdenes, reducidas á diferentes cartas del Emperador.

Escribe el Emperador á los Gobernadores.

Una para los Gobernadores y Real Audiencia de Santo Domingo, dandoles noticia de su resolucion, y orden para que asistiesen á Cortés con todos los medios posibles, y cuidasen de apartar los impedimentos de su conquista: otra para Diego Velazquez, mandandole con toda resolucion que alzáse la mano de ella, y reprehendiendo sus excesos con alguna severidad: otra para Francisco de Garay, culpando y prohibiendo sus entradas en el distrito de la Nueva España: y otra para Hernan Cortés llena de honras y favores de los que saben hacer los Reyes quando se hallan bien servidos, y no se dedignan de quedar obligados. Aprobaba en ella no solamente sus operaciones pasadas, sinó sus intentos actuales, y lo que disponia para la recuperacion de México. Dabale á entender que conocia los quilates de su valor y constancia, sin olvidar lo bien que se habia portado con su gente y con sus aliados. Hacia breve mencion de las órdenes que se despachaban, concernientes á su conservacion y seguridad, y del título que se le remitia de Gobernador y Capitan General de aquella tierra. Ofreciale mayores demostraciones de su gratitud, haciendo particular memoria de los Capitanes y soldados que le asistian. Encargabale con todo aprieto el buen pasage de los Indios, y que fuesen instruidos en la Religion, y mirados como semilla posible

Escribe tambien á Diego Velazquez.

Substancia de la que escribió á Cortés.

Nombrale por Gobernador y Capitan General.

del Evangelio. Y finalmente le daba esperanzas de breves socorros y asistencias, fiando á su capacidad y obligaciones la última perfeccion de obra tan grande. Carta de singular estimacion para su ilustre posteridad, y de aquellas, que asi como hacen linage donde falta la nobleza, dexan esclarecidos á los que hallaron nobles.

Firmó el Emperador estos despachos en Valladolid á veinte y dos de Octubre de mil y quinientos y veinte y dos años; y mandó que partiesen luego con ellos los dos Procuradores de Hernan Cortés, quedando los otros dos á la solicitud de las asistencias, y á esperar una instruccion que se quedaba formando sobre las advertencias y disposiciones que se debian observar en el gobierno militar y político de aquella tierra. Y aunque dexamos algo atrasada la empresa de Cortés, ha parecido conveniente seguir hasta su conclusion esta noticia, por no dexarla pendiente y destroncada con peligro de otra digresion. Licencia de que no solo son capaces las Historias, sinó alguna vez los Anales, que se ciñen al tiempo con leyes mas estrechas, como lo practicó en los suyos Cornelio Tácito, quando en el Imperio de Claudio introduxo y siguió hasta el fin las guerras Británicas de los Vice-Pretores Ostorio y Didio, teniendo por menor inconveniente faltar á la serie de los años, que incurrir en la desunion de los sucesos.

Manda el Emperador que se queden los dos Comisarios.

Discúlpase esta digresion con el exemplar de Cornelio Tácito.

CAPITULO IX.

RECIBE CORTÉS NUEVO SOCORRO de gente y municiones: pasa muestra el exército de los Españoles, y á su imitacion el de los confederados: publicanse algunas ordenanzas militares: y se dá principio á la marcha con ánimo de ocupar á Tezcúco.

Llega un navio mercantil á la costa.

COrrian ya los fines del año mil y quinientos y veinte quando Hernan Cortés trató de introducir sus armas en el Pais enemigo, y esperar en alguna operacion las últimas disposiciones de su empresa. Recibió pocos dias antes un socorro de aquellos que se le venian á las manos; porque le avisó el Gobernador de la Vera Cruz que habia dado fondo en aquel parage un navio mercantil de las Canarias, que trahia cantidad considerable de arcabuces, polvora y municiones de guerra, con tres caballos, y algunos pasageros: cuya intencion era vender estos géneros á los Españoles que andaban en aquellas conquistas.

Precio excesivo de las mercaderías.

Pagabanse ya las mercaderías en los puertos de las Indias á precio excesivo; y el interes habia quitado el horror á este género de comercio distante y peligroso: cuya noticia puso á Hernan Cortés en deseo de mejorar sus prevenciones, y envió luego un Comisario á la Vera Cruz con barras de oro y plata,

y la escolta que pareció suficiente, ordenando al Gobernador que comprase las armas y las municiones en la mejor forma que pudiese: y él lo executó con tanta destreza y con tanto credito de la empresa en que se hallaba su General, que no solamente le dieron á precio acomodado lo que trahian, pero se fueron con el mismo comisario á militar en el exército de Cortés el Capitan y Maestre del navio, con trece soldados Españoles que venian á buscar su fortuna en las Indias. Asunto que andaba entonces muy valido, y que dura todavia en algunos que anelan á enriquecer por este camino, sin que baste la perdicion de los engañados para documento de los codiciosos.

Pasa la gente á servir en el exército.

Engaño de los que buscan su fortuna en las Indias.

Con este socorro, y los demás que habia recibido Hernan Cortés fuera de toda esperanza, entró en deseo de adelantar la marcha de su exército: y ya no era posible dilatarla, ni esperar á que se acabasen los bergantines, porque iban llegando las tropas de la república y de los aliados vecinos, en cuya detencion se debian temer los inconvenientes de la ociosidad.

Trata Cortés de adelantar su marcha.

Juntó sus Capitanes para discurrir sobre lo que se podria intentar con aquellas fuerzas, que miráse al intento principal, entre tanto que se juntaban las que se habian movido para emprender la recuperacion de México; y aunque hubo diversos pareceres, prevaleció la resolucion de marchar derechamente á Tezcúco, y ocupar en todo caso aquella ciudad, que

Eligese Tezcúco por plaza de armas.

por estar situada en el camino de Tlascála, y casi en la ribera del lago, pareció á propósito para la plaza de armas, y puesto que se podria fortificar y mantener, asi para recibir menos dificultosamente los socorros que se aguardaban, como para infestar con algunas correrias la tierra del enemigo, y tener retirada poco distante de México donde repararse contra los accidentes de la guerra. Consideróse que la gente que habia llegado hasta entonces sería bastante para este género de facciones; y aunque los canales por donde se comunicaban con aquella ciudad las aguas de la laguna parecian estrechos para la introduccion de los bergantines, se reservó para despues la solucion de esta dificultad, y quedó resuelto que se abreviáse por instantes el plazo de la marcha.

Pasa muestra el exército.

El dia siguiente á esta determinacion pasó muestra el exército de los Españoles, y se hallaron quinientos y quarenta infantes, quarenta caballos y nueve piezas de artillería que se hicieron traher de los baxeles. Executóse á vista de innumerable concurso esta funcion: y tuvo circunstancias de alarde, porque se atendió menos á registrar el número de la gente, que á la ostentacion del espectáculo: sirviendo al intento de hacerle mas recomendable y lucido la gala de los soldados, el tremolar de las banderas, el manejo de los caballos, y el uso de las armas, con que se prevenia la reverencia del General, executado uno

y otro con tanto brio y puntualidad, que se conoció repetidas veces el aplauso de la muchedumbre, y llevó que aprender la milicia forastera. Quiso despues Xicotencál el mozo (que iba por General de la república) pasar la muestra de su gente; no porque usasen los de su nacion este género de aparato para contar sus exércitos, sinó por lisongear á Hernan Cortés con la imitacion de sus Españoles. Pasaron delante los timbales y bocinas, con los demás instrumentos de su milicia: despues los Capitanes en hileras vistosamente ataviados, con grandes penachos de varios colores, y algunas joyas pendientes de las orejas y los labios: las macanas ó montantes con la guarnicion sobre el brazo izquierdo, y con las puntas en alto: llevaban todos sus pages de genita con los escudos ó rodelas, en que iban reducidos á varias figuras los desprecios de sus enemigos, ó las jactancias de su valor. Cumplieron á su modo con la reverencia de los dos Generales, y pasaron despues las compañias en tropas diferentes, que se distinguian por el color de las plumas, y por las insignias tambien de varias figuras de animales, que sobresaliendo á las picas, hacian oficio de banderas. Constaria todo el exército de hasta diez mil hombres de buena calidad, aunque la prevencion de la república era mucho mayor; pero quedó aplicado el resto de sus levas para que asistiese á la conduccion de los bergantines: cuya segu-

Muestra de los Tlascaltécas.

Gente reservada para los bergantines.

ridad era de tanta conseqüencia, que recibió el Senado como favor lo que pudiera sentir como desvio.

Llevó Cortés sesenta mil hombres.

Quiere Antonio de Herrera que fuese de ochenta mil hombres la muestra de los Tlascaltécas: en que se aparta de Bernal Diaz y de otros Autores; si ya no le pareció que importaba poco incluir en ella la gente de Cholúla y Guaxocingo, cuyos dos exércitos estaban acampados fuera de la ciudad: porque no se duda que salió de Tlascála Hernan Cortés con mas de sesenta mil hombres, y esto sin los que remitieron despues al camino y á la plaza de armas las demás naciones confederadas: cuyo movimiento fue tan numeroso, que durante la expugnacion de México, llegó á tener debaxo de su mano mas de doscientos mil hombres. ¡Notable concurrencia de circunstancias admirables! porque no se dice que hubiese falta de provision, ni discordia entre naciones tan diferentes, ni embarazo en la distribucion de las órdenes, ni menos puntualidad en la obediencia. Mucho se debió á la gran capacidad y singular providencia de Cortés; pero esta obra no pudo ser toda suya: quiso Dios que se reduxese aquel Imperio; y sirviendose de su talento, le facilitó los medios que conducian al fin determinado, mandando en los ánimos lo que pudiera mandar en los sucesos.

Llegó á tener el exército doscientos mil hombres.

Tienese por obra del cielo.

Ordenanzas de Cortés.

Publicaronse luego, á fuer de bando militar, unas ordenanzas que habia formado en los ratos de su ocio-

sidad para ocurrir á los inconvenientes en que suele peligrar la guerra, ó perder el atributo de justa. Mandó, pena de la vida: „ Que ninguno fuese osado á „ sacar la espada contra otro en los quarteles ni en la „ marcha: que ninguno de los Españoles tratáse mal „ con las obras ó con las palabras á los Indios confe- „ derados: que no se hiciese fuerza ó desacato á las „ mugeres aunque fuesen del bando enemigo: que „ ninguno se apartáse del exército, ni saliese á saquear „ los lugares del contorno sin llevar licencia y gente „ con que asegurar la faccion: que no se jugasen los „ caballos ni las armas, en que se habia tolerado al- „ guna relaxacion:" y prohibió con penas particulares de afrenta, ó privacion de honores los juramentos y blasfemias, con los demás abusos, que suelen introducirse á permitidos con título de licencias militares.

Intimaronse despues estas mismas ordenanzas á los Cabos de las tropas estrangeras, asistiendo Cortés á la interpretacion de Aguilar y Doña Marina, para darles á entender que las penas hablaban con todos, y que los menores excesos de su gente serian culpas graves, militando entre los Españoles: con que pasó la voz á los Tlascaltécas y á las demás naciones, y fue tan util esta diligencia, que se conoció desde luego algun cuidado en el proceder menos licencioso de aquellos Indios; aunque durante la jornada se des-

Intimanse á las naciones.

Fue conveniente su publicacion.

entendieron, ó se toleraron algunas demasias, en que fue necesario dar algo á su rusticidad ó á su costumbre; pero bastaron dos ó tres castigos que vieron executar, para reducirlos á mejor disciplina: siendo en ellos como emienda, ó parte de satisfaccion, el temor de la pena, ó el recato en el delito.

Llegó el dia en que se celebraba la fiesta de los Inocentes, señalado para la marcha: y despues que dixo Misa Fray Bartolomé de Olmedo, con asistencia de todos los Españoles, y se hizo particular rogativa por el suceso de la jornada, mandó Hernan Cortés que se formasen los esquadrones de los Indios en la campaña: y puestos en orden, segun el estilo, salió con su exército en hileras para que viesen como se doblaba, y tomasen algo del sosiego que habian menester: siendo uno de sus defectos militares el ímpetu de sus execuciones, siempre aceleradas y sujetas al desorden.

Marcha el exército.

Exôrtacion de Cortés á los Cabos de los Indios.

Llamó luego al General y Cabos principales de aquellas naciones, y con sus intérpretes les hizo una breve exôrtacion pidiendoles: „Que animasen á su „gente con la esperanza del comun interes, pues „iban á pelear por su libertad y la de su patria: que „se deshiciesen de todos los que no fuesen voluntarios: que castigasen con particular cuidado los ex„cesos que se cometiesen contra las ordenanzas: y „sobre todo, que les pusiesen delante la obligacion

,, en que se hallaban de imitar á sus amigos los Es-
,, pañoles, no solo en las hazañas del valor, sinó en
,, la moderacion de las costumbres."

Partieron ellos á obedecerle, y vuelto á los suyos, que ya callaban, dando á entender que atendian: ,, No trato, amigos, y compañeros (dixo) de ,, acordaros ni engrandeceros el empeño en que os ,, hallais de obrar como Españoles en esta empresa, ,, porque tengo conocido el esfuerzo de vuestros co- ,, razones; y no solo debo confesar la experiencia, ,, sinó la envidia de vuestras hazañas. Lo que os pro- ,, pongo (menos como superior, que como uno de ,, vosotros) es, que pongamos todos con igual dili- ,, gencia la vista y la consideracion en esa multitud ,, de Indios que nos sigue, tomando por suya nues- ,, tra causa: demostracion que nos ha puesto en dos ,, obligaciones, dignas ambas de nuestro cuidado: la ,, primera, de tratarlos como amigos, sufriendolos, ,, si fuere necesario, como á menos capaces de ra- ,, zon: y la otra, de advertirlos con nuestro proce- ,, der lo que deben observar en el suyo. Ya llevais ,, entendidas las ordenanzas que se han intimado á to- ,, dos: qualquiera delito contra ellas tendrá en voso- ,, tros su propia malicia, y la malicia del exemplo. ,, Cada uno debe reparar en lo que podrán influir sus ,, transgresiones; ó será fuerza que reparemos los de- ,, más en lo que importan las influencias del castigo.

Su oracion á los Españoles.

„ Sentiré mucho hallarme obligado á proceder con-„ tra el menor de mis soldados; pero será este sen-„ timiento como dolor inexcusable, y andarán jun-„ tas en mi resolucion la justicia y la paciencia. Ya „ sabeis la faccion grande á que nos disponemos: obra „ será digna de Historia conquistar un Imperio á nues-„ tro Rey: las fuerzas que veis, y las que se irán jun-„ tando, serán proporcionadas al heroyco intento. Y „ Dios, cuya causa defendemos, vá con nosotros, „ que nos ha mantenido á fuerza de milagros: y no „ es posible que desampare una empresa en que se „ ha declarado tantas veces por nuestro Capitan. Si-„ gamosle, pues, y no le desobliguemos." Y volviendo á decir: *Sigamosle, y no le desobliguemos*, acabó su oracion, ó porque no halló mas que decir, ó porque lo dixo todo: y dió principio á la marcha, llevando en el oido las aclamaciones de su gente, y teniendo á buen pronóstico aquel contento con que le seguian, aquella casualidad extraordinaria con que se habian multiplicado sus Españoles, y aquel fervor oficioso con que asistian aquellas naciones. Todo lo consideraba como señal oportuna, ó como feliz auspicio del suceso, no porque hiciese mucho caso de semejantes observaciones; pero algunas veces se descuida el entendimiento para que se divierta la esperanza con lo que sueña la imaginacion.

Contento de los soldados.

CAPITULO X.

MARCHA EL EXÉRCITO, NO SIN vencer algunas dificultades. Previenese de una embajada cautelosa el Rey de Tezcúco; de cuya respuesta, por los mismos términos, resulta el conseguirse la entrada en aquella ciudad sin resistencia.

CAminó aquel dia el exército seis leguas, y se alojó al caer del sol en el lugar de Tezmelúca: nombre, que significa en su lengua, el encinar. Era poblacion considerable, situada en los confines Mexicanos, y en la jurisdiccion de Guaxocingo, cuyo Cacique tuvo suficiente provision para toda la gente, y algunos regalos particulares para los Españoles. El dia siguiente se continuó la marcha por tierra enemiga, con todas las advertencias que parecieron necesarias. Tuvieronse algunos avisos de que habia junta de Mexicanos en la parte contrapuesta de una montaña, cuyos peñascos y malezas dificultaban por aquella parte la entrada en el camino de Tezcúco: y porque se llegó á este parage algunas horas despues de medio dia, y era de temer la vecindad de la noche para entrar en disputas de tierra quebrada y montuosa, hizo alto el exército, y se alojó lo mejor que pudo al pie de la misma sierra, donde se previnieron

Primer alojamiento en Tezmelúca.

Noticias del exército enemigo.

Segundo alojamiento al pie de una sierra.

los ranchos de grandes fuegos, que apenas bastaron para que se pudiese resistir sin alguna incomodidad la destemplanza del frio.

Pero al amanecer empezó la gente á subir la cuesta, y á penetrar la maleza del monte al paso de la artillería; pero á poco mas de una legua, vinieron los batidores con noticia de que tenian los enemigos cerrado el camino con árboles cortados, y estacas puntiagudas embebidas en tierra movediza para mancar los caballos. Y Hernan Cortés (que no sabia perder las ocasiones de animar á los suyos) dixo en alta voz ázia los Españoles: „ No parece que desean mucho „ estos valientes verse con nosotros, puesto que nos „ embarazan el uso de los pies, para que tardemos „ algo mas en venir á las manos." Y sin detenerse, mandó que pasasen á la vanguardia dos mil Tlascaltécas á desviar los impedimentos del camino: lo qual executaron con tanta celeridad, que apenas se pudo conocer la detencion en la retaguardia. Pasaron delante algunas compañias á reconocer los parages donde se podian temer emboscadas, y con el resguardo que pedian aquellos indicios de vecina oposicion, se caminaron dos leguas que faltaban hasta la cumbre.

Hállase cerrado el camino.

Pasan Tlascaltécas á desembarazarle.

Descubriase desde lo mas alto la gran laguna de México: y Hernan Cortés acordó á los suyos con esta ocasion lo que alli se habia padecido, sin olvidar

Descubrese México desde la cumbre,

las felicidades y riquezas que se poseyeron en aquella ciudad, mezclando entonces los bienes y los males, para dar calor á la venganza con los incentivos del interes. Descubrianse tambien algunos humos en las poblaciones distantes que se iban sucediendo con poca intermision: y aunque no se dudó que serian avisos de haberse descubierto el exército, se continuó la marcha con poco menor dificultad, y con el mismo rezelo; porque duraban las asperezas del camino, y franqueaba poca tierra la espesura del bosque.

y algunas ahumadas de la tierra enemiga.

Pero vencido este impedimento, se descubrió á largo trecho el exército enemigo que ocupaba el llano sin moverse, con señas de aguardar en algun puesto de facil retirada. Alegraronse los Españoles, celebrando como felicidad la prontitud de la ocasion: y sucedió lo mismo á los Tlascaltécas; aunque á breve rato se hizo en ellos furor el contento, y fueron necesarias voces de Cortés, y diligencias de sus Capitanes para que no se desordenasen con el ansia de pelear. Estaban los Mexicanos á la otra parte de un barranco grande, ó quiebra del terreno que necesariamente se habia de pasar, por donde iba profundando su camino un arroyo, que recogia las corrientes de la sierra, y llevaba entonces agua considerable. Tenia por aquella parte una puentecilla de madera para el uso de los pasageros, la qual pudieran haber cortado con facilidad; pero segun lo que se presumió

Déxase ver el exército Mexicano.

Aliento de los Españoles.

Barranco que ocupaba el enemigo.

despues, la dexaron de intento para ir deshaciendo á sus enemigos en el paso estrecho, teniendo por imposible que se pudiesen doblar de la otra parte con tanta oposicion. Asi lo discurrieron quando hacian la cuenta lejos del peligro; pero al reconocer el exército de Cortés, que no habian considerado tan numeroso, cayeron otras especies menos fantasticas sobre su imaginacion. Faltóles el ánimo para mantener aquel puesto: y deseando afectar el valor, ó no descubrir el miedo, tomaron resolucion de irse retirando poco á poco sin volver las espaldas, reconociendo, al parecer, la diferencia que hay entre fuga y retirada.

Retiranse del barranco los Mexicanos.

Dió Hernan Cortés calor á la marcha: y al reconocer el barranco, tuvo á gran fortuna que se hubiese desviado el enemigo: porque, aun hallado sin resistencia, se pasó con dificultad. Dispuso que se adelantasen veinte caballos con algunas compañias de Tlascaltécas á entretener la marcha, sin entrar en mayor empeño, hasta que pasando el resto de la gente, se aseguráse la faccion. Pero apenas reconocieron los Mexicanos que se iba doblando el exército á la otra parte de la zanja, quando perdieron toda su política, y se declararon por fugitivos, desuniendose á buscar atropelladamente las sendas menos holladas, ó el refugio de los montes.

Pasa el exército.

Huyen los enemigos.

No quiso Hernan Cortés detenerse á seguir el

alcance, porque le importaba ocupar brevemente á Tezcúco, y qualquiera dilacion se debia mirar como desvio del intento principal; pero se hizo de paso algun daño en los Mexicanos, que se hallaban escondidos entre la maleza del bosque. Y aquella noche se alojó el exército en un lugar recien despoblado, tres leguas de Tezcúco; donde se tomó por quarteles el descanso, dobladas las centinelas, y con las armas casi en las manos. Pero el dia siguiente, á poca distancia de este lugar, se reconoció en el camino una tropa de hasta diez Indios, al parecer, desarmados, que venian á paso largo, con señas de mensageros ó fugitivos, y trahian levantada en alto una lamina de oro en forma de bandera, que se tuvo por insignia de paz. Era el principal de ellos un Embajador, por cuyo medio rogaba el Rey de Tezcúco á Cortés que no hiciese daño en los pueblos de su dominio: dando á entender que deseaba entrar en su confederacion, á cuyo fin tenia prevenido en su ciudad alojamiento decente para todos los Españoles de su exército, y serian asistidas fuera de los muros con lo que hubiesen menester las naciones que le acompañaban. Exâminóle con algunas preguntas Hernan Cortés; y él, que no venia mal instruido, respondió á todas sin embarazarse: añadiendo que su amo estaba ofendido y quejoso del Emperador que reynaba entonces en México, porque no habiendose ajustado

Alójase Cortés tres leguas de Tezcúco.

Vienen de paz fingida los de Tezcúco.

Proposicion de la embajada.

á votar por él en su eleccion, trataba de vengarse con algunas extorsiones indignas de su paciencia: para cuya satisfaccion estaba en ánimo de unirse con los Españoles, como uno de los mas interesados en la ruina de aquel tirano.

Quien era entonces Rey de Tezcúco.

No dicen nuestros historiadores (ó lo dicen con variedad) si reynaba entonces en Tezcúco el hermano de Cacumatzín, á quien dexámos preso en México, por haber conspirado contra Motezuma y contra los Españoles. Queda referido como se le dió la corona á su hermano, y el voto electoral á instancia de Cortés: y segun el suceso, parece que ya reynaba el desposeido, siendo muy creible que lo dispusiese asi el nuevo Emperador, mediando en su restitucion la circunstancia de ser enemigo capital de los Españoles, á cuya opinion hace algun viso la desconfianza de Cortés: porque apenas recibió la embajada, quando se apartó del Embajador para conferir con sus Capitanes la respuesta. Pareció á todos poco segura la proposicion, y que no se debia esperar tanto de un Príncipe ofendido; pero que supuesta la resolucion que llevaba de ocupar aquella ciudad por fuerza de armas, se podia tener á buena fortuna que les franqueasen la entrada: cuya primera dificultad excusarian admitiendo la oferta; y una vez dentro de los muros (en lo qual se debia llevar la misma cautela que si se acabáran de ganar por asalto) se obraria lo

Conocese el artificio de la embajada.

que pidiese la ocasion. Asi lo determinaron: y Hernan Cortés despachó al Enviado, respondiendo á su Príncipe, que admitia la paz, y aceptaba el alojamiento que le ofrecia: deseando corresponder enteramente á la buena inteligencia con que se solicitaba su amistad.

Volvió á marchar el exército, y aquella tarde se alojó en uno de los arrabales de la ciudad ó village muy cercano á ella; dilatando la entrada para la mañana siguiente, por lograr el dia entero en una faccion, que segun los indicios, no podia caber en pocas horas: siendo uno de ellos el hallarse desamparado aquel pueblo; y otro de no menor consideracion, el no haberse dexado ver el Cacique, ni enviado persona que visitáse á Cortés. Pero no se oyó rumor de armas, ni se ofreció novedad, hasta que al salir del sol, se dieron las órdenes, y se dispuso el exército para el asalto, que ya se tenia por inexcusable; aunque se conoció poco despues que no era necesario, porque se halló abierta y desarmada la ciudad. Avanzaron algunas tropas á ocupar las puertas, y se hizo la entrada sin resistencia; pero Hernan Cortés, dispuesto á pelear, fue penetrando las calles, sin perder de vista las apariencias de la paz entre los rezelos de la guerra: y caminó en la mejor ordenanza que pudo, hasta que saliendo á una gran plaza, se dobló con la mayor parte de su gente, y ocupó con

Alójase Cortés cerca de la ciudad.

Indicios del engaño.

Hállase abierta y desarmada la ciudad.

Dóblase Cortés.

el resto las calles del contorno. Los paisanos, cuya muchedumbre se dexó ver algunas veces en el paso, andaban como asombrados, trayendo en el rostro mal encubiertos los achaques del ánimo: y se reparó en que faltaban las mugeres. Circunstancias que se daban la mano con los primeros indicios.

Ocúpase un adoratorio.

Pareció conveniente ocupar el adoratorio principal, cuya eminencia dominaba la ciudad, descubriendo la mayor parte de la laguna: y nombró Hernan Cortés para esta faccion á Pedro de Alvarado, Christoval de Olid y Bernal Diaz del Castillo, con algunas bocas de fuego, y bastante número de Tlascaltécas. Pero hallando aquel puesto sin guarnicion, avisaron desde lo alto que se iba escapando mucha gente de la ciudad, unos por tierra en busca de los montes, y otros en canoas la vuelta de México: cuya noticia no dexó que dudar en el engaño del Cacique. Mandó Hernan Cortés que le buscasen para traherle á su presencia: y por este medio averiguó que se habia retirado poco antes al exército de los Mexicanos, llevando consigo la poca gente que se quiso ajustar á seguirle, que (segun lo que decian aquellos paisanos) era de cortas obligaciones: porque la nobleza y el resto de sus vasallos aborrecian su dominio, y se quedaron con pretexto de buscarle despues. Averiguóse tambien que tenia resuelto agasajar á los Españoles hasta merecer su confianza, y conseguir su descuido,

El Rey de Tezcúco escapó á México.

Engaño que tenia dispuesto.

para introducir despues las tropas Mexicanas que acabasen con todos ellos en una noche; pero quando supo de su Embajador las grandes fuerzas con que le buscaba Hernan Cortés, le faltó el ánimo para mantener su estratagema; y tuvo por mejor consejo el de la fuga, dexando su ciudad y sus vasallos á la discrecion de sus enemigos.

Dió la felicidad en este suceso quanto pudieran la industria y el valor. Deseaba Hernan Cortés ocupar á Tezcúco, puesto ventajoso para su plaza de armas, y necesario para su empresa; y el ardid intentado por el Cacique le franqueó sin disputa las puertas de aquella ciudad. Su fuga le desvió un embarazo en que habia de tropezar cada instante la desconfianza ó el rezelo: y el descontento de sus vasallos le facilitó el camino de traherlos á su devocion. Que quando se ha de acertar, todo es oportuno, y quizá por esta consideracion se puso lo afortunado entre los atributos de los Capitanes: en cuyas disposiciones obra el valor lo que ordenó la prudencia, y se hallan la prudencia y el valor, sucedido lo que facilitó la felicidad ó la fortuna. Entendió mal, ó no entendió la gentilidad este vocablo de la fortuna: dabale su adoracion como á deidad, aunque achacosa, y deslucida con sus ceguedades y mudanzas; pero nosotros conocemos por este mismo nombre las dádivas gratuitas de la divina beneficencia: con que viene á quedar

Fue dicha ocupar facilmente á Tezcúco.

Capitanes afortunados.

Fortuna de la gentilidad.

mejor entendida la felicidad, mejor colocada la fortuna, y mejor favorecido el afortunado.

CAPITULO XI.

ALOJADO EL EXÉRCITO EN Tezcúco, vienen los nobles á tomar servicio en él. Restituye Cortés aquel reyno al legítimo sucesor, dexando al tirano sin esperanza de restablecerse.

Trátase de ganar voluntades.

PUso Hernan Cortés su principal cuidado en que perdiesen el miedo los paisanos. Mandó á los suyos que les hiciesen todo buen pasage, tratando solo de ganar aquellos ánimos, que ya se debian mirar como rendidos: y pasó esta orden con mayor aprieto á las naciones confederadas por medio de sus Cabos, cuya obediencia fue mas reparable, porque se hallaban en tierra enemiga, enseñados á las violencias de su milicia, y no sin alguna presuncion de vencedores. Pero respetaban tanto á Cortés, que no contentos con reprimir su ferocidad y su costumbre, trataban de familiarizarse con todos, publicando la paz con la voz y con las demostraciones. Quedó aquella noche el exército en los palacios del Rey fugitivo: y eran tan capaces, que hallaron bastante alojamiento en ellos los Españoles, con alguna parte de los Tlas-

Las naciones se portaron bien.

Alójase el exército.

caltécas: y los demás se acomodaron en las calles cercanas fuera de cubierto, por evitar la extorsion de los vecinos.

Por la mañana vinieron algunos ministros de los ídolos á solicitar el buen pasage de sus feligreses, agradeciendo el que hasta entonces habian experimentado: y propusieron á Cortés, que la nobleza de aquella ciudad esperaba su permision para venir á ofrecerle su obediencia y su amistad: á cuya demanda satisfizo, concediendo en uno y otro quanto le pedian, sin necesitar mucho de afectar el agrado, porque deseaba lo que concedia. Y poco despues llegaron aquellos nobles en el trage de que solian usar para sus actos públicos, y acaudillados, al parecer, por un mozo de poca edad, y gentil disposicion, que habló por todos, presentando á Cortés aquella tropa de soldados que venian á servir en su exército, deseando merecer con sus hazañas la sombra de sus banderas: á que añadió pocas palabras, dichas con cierta energía y gravedad, que solicitaban la atencion, sin desazonar el rendimiento. Escuchóle, no sin admiracion, Hernan Cortés, y se pagó tanto de su eloqüencia y despejo, sobre lo bien que le sonaba la misma oferta, que se arrojó á sus brazos sin poderse reprimir; pero atribuyendo á su discrecion los excesos del gusto, volvió á componer el semblante, para responder menos alborozado á su proposicion.

Ministros de los ídolos á pedir la paz.

Ofrecese la nobleza á Cortés.

Habla por todos un mozo de poca edad.

Llegan todos á rendirse.

Fueron llegando los demás: y despues de cumplir con las ceremonias del primer obsequio, se quedó Hernan Cortés con el que vino por su adalid, y con algunos de los que parecian mas principales: y llamando á sus intérpretes, averiguó, á pocas instancias de su cuidado, todo lo que tenia dispuesto el Cacique por complacer á los Mexicanos: el artificio con que ofreció el alojamiento de aquella ciudad á los Españoles: la falta de valor con que volvió las espaldas al primer rumor de su peligro: y ultimamente dieron á entender que haria poca falta donde se aborrecia su persona, y se celebraba su ausencia como felicidad de sus vasallos. Punto en que los apuró Hernan Cortés, porque le importaba servirse de aquella mala voluntad para establecer su plaza de armas: y halló en la respuesta quanto pudiera fingir su deseo; porque no sin algun conocimiento del fin á que se iban encaminando sus preguntas, le refirió el mas anciano de aquellos nobles: „ Que Cacumatzín, Señor „ de Tezcúco, no era dueño propietario de aquella „ tierra, sinó un tirano el mas horrible que llegó á „ producir entre sus monstruos la naturaleza; porque „ habia muerto violentamente, y por sus manos á „ Nezabal su hermano mayor, para echarle de la si„ lla, y arrancar de sus sienes la corona. Que aquel „ Príncipe á quien habia tocado el hablar por todos, „ como el primero de los nobles, era hijo legítimo

Averigua Cortés el trato doble del Rey de Tezcúco.

Noticias que dió el mas anciano.

Era tirano el Rey de Tezcúco.

El mozo era Príncipe legítimo.

„ del Rey difunto; pero que su corta edad negoció „ el perdon, ó mereció el desprecio del tirano: y él, „ conociendo el peligro que le amenazaba, supo es- „ conder su queja con tanta sagacidad, que ya pasaba „ por falta de espíritu su disimulacion. Que toda esta „ maldad se habia fraguado y dispuesto con noticia y „ asistencias del Emperador Mexicano que antece- „ dió á Motezuma, y de nuevo le favorecia el Em- „ perador que reynaba entonces, procurando servirse „ de su alevosía para destruir á los Españoles. Pero „ que la nobleza de Tezcúco aborrecia mortalmente „ las violencias de Cacumatzín: y todos sus pueblos „ tenian por insufrible su dominio, porque solo trata- „ ba de oprimirlos, cerrando el camino de sujetarlos."

Cómo se introduxo la tiranía.

En este sentir se hizo entender aquel anciano; y apenas lo acabó de percibir Hernan Cortés, quando le ocurrió en un instante lo que debia executar. Acercóse al Príncipe desposeido con algo de mayor reverencia: y poniendole á su lado, convocó los demás nobles que aguardaban su resolucion, y les dixo, mandando levantar la voz á sus intérpretes: „ Aqui „ teneis, amigos, al hijo legítimo de vuestro legíti- „ mo Rey. Ese injusto dueño, que tiene mal usur- „ pada vuestra obediencia, empuñó el cetro de Tez- „ cúco recien teñido en la sangre de su hermano „ mayor: y como no es dada la ciencia de conservar „ á los tiranos, reynó como se hizo Rey, desprecian-

Habla Cortés al Príncipe,

y despues á sus vasallos.

„ do el aborrecimiento, por conseguir el temor de „ sus vasallos, y tratando como esclavos á los que ha- „ bian de tolerar su delito: y ultimamente con la vi- „ leza de abandonaros en el riesgo, desestimando vues- „ tra defensa, os ha descubierto su falta de valor, y „ puesto en las manos el remedio de vuestra infeli- „ cidad. Pudiera yo (sinó fueran otras mis obligacio- „ nes) servirme de vuestro desamparo, y recurrir al „ derecho de la guerra, sujetando esta ciudad, que „ tengo, como veis, al arbitrio de mis armas; pero „ los Españoles nos inclinamos dificultosamente á la „ sinrazon; y no siendo en la substancia vuestro Rey „ el que nos hizo la ofensa, ni vosotros debeis pade- „ cer como vasallos suyos, ni este Príncipe quedar „ sin el reyno que le dió la naturaleza. Recibidle de „ mi mano como le recibisteis del cielo. Dadle por „ mí la obediencia que le debeis por la sucesion de „ su padre. Suba en vuestros hombros á la silla de sus „ mayores: que yo, menos atento á mi convenien- „ cia que á la equidad y á la justicia, quiero mas su „ amistad que su reyno, y mas vuestro agradecimien- „ to que vuestra sujecion."

Trata de restituirle el reyno.

Aplauso de esta resolucion.

Tuvo grande aplauso esta proposicion de Cortés entre aquellos nobles. Oyeron lo que deseaban, ó se hallaron sin lo que temian: porque unos se arrojaron á sus pies, agradeciendo su benignidad; y otros, acudiendo primero á la obligacion natural, se adelanta-

ron á besar la mano á su Príncipe. Divulgóse luego esta noticia en la ciudad, y empezaron las voces á manifestar el alborozo del pueblo, que tardó poco en significar su aceptacion con los gritos, bayles y juegos de que usaban en sus fiestas, sin perdonar demostracion alguna de aquellas con que suele adornar sus locuras el contento popular.

Reservóse para el dia siguiente la coronacion del nuevo Rey, que se celebró con toda la solemnidad y ceremonias que ordenaban sus leyes municipales, asistiendo al acto Hernan Cortés, como dispensador ó donatario de la corona: con que tuvo su participacion del aura popular, y quedó mas dueño de aquella gente que si la hubiera conquistado: siendo este uno de los primores que le dieron nombre de advertido Capitan, porque le importaba en todo caso tener por suya esta ciudad para la empresa de México, y halló camino de obligar al nuevo Rey con el mayor de los beneficios temporales: de interesar á la nobleza en su restitucion, dexandola irreconciliable con el tirano: de ganar al pueblo con su desinteres y justificacion: y ultimamente de conseguir la seguridad de su quartel, que por otro medio fuera dudosa, ó mas aventurada: quedando sobre todo con mayor satisfaccion de haber hecho en el desagravio de aquel Príncipe lo que pedia la razon; porque á vista de lo que importaban las demás conveniencias, daba el primer

Coronacion de el nuevo Rey.

Acierto de Cortés en este caso.

Su generosidad.

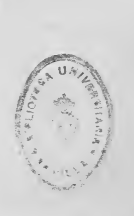
lugar á esta resolucion, por ser mas de su genio, y porque siempre suponian algo menos en su estimacion las operaciones de la prudencia, que los aciertos de la generosidad.

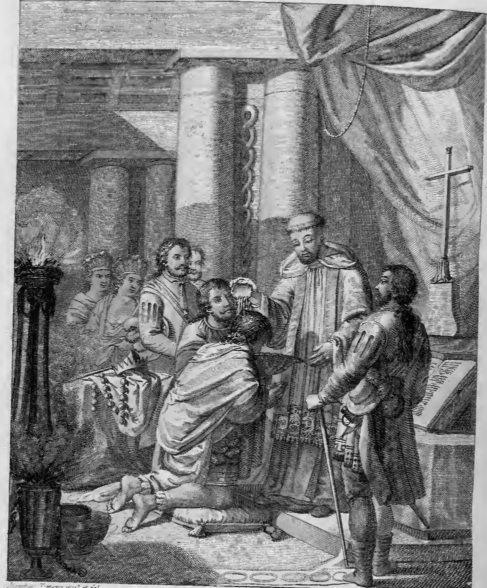
CAPITULO XII.

BAUTÍZASE CON PÚBLICA solemnidad el nuevo Rey de Tezcúco: y sale con parte de su exército Hernan Cortés á ocupar la ciudad de Iztapalápa, donde necesitó de toda su advertencia para no caer en una zelada que le tenian prevenida los Mexicanos.

QUedó Hernan Cortés aplaudido y venerado entre aquella gente: la nobleza se declaró su parcial, y enemiga de los Mexicanos: volvióse á poblar la ciudad, restituyendose á sus casas las familias que se habian retirado á los montes: y aquel Príncipe vivia tan dependiente, y tan rendido á Cortés, que no solamente le ofreció sus milicias, y servir á su lado en la empresa de México, pero le consultaba quanto disponia: y aunque mandaba entre los suyos como Rey, en llegando á su presencia, tomaba la persona de súbdito, y le respetaba como á superior. Sería de hasta diez y nueve ó veinte años, y tenia capacidad de hombre nacido en tierra menos bárbara: de cuya

Atenciones del nuevo Rey de Tezcúco.





Bautizase con grande solemnidad el Rey de Tezcùco, poniendose el nombre de Fernando.

buena disposicion se sirvió Hernan Cortés para introducirle algunas veces en la plática de la Religion, y halló en su modo de atender y discurrir un género de propension á lo mas seguro, que le puso en esperanzas de reducirle, porque se desagradaba de los sacrificios violentos de su nacion: tenia por vicio la crueldad, y confesaba que no podian ser amigos del género humano los dioses que se aplacaban con la sangre del hombre. Entró en estas conversaciones Fray Bartolomé de Olmedo: y hallandole tan dudoso en el error, como inclinado á la verdad, le tuvo en pocos dias capaz de recibir el bautismo: cuya funcion se hizo publicamente, y con gran solemnidad, tomando por su eleccion el nombre de Don Hernando Cortés en obsequio de su padrino.

Desagradale su religion.

Bautízase con el nombre de Hernando Cortés.

Trabajabase ya en la obra de los canales por donde se comunicaba la laguna con las acequias de la ciudad: y este Príncipe dió seis ó siete mil Indios vasallos suyos para que los hiciesen de mayor latitud y profundidad, segun las medidas que se habian dado á los bergantines. Y porque deseaba Hernan Cortés caminar al mismo tiempo en algunas operaciones que parecian necesarias para facilitar la empresa de México, determinó pasar con parte de sus fuerzas á la ciudad de Iztapalápa, puesto avanzado seis leguas adelante, para quitar aquel abrigo á las canoas Mexicanas, que se acercaban algunas veces á impedir el tra-

bajo de los gastadores: á cuya resolucion le obligó tambien la conveniencia de traher en algun exercicio á los Indios confederados, que se mantenian quietos en la ociosidad á fuerza del respeto, y no sin alguna fatiga del cuidado.

Cómo estaba entonces Iztapalápa.

Estaba situada, como diximos, la ciudad de Iztapalápa en la misma calzada por donde hicieron su primera entrada los Españoles, y en tal disposicion, que ocupando alguna parte de la tierra, quedaba el mayor número de sus edificios, que pasarian de diez mil casas, dentro de la misma laguna: cuyas vertientes se introducian por acequias en la poblacion terrestre al arbitrio de unas compuertas que dispensaban el agua segun la necesidad. Tomó Hernan Cortés á su cargo esta faccion, y llevó consigo á los Capitanes Pedro de Alvarado y Christoval de Olid, con trescientos Españoles, y hasta diez mil Tlascaltécas: y aunque intentó seguirle con sus milicias el nuevo Rey de Tezcúco, no se lo permitió, dandole á entender que sería mas util su persona en la ciudad, cuyo gobierno militar dexó encargado á Gonzalo de Sandoval; y á los dos con todas las instrucciones que parecieron necesarias para la seguridad del quartel, y los demás accidentes que se podian ofrecer en su ausencia.

Gente que llevó Cortés á esta jornada.

Intentó acompañarle el nuevo Rey.

Executóse la marcha por el camino de la tierra con intento de ocupar la ciudad por aquella parte, y

desalojar despues á los vecinos de la otra banda con la artillería y bocas de fuego, segun lo dictáse la ocasion. Pero no faltaron noticias de este movimiento al enemigo; porque apenas dió vista el exército á la plaza, quando se reconoció á poca distancia de sus muros un grueso de hasta ocho mil hombres, que habian salido á intentar su defensa en la campaña, con tanta resolucion, que hallandose inferiores en número, aguardaron hasta medir las armas, y pelearon valerosamente lo que bastó, al parecer, para retirarse con alguna reputacion: porque á breve rato se fueron recogiendo á la ciudad, y sin guarnecer la entrada, ni cerrar las puertas, desaparecieron, arrojandose al lago desordenadamente; pero conservando en la misma fuga los brios y las amenazas del combate.

Grueso del enemigo á la entrada.

Retiranse con artificio á la ciudad.

Conoció Hernan Cortés que aquel género de retirada tenia señas de llamarle á mayor riesgo, y trató de introducir su exército en la ciudad con todo el cuidado que pedian aquellos indicios; pero se hallaron totalmente abandonados los edificios de la tierra: y aunque duraba el rumor de los enemigos en la parte del agua, resolvió, con el parecer de sus Cabos, mantener aquel puesto, y alojarse dentro de los muros, sin pasar á mayor empeño, porque iba faltando el dia para entrar en nueva operacion. Pero apenas tomaron cuerpo las primeras sombras de la noche, quando se reparó en que resonaban por todas partes

Desamparan los barrios de tierra.

Alójase dentro de los muros el exército.

las acequias, corriendo el agua impetuosamente á lo mas baxo: y Hernan Cortés conoció á la primera vista que los enemigos trataban de inundar aquella parte de la ciudad, y que levantando las compuertas del lago mayor, lo podrian conseguir sin dificultad. Riesgo inevitable, que le obligó á dar apresuradamente las órdenes para la retirada: en cuya execucion se ganaron los instantes, y todavia escapó la gente con el agua sobre las rodillas.

Inunda el enemigo el alojamiento.

Salió Hernan Cortés asaz mortificado, y mal satisfecho de no haber prevenido aquel engaño de los Indios: como si cupiera todo en su vigilancia, ó no tuviera sus límites la humana providencia. Sacó su exército á la campaña por el camino de Tezcúco, donde pensaba retirarse, dexando para mejor ocasion la empresa de Iztapalápa, que ya no era posible sin aplicar mayores fuerzas por la parte de la laguna, y traher embarcaciones con que desviar de aquel parage á los Mexicanos. Alojóse como pudo en una montañuela segura de la inundacion, donde se padeció grande incomodidad: mojada la gente, y sin defensa contra el frio de la noche; pero tan animosa, que no se oyó una desazon entre los soldados: y Hernan Cortés, que andaba por los ranchos infundiendo paciencia con su exemplo, hacia sus esfuerzos para esconder en las amenazas del enemigo el desayre de su engaño, ó el escrúpulo de su advertencia.

Retírase Cortés á la campaña.

Trata de volverse á Tezcúco.

Prosiguióse la retirada como estaba resuelta con los primeros indicios de la mañana, y se alargó el paso, mas porque necesitaba la gente del exército para entrar en calor, que porque se rezelase nueva invasion; pero declarado el dia, se descubrió un grueso de innumerables enemigos, que venian siguiendo la huella del exército. No se dexó la marcha por este accidente; pero se caminó á paso lento para cansar al enemigo con la dilacion del alcance, aunque los soldados se movian con dificultad, clamando por detenerse á tomar satisfaccion, unos de la ofensa, y otros de la incomodidad padecida: cada qual segun el dolor que mandaba en el ánimo, y todos con la venganza en el corazon.

Siguese la retirada.

Siguen los enemigos el exército.

Hizo alto el exército, y se volvieron las caras quando pareció conveniente: y los enemigos acometieron con la misma precipitacion que seguian; pero las ballestas de los Españoles (que por venir mojada la polvora, no sirvieron las bocas de fuego) y los arcos de los Tlascaltécas detuvieron el primer ímpetu de su ferocidad; y al mismo tiempo cerraron los caballos, haciendo lugar á las demás tropas amigas, que rompieron á todas partes por aquella muchedumbre desordenada, y la obligaron brevemente á ceder la campaña con pérdida considerable.

Quedan rotos y deshechos.

Volvió Hernan Cortés á su marcha, sin detenerse á deshacer enteramente á los fugitivos; porque ne-

cesitaba de todo el dia para llegar á su quartel antes de la noche. Pero los enemigos (tan diligentes en retirarse como en rehacerse) le volvieron á embestir segunda y tercera vez, sin escarmentar con el estrago que padecian; hasta que temiendo el peligro de acercarse á Tezcúco, donde tenian su fuerza principal los Españoles, se volvieron á Iztapalápa, quedando con bastante castigo de su atrevimiento, pues murieron en esta repeticion de combates mas de seis mil Indios: y aunque hubo en el exército de Cortés algunos heridos, faltaron solo dos Tlascaltécas, y un caballo, que cubierto de flechas y cuchilladas, conservó la respiracion hasta retirar á su dueño.

Segundo y tercero acometimiento.

Queda castigado el enemigo.

Celebró Hernan Cortés y todo su exército este principio de venganza como emienda, ó satisfaccion de lo que se habia padecido: y poco antes de anochecer se hizo la entrada en la ciudad con tres ó quatro victorias de paso, que dieron garbo á la faccion, ó quitaron el horror á la retirada.

Fue notable el ardid de Iztapalápa.

Pero no se puede negar que los Mexicanos tenian bien dispuesto su estratagema: hicieron salida para llamar al enemigo: dexaronse cargar para empeñarle: fingieron que se retiraban, para introducirle dentro del riesgo: dexaron abandonadas las habitaciones que intentaban inundar; y tenian mayor exército prevenido para no aventurar el suceso. Vean los que desacreditan esta guerra de los Indios, si eran, como di-

cen, rebaños de bestias sus exércitos, y si tenian cabeza para disponer, puesto que les dexan la ferocidad para las execuciones. Necesitó Hernan Cortés de toda su diligencia para escapar de sus asechanzas, y quedó con admiracion, ó poco menos que envidia de lo bien que habian dispuesto su estratagema: por ser estos ardides, ó engaños que se hacen al enemigo uno de los primores militares de que se precian mucho los soldados, teniendolos no solo por razonables, sinó por justos, particularmente quando es justa la guerra en que se practican; pero en nuestro sentir les basta el atributo de licitos; aunque alguna vez puedan llamarse justos por la parte que tienen de castigar inadvertencias y descuidos, que son las mayores culpas de la guerra.

Licitos los estratagemas en la guerra.

CAPITULO XIII.

PIDEN SOCORRO A CORTÉS LAS provincias de Chalco y Otumba contra los Mexicanos: encarga esta faccion á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo, los quales rompen al enemigo, trayendo algunos prisioneros de cuenta, por cuyo medio requiere con la paz al Emperador Mexicano.

TEnia Hernan Cortés en Tezcúco freqüentes visitas de los Caciques y pueblos comarcanos, que venian á dar la obediencia, y ofrecer sus milicias:

Piden socorro los de Chalco y Otumba.

súbditos mal tratados, y quejosos del Emperador Mexicano, cuya gente de guerra los oprimia y desfrutaba con igual desprecio que inhumanidad. Entre los quales llegaron á esta sazon unos Mensageros en diligencia de las provincias de Chalco y Otumba con noticia de que se hallaba cerca de sus términos un exército poderoso del enemigo, que trahia comision de castigarlos y destruirlos, porque se habian ajustado con los Españoles. Mostraban determinacion de oponerse á sus intentos, y pedian socorro de gente con que asegurar su defensa: instancia que pareció no solo puesta en razon, sinó de propia conveniencia: porque importaba mucho que no hiciesen pie los Mexicanos en aquel parage, cortando la comunicacion de Tlascála, que se debia mantener en todo caso. Partieron luego á este socorro los Capitanes Gonzalo de Sandoval y Francisco de Lugo con doscientos Españoles, quince caballos, y bastante número de Tlascaltécas, entre los quales fueron, con tolerancia de Cortés, algunos de esta nacion, que porfiaron sobre retirar á su tierra los despojos que habian adquirido: permision en que se consideró, que aguardandose nuevas tropas de la república, importaria llamar aquella gente con el cebo del interes, y con esta especie de libertad.

Van Sandoval y Lugo al socorro.

Retiranse á su tierra algunos Tlascaltécas con el despojo adquirido.

Iban estos miserables, trocado ya el nombre de soldados en el de Indios de carga, con el bagage del

exército; y como reguló el peso la codicia, sin atender á la paciencia de los hombros, no podian seguir continuadamente la marcha, y se detenian algunas veces para tomar aliento: de lo qual advertidos los Mexicanos (que tenian emboscado en los maizales el exército de la laguna) los acometieron en una de estas mansiones, no solo, al parecer, para despojarlos, porque hicieron el salto con grandes voces, y trataron al mismo tiempo de formar sus esquadrones con señas de provocar á la batalla. Volvieron al socorro Sandoval y Lugo, y acelerando el paso, dieron con todo el grueso de su gente sobre las tropas enemigas, tan oportuna y esforzadamente, que apenas hubo tiempo entre recibir el choque, y volver las espaldas.

Asaltalos el enemigo.

Vuelve el exército á socorrerlos, y rompe á los Mexicanos.

Dexaron muertos seis ó siete Tlascaltécas de los que hallaron impedidos y desarmados; pero se cobró la presa, mejorada con algunos despojos del enemigo: y se volvió á la marcha, poniendo mayor cuidado en que no se quedasen atrás aquellos inutiles: cuyo desabrimiento duró hasta que penetrando el exército los términos de Chalco, reconocieron poco distantes los de Tlascála, y se apartaron á poner en salvo lo que llevaban; dexando á Sandoval sin el embarazo de asistir á su defensa.

Habian convocado los enemigos todas las milicias de aquellos contornos para castigar la rebeldia de Chalco y Otumba: y sabiendo que venian los Españoles

Nueva multitud de Mexicanos en el camino.

al socorro de ambas naciones, se reforzaron con parte de las tropas que andaban cerca de la laguna; y formando un exército de bulto formidable, tenian ocupado el camino con ánimo de medir las fuerzas en campaña. Avisados á tiempo Lugo y Sandoval, y dadas las órdenes que parecieron necesarias, se fueron acercando puesta en batalla la gente, sin alterar el paso de la marcha: pero se detuvieron á vista del enemigo los Españoles con sosegada resolucion, y los Tlascaltécas con mal reprimida inquietud, para exâminar desde mas cerca el intento de aquella gente. Hallabanse los Mexicanos superiores en el número: y con ambicion de ser los primeros en acometer, se adelantaron atropelladamente como solian, dando sin alcance la primera carga de sus armas arrojadizas. Pero mejorandose al mismo tiempo los dos Capitanes (despues de lograr con mayor efecto el golpe de los arcabuces y ballestas) echaron delante los caballos: cuyo choque, horrible siempre á los Indios, abrió camino para que los Españoles y los Tlascaltécas entrasen rompiendo aquella multitud desordenada, primero con la turbacion, y despues con el estrago. Tardó poco en declararse por todas partes la fuga del enemigo: y llegando á este tiempo las tropas de Chalco y Otumba, que salieron de la vecina ciudad al rumor de la batalla, fue tan sangriento el alcance, que á breve rato quedó totalmente deshecho el exército

Batalla reñida.

Huyen los enemigos.

de los Mexicanos, y socorridas aquellas dos provincias aliadas con poca ó ninguna pérdida.

Reservaronse para tomar noticias ocho prisioneros, que parecian hombres de cuenta: y aquella noche pasó el exército á la ciudad, cuyo Cacique, despues de haber cumplido con su obligacion en el obsequio de los Españoles, se adelantó á prevenir el alojamiento, y tuvo abundante provision de víveres y regalos para toda la gente; sin olvidar el aplauso de la victoria, reducido, segun su costumbre, al ordinario desconcierto de los regocijos populares. Eran los Chalqueses enemigos de los Tlascaltécas, como súbditos del Emperador Mexicano, y con particular oposicion sobre dependencias de confines; pero aquella noche quedaron reconciliadas estas dos naciones, á instancia y solicitud de los Chalqueses, que se hallaron obligados á los Tlascaltécas, por lo que habian cooperado en su defensa: conociendo al mismo tiempo, que para durar en la confederacion de Cortés, necesitaban de ser amigos de sus aliados. Mediaron los Españoles en el tratado, y juntos los Cabos y personas principales de ambas naciones, se ajustó la paz con aquellas solemnidades y requisitos de que usaban en este género de contratos: obligandose Gonzalo de Sandoval y Francisco de Lugo á recabar el beneplácito de Cortés, y los Tlascaltécas á traher la ratificacion de su república.

Entra el exército en Chalco.

Chalqueses, enemigos de los Tlascaltécas.

Quedan amigas estas dos naciones.

Vuelven á Tezcúco Sandoval y Lugo

Hecho este socorro con tanta reputacion y brevedad, se volvieron Sandoval y Lugo con su exército á Tezcúco, llevando consigo al Cacique de Chalco, y algunos de los Indios principales, que quisieron rendir personalmente á Cortés las gracias de aquel beneficio, poniendo á su disposicion las tropas militares de ambas provincias. Tuvo grande aplauso en Tezcúco esta faccion, y Hernan Cortés honró á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo con particulares demostraciones, sin olvidar á los Cabos de Tlascála: y recibió con el mismo agasajo á los Chalqueses, admitiendo sus ofertas, y reservando el cumplimiento de ellas para su primer aviso. Mandó luego traher á su presencia los ocho prisioneros Mexicanos, y los esperó en medio de sus Capitanes, previniendose para recibirlos de alguna severidad. Llegaron ellos confusos y temerosos con señas de ánimo abatido y mal dispuesto á recibir el castigo, que segun su costumbre, tenian por irremisible. Mandólos desatar: y deseando lograr aquella ocasion de justificar entre los suyos la guerra que intentaba con otra diligencia de la paz, y hacerse mas considerable al enemigo con su generosidad, los habló por medio de sus intérpretes en esta substancia:

Vienen á presencia de Cortés los prisioneros.

Razonamiento que les hizo Cortés.

,, Pudiera, segun el estilo de vuestra nacion, y ,, segun aquella especie de justicia, en que hallan su ,, razon las leyes de la guerra, tomar satisfaccion de

„ vuestra iniquidad, sirviendome del cuchillo y el „ fuego, para usar con vosotros de la misma inhuma- „ nidad que usais con vuestros prisioneros; pero los „ Españoles no hallamos culpa digna de castigo en los „ que se pierden sirviendo á su Rey, porque sabe- „ mos diferenciar á los infelices de los delinqüentes: „ y para que veais lo que vá de vuestra crueldad á „ nuestra clemencia, os hago donacion á un tiempo „ de la vida y de la libertad. Partid luego á buscar las „ banderas de vuestro Príncipe, y decidle de mi par- „ te (pues sois nobles, y debeis observar la ley con „ que recibis el beneficio) que vengo á tomar satis- „ faccion de la mala guerra que se me hizo en mi re- „ tirada, rompiendo alevosamente los pactos con que „ me dispuse á executarla: y sobre todo á vengar la „ muerte del gran Motezuma, principal motivo de „ mi enojo. Que me hallo con un exército en que no „ solo viene multiplicado el número de los Españo- „ les invencibles, sinó alistadas quantas naciones abor- „ recen el nombre Mexicano: y que brevemente le „ pienso buscar en su corte con todos los rigores de „ una guerra que tiene al cielo de su parte, resuelto „ á no desistir de tan justa indignacion, hasta dexar „ reducidos á polvo y ceniza todos sus dominios, y „ anegada en la sangre de sus vasallos la memoria de „ su nombre. Pero que si todavia, por excusar la pro- „ pia ruina, y la desolacion de sus pueblos, se incli-

Recado que les dió para su Príncipe.

Requierele con la paz.

„ náre á la paz, estoy pronto á concedersela, con „ aquellos partidos que fueren razonables: porque las „ armas de mi Rey (imitando hasta en esto los rayos „ celestiales) hieren solo donde hallan resistencia, „ mas obligadas siempre á los dictamenes de la pie„ dad, que á los impulsos de la venganza."

Caminan á México los prisioneros.

Dió fin á su razonamiento, y señalando escolta de soldados Españoles á los ocho prisioneros, ordenó que se les diese luego embarcacion para que se retirasen por la laguna: y ellos, arrojandose á sus pies, mal persuadidos á la diferencia de su fortuna, ofrecieron poner esta proposicion en la noticia de su Príncipe, facilitando la paz con oficiosa prontitud; pero no volvieron con la respuesta; ni Hernan Cortés hizo esta diligencia porque le pareciese posible reducir entonces á los Mexicanos; sinó por dar otro paso en la justificacion de sus armas, y acreditar con aquellos bárbaros su clemencia: virtud que suele aprovechar á los Conquistadores, porque dispone los ánimos de los que se han de sujetar: y amable siempre hasta en los enemigos, ó parece bien á los que tienen uso de razon, ó se hace por lo menos respetar de los que no la conocen.

No volvieron con la respuesta.

CAPITULO XIV.

CONDUCE LOS BERGANTINES A Tezcúco Gonzalo de Sandoval, y entretanto que se dispone su apresto y última formacion, sale Cortés á reconocer con parte del exército las riberas de la laguna.

Sabese que estaban acabados los bergantines.

LLegó en esta sazon la noticia de que se habian acabado los bergantines; y Martin Lopez avisó á Cortés, que trataria luego de su conduccion: porque la república de Tlascála tenia prontos diez mil tamenes ó Indios de carga: los ocho mil, que parecian necesarios para llevar la tablazon, xarcias, herrage y demás adherentes; y los dos mil, que irian de respeto, para que se fuesen alternando y sucediendo en el trabajo; sin comprehender en este número á los que se habian de ocupar en el transporte de los víveres para el sustento de esta gente, y de quince ó veinte mil hombres de guerra con sus Cabos, que aguardaban esta ocasion para marchar al exército: con los quales partiria de aquella ciudad el dia siguiente, resuelto á esperar en la última poblacion de Tlascála el comboy de los Españoles que habia de salir al camino; porque no se atreveria sin mayores fuerzas á intentar el tránsito peligroso de la tierra Mexicana. Eran aquellos bergantines la única prevencion que faltaba

Nuevo socorro de Tlascaltécas.

Pide Martin Lopez comboy de los Españoles.

para estrechar el sitio de México: y Hernan Cortés celebró esta noticia con tal demostracion, que la hizo plausible á todo el exército. Encargó luego el comboy á Gonzalo de Sandoval, con doscientos Españoles, quince caballos, y algunas compañias de Tlascaltécas, para que unidos con el socorro de la república, pudiesen resistir á qualquiera invasion de los Mexicanos.

Sale con él Gonzalo de Sandoval.

Antonio de Herrera dice que salieron de Tlascála con el maderamen de los bergantines ciento y ochenta mil hombres de guerra: número, que de muy inverisímil, se pudiera buscar entre las erratas de la impresion: quince mil dice Bernal Diaz del Castillo: mas facil es de creer, sobre los que asistian al exército. Encargó la república el gobierno de esta gente á uno de los Señores ó Caciques de los barrios, que se llamaba Chechimecál, mozo de veinte y tres años; pero de tan elevado espíritu, que se tenia por uno de los primeros Capitanes de su nacion. Salió Martin Lopez de Tlascála con ánimo de aguardar el socorro de los Españoles en Gualipár, poblacion poco distante de los confines Mexicanos. Disonó mucho á Chechimecál esta detencion, persuadido á que bastaba su valor y el de su gente para defender aquella conduta de todo el poder Mexicano; pero ultimamente se reduxo á observar las órdenes de Cortés, ponderando como hazaña la obediencia. Dispuso Martin

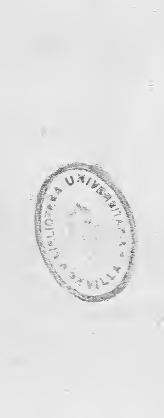
Chechimecál gobierna el socorro de Tlascála. Hombre satisfecho de su valor.

Rehusa esperar el comboy.



J. Ximenez inv. et del. Moreno Tejada sc.

Gonzalo de Sandoval conduce los Bergantines y demas aprestos hasta llegar à la Laguna.



Lopez la marcha, empezando á llevar cuidadosa y ordenada la gente desde que salió de la ciudad. Iban delante los arcos y las hondas, con algunas lanzas de guarnicion, en cuyo seguimiento marchaban los tamenes y el bagage, y despues el resto de la gente cubriendo la retaguardia; con que llegó el caso de verse puesta en execucion la rara novedad de conducir baxeles por tierra: los quales (si nos fuera licito incurrir en alguna de las metáforas, que tal vez se hallan en la Historia) se pudiera decir que iban como empezando á navegar sobre hombros humanos entre aquellas ondas, que al parecer, se formaban de los peñascos y eminencias del camino. Admirable invencion de Cortés, que se vió entonces practicada: y al referirse como sucedió, parece soñada la verdad, ó que toman los ojos el oficio de la fantasía.

Cómo caminaban los bergantines.

Vieronse caminar por tierra los baxeles.

Caminaba entretanto Gonzalo de Sandoval la vuelta de Tlascála, y se detuvo un dia en Zulepéque, lugar poco distante del camino, que andaba fuera de la obediencia, sobre ser el mismo donde sucedió la muerte insidiosa de aquellos pobres Españoles de la Vera Cruz que pasaban á México. Llevaba orden para castigar, ó reducir de paso esta poblacion; pero apenas volvió el exército la frente para torcer la marcha, quando los vecinos desampararon el lugar, huyendo á los montes. Envió Gonzalo de Sandoval tres ó quatro compañias de Tlascaltécas, con

Detienese Sandoval en Zulepéque.

Hallale desamparado de los vecinos.

algunos Españoles en alcance de los fugitivos: y entrando en el pueblo, creció su irritacion y su impaciencia, con algunas señas lastimosas de la pasada iniquidad. Hallóse un rótulo escrito en la pared con letras de carbon, que decia: *En esta casa estuvo preso el sin ventura Juan Juste con otros muchos de su compañia.* Y se vieron poco despues en el adoratorio mayor las cabezas de los mismos Españoles, maceradas al fuego, para defenderlas de la corrupcion. Pavoroso espectáculo, que conservando los horrores de la muerte, daba nueva fealdad á los horribles simulacros del demonio. Excitó entonces la piedad los espíritus de la ira: y Gonzalo de Sandoval resolvió salir con toda su gente á castigar aquella exêcrable atrocidad con el último rigor; pero apenas se dispuso á executarlo, quando volvieron las compañias que avanzaron de su orden, con grande número de prisioneros, hombres, mugeres y niños, dexando muertos en el monte á quantos quisieron escapar, ó tardaron en rendirse. Venian maniatados y temerosos, significando con lagrimas y alaridos su arrepentimiento. Arrojaronse todos á los pies de los Españoles, y tardaron poco en merecer su compasion. Hizose rogar de los suyos Gonzalo de Sandoval para encarecer el perdon: y ultimamente los mandó desatar, y los dexó en la obediencia del Rey, á que se obligaron con el Cacique los mas principales por toda la poblacion,

Rótulo de Juan Juste que murió en este lugar.

Cabezas de los Españoles que murieron en él.

Vienen maniatados los vecinos.

Perdonalos Sandoval.

como lo cumplieron despues: hicieselo el temor ó el agradecimiento.

Mandó luego recoger aquellos despojos miserables de los Españoles muertos para darles sepultura, y pasó adelante con su exército, llegando á los términos de Tlascála sin accidente de consideracion. Salieron á recibirle Martin Lopez y Chechimecál con sus Tlascaltécas puestos en esquadron. Saludaronse los dos exércitos, primero con el rogocijo de la salva y de las voces, y despues con los brazos y cortesías particulares. Dieronse al descanso de los recien venidos las horas que parecieron necesarias: y quando llegó el tiempo de caminar, dispuso la marcha Gonzalo de Sandoval, dando á los Españoles y Tlascaltécas de su cargo la vanguardia y el cuerpo del exército á los tamenes, con alguna guarnicion por los costados, dexando á Chechimecál con la gente de su cargo en la retaguardia. Pero él se agravió de no ir en el puesto mas avanzado, con tanta destemplanza, que se temió su retirada; y fue necesario que pasáse Gonzalo de Sandoval á sosegarle. Quiso darle á entender que aquel lugar que le habia señalado era el mejor del exército, por ser el mas aventurado, respecto de lo que se debia rezelar que los Mexicanos acometiesen por las espaldas; pero él no se dió por convencido, antes le respondió, que asi como en el asalto de México habia de ser el primero que pusiese los pies den-

Llega el comboy á recibir los bergantines.

Cómo dispuso la marcha Sandoval.

Disputa Chechimecál sobre la vanguardia.

tro de sus muros, queria ir siempre delante, para dar exemplo á los demás: y se halló Sandoval obligado á quedarse con él, para dar estimacion á la retaguardia. Notable punto de vanidad, y uno de aquellos que suelen producir graves inconvenientes en los exércitos: porque la primera obligacion del soldado es la obediencia: y bien entendido el valor, tiene sus límites razonables, que inducen siempre á dexarse hallar de la ocasion, pero nunca obligan á pretender el peligro.

Inconvenientes de estas disputas.

Marchó el exército en su primera ordenanza por la tierra enemiga: y aunque los Mexicanos se dexaron ver algunas veces en las eminencias distantes, no se atrevieron á intentar faccion, ó tuvieron por bastante hazaña el ofender con las voces.

Hace alto Sandoval cerca de Tezcúco. Pide tiempo Chechimecál para su adorno.

Hizose alto poco antes de llegar á Tezcúco por complacer á Chechimecál, que pidió algun tiempo á Gonzalo de Sandoval para componerse y adornarse de plumas y joyas: y ordenó lo mismo á sus Cabos, diciendo, que aquel acto de acercarse á la ocasion, se debia tratar como fiesta entre los soldados. Exterioridad ó hazañería propia de aquel orgullo y de aquellos años. Esperó Hernan Cortés fuera de la ciudad, con el Rey de Tezcúco y todos sus Capitanes, este socorro tan deseado; y despues de cumplir con los primeros agasajos, y dar algun tiempo á las aclamaciones de los soldados, se hizo la entrada con toda

Entrada de los bergantines.

solemnidad, marchando en hileras los tamenes como los soldados. Ibanse acomodando la tablazon, el herrage, y demás géneros con distincion en un grande astillero que se habia prevenido cerca de los canales.

Alegría de la gente.

Alegróse todo el exército de ver puesta en salvamento aquella prevencion tan necesaria para tomar de veras la empresa de México, que igualmente se deseaba: y Hernan Cortés volvió su corazon al cielo, que premiaba su piedad y su intencion con esperanzas, ó poco menos que certidumbre de la victoria.

Trató luego Martin Lopez de la segunda formacion de los bergantines, y se le dieron nuevos oficiales para las fraguas, ligazon de las maderas, y demás oficios de la marinería. Pero reconociendo Hernan Cortés, que segun el informe de los maestros, serian menester mas de veinte dias para que pudiesen estar de servicio estas embarcaciones, tomó resolucion de gastar aquel tiempo en reconocer personalmente las poblaciones de la ribera: observando los puestos que debia ocupar para impedir los socorros de México, y hacer de paso el daño que pudiese á los enemigos. Comunicólo á sus Capitanes, y pareciendo á todos digna de su cuidado esta diligencia, se dispuso á executarla, encargando á Gonzalo de Sandoval el gobierno de Tezcúco, y particularmente la obra de los bergantines. Hallabale siempre su eleccion á propósito para todo, y en lo mucho que le ocupaba se conoce

Sale Cortés á reconocer la ribera.

Lo que fiaba de Sandoval.

la estimacion que hacia de su valor y capacidad.

Pero al tiempo que discurria en nombrar los Capitanes, y en señalar la gente que le habia de seguir en esta jornada, le pidió audiencia Chechimecál, y sin haber sabido que se trataba de salir en campaña, le propuso: „ Que los hombres como él, nacidos para la guerra, se hallaban mal en el ocio de los quarteles, particularmente quando se habian pasado cinco dias sin ocasion de sacar la espada: y que su gente venia de refresco, y deseaba dexarse ver de los enemigos: á cuya instancia, y la de su propio ardimiento, le suplicaba encarecidamente que le señaláse luego alguna faccion en que pudiese manifestar sus brios, y entretenerse con los Mexicanos mientras llegaba el caso de acabar con ellos en el asalto de su ciudad." Pensaba Hernan Cortés llevarle consigo; pero no le agradó aquella jactancia intempestiva: y poco satisfecho de los reparos que hizo en el camino, cuya noticia le dió Sandoval, le respondió con algun género de ironía: „ Que no solamente le tenia prevenida faccion de importancia en que pudiese dar algun alivio á su bizarría; pero estaba en ánimo de acompañarle para ser testigo de sus hazañas." Cansabase naturalmente de los hombres arrogantes, porque se halla pocas veces el valor donde falta la modestia; pero no dexó de conocer que aquellos arrojamientos del espíritu eran ardores

Pretension de Chechimecál.

Desagrádase Cortés de su arrogancia.

Propiedad de soldados visoños.

juveniles propios de su edad, y vicio freqüente de soldados visoños, que salieron bien de las primeras ocasiones, y á pocas experiencias de su ánimo quieren tratar el valor como valentía, y la valentía como profesion.

CAPITULO XV.

MARCHA HERNAN CORTÉS A Yaltocán, donde halla resistencia: y vencida esta dificultad, pasa con su exército á Tacúba: y despues de romper á los Mexicanos en diferentes combates, resuelve, y executa su retirada.

Marcha Cortés á Yaltocán.

PAreció conveniente dar principio á esta jornada por Yaltocán, lugar situado á cinco leguas de Tezcúco en una de las lagunas menores que desaguaban en el lago mayor. Era importante castigar á sus moradores, porque habiendoles ofrecido la paz, llamandolos á la obediencia pocos dias antes, respondieron con gran desacato, hiriendo y maltratando á los Mensageros: escarmiento en que iba considerada la conseqüencia para las demás poblaciones de la ribera. Partió Hernan Cortés á esta expedicion despues de oir Misa con todos los Españoles, dando su particular instruccion á Gonzalo de Sandoval, y sus amigables advertencias al Rey de Tezcúco, á Xicotencál, y á los demás Cabos de las naciones que de-

xaba en la ciudad. Llevó consigo á los Capitanes Pedro de Alvarado y Christoval de Olid, con doscientos y cincuenta Españoles, y veinte caballos, una compañia que se formó lucida y numerosa de los nobles de Tezcúco, y á Chechimecál con sus quince mil Tlascaltécas, á que se agregaron otros cinco mil de los que gobernaba Xicotencál: y habiendo caminado poco mas de quatro leguas, se descubrió un exército de Mexicanos puesto en batalla, y dividido en grandes esquadrones, con resolucion, al parecer, de intentar en campaña la defensa del lugar amenazado. Pero á la primera carga de las bocas de fuego y ballestas, á que sucedió el choque de los caballos, se consiguió su desorden, y se dió lugar para que cerrando el exército, fuesen rotos y deshechos los enemigos, con tanta brevedad, que apenas se pudo conocer su resistencia. Escaparon los mas á la montaña, otros á la laguna, y algunos al mismo pueblo de Yaltocán, dexando considerable número de muertos y heridos en la campaña, con algunos prisioneros que se remitieron luego á Tezcúco.

Descubrese un exército de Mexicanos.

Queda roto y deshecho.

Reservóse para otro dia el asalto de aquel pueblo, y marchó el exército á ocupar unas caserías cercanas donde se pasó la noche sin novedad: y á la mañana se halló mayor que se creía la dificultad de la empresa. Estaba este lugar dentro de la misma laguna, y se comunicaba con la tierra por una calzada, ó puen-

Era dificultoso el asalto de Yaltocán.

te de piedra, quedando el agua por aquella parte fácil para el esguazo; pero los Mexicanos, que asistian á la defensa de aquel puesto, rompieron la calzada, y profundando la tierra para dar corriente á las aguas, formaron un foso tan caudaloso, que vino á quedar el paso poco menos que imposible, ó posible solo á los nadadores. Avanzaba Hernan Cortés, con ánimo de llevarse aquella poblacion del primer abordo: y quando tropezó con este nuevo embarazo, quedó por un rato entre confuso y pesaroso; pero las irrisiones con que celebraban los enemigos su seguridad, le reduxeron á que no era posible dexar el empeño sin desayre conocido.

Trataba ya de facilitar el paso con tierra y fagína, quando uno de los Indios que vinieron de Tezcúco, le dixo, que poco mas adelante habia una eminencia, donde apenas alcanzaria el agua del foso á cubrir la superficie de la tierra. Mandóle que guiáse, y movió su gente hasta el parage señalado. Hizose luego la experiencia, y se halló mas agua que suponia el aviso; pero no tanta que pudiese impedir el esguazo. Cometió esta faccion á dos compañias de hasta cincuenta ó sesenta Españoles, con el número de Indios amigos que pareció necesario segun la oposicion que se habia descubierto: y se quedó á la lengua del agua con el exército puesto en batalla para ir enviando los socorros que le pidiesen, y asegurar la campa-

Aviso que facilitó el paso.

ña contra las invasiones de los Mexicanos.

Reconocieron los enemigos que se iba penetrando el camino que habian procurado encubrir, y se acercaron á defender el paso con el repetido manejo de los arcos y las hondas, hiriendo algunos, y dando que hacer y que resistir á los que peleaban dentro del agua, que por algunas partes pasaba de la cintura. Habia cerca del pueblo un llano de bastante capacidad, que dexó descubierto la inundacion: y apenas salieron á tierra las bocas de fuego que iban delante, quando se retiraron los enemigos al lugar: y en el breve tiempo que tardó en afirmar los pies el resto de la gente, le desampararon, arrojandose al lago en sus canoas tan apresuradamente, que se consiguió la entrada sin género de resistencia. Fue corto el pillage, aunque se permitió como parte del castigo: porque solo se halló en las casas lo que no pudieron retirar; pero todavia se transportaron al exército algunas cargas de maiz y de sal, cantidad de mantas, y algunas joyuelas de oro, que no merecieron la memoria, ó merecerian el desprecio de sus dueños. No llevaban los Capitanes orden para ocupar el pueblo, sinó para castigar á sus moradores: y asi, esperando lo que pareció bastante para mantener la faccion, repasaron el foso por el mismo parage, dexando entregados al fuego los adoratorios, con algunos edificios de los mas principales. Resolucion que apro-

Los enemigos le defienden.

Huyen los Mexicanos y entran los Españoles.

Ponese fuego al lugar.

bó Hernan Cortés, suponiendo que las llamas de aquel pueblo servirian al temor de los fugitivos, y alumbrarian de su peligro á los demás lugares.

Hallanse despoblados otros lugares.

Prosiguióse la marcha, y aquella noche se alojó el exército cerca de Colbatitlán, villa considerable, que se halló el dia siguiente despoblada, en cuyo término se dexaron ver los Mexicanos; pero en parte que no trataban de ofender, ni podian ser ofendidos. Sucedió lo mismo en Tenayúca, y despues en Escapuzalco, lugares de la ribera, y de gran poblacion, que se hallaron tambien desamparados. En ambos se hizo noche: y Hernan Cortés iba tanteando las distancias, y tomando las medidas para su empresa, sin permitir que se hiciese daño en los edificios, para dar á entender que solo era riguroso donde hallaba oposicion. Distaba de alli poco mas de media legua la ciudad de Tacúba, émula de Tezcúco en la grandeza y en la vecindad, situada en los extremos de la calzada principal, donde padecieron tanto los Españoles, y puesto de mucha consideracion, por ser el mas vecino á México entre los lugares de la laguna, y llave del camino, que necesariamente se habia de penetrar para el sitio de aquella corte. Pero no se iba entonces con ánimo de ocuparle, por quedar algo distante para recibir los socorros de Tezcúco; sinó á reconocerle, y considerar desde mas cerca lo que se debia prevenir ó rezelar: castigando en el Cacique

Llega el exército á Tacúba.

la ofensa pasada, cuyo escarmiento sería tambien de conseqüencia para quebrantar su osadía, y facilitar despues la sujecion de aquella ciudad.

Innumerables enemigos cerca de la ciudad.

Fuese acercando el exército, prevenido con las órdenes para empresa de mayor dificultad: y poco antes de llegar, se descubrió en la campaña un grueso de innumerables tropas, compuesto de los Mexicanos que andaban observando la marcha, y de los que asistian á la guarnicion de la misma ciudad: los quales, no cabiendo en ella, querian reducir á una batalla la defensa de sus muros. Adelantaronse los enemigos, moviendose á un tiempo sus esquadrones, y acometieron con tanta ferocidad, y tantos alaridos, que pudieran ocasionar algun cuidado, sinó estuviera ya tan conocida la falencia de sus primeros ímpetus; pero tropezando en la carga de los arcabuces (que siempre los espantaban mas que los ofendian) y despues en el segundo terror de los caballos, se descompusieron con facilidad, dando lugar al resto del exército, para que rota la vanguardia, penetráse á lo interior de la multitud, obligandolos á resistir como podian desunidos y turbados: cuya obstinacion dilató considerable tiempo la victoria; pero ultimamente volvieron por todas partes las espaldas, retirandose los mas á la misma ciudad; y otros por diferentes sendas á buscar sin eleccion la distancia del peligro.

Acometen con ferocidad.

Rota que padecieron.

Retiranse muchos á la ciudad.

Quedó libre la campaña, y se gastó lo que resta-

ba del dia en elegir puesto con algunas ventajas donde pasar la noche; pero al declararse la mañana, se dexó ver el exército enemigo en el mismo parage, con ánimo de volver á las armas para emendar el desayre padecido: y Hernan Cortés, dando las mismas órdenes, y siguiendo la misma direccion de la tarde antecedente, los volvió á romper con mayor facilidad, porque los halló con la fuga en la imaginacion, y con el escarmiento en la memoria.

Volvió á formarse el enemigo,

y queda vencido segunda vez.

Encerrólos á cuchilladas en la ciudad, y entrando en su alcance con los Españoles, y alguna parte de los Indios amigos, se mantuvo peleando en lo interior de la ciudad, hasta que acercandose la noche, retiró su gente al mismo parage donde tuvo antes su alojamiento: concediendo á los soldados que llevó consigo el saco de las casas que se habian ocupado, y dexandolas entregadas al fuego, parte por mostrar en algo su indignacion, y parte por ocupar al enemigo, y executar su retirada sin oposicion.

Cinco dias se detuvo Hernan Cortés á vista de Tacúba, manteniendo aquel puesto, donde le buscaba el enemigo todos los dias, volviendo siempre rechazado á la ciudad. Era el intento de Cortés ir gastando en estas salidas la guarnicion de la plaza: y conociendo ya en su floxedad la falta de gente, llegó el caso de mover el exército para el asalto. Pero al tomar los puestos, y repartir las órdenes para los ata-

Resuelvese el asalto.

Nuevas tropas de Mèxico en la calzada.

ques, se reconoció que venia marchando por la calzada un grueso considerable de Mexicanos: y siendo necesario romper este socorro para volver á la empresa de Tacúba, resolvió Hernan Cortés aguardarle algo distante de la misma calzada, para cerrar con ellos quando acabasen de salir á tierra, y hacerles mayor daño en el camino estrecho de la fuga. Pero aquellos Mexicanos trahian orden (y dicen que fue arbitrio de su mismo Emperador Guatimozín) para echar delante alguna gente, que dexandose cargar, cebáse á los Españoles en el alcance, y los procuráse introducir en la calzada: lo qual executaron con notable destreza, saliendo algunos perezosamente á la tierra, y doblandose con tanta negligencia, que se persuadió Hernan Cortés á que nacia del temor lo que afectaba la industria. Dexó parte de su exército para que le guardáse las espaldas contra la gente de Tacúba, y marchó á la calzada, suponiendo que podria facilmente desembarazarse de aquellos enemigos para volver sobre la ciudad; pero los que habian salido á tierra, sin aguardar la carga, huyeron á incorporarse con los demás, y todos se fueron retirando, al parecer, temerosos, y cediendo poco á poco la calzada para que la ocupasen los Españoles. Siguiólos Hernan Cortés, dexandose llevar de las apariencias favorables, no sin alguna falta de consideracion; porque no estaba lejos el suceso de Iztapalápa, ni podia ignorar que

Ardid logrado por los Mexicanos.

Entra Cortés en la calzada,

no sin alguna inadvertencia.

aquellos Indios tenian sus fugas artificiosas con que solian llamar á sus zeladas; pero la repeticion de sus victorias (peligro algunas veces de los vencedores) no le dexó distinguir entonces aquellas circunstancias en que suelen diferenciarse los medios fingidos y los verdaderos.

Repararonse los enemigos, y empezaron á pelear quando tuvieron á Cortés y á los que le seguian dentro de la calzada: y entretanto que los procuraban divertir con su resistencia, salieron de México innumerables canoas, que ciñeron por ambas partes la calzada; con que se hallaron brevemente los Españoles combatidos por la vanguardia, y por los dos costados: y conociendo, aunque tarde, su inadvertencia, fue necesario que se retirasen, deteniendo á los que peleaban en lo estrecho, y haciendo frente á las canoas de una y otra banda. Trahian los enemigos unas picas de grande alcance, y en algunas de ellas formada la punta de las espadas Españolas que adquirieron la noche de la primera retirada. Hubo muchos heridos entre los nuestros, y estuvo cerca de perderse una bandera: porque al tiempo que duraba mas encendido el combate, cayó en el lago, de un bote de pica, el Alferez Juan Volante: y abatiendose á la presa los Indios que se hallaron mas cerca, le recogieron en una de las canoas, para llevarle de presente á su Rey. Dexóse conducir, fingiendose rendido, y al verse al-

Nuevo asalto de las canoas Mexicanas.

Retírase Cortés con dificultad.

go distante de las otras embarcaciones, cobró sus armas, y desembarazandose de los que le guardaban, con muerte de algunos, se arrojó al agua, y escapó á nado su bandera con igual dicha que valor.

Juan Volante escapa su bandera.

Hernan Cortés anduvo en los mayores peligros con la espada en la mano, y sacó á tierra su gente con poca pérdida, dexando bastantemente vengado el ardid con que le llamaron á la calzada; porque murieron en ella y en el lago tantos enemigos, que se pudo tener á faccion deliberada el engaño padecido. Pero hallandose ya en conocimiento de que sería temeridad volver al empeño de Tacúba con aquella nueva oposicion de los Mexicanos, que todavia se conservaban á la vista, trató de retirarse á Tezcúco; y con parecer de sus Capitanes, lo puso luego en execucion, sin que los enemigos se atreviesen á salir de la calzada, ni á desamparar sus canoas, hasta que la distancia del exército los animó á seguir desde lejos: contentandose con dar al viento grandes alaridos, á cuya inutil fatiga se reduxo toda su venganza. Importó mucho esta salida, tanto por el daño que se hizo á los Mexicanos, como por las noticias que se adquirieron de aquel parage, que despues se habia de ocupar. Y por mas que la procure deslucir nuestro Historiador, fue de tanta conseqüencia para el intento principal, que apenas llegó Hernan Cortés á Tezcúco, quando vinieron rendidos á dar la obediencia, y

Retírase el exército á Tezcúco.

Fue de conseqüencia esta jornada.

ofrecer sus tropas militares los Caciques de Tucapán, Mascalzíngo, Autlán, y otros pueblos de la ribera septentrional. Bastante seña de que se volvió con reputacion: ganancia de grande utilidad en la guerra, que suele conseguir sin las manos lo que se concediera dificultosamente á las fuerzas.

Ofrecen sus milicias los Caciques del contorno.

Lo que importa la reputacion.

CAPITULO XVI.

VIENE A TEZCÚCO NUEVO SOCORRO de Españoles. Sale Gonzalo de Sandoval al socorro de Chalco: rompe dos veces á los Mexicanos en campaña: y gana por fuerza de armas á Guastepéque, y á Capistlán.

LA prosperidad de tantos sucesos repetidos era una señal casi evidente de que corria por cuenta del cielo esta Conquista; pero algunos que se lograron sin humana diligencia, no parece posible que viniesen de otra mano tan medidos con la necesidad, y tan fuera de la esperanza. Llegó por este tiempo á la Vera Cruz un navio de mas que mediano porte, que venia dirigido á Hernan Cortés, y en él Julian de Alderete, natural de Tordesillas, con el cargo de Tesorero por el Rey, Fray Pedro Melgarejo de Urrea, Religioso de la Orden de San Francisco, natural de Sevilla, Antonio de Caravajal, Gerónimo Ruiz

Llega otro navio á la Vera Cruz con gente, y socorro considerable.

de la Mota, Alonso Diaz de la Reguera y otros soldados, gente de cuenta, con un socorro muy considerable de armas y pertrechos. Pasaron luego á Tlascála con las municiones sobre hombros de Indios Zempoales, y alli se les dió comboy que los encamináse á Tezcúco, donde se recibió á un tiempo el socorro y la noticia de su arribada.

Bernal Diaz del Castillo dice que vino de Castilla este baxel: y Antonio de Herrera, que hace mencion de él, no dice quien le remitió, quizá por huir la incertidumbre con la omision. Parece impracticable que viniese de Castilla encaminado á Cortés, sin traher cartas de su Padre y de sus Procuradores: particularmente quando podian avisarle de los buenos efectos que iban produciendo sus diligencias, cuya noticia, segun estos Autores, recibió mucho despues. Con menos repugnancia nos inclinamos á creer que vino de la Isla de Santo Domingo, á cuyos Gobernadores (como se dixo en su lugar) se dió noticia del empeño en que se hallaba Cortés: y no es argumento de que se induce lo contrario el venir Tesorero del Rey; pues era de su jurisdiccion el nombrar personas que recogiesen los quintos de su Magestad, y tenian á su cargo todas las dependencias de aquellas conquistas. Como quiera que sucediese, no pudo el socorro llegar á mejor tiempo, ni Hernan Cortés dexó de acertar con el origen de aquellas asis-

Se presume que vino de Santo Domingo.

tencias, atribuyendo á Dios, no solamente la felicidad con que se aumentaban sus fuerzas, sinó el mismo vigor de su ánimo, y aquella maravillosa constancia, que no siendo impropia en su valor natural, la estrañaba como efecto de influencia superior.

Llegaron á esta sazon unos Mensageros en diligencia, despachados á Cortés por los Caciques de Chalco y Thamanálco, pidiendole socorro contra un exército del enemigo que se quedaba previniendo en México, para sujetar los lugares de su distrito que se conservaban en la devocion de los Españoles. Tenia Guatimozín ingenio militar, y como se ha visto en otras acciones suyas, notable aplicacion á las artes de la guerra. Desvelabase continuamente su cuidado en los medios por donde podria conseguir la victoria de sus enemigos: y habia discurrido en ocupar aquella frontera, para cerrar la comunicacion de Tlascála, y cortar los socorros de la Vera Cruz. Punto de tanta conseqüencia, que puso á Hernan Cortés en obligacion precisa de socorrer aquellos aliados: sobre cuya fé se mantenia libre de Mexicanos el paso de que mas necesitaba. Despachó luego con este socorro á Gonzalo de Sandoval, con trescientos Españoles, veinte caballos, y algunas compañias de Tlascála y Tezcúco, en el número que pareció suficiente, respecto de hallarse aquellas provincias con las armas en las manos.

Piden socorro Chalco y Thamanálco.

Guatimozín tenia partes de soldado.

Intentó cerrar la comunicacion de Tlascála.

Esperan los Mexicanos en puesto ventajoso.

Executóse la salida sin dilacion, y la marcha con particular diligencia; con que llegó á tiempo el socorro: y los Caciques amenazados tenian prevenida su gente, que incorporada con la que llevó Sandoval, formaba un grueso muy considerable. Hallábase cerca el enemigo, que se alojó la noche antes en Guastepéque, y se tomó resolucion de salir á buscarle primero que llegáse á penetrar los términos de Chalco. Pero los Mexicanos con bastante satisfaccion de sus fuerzas, y con noticia de que habian llegado Españoles en defensa de los Chalqueses, ocuparon anticipadamente unas barrancas, ó quiebras del camino, para esperar en parage donde no los pudiesen ofender los caballos. Reconocióse la dificultad al tiempo casi de acometer: y fue necesaria toda la resolucion de Gonzalo de Sandoval, y todo el valor de su gente para desalojarlos de aquellos pasos dificultosos: faccion que se consiguió á fuerza de brazos, y no sin alguna pérdida; porque murió peleando valerosamente un soldado Español, que se llamaba Juan Dominguez, sugeto que mereció la estimacion del exército, por su particular aplicacion al manejo y enseñanza de los caballos. Perdieron gente los Mexicanos en esta disputa; pero quedaron con bastante pujanza para volverse á formar en lo llano: y Gonzalo de Sandoval (vencido con poca detencion el impedimento del camino) volvió á cerrar con ellos tan executivamente,

Desalojólos Sandoval.

Muere Juan Dominguez Picador.

Vuelvense á juntar los Mexicanos,

que los tuvo rotos y deshechos antes que acabasen de rehacerse. Peleó un rato la vanguardia del enemigo con desesperacion, y pudiera llamarse batalla este combate, si durára un poco mas su resistencia; pero desvaneció brevemente aquella multitud desconcertada, perdiendo en el alcance, que se mandó seguir con toda execucion, la mayor parte de sus tropas. Quedó Gonzalo de Sandoval señor de la campaña, y eligió puesto donde hacer alto, para dar algun tiempo al descanso del exército, con ánimo de pasar antes de la noche á Guastepéque, donde se habia retirado la mayor parte de los fugitivos.

y se retiran con pérdida.

Pero apenas se pudieron lograr la quietud y el refresco de la gente, de que ya necesitaba para restaurar las fuerzas, quando los batidores, que se habian adelantado á reconocer las avenidas, volvieron, tocando arma tan vivamente, que fue necesario apresurar la formacion del exército. Venia marchando en batalla un grueso de hasta catorce ó quince mil Mexicanos, y tan cerca, que tardaron poco en dexarse percibir sus timbales y bocinas. Tuvieronse por tropas que venian de socorro á los que salieron delante: porque no era posible que se hubiesen ordenado con tanta brevedad los que se acabaron de romper; ni cabia el venir tan orgullosos con el escarmiento á las espaldas. Pero los Españoles se adelantaron á recibirlos, y dieron su carga tan á tiempo, que desconcertadas las

Viene de México nuevo exército.

Queda roto con mayor pérdida.

primeras tropas, pudieron cerrar sin riesgo los caballos, y acometer los demás, como solian, executando á los enemigos con tanto rigor, que se hallaron brevemente reducidos á volver las espaldas, recogiendose de tropel á Guastepéque, donde se daban por seguros. Pero avanzando al mismo tiempo los Españoles, siguieron y ensangrentaron el alcance con tanta resolucion, que cebados en él, se hallaron dentro de la poblacion: cuya entrada mantuvieron, hasta que llegando el exército, se repartió la gente por las calles, y se ganó á cuchilladas el lugar, echando á los enemigos por la parte contrapuesta. Murieron muchos, porque fue porfiada su resistencia, y salieron tan atemorizados, que se halló á breve rato despejada toda la tierra del contorno.

Gana Sandoval á Guastepéque.

Era tan capaz este pueblo, que resolviendo Gonzalo de Sandoval pasar en él la noche, tuvieron cubierto los Españoles, y mucha parte de los aliados: hizose mas festiva la victoria con la permision del pillage, concedida solamente para las cosas de precio, que no fuesen carga, ni embarazasen el manejo de las armas. Llegó poco despues el Cacique, y algunos de los vecinos mas principales que dieron la obediencia, disculpandose con la opresion de los Mexicanos, y trayendo en abono de su intencion la misma sinceridad con que venian á entregarse desarmados y rendidos. Hallaron agasajo y seguridad en los Españoles:

Viene á dar la obediencia el Cacique.

y poco despues de amanecer reconocida la campaña, que se halló sin rumor de guerra por todas partes, estuvo resuelta por Sandoval, con acuerdo de sus Capitanes, la retirada. Pero los Chalqueses, que tenian mas adelantada la diligencia de sus espías, recibieron aviso de que se iban juntando en Capistlán todos los Mexicanos de las rotas antecedentes: y le protestaron que sería el retirarse lo mismo que dexar pendiente su peligro. Sobre cuya noticia pareció conveniente deshacer esta junta de fugitivos antes que se rehiciesen con nuevas tropas.

Junta del enemigo en Capistlán.

Distaba Capistlán dos leguas de Guastepéque ázia la parte de México, y era lugar fuerte por naturaleza, fundado en lo mas eminente de una sierra, dificil de penetrar, con un rio de la otra banda, que baxando rapidamente de los montes vecinos, bañaba los mayores precipicios de la misma eminencia. Hallóse, quando llegó el exército, puesto en defensa: porque los Mexicanos que le habian ocupado, tenian coronada la cumbre, y celebrando con los gritos la seguridad en que se consideraban, dispararon algunas flechas, menos para herir, que para irritar. Iba resuelto Gonzalo de Sandoval á echarlos de aquel puesto, para dexar sin rezelo de nueva invasion á las provincias de la vecindad: y viendo que solo se descubrian tres caminos igualmente dificultosos para el ataque, ordenó á los de Chalco y Tlascála que pasasen á la vanguar-

Lugar fuerte y dificultoso.

dia, y empezasen á subir la cuesta, como gente mas habituada en semejantes asperezas. Pero no le obedecieron con la prontitud que solian: confesando, con lo mal que se disponian, que rezelaban la dificultad como superior á sus fuerzas, tanto, que Gonzalo de Sandoval (no sin alguna impaciencia de su detencion) se arrojó al peligro con sus Españoles: cuya resolucion dió tanto aliento á los Tlascaltécas y Chalqueses, que conociendo á vista del exemplo la disonancia de su temor, cerraron por lo mas agrio de la cuesta, subiendo mejor que los Españoles, y peleando como ellos. Era tan pendiente por algunas partes el camino, que no se podian servir de las manos sin peligro de los pies; y las piedras que dexaban caer de lo alto, herian mas que los dardos y las flechas; pero las bocas de fuego, y las ballestas iban haciendo lugar á las picas y á las espadas: y durando en los agresores el valor, á despecho de la oposicion y del cansancio, llegaron á la cumbre casi al mismo tiempo que los enemigos se acabaron de retraher á la poblacion, tan descaecidos, que apenas se dispusieron á defenderla, ó la defendieron con tanta floxedad, que fueron cargados hasta los precipicios de la sierra, donde murieron pasados á cuchillo todos los que no se despeñaron: y fue tanto el estrago de los enemigos en esta ocasion, que (segun lo hallamos referido afirmativamente) corrieron al rio por un rato arroyos

No se atreven á la eminencia los Indios.

Acomete Sandoval con sus Españoles.

Gánase la cumbre con dificultad.

Estrago que se hizo en los Mexicanos.

de sangre Mexicana, tan abundantes, que baxando sedientos los Españoles á buscar su corriente, fue necesario que aguardáse la sed, ó se compusiese con el horror del refrigerio.

Tiñóse de sangre el rio.

Salió Gonzalo de Sandoval con dos golpes de piedra, que llegaron á falsear la resistencia de las armas, y heridos considerablemente algunos Españoles: entre los quales fueron de mas nombre, ó merecieron ser nombrados Andres de Tapia, y Hernando de Osma. Las naciones amigas padecieron mas: porque tuvo grande dificultad el asalto de la sierra, y entraron con mayor precipitacion en el peligro.

Españoles y Tlascaltécas heridos.

Andres de Tapia y Hernando de Osma.

Pero hallandose ya Gonzalo de Sandoval con tres ó quatro victorias conseguidas en tan breve tiempo, deshechos los Mexicanos que infestaban aquella tierra, y aseguradas las provincias que necesitaban de sus armas, se puso en marcha el dia siguiente la vuelta de Tezcúco, donde llegó por los mismos tránsitos sin contradicion que le obligáse á desnudar la espada.

Retírase Sandoval á Tezcúco.

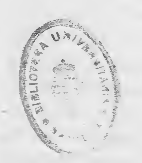
Apenas se tuvo en México noticia de su retirada, quando aquel Emperador envió nuevo exército contra la provincia de Chalco, bastante seña de la resolucion con que deseaba ocupar el paso de Tlascála. Supieron los Chalqueses la nueva invasion de los Mexicanos en tiempo que no podian esperar otro socorro que el de sus armas: y juntando apresuradamente las tropas con que se hallaban, y las que pudieron

Viene contra Chalco nuevo exército.

Salen á su defensa los Chalqueses,

adquirir de su confederacion, salieron á campaña, mejorados en el sosiego del ánimo, y en la disposicion de la gente. Buscaronse los dos exércitos, y acometiendose con igual resolucion, fue reñida y sangrienta la batalla; pero la ganaron con grandes ventajas los de Chalco: y aunque perdieron mucha gente, hicieron mayor daño al enemigo, y quedó por ellos la campaña: cuya noticia tuvo grande aplauso en Tezcúco, y Hernan Cortés particular complacencia de que sus aliados supiesen obrar por sí, entrando en presuncion de que bastaban para su defensa. Debióse principalmente á su valor el suceso, y obró mucho en él la mejor disciplina con que pelearon: siendo en aquellos ánimos de grande conseqüencia el haberse hallado en otras victorias, perdido el miedo á la nacion dominante, y descubierto por los Españoles el secreto de que sabian huir los Mexicanos.

y vencen á los Mexicanos.



CAPITULO XVII.

HACE NUEVA SALIDA HERNAN Cortés para reconocer la laguna por la parte de Suchímilco, y en el camino tiene dos combates peligrosos con los enemigos, que halló fortificados en las sierras de Guastepéque.

QUisiera Hernan Cortés que Gonzalo de Sandoval no se hubiera retirado sin penetrar por la parte de Suchímilco á la laguna, que distaba pocas leguas de Guastepéque: porque importaba mucho reconocer aquella ciudad, respecto de haber en ella una calzada bastantemente capaz, que se daba la mano con las principales de México. Y como el estado en que se hallaban los bergantines daba lugar para que se hiciese nueva salida, se tuvo por conveniente aprovechar aquel tiempo en adquirir esta noticia. Resolucion en que se consideró tambien la conveniencia de cubrir el paso de Tlascála, dando calor á los Chalqueses, que, al parecer, no estaban seguros de nuevas invasiones. Executóse luego esta jornada, y la tomó Hernan Cortés á su cargo, teniendola por digna de su cuidado. Llevó consigo á Christoval de Olid, Pedro de Alvarado, Andres de Tapia, y Julian de Alderete, con trescientos Españoles, á cuyo número se agregaron las tropas de Tezcúco y Tlascála que pa-

Hace Cortés nueva salida, para reconocer á Suchímilco.

Conveniencias de esta jornada.

recieron bastantes, con el presupuesto de que hallaban con las armas en las manos al Cacique de Chalco, y á las demás naciones amigas de aquel parage.

Quedan D. Hernando y Sandoval en Tezcúco.

Dexó el gobierno militar de la plaza de armas á Gonzalo de Sandoval, y el político al Cacique Don Hernando, en quien duraban sin menoscabo el afecto y la dependencia: y aunque le llamaban siempre su edad y su espíritu á mas briosa ocupacion, tenia entendimiento para conocer que merecia mas obedeciendo.

Eran los cinco de Abril de mil y quinientos y veinte y uno quando salió Hernan Cortés de Tezcúco: y hallando el camino sin rumor de Mexicanos, marchó en tanta diligencia, que se alojó en Chalco la noche siguiente. Halló juntos y sobresaltados en aquella ciudad á los Caciques amigos, porque no esperaban el socorro de los Españoles, y se habia descubierto á la parte de Suchímilco nuevo exército de los Mexicanos, que venian con mayores fuerzas á destruir y ocupar aquella tierra. Fueron las demostraciones de su contento, iguales al conflicto en que se hallaban, arrojarse á los pies de los Españoles, y volver los ojos al cielo, atribuyendo á su disposicion, como la entendian, aquella súbita mudanza de su fortuna. Pensaba Hernan Cortés servirse de sus armas, y dexandolos en la inteligencia de que venia solo á socorrerlos, hizo lo que pudo para que se cobrasen

Alójase Cortés en Chalco.

del temor que habian concebido: y pasó despues á empeñarlos en la presuncion de valientes con los aplausos de su victoria.

Tenian estos Caciques adelantadas sus centinelas, y dentro del pais enemigo algunas espías, que pasando la palabra de unas á otras, daban por instantes las noticias del exército enemigo: y por este medio se averiguó que los Mexicanos (con noticia ya de que iban Españoles al socorro de Chalco) habian hecho alto en las montañas del camino, dividiendo sus tropas en las guarniciones de unos lugares fuertes, que ocupaban las cumbres de mayor aspereza. Podia mirar á dos fines esta detencion, ó tener su gente oculta y desunida en aquellas eminencias hasta que se retiráse Cortés, para lograr el golpe contra sus aliados, ó lo que parecia mas probable, aguardar el exército, donde militaban de su parte las ventajas del sitio: y en uno y otro caso pareció conveniente buscarlos en sus fortificaciones, por no perder tiempo en el viage de Suchímilco.

Ocupan los Mexicanos las montañas.

Resuelvese Cortés á buscarlos.

Marchó con esta resolucion el exército aquella misma tarde á un lugar despoblado cerca de la montaña, donde se acabaron de juntar las milicias de Chalco y su contorno: gente numerosa, y de buena calidad, que dió cuerpo al exército, y aliento á las demás naciones que se acercaban al paso estrecho algo imaginativas. Empezóse á penetrar la sierra con la

Marcha dificultosa entre dos montañas.

primera luz de la mañana, entrando en una senda que se dexaba seguir con alguna dificultad entre dos cordilleras de montes, que comunicaban al camino parte de su aspereza. Dexaronse ver en una y otra cumbre algunos Mexicanos que venian á provocar desde lejos: y se prosiguió á paso lento la marcha, desfilada la gente segun el terreno, hasta desembocar en un llano de bastante capacidad, que se formaba en el desvio de las sierras, para volverse á estrechar poco despues, donde se dobló el exército lo mejor que pudo, por haberse descubierto en lo mas eminente una gran fortaleza, cuyo parage tenian ocupado los enemigos, con tanto número de gente, que pudiera dar cuidado en puesto menos ventajoso. Era su intento irritar á los Españoles, para traherlos al asalto de aquellos precipicios, donde necesariamente habian de peligrar en su resistencia, y en la resistencia del camino.

Primera fortificacion del enemigo.

Hirieron dentro del ánimo á Cortés las voces con que se burlaban de su detencion, ó no pudo componerse con la paciencia de sus oidos para sufrir las injurias con que acusaban de cobardes á los Españoles: y dexandose llevar de la cólera (que pocas veces aconseja lo mejor) acercó el exército al pie de la sierra, y sin detenerse á elegir la senda menos dificultosa, mandó que avanzasen al ataque dos compañias de arcabuces y ballestas á cargo del Capitan Pedro de Barba, en cuya compañia subieron algunos soldados par-

Sube al asalto Pedro de Barba.

ticulares que se ofrecieron á la faccion, y nuestro Bernal Diaz del Castillo, que teniendo asentado el credito de su valor, era contínuo pretendiente de las dificultades.

Retiraronse los Mexicanos quando empezaron á subir los Españoles, fingiendo alguna turbacion, para dexarlos empeñar en lo mas agrio de la cuesta: y quando llegó el caso, volvieron á salir con mayores gritos, dexando caer de lo alto una lluvia espantosa de grandes piedras, y peñascos enteros que barrian el camino, llevandose tras sí quanto encontraban. Hizo gran daño esta primera carga, y fuera mayor si el Alferez Christoval del Corral, y Bernal Diaz del Castillo, que se habian adelantado á todos, recogiendose al cóncavo de una peña, no avisáran á los demás que hiciesen alto, y se apartasen de la senda; porque ya no era posible pasar adelante, sin tropezar en mayores asperezas. Conoció al mismo tiempo Hernan Cortés que no era posible caminar por aquella parte al asalto: y no sin temor de que hubiesen perecido todos, envió la orden para que se retirasen, como lo executaron con el mismo riesgo. Quedaron muertos en esta faccion quatro Españoles: baxó maltratado el Capitan Pedro de Barba: y fueron muchos los heridos, cuya desgracia sintió Hernan Cortés en lo interior, como inadvertencia suya, y para los otros, como accidente de la guerra, escondiendo en las ame-

Piedras que arrojaba el enemigo.

Retiranse del asalto. Mueren quatro Españoles. Pedro de Barba herido. Sentimiento de Cortés.

nazas contra el enemigo la tibieza de sus disculpas.

Búscase mejor senda.

Trató luego de adelantarse con algunos de sus Capitanes á buscar senda menos dificultosa para subir á la cumbre: resolucion en que le tiraban con igual fuerza el deseo de vengar su pérdida, y la conveniencia de no proseguir su viage, dexando aquellos enemigos á las espaldas. Pero no se puso en execucion esta diligencia: porque se descubrió al mismo tiempo una emboscada, que le puso mas cerca la ocasion de venir á las manos. Baxaron los enemigos que andaban por la sierra de la otra banda, y ocupando un bosque poco distante del camino, esperaban la ocasion de acometer por la retaguardia, quando viesen el exército mas empeñado en lo pendiente de la cuesta: y tenian avisados á los de arriba, para que saliesen al mismo tiempo á pelear con la vanguardia. Notable advertencia en aquellos bárbaros, de que se conoce quanto enseña la malicia y el odio en estos magisterios de la guerra.

Emboscanse los Mexicanos de la otra banda.

Movió su exército Hernan Cortés, con apariencias de seguir su marcha: y dando el costado á la emboscada, volvió sobre los enemigos, quando, á su parecer, los tuvo asegurados; pero escaparon con tanta celeridad al favor de la maleza, que fue poco el daño que recibieron: y reconociendose al mismo tiempo, que algo mas adelante salian huyendo al camino de Guastepéque, avanzó la caballería en su al-

Rompelos Cortés.

cance, y caminó algunos pasos la infantería: de cuyo movimiento resultó el conocerse que los Mexicanos de la cumbre habian abandonado su fortaleza, y venian siguiendo la marcha por lo alto de la sierra: con que cesó el inconveniente que se habia considerado en dexarlos á las espaldas, y se prosiguió el camino, sin mas ofensa que la importunacion de las voces; hasta que se halló (cosa de legua y media mas adelante) otra fortaleza como la pasada, que tenian ya guarnecida los enemigos, habiendose adelantado para ocuparla: y aunque sus gritos y amenazas irritaron bastantemente á Cortés, estaba cerca la noche, y cerca el escarmiento para entrar en nuevas disputas sin mayor exâmen.

Prosíguese la marcha.

Hállase otra fortaleza del enemigo.

Alojó su exército cerca de un lugarcillo algo eminente que se halló despoblado, y descubria las sierras del contorno, donde se padeció grande incomodidad, porque faltó el agua, y era otro enemigo la sed, bastante á sobresaltar las horas del sosiego. Remedióse por la mañana esta necesidad en unos manantiales que se hallaron á poca distancia: y Hernan Cortés, ordenando que le siguiese puesto en orden el exército, se adelantó á reconocer aquella fortaleza que ocupaban los Mexicanos: y la halló mas inaccesible que la pasada, porque la subida era en forma de caracol, descubierto á las ofensas de la cumbre; pero reparando en que á tiro de arcabuz se levantaba otra eminencia

Falta de agua en el exército.

Era la subida mas dificultosa.

Ocúpase otra eminencia cercana.

que tenian sin guarnicion, mandó á los Capitanes Francisco Verdugo y Pedro de Barba, y al Tesorero Julian de Alderete que subiesen á ocuparla con las bocas de fuego, para embarazar las defensas de la otra cumbre: lo qual se puso luego en execucion por camino encubierto á los enemigos, que á las primeras cargas se atemorizaron de ver la gente que perdian, y trataron solo de retirarse apresuradamente á un lugar de considerable poblacion, que se daba la mano con la misma fortaleza: cuya novedad se conoció abaxo en la intermision de las voces; y al mismo tiempo que se daban las órdenes para el ataque, avisaron de la montaña vecina que los Mexicanos abandonaban su fortaleza, y se iban desviando á lo interior de la tierra: con que se tuvo por ocioso reconocer aquel puesto que no se habia de conservar, ni era de conseqüencia faltando el enemigo que le defendia.

Abandonan su fortaleza los Mexicanos.

Llaman los vecinos con señas de paz.

Pero antes de volver á la marcha, se descubrieron en lo alto algunas mugeres que clamaban por la paz, tremolando y abatiendo unos paños blancos, y acompañando esta demostracion con otras señales de rendimiento, que obligaron á que se hiciese llamada: en cuya respuesta baxó luego el Cacique de aquella poblacion, y dió la obediencia, no solamente por la fortaleza en que residia, sinó por la otra que se dexaba en el camino, la qual era tambien de su jurisdiccion. Hizo su razonamiento con despejo de hom-

Baxa el Cacique á dar la obediencia.

bre que tenia de su parte la verdad, atribuyendo la resistencia de aquellos montes al predominio de los Mexicanos: y Hernan Cortés admitió sus disculpas, porque le parecieron verisímiles, ó porque no era tiempo de apurar los escrúpulos de la razon. Sentia el Cacique como disfavor que pasáse por su distrito el exército sin admitir el obsequio de sus vasallos; y por complacerle, fue necesario que subiesen con él dos compañias de Españoles á tomar por el Rey aquel género de posesion que se practicaba entonces.

Hecha con poca detencion esta diligencia, pasó el exército á Guastepéque, lugar populoso, que dexó pacificado Gonzalo de Sandoval: y se halló tan poblado y bastecido como si estuviera en tiempo de paz, ó no hubiera padecido la opresion de los Mexicanos.

Pasa el exército á Guastepéque.

Salió el Cacique al camino con los principales de su pueblo á convidar con su obediencia, y con el alojamiento que tenia prevenido en su palacio para los Españoles, y dentro de la poblacion para los Cabos de la gente confederada, ofreciendo asistir á los demás con los víveres que hubiesen menester: y de todo se desempeñó con igual providencia y liberalidad.

Convida el Cacique con el alojamiento.

Era el palacio un edificio tan suntuoso, que pudiera competir con los de Motezuma, y de tanta capacidad, que se alojaron dentro de él todos los Españoles con bastante desahogo. Por la mañana los llevó á ver una huerta que tenia para su divertimiento (nada

Huerta notable del Cacique.

inferior á la que se halló en Iztapalápa) cuya grandeza y fertilidad mereció admiracion entonces, porque no esperaban tanto los ojos; y despues se halla referida entre las maravillas de aquel nuevo mundo. Corria su longitud mas de media legua, y poco menos su latitud: cuyo plano, igual por todas partes, llenaban con regular distribucion quantos géneros de frutales y plantas produce aquella tierra, con varios estanques, donde se recogian las aguas de los montes vecinos: y algunos espacios á manera de jardines, que ocupaban las flores y hierbas medicinales, puestas en diferentes quadros de mejor cultura y proporcion. Obra de hombre poderoso, con genio de agricultor, que ponia todo su estudio en aliñar con los adornos del arte la hermosura de la naturaleza.

Espera el enemigo en Quatlaváca.

Procuró Hernan Cortés empeñarle con algunas dádivas en su amistad: y porque recibió al entrar en la huerta aviso de que le aguardaban los enemigos en Quatlaváca, lugar del camino que se iba siguiendo, estuvo mal hallado en aquella recreacion, y se puso luego en marcha, no sin alguna desazon de haberse detenido mas que debiera. Propia condicion del cuidado, divertirse con dificultad, y volver con mayor fuerza si alguna vez se divierte.

CAPITULO XVIII.

PASA EL EXÉRCITO A QUATLAVÁCA, donde se rompió de nuevo á los Mexicanos; y despues á Suchímilco, donde se venció mayor dificultad, y se vió Hernan Cortés en contingencia de perderse.

ERa Quatlaváca lugar populoso, y fuerte por naturaleza, situado entre unas barrancas ó quiebras del terreno, cuya profundidad pasaria de ocho estados, y servia de foso á la poblacion, y de tránsito á los arroyos que baxaban de la sierra. Llegó el exército á este parage, sujetando con poca dificultad las poblaciones intermedias; y ya tenian los Mexicanos cortadas las puentes de la entrada, y guarnecida su ribera con tanto número de gente, que parecia imposible pasar de la otra banda. Pero Hernan Cortés formó su exército en distancia conveniente; y entretanto que los Españoles con sus bocas de fuego, y los confederados con sus flechas procuraban entretener al enemigo con freqüentes escaramuzas, se apartó á reconocer la quiebra: y hallandola poco mas abaxo considerablemente mas estrecha, discurrió y dispuso, casi á un mismo tiempo, que se formasen dos ó tres puentes de árboles enteros, cortados por el pie, los

Quatlaváca, lugar aspero y fuerte.

Foso de agua impenetrable.

Puente que se hizo de árboles cortados.

quales se dexaron caer á la otra orilla; y unidos lo mejor que fue posible, dieron bastante, aunque peligroso camino á la infantería. Pasaron luego los Españoles de la vanguardia, quedando los Tlascaltécas á continuar la diversion del enemigo, y se formó un esquadron del foso adentro, que se iba engrosando por instantes con la gente de las otras naciones. Pero tardaron poco los Mexicanos en conocer su descuido, y cargaron de tropel sobre los que habian entrado, con tanta determinacion, que no se hizo poco en conservar lo adquirido: y se pudiera dudar el suceso de aquella resistencia desigual, sinó llegáran al mismo tiempo Hernan Cortés, Christoval de Olid, Pedro de Alvarado, y Andres de Tapia, que habiendose alargado, mientras pasaba el exército, á buscar entrada para los caballos, la encontraron poco segura y dificultosa, pero de grande oportunidad para el conflicto en que se hallaban los Españoles.

Cargan los enemigos á defender la entrada.

Halla Cortés paso para los caballos.

Tomaron la vuelta con ánimo de acometer por las espaldas: y lo consiguieron, asistidos ya de alguna infantería, cuyo socorro se debió á Bernal Diaz del Castillo, que aconsejandose con su valor, penetró el foso por dos ó tres árboles, que pendientes de sus raices, descansaban de su mismo peso en la orilla contrapuesta. Siguieronle algunos Españoles de los que asistian á la diversion, y número considerable de Indios, llegando unos y otros á incorporarse

Socorro que se debió á Bernal Diaz.

con los caballos, al mismo tiempo que se disponian para embestir.

Pero los Mexicanos, reconociendo el golpe que los amenazaba por la parte interior de sus fortificaciones, se dieron por perdidos, y derramandose á varias partes, trataron solo de buscar las sendas que sabian para escapar á la montaña. Perdieron alguna gente, asi en la defensa del foso, como en la turbacion de la fuga; y los demás se pusieron en salvo, sin recibir mayor daño, porque los precipicios y asperezas del terreno frustraron la execucion del alcance. Hallóse la villa totalmente despoblada, pero con bastante provision de bastimentos, y algun despojo; en cuya ocupacion se permitió lo manual á los soldados. Y poco despues llamaron desde la campaña el Cacique y los principales de la poblacion, que venian á rendirse, pidiendo (con el foso delante) seguridad y salvaguardia para entrar á disponer el alojamiento; cuya permision se les dió por medio de los intérpretes: y fueron de servicio, mas para tomar noticias del enemigo y de la tierra, que porque se necesitáse ya de sus ofertas, ni se hiciese mucho caso de sus disculpas, porque la cercanía de México los tenia en necesaria sujecion.

Desamparan el pueblo los Mexicanos.

Viene á rendirse el Cacique.

El dia siguiente por la mañana marchó el exército la vuelta de Suchímilco, poblacion de aquellas que merecian nombre de ciudad sobre la ribera de

Marcha Cortés á Suchímilco.

una laguna dulce, que se comunicaba con el lago mayor: cuyos edificios ocupaban parte de la tierra, dilatandose algo mas dentro del agua, donde servian las canoas á la continuacion de las calles. Importaba mucho reconocer aquel puesto, por estar quatro leguas de México; pero fue trabajosa la marcha: porque despues de pasar un puerto de tres leguas, se caminó por tierra esteril y seca, donde llegó á fatigar la sed, fomentada con el exercicio, y con el calor del sol: cuya fuerza creció al entrar en unos pinares que duraron largo trecho; y al sentir de aquella gente desalentada, echaban á perder la sombra que hacian.

Trabajo que se padeció en la marcha.

Estancias donde se hizo noche.

Hallaronse cerca del camino algunas estancias, ó caserías ya en la jurisdiccion de Suchímilco, edificadas á la grangería, ó á la recreacion de sus vecinos, donde se alojó el exército, logrando en ellas por aquella noche la quietud y el refrigerio de que tanto necesitaba. Dexólas el enemigo abandonadas, para esperar á los Españoles en puesto de mayor seguridad: y Hernan Cortés marchó al amanecer puesta en orden su gente, llevando entendido, que no sería facil la empresa de aquel dia, ni creible, que los Mexicanos dexasen de tener cuidadosa guarnicion en Suchímilco, lugar de tanta conseqüencia, y tan avanzado: particularmente quando iban cargados ázia el mismo parage todos los fugitivos de los reencuentros pasados. Lo qual se verificó brevemente; porque los enemigos (cu-

yo número pudo ser verdadero, pero se omite por inverisímil) tenian formados sus esquadrones en un llano algo distante de la ciudad, y á la frente un rio caudaloso, que baxaba rapidamente á descansar en la laguna, cuya ribera estaba guarnecida con duplicadas tropas, y el grueso principal aplicado á la defensa de una puente de madera que dexaron de cortar, porque la tenian atajada con reparos sucesivos de tabla y fagína, suponiendo, que si la perdiesen, quedarian con el paso estrecho de su parte para ir deshaciendo poco á poco á sus enemigos.

Exército enemigo antes de la ciudad de la otra parte de un rio.

Puente fortificada.

Reconoció Hernan Cortés la dificultad, y esforzandose á desentender su cuidado, tendió las naciones por la ribera: y entretanto que se peleaba con poco efecto de una parte y otra, mandó que avanzasen los Españoles á ganar el puente, donde hallaron tan porfiada resistencia, que fueron rechazados primera y segunda vez; pero acometiendo la tercera con mayor esfuerzo, y usando contra ellos de sus mismas trincheras, como se iban ganando, se detuvieron poco en tener el paso á su disposicion: cuya pérdida desalentó á los enemigos, y se declaró por todas partes la fuga, solicitada ya por los Capitanes con los toques de la retirada, ó porque no pareciese desorden, ó porque iban con ánimo de volverse á formar.

Pasan los Españoles á ganar la puente,

y lo consiguen con dificultad.

Pasó nuestra gente con toda la diligencia posible á ocupar la tierra que desamparaban, y al mismo

tiempo, deseando lograr el desabrigo de la otra ribera, se arrojaron al agua diferentes compañias de Tlascála y Tezcúco, y rompiendo á nado la corriente, se anticiparon á unirse con el exército. Esperaban ya los enemigos puestos en orden cerca de la muralla; pero al primer avance de los Españoles empezaron á retroceder, provocando siempre con las voces, y con algunas flechas sin alcance, para dar á entender que se retiraban con eleccion. Pero Hernan Cortés los acometió tan executivamente, que al primer choque, se reconoció quan cerca estaban del miedo las afectaciones del valor. Fueronse retirando á la ciudad, en cuya entrada perdieron mucha gente: y amparandose de los reparos con que tenian atajadas las calles, volvieron á las armas, y á las provocaciones.

Arrojanse al agua las naciones amigas.

Retiranse los enemigos á la ciudad.

Dexó Hernan Cortés parte de su exército en la campaña, para cubrir la retirada, y embarazar las invasiones de afuera: y entró con el resto á proseguir el alcance, para cuyo efecto, señalando algunas compañias que apartasen la oposicion de las calles inmediatas, acometió por la principal, donde tenian los enemigos su mayor fuerza. Rompió con alguna dificultad la trinchera que defendian, y reincidió en la culpa de olvidar su persona en sacando la espada: porque se arrojó entre la muchedumbre con mas ardimiento que advertencia, y se halló solo con el enemigo por todas partes, quando quiso volver al socor-

Entra Cortés en la ciudad.

Peligro en que se halló Cortés.

ro de los suyos. Mantuvose peleando valerosamente hasta que se le rindió el caballo, y dexandose caer en tierra, le puso en evidente peligro de perderse: porque se abalanzaron á él los que se hallaron mas cerca, y antes que se pudiese desembarazar para servirse de sus armas, le tuvieron poco menos que rendido; siendo entonces su mayor defensa lo que interesaban aquellos Mexicanos en llevarle vivo á su Príncipe. Hallábase á la sazon poco distante un soldado conocido por su valor, que se llamaba Christoval de Olea, natural de Medina del Campo, y haciendo reparo en el conflicto de su General, convocó algunos Tlascaltécas de los que peleaban á su lado, y embistió por aquella parte con tanto denuedo, y tan bien asistido de los que le seguian, que dando la muerte por sus manos á los que mas inmediatamente oprimian á Cortés, tuvo la fortuna de restituirle á su libertad: con que se volvió á seguir el alcance; y escapando los enemigos á la parte del agua, quedaron por los Españoles todas las calles de la tierra.

Socorrele Christoval de Olea.

Salió Hernan Cortés de este combate con dos heridas leves, y Christoval de Olea con tres cuchilladas considerables, cuyas cicatrices decoraron despues la memoria de su hazaña. Dice Antonio de Herrera que se debió el socorro de Cortés á un Tlascaltéca, de quien ni antes se tenia conocimiento, ni despues se tuvo noticia: y dexa el suceso en reputacion de

Salió Christoval de Olea con tres cuchilladas. Antonio de Herrera dice que fue milagro.

milagro; pero Bernal Diaz del Castillo, que llegó de los primeros al mismo socorro, le atribuye á Christoval de Olea: y los de su linage (dexando á Dios lo que le toca) tendrán alguna disculpa si dieren mas credito á lo que fue, que á lo que se presumió.

No estuvo, entretanto que se peleaba en la ciudad, sin exercicio el trozo que se dexó en la campaña, cuyo gobierno quedó encargado á Christoval de Olid, Pedro de Alvarado, y Andres de Tapia: porque los nobles de México hicieron un esfuerzo extraordinario para reforzar la guarnicion de Suchímilco, cuya defensa tenia cuidadoso á su Príncipe Guatimozín: y embarcandose con hasta diez mil hombres de buena calidad, salieron á tierra por diferente parage, con noticia de que los Españoles andaban ocupados en la disputa de las calles, y con intento de acometer por las espaldas; pero fueron descubiertos, y cargados con toda resolucion, hasta que ultimamente volvieron á buscar sus embarcaciones, dexando en la campaña parte de sus fuerzas, aunque se conoció en su resistencia que trahian Capitanes de reputacion: y fue tan estrecho el combate, que salieron heridos los tres Cabos, y número considerable de soldados Españoles y Tlascaltécas.

Viene socorro de México.

Rompele Alvarado, Olid y Tapia.

Quedó con este suceso Hernan Cortés dueño de la campaña, y de todas las calles y edificios que salian á la tierra: y poniendo suficiente guardia en los

Quedan por Cortés los edificios de tierra.

surgideros por donde se comunicaban los barrios, trató de alojar su exército en unos grandes patios cercanos al adoratorio principal, que por tener algun género de muralla, bastante á resistir las armas de los Mexicanos, pareció sitio á propósito para ocurrir con mayor seguridad al descanso de la gente, y á la cura de los heridos. Ordenó al mismo tiempo que subiesen algunas compañias á reconocer lo alto del adoratorio; y hallandole totalmente desamparado, mandó que se alojasen veinte ó treinta Españoles en el atrio superior para registrar las avenidas, asi del agua como de la tierra, con un Cabo que atendiese á mudar las centinelas, y cuidáse de su vigilancia. Prevencion necesaria, cuya utilidad se conoció brevemente; porque al caer de la tarde, baxó noticia de que se habian descubierto á la parte de México mas de dos mil canoas reforzadas, que se venian acercando á todo remo: con que hubo lugar de prevenir los riesgos de la noche, doblando las guarniciones de los surgideros: y á la mañana se reconoció tambien el desembarco de los enemigos, que fue á largo trecho de la ciudad, cuyo grueso pareció de hasta catorce ó quince mil hombres.

Ocúpase un adoratorio.

Descubrese de lo alto nuevo socorro de México.

Salió Hernan Cortés á recibirlos fuera de los muros, eligiendo sitio donde pudiesen obrar los caballos, y dexando buena parte de su exército á la defensa de su alojamiento. Dieronse vista los dos exércitos, y

Sale Cortés contra este socorro.

fue de los Mexicanos el primer acometimiento; pero recibidos con las bocas de fuego, retrocedieron lo bastante para que cerrasen los demás con la espada en la mano, y se fuesen abreviando los términos de su resistencia con tanto rigor, que tardaron poco en descubrir las espaldas, y toda la faccion tuvo mas de alcance que de victoria.

Huyen los enemigos.

Quatro dias se detuvo Hernan Cortés en Suchímilco, para dar algun tiempo á la mejoría de los heridos, siempre con las armas en las manos: porque la vecindad facilitaba los socorros de México; y el rato que faltaban las invasiones, bastaba el rezelo para fatigar la gente.

Vuelve Cortés á Tezcúco.

Llegó el caso de la retirada, que se puso en execucion como estaba resuelta, sin que cesáse la persecucion de los enemigos: porque se adelantaron algunas veces á ocupar los pasos dificultosos para inquietar la marcha: cuya molestia se venció con poca dificultad, y no sin considerable ganancia, volviendo Hernan Cortés á su plaza de armas con bastante satisfaccion de haber conseguido los dos intentos que le obligaron á esta salida: reconocer á Suchímilco, puesto de conseqüencia para su entrada, y quebrantar al enemigo para enflaquecer las defensas de México. Pero en lo interior venia desazonado y melancólico de haber perdido en esta jornada nueve ó diez Españoles: porque sobre los que murieron en el primer asal-

Perdió nueve Españoles en esta jornada.

to de la montaña, le llevaron tres ó quatro en Suchímilco, que se alargaron á saquear una casa de las que tenia esta poblacion dentro del agua, y dos criados suyos que dieron en una emboscada, por haberse apartado inadvertidamente del exército: creciendo su dolor en la circunstancia de haberlos llevado vivos para sacrificarlos á sus ídolos, cuya infelicidad le acordaba la contingencia en que se vió, quando le tuvieron los enemigos en su poder, de morir en semejante abominacion; pero siempre conocia tarde lo que importaba su vida, y en llegando la ocasion, trataba solo de prevenir las quejas del valor, dexando para despues los remordimientos de la prudencia.

Llevan prisioneros dos criados suyos.

Conoció tarde la importancia de su vida.

CAPITULO XIX.

REMEDIASE CON EL CASTIGO de un soldado Español la conjuracion de algunos Españoles que intentaron matar á Hernan Cortés: y con la muerte de Xicotencál, un movimiento sedicioso de algunos Tlascaltécas.

EStaban ya los bergantines en total disposicion para que se pudiese tratar de botarlos al agua, y el canal con el fondo y capacidad que habia menester para recibirlos. Ibanse adelantando las demás prevenciones que parecian necesarias. Hizose abundante

Prevenciones para la empresa de México.

provision de armas para los Indios. Registraronse los almacenes de las municiones: requirióse la artillería: dióse aviso á los Caciques amigos, señalandoles el dia en que se debian presentar con sus tropas: y se puso particular cuidado en los víveres que se conducian continuamente á la plaza de armas, parte por el interes de los rescates, y parte por obligacion de los mismos confederados. Asistia Hernan Cortés personalmente á los menores ápices de que se compone aquel todo que debe ir á la mano en las facciones militares, cuyo peligro procede muchas veces de faltas ligeras, y pide prolixidades á la providencia.

Nuevo accidente de mayor cuidado.

Pero al mismo tiempo que trahia la imaginacion ocupada en estas dependencias, se le ofreció nuevo accidente de mayor cuidado, que puso en exercicio su valor, y dexó desagraviada su cordura. Dixole un Español de los antiguos en el exército, con turbada ponderacion de lo que importaba el secreto, que necesitaba de hablarle reservadamente: y conseguida su audiencia como la pedia, le descubrió una conjuracion que se habia dispuesto en el tiempo de su ausencia contra su vida, y la de todos sus amigos. Movió esta plática, segun su relacion, un soldado particular, que debia de suponer poco en esta profesion, pues su nombre se oye la primera vez en el delito. Llamabase Antonio de Villafaña: y fue su primer intento retirarse de aquella empresa, cuya dificultad le

Conspiracion contra su vida.

Antonio de Villafaña la movió.

parecia insuperable. Empezó la inquietud en murmuracion, y pasó brevemente á resoluciones de grande amenaza. Culpaban él, y los de su opinion á Hernan Cortés de obstinado en aquella Conquista, repitiendo, que no querian perderse por su temeridad, y hablando en escapar á la Isla de Cuba, como en negocio de facil execucion, segun el dictamen de sus cortas obligaciones. Juntaronse á discurrir en este punto con mayor recato; y aunque no hallaban mucha dificultad en el desamparo de la plaza de armas, ni en facilitar el paso de Tlascála con alguna orden supuesta de su General, tropezaban luego en el inconveniente de tocar en la Vera Cruz, como era preciso para fletar alguna embarcacion, donde no podian fingir comision ó licencia de Cortés, sin llevar pasaporte suyo, ni excusar el riesgo de caer en una prision digna de severo castigo. Hallabanse atajados, y volvian al tema de su retirada, sin eligir el camino de conseguirla: firmes en la resolucion, y poco atentos al desabrigo de los medios.

Lo que discurrian los sediciosos.

Pero Antonio de Villafaña, en cuyo alojamiento eran las juntas, propuso finalmente que se podria ocurir á todo matando á Cortés, y á sus principales consejeros, para elegir otro General á su modo, menos empeñado en la empresa de México, y mas facil de reducir: á cuya sombra se podrian retirar sin la nota de fugitivos, y alegar este servicio á Diego Velaz-

Conclusion de Villafaña.

quez, de cuyos informes se podia esperar que se recibiese tambien el delito en España como servicio del Rey. Aprobaron todos el arbitrio: y abrazando á Villafaña, empezó el tumulto en el aplauso de la sedicion. Formóse luego un papel, en que firmaron los que se hallaban presentes, obligandose á seguir su partido en este horrible atentado: y se manejó el negocio con tanta destreza, que fueron creciendo las firmas á número considerable, y se pudo temer que llegáse á tomar cuerpo de mal irremediable aquella oculta y maliciosa contagion de los ánimos.

Papel en que firmaron muchos.

Cómo disponian la muerte de Cortés.

Tenian dispuesto fingir un pliego de la Vera Cruz, con cartas de Castilla, y darsele á Cortés quando estuviese á la mesa con sus camaradas, entrando todos con pretexto de la novedad: y quando se pusiese á leer la primera carta, servirse del natural divertimiento de su atencion para matarle á puñaladas, y executar lo mismo en los que se hallasen con él: juntandose despues para salir á correr las calles, apellidando libertad: movimiento, á su parecer, bastante para que se declaráse por ellos todo el exército, y para que se pudiese hacer el mismo estrago en los demás que tenian por sospechosos. Habian de morir, segun la cuenta que hacian con su misma ceguedad, Christoval de Olid, Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado y sus hermanos, y Andres de Tapia, los dos Alcaldes ordinarios, Luis Marin y Pedro de Ircio,

Los que habian de morir con él.

Bernal Diaz del Castillo, y otros soldados confidentes de Cortés. Pensaban elegir por Capitan General del exército á Francisco Verdugo, que por estar casado con hermana de Diego Velazquez, les parecia el mas facil de reducir, y el mejor para mantener y autorizar su partido; pero temiendo su condicion pundonorosa, y enemiga de la sinrazon, no se atrevieron á comunicarle sus intentos, hasta que una vez executado el delito, se halláse necesitado á mirar como remedio la nueva ocupacion.

Hacian General á Francisco Verdugo sin que lo supiese.

De esta substancia fueron las noticias que dió el soldado, pidiendo la vida en recompensa de su fidelidad, por hallarse comprehendido en la sedicion: y Hernan Cortés resolvió asistir personalmente á la prision de Villafaña, y á las primeras diligencias que se debian hacer para convencerle de su culpa, en cuya direccion suele consistir el aclararse, ó el obscurecerse la verdad. No pedia menos cuidado la importancia del negocio, ni era tiempo de aguardar la madura inquisicion de los términos judiciales. Partió luego á executar la prision de Villafaña, llevando consigo á los Alcaldes ordinarios, con algunos de sus Capitanes, y le halló en su posada, con tres ó quatro de sus parciales. Adelantóse á deponer contra él su misma turbacion: y despues de mandarle aprisionar, hizo seña para que se retirasen todos, con pretexto de hacer algun exâmen secreto: y sirviendose de las no-

Vá Cortés á la prision de Villafaña.

Quitale el papel de las firmas.

ticias que llevaba, le sacó del pecho el papel del tratado, con las firmas de los conjurados. Leyóle, y halló en él algunas personas, cuya infidelidad le puso en mayor cuidado; pero recatandole de los suyos, mandó poner en otra prision á los que se hallaron con el reo: y se retiró, dexando su instruccion á los Ministros de justicia, para que se fulminase la causa con toda la brevedad que fuese posible, sin hacer diligencia que tocáse á los cómplices: en que hubo pocos lances: porque Villafaña, convencido con la aprehension del papel, y creyendo que le habian entregado sus amigos, confesó luego el delito: con que se fueron estrechando los términos, segun el estílo militar, y se pronunció contra él sentencia de muerte, la qual se executó aquella misma noche, dandole lugar para que cumpliese con las obligaciones de Christiano; y el dia siguiente amaneció colgado en una ventana de su mismo alojamiento: con que se vió el castigo al mismo tiempo que se publicó la causa; y se logró en los culpados el temor, y en los demás el aborrecimiento de la culpa.

Executase en él la sentencia de muerte.

Oculta Cortés el papel de las firmas.

Quedó Hernan Cortés igualmente irritado y cuidadoso de lo que habia crecido el número de las firmas; pero no se hallaba en tiempo de satisfacer á la justicia, perdiendo tantos soldados Españoles en el principio de su empresa: y para excusar el castigo de los culpados, sin desayre del sufrimiento, echó

voz de que se habia tragado Antonio de Villafaña un papel hecho pedazos, en que, á su parecer, tendria los nombres, ó las firmas de los conjurados. Y poco despues llamó á sus Capitanes y soldados, y les dió noticia por mayor de las horribles novedades que trahia en el pensamiento Antonio de Villafaña, y de la conjuracion que iba forjando contra su vida, y contra otros muchos de los que se hallaban presentes: y añadió: „Que tenia por felicidad suya el ignorar si „habia tomado cuerpo el delito con la inclusion de „algunos cómplices; aunque la diligencia que logró „Villafaña para ocultar un papel que trahia en el pe„cho, no le dexaba dudar que los habia; pero que „no queria conocerlos: y solo pedia encarecidamen„te á sus amigos que procurasen inquirir, si corria „entre los Españoles alguna queja de su proceder que „necesitáse de su emienda; porque deseaba en todo „la mayor satisfaccion de los soldados, y estaba pron„to á corregir sus defectos, asi como sabria volver „al rigor y á la justicia, si la moderacion del casti„go se hiciese tibieza del escarmiento."

Razonamiento que hizo á su gente.

Mandó luego que fuesen puestos en libertad los soldados que asistian á Villafaña, y con esta declaracion de su ánimo, revalidada con no torcer el semblante á los que le habian ofendido, se dieron por seguros de que se ignoraba su delito: y sirvieron despues con mayor cuidado, porque necesitaban de la

Notable advertencia de Cortés.

puntualidad, para desmentir los indicios de la culpa.

Fue importante advertencia la de ocultar el papel de las firmas, para no perder aquellos Españoles de que tanto necesitaba; y mayor hazaña la de ocultar su irritacion para no desconfiarlos. ¡Primoroso desempeño de su razon, y notable predominio sobre sus pasiones! Pero teniendo á menos cordura el exceder en la confianza, que suele adormecer el cuidado, á fin de provocar el peligro, nombró entonces compañia de su guardia, para que asistiesen doce soldados con un Cabo cerca de su persona; si ya no se valió de esta ocasion como de pretexto para introducir sin estrañeza lo que ya echaba menos su autoridad.

Nombra soldados de su guardia.

Motin de Xicotencál.

Ofreciósele poco despues embarazo nuevo, que aunque de otro género, tuvo sus circunstancias de motin. Porque Xicotencál (á cuyo cargo estaban las primeras tropas que vinieron de Tlascála) ó por alguna desazon, facil de presumir en su altivez natural, ó porque duraban todavia en su corazon algunas reliquias de la pasada enemistad, se determinó á desamparar el exército, convocando algunas compañias, que á fuerza de sus instancias ofrecieron asistirle. Valióse de la noche para executar su retirada: y Hernan Cortés, que la supo luego de los mismos Tlascaltécas, sintió vivamente una demostracion de tan dañosas conseqüencias en Cabo tan principal de aquellas naciones, quando se estaba ya con las armas casi en

Retírase de noche.

las manos para dar principio á la empresa. Despachó en su alcance algunos Indios nobles de Tezcúco, para que le procurasen reducir á que por lo menos se detuviese hasta proponer su razon; pero la respuesta de este mensage (que fue no solamente resuelta, sinó descortés, con algo de menosprecio) le puso en mayor irritacion, y envió luego en su alcance dos ó tres compañias de Españoles, con suficiente número de Indios Tezcucanos y Chalqueses, para que le prendiesen; y en caso de no reducirse, le matasen. Executóse lo segundo: porque se halló en él porfiada resistencia, y alguna floxedad en los que le seguian contra su dictamen, los quales se volvieron luego al exército, quedando el cadáver pendiente de un arbol.

Cortés procura detenerle.

Salen Españoles en su seguimiento.

Ahorcanle de un arbol.

Asi lo refiere Bernal Diaz del Castillo; aunque Antonio de Herrera dice que le llevaron á Tezcúco, y que usando Hernan Cortés de una permision que le habia dado la república, le hizo ahorcar publicamente dentro de la misma ciudad. Lectura, que parece menos semejante á la verdad; porque aventuraba mucho en resolverse á tan violenta execucion con tanto número de Tlascaltécas á la vista, que precisamente habian de sentir aquel afrentoso castigo en uno de los primeros hombres de su nacion.

No se hizo este castigo en Tezcúco.

Algunos dicen que le mataron con orden secreta de Cortés los mismos Españoles que salieron al camino, en que hallamos algo menos aventurada la reso-

lucion. Y como quiera que fuese, no se puede negar que andaba su providencia tan adelantada, y tan sobre lo posible de los sucesos, que tenia prevenido este lance, de suerte que ni los Tlascaltécas del exército, ni la república de Tlascála, ni su mismo padre hicieron queja de su muerte: porque sabiendo algunos dias antes, que se desmandaba este mozo en hablar mal de sus acciones, y en desacreditar la empresa de México entre los de su nacion, participó á Tlascála esta noticia, para que le llamasen á su tierra con pretexto de otra faccion, ó se valiesen de su autoridad para corregir semejante desorden: y el Senado, en que asistió su padre le respondió, que aquel delito de amotinar los exércitos era digno de muerte, segun los estatutos de la república, y que asi podria, siendo necesario, proceder contra él hasta el último castigo, como ellos lo executarian si volviese á Tlascála, no solo con él, sinó con todos los que le acompañasen: cuya permision facilitaria mucho entonces la resolucion de su muerte, aunque sufrió algunos dias sus atrevimientos, sirviendose de los medios suaves para reducirle. Pero siempre nos inclinamos á que se hizo la execucion fuera de Tezcúco, segun lo refiere Bernal Diaz: porque no dexaria Hernan Cortés de tener presente la diferencia que se debia considerar entre ponerlos delante un espectáculo de tanta severidad, ó referirles el hecho despues de suce-

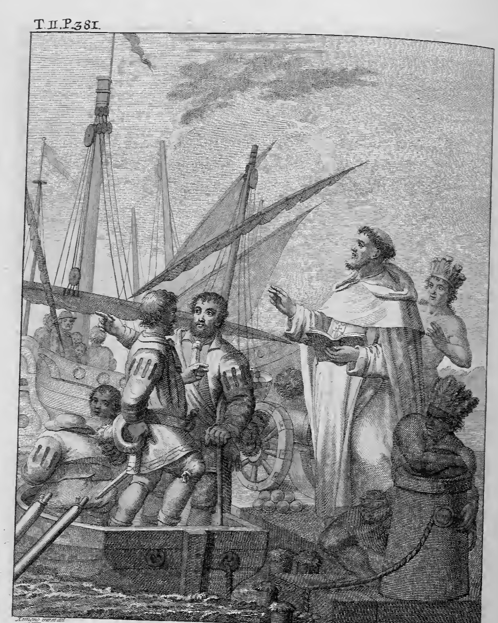
Tenia Cortés prevenido este lance.

Avisa de su inquietud á la república,

y lo responden que le quite la vida.

Fuera temeridad castigarle á vista de los suyos.





Echanse al agua los Bergantines, en donde los bendice el Padre Olmedo.

dido: siendo máxîma evidente, que abultan mas en el ánimo las noticias que se reciben por los ojos, asi como pueden menos con el corazon las que se mandan por los oidos.

CAPITULO XX.

ECHANSE AL AGUA LOS bergantines, y dividido el exército de tierra en tres partes, para que al mismo tiempo se acometiese por Tacúba, Iztapalápa, y Cuyoacán, avanza Hernan Cortés por la laguna, y rompe una gran flota de canoas Mexicanas.

NO se dexaban de tener á la vista las prevenciones de la jornada, por mas que se llevasen parte del cuidado estos accidentes. Ibanse al mismo tiempo echando al agua los bergantines: obra que se consiguió con felicidad, debiendose tambien á la industria de Martin Lopez, como última perfeccion de su fábrica. Dixose antes una Misa de Espíritu Santo, y en ella comulgó Hernan Cortés, con todos sus Españoles. Bendixo el Sacerdote los buques: dióse á cada uno su nombre segun el estílo nautico: y entretanto que se introducian los adherentes, que dan espíritu al leño, y se afinaba el uso de las xarcias y velas, pasaron muestra en esquadron los Españoles, cu-

Echanse al agua los bergantines.

Constaba el exército de novecientos Españoles, de ochenta y seis caballos, y diez y ocho piezas de artillería.

yo exército constaba entonces de novecientos hombres: los ciento y noventa y quatro entre arcabuces y ballestas; los demás, de espada, rodela y lanza, ochenta y seis caballos, y diez y ocho piezas de artillería, las tres de hierro gruesas, y las quince falconetes de bronce, con suficiente provision de polvora y balas.

Capitanes de los bergantines.

Aplicó Hernan Cortés á cada bergantin veinte y cinco Españoles con un Capitan, doce remeros, á seis por banda, y una pieza de artillería. Los Capitanes fueron, Pedro de Barba, natural de Sevilla: Garcia de Holguin, de Cáceres: Juan Portillo, de Portillo: Juan Rodriguez de Villafuerte, de Medellin: Juan Jaramillo, de Salvatierra, en Estremadura: Miguel Diaz de Auz, Aragonés: Francisco Rodriguez Magarino, de Merida: Christoval Flores, de Valencia de Don Juan: Antonio de Caravajal, de Zamora: Gerónimo Ruiz de la Mota, de Burgos: Pedro Briones, de Salamanca: Rodrigo Morejon de Lobera, de Medina del Campo: y Antonio Sotelo, de Zamora: los quales se embarcaron luego, cada uno á la defensa de su baxel, y al socorro de los otros.

Divide Cortés en trés trozos el exército.

Dispuesta en esta forma la entrada que se habia de hacer por el lago, determinó, con parecer de sus Capitanes, ocupar al mismo tiempo las tres calzadas principales de Tacúba, Iztapalápa, y Cuyoacán, sin alargarse á la de Suchímilco, por excusar la desunion

de su gente, y tenerla en parage que pudiesen recibir menos dificultosamente sus órdenes. Para cuyo efecto dividió el exército en tres partes, y encargó á Pedro de Alvarado la expedicion de Tacúba, con nombramiento de Gobernador, y Cabo principal de aquella entrada, llevando á su orden ciento y cincuenta Españoles, y treinta caballos, en tres compañias, á cargo de los Capitanes Jorge de Alvarado, Gutierre de Badajoz, y Andres de Monjaraz, dos piezas de artillería, y treinta mil Tlascaltécas. El ataque de Cuyoacán encargó al Maestre de Campo Christoval de Olid, con ciento y sesenta Españoles en las tres compañias de Francisco Verdugo, Andres de Tapia, y Francisco de Lugo, treinta caballos, dos piezas de artillería, y cerca de treinta mil Indios confederados. Y ultimamente cometió á Gonzalo de Sandoval la entrada que se habia de hacer por Iztapalápa, con otros ciento y cincuenta Españoles á cargo de los Capitanes Luis Marin, y Pedro de Ircio, dos piezas de artillería, veinte y quatro caballos, y toda la gente de Chalco, Guaxocingo y Cholúla, que serian mas de quarenta mil hombres. Seguimos en el número de los aliados que sirvieron en estas entradas la opinion de Antonio de Herrera; porque Bernal Diaz del Castillo dá solamente ocho mil Tlascaltécas á cada uno de los tres Capitanes, y repite algunas veces, que fueron de mas embarazo que servicio; sin decir donde

Pedro de Alvarado en la calzada de Tacúba.

Christoval de Olid en la de Cuyoacán.

Gonzalo de Sandoval en la de Iztapalápa.

Bernal Diaz disminuye los confederados.

quedaron tantos millares de hombres como vinieron al sitio de aquella ciudad. Ambicion descubierta, de que lo hiciesen todo los Españoles, y poco advertida en nuestro sentir, porque dexa increible lo que procura encarecer, quando bastaba para encarecimiento la verdad.

Parten juntos Olid y Sandoval.

Partieron juntos Christoval de Olid y Gonzalo de Sandoval, que se habian de apartar en Tacúba, y se alojaron en aquella ciudad sin contradicion, despoblada ya, como lo estaban los demás lugares contiguos á la laguna: porque los vecinos, que se hallaban capaces de tomar las armas, acudieron á la defensa de México, y los demás se ampararon de los montes, con todo lo que pudieron retirar de sus haciendas. Aquí se tuvo aviso de que habia una junta considerable de tropas Mexicanas á poco mas de media legua, que venian á cubrir los conductos del agua, que baxaban de las sierras de Chapultepeque. Prevencion cuidadosa de Guatimozín, que sabiendo el movimiento de los Españoles, trató de poner en defensa los manantiales, de que se proveían todas las fuentes de agua dulce que se gastaba en la ciudad.

Salen tropas Mexicanas á cubrir los conductos del agua.

Cómo eran los conductos.

Descubrianse por aquella parte dos ó tres canales de madera cóncava sobre paredones de argamasa: y los enemigos tenian hechos algunos reparos contra las avenidas que miraban al camino. Pero los dos Capitanes salieron de Tacúba con la mayor parte de su

gente; y aunque hallaron porfiada resistencia, se consiguió finalmente que desamparasen el puesto: y se rompieron por dos ó tres partes los conductos y los paredones, con que baxó la corriente dividida en varios arroyos á buscar su centro en la laguna; debiendose á Christoval de Olid, y á Pedro de Alvarado esta primera hostilidad de agotar las fuentes de México, y dexar á los sitiados en la penosa tarea de buscar el agua en los rios que baxaban de los montes, y en precisa necesidad de ocupar su gente y sus canoas en la conduccion y en los comboyes.

Desamparan el puesto los Mexicanos,

y quedan agotadas las fuentes de México.

Conseguida esta faccion, partió Christoval de Olid con su trozo á tomar el puesto de Cuyoácan: y Hernan Cortés, dexando á Gonzalo de Sandoval el tiempo que pareció necesario para que llegáse á Iztapalápa, tomó á su cargo la entrada que se habia de hacer por la laguna, para estar sobre todo, y acudir con los socorros donde llamáse la necesidad. Llevó consigo á Don Fernando, señor de Tezcúco, y á un hermano suyo, mozo de espíritu, llamado Suchel, que se bautizó poco despues, tomando el nombre de Carlos, como súbdito del Emperador. Dexó en aquella ciudad bastante número de gente para cubrir la plaza de armas, y hacer algunas correrías que asegurasen la comunicacion de los quarteles: y dió principio á su navegacion, puestos en ala sus trece bergantines, disponiendo lo mejor que pudo el adorno de

Entra Hernan Cortés con los bergantines.

Suchel hermano del Rey de Tezcúco.

las banderas, flámulas y gallardetes: exterioridad de que se valió para dar bulto á sus fuerzas, y asustar la consideracion del enemigo con la novedad.

Los bergantines se acercan á México.

Iba con propósito de acercarse á México para dexarse ver como señor de la laguna, y volver luego sobre Iztapalápa, donde le daba cuidado Gonzalo de Sandoval, por no haber llevado embarcaciones para desembarazar las calles de aquella poblacion, que por estar dentro del agua eran contínuo receptáculo de las canoas Mexicanas. Pero al tomar la vuelta, descubrió, á poca distancia de la ciudad, una isleta, ó montecillo de peñascos, que se levantaba considerablemente sobre las aguas, cuya eminencia coronaba un castillo de bastante capacidad, que tenian ocupado los enemigos, sin otro fin que desafiar á los Españoles, provocandolos con injurias y amenazas desde aquel puesto, donde, á su parecer, estaban seguros de los bergantines. No tuvo por conveniente dexar consentido este atrevimiento á vista de la ciudad, cuyos miradores y terrados estaban cubiertos de gente, observando las primeras operaciones de la armada: y hallando en el mismo sentir á sus Capitanes, se acercó á los surgideros de la isla, y saltó en tierra con ciento y cincuenta Españoles, repartidos por dos ó tres sendas que guiaban á la cumbre; y subieron peleando, no sin alguna dificultad, porque los enemigos eran muchos, y se defendian valerosamente, has-

Isleta de la laguna con un castillo, defendido por los Mexicanos.

Salta Cortés en la isleta,

ta que perdida la esperanza de mantener la eminencia, se retiraron al castillo, donde no podian mover las armas de apretados: y perecieron muchos, aunque fueron mas los que se perdonaron, por no ensangrentar la espada en los rendidos, quando se despreciaba como embarazosa la carga de los prisioneros.

y los rompe y desaloja.

Logrado en esta breve interpresa el castigo de aquellos Mexicanos, volvieron los Españoles á cobrar sus bergantines: y quando se disponian para tomar el rumbo de Iztapalápa, fue preciso discurrir en nuevo accidente: porque se dexaron ver á la parte de México algunas canoas que iban saliendo á la laguna, cuyo número crecia por instantes. Serian hasta quinientas las que se adelantaron á boga lenta para que saliesen las demás: y á breve rato fueron tantas las que arrojó de sí la ciudad, y las que se juntaron de las poblaciones vecinas, que haciendo la cuenta por el espacio que ocupaban, se juzgó que pasarian de quatro mil, cuya multitud, con lo que abultaban los penachos y las armas, formaba un cuerpo hermosamente formidable, que al juicio de los ojos, venia como anegando la laguna.

Salen de la ciudad innumerables canoas.

Dispuso Hernan Cortés sus bergantines, formando una espaciosa media luna, para dilatar la frente, y pelear con desahogo. Iba fiado en el valor de los suyos, y en la superioridad de las mismas embarcaciones, bastando cada una de ellas á entenderse con

mucha parte de la flota enemiga. Movióse con esta seguridad la vuelta de los Mexicanos, para darles á entender que admitia la batalla; y despues hizo alto para entrar en ella con toda la respiracion de sus remeros: porque la calma de aquel dia dexaba todo el movimiento en la fuerza de sus brazos. Detuvose tambien el enemigo, y pudo ser que con el mismo cuidado. Pero aquella inefable Providencia, que no se descuidaba en declararse por los Españoles, dispuso entonces que se levantáse de la tierra un viento favorable, que hiriendo por la popa en los bergantines, les dió todo el impulso de que necesitaban para dexarse caer sobre las embarcaciones Mexicanas. Dieron principio al ataque las piezas de artillería, disparadas á conveniente distancia, y cerraron despues los bergantines á vela y remo, llevandose tras sí quanto se les puso delante. Peleaban los arcabuces y ballestas sin perder tiro: peleaba tambien el viento, dandoles con el humo en los ojos, y obligandolos á proejar para defenderse: y peleaban hasta los mismos bergantines, cuyas proas hacian pedazos á los buques menores, sirviendose de su flaqueza para echarlos á pique, sin rezelar el choque. Hicieron alguna resistencia los nobles que ocupaban las quinientas embarcaciones de la vanguardia: lo demás fue todo confusion, y zozobrar las unas al impulso de las otras. Perdieron los enemigos la mayor parte de su gente, quedó ro-

Era dia de calma.

Favorece á Cortés el viento,

ta y deshecha su armada: cuyas reliquias miserables siguieron los bergantines hasta encerrarlas á balazos en las acequias de la ciudad.

y se rompió enteramente la flota enemiga.

Fue de grande conseqüencia esta victoria, por lo que influyó en las ocasiones siguientes el credito de incontrastables, que adquirieron este dia los bergantines, y por lo que desanimó á los Mexicanos el hallarse ya sin aquella parte de sus fuerzas, que consistia en la destreza y agilidad de sus canoas; no por las que perdieron entonces (número limitado, respecto de las que tenian de reserva) sinó porque se desengañaron de que no eran de servicio, ni podian resistir á tan poderosa oposicion. Quedó por los Españoles el dominio de la laguna: y Hernan Cortés tomó la vuelta cerca de la ciudad, despidiendo algunas balas, mas á la pompa del suceso, que al daño de los enemigos. Y no le pesó de ver la multitud de Mexicanos que coronaban sus torres y azuteas á la expectacion de la batalla, tan gustoso de haberles dado en los ojos con su pérdida, que aunque á la verdad eran muchos para enemigos, le parecieron pocos para testigos de su hazaña. Complacencias de vencedores, que suelen comprehender á los mas advertidos, como adornos de la victoria, ó como accidentes de la felicidad.

Conseqüencias de este suceso.

Observaron esta faccion muchos Mexicanos.

CAPITULO XXI.

PASA HERNAN CORTÉS Á reconocer los trozos de su exército en las tres calzadas de Cuyoacán, Iztapalápa y Tacúba, y en todas fue necesario el socorro de los bergantines: dexa quatro á Gonzalo de Sandoval, quatro á Pedro de Alvarado, y él se recoge á Cuyoacán con los cinco restantes.

ELigió parage cerca de Tezcúco donde pasar la noche, y atender al descanso de la gente con alguna seguridad; pero al amanecer, quando se disponian los bergantines para tomar el rumbo de Iztapalápa, se descubrió un grueso considerable de canoas, que navegaban aceleradamente la vuelta de Cuyoacán: con que pareció conveniente ir primero con el socorro á la parte amenazada. No fue posible dar alcance á la flota enemiga; pero se llegó poco despues, y á tiempo que se hallaba Christoval de Olid empeñado en la calzada, y reducido á pelear por la frente con los enemigos que la defendian, y por los costados con las canoas que llegaron de refresco, en términos de retirarse, perdiendo la tierra que se habia ganado.

Cómo defendia el enemigo sus calzadas.

Enseñó la necesidad á los Mexicanos quanto pudiera el arte de la guerra, para defender el paso de

las calzadas. Tenian levantados ázia la parte de la ciudad los puentes de aquellos ojos ó cortaduras donde perdian su fuerza las avenidas ó crecientes de la laguna: y aplicando algunas vigas y tablones por la espalda, para subir en hileras sucesivas á dar la carga por lo alto, dexaban á trechos formadas unas trincheras con foso de agua, que impedian y dificultaban los avances. Este género de fortificacion habian hecho en las tres calzadas por donde amenazó la invasion de los Españoles: y en todas se discurrió casi lo mismo para vencer esta dificultad. Peleaban los arcabuces y ballestas contra los que se descubrian por lo alto de la trinchera, entretanto què pasaban de mano en mano las fagínas para cegar el foso: y despues se acercaba una pieza de artillería, que á pocos golpes desembarazaba el paso, barriendo el trozo siguiente de la calzada con los mismos fragmentos de su fortificacion.

Cómo peleaban en ellas los Españoles.

Tenia ganado Christoval de Olid el primer foso quando llegaron las canoas enemigas: pero al descubrir los bergantines, huyeron á toda fuerza de remos las de aquella banda, peligrando solamente las que pudo encontrar el alcance de la artillería. Y porque no dexaban de pelear las que, á su parecer, estaban seguras de la otra parte, mandó Hernan Cortés ensanchar el foso de la retaguardia, para dar paso á tres ó quatro bergantines: de cuya primera vista resultó

Huyen las canoas de los bergantines.

Pasan algunos a la otra banda.

la fuga total de las canoas; y los enemigos que defendian la puente inmediata, viendose descubiertos á las baterías de agua y tierra, se recogieron desordenadamente al último reparo vecino á la ciudad.

Hacese noche en la calzada.

Descansó la gente aquella noche sin desamparar el avance de la calzada: y al amanecer se prosiguió la marcha con poca ó ninguna oposicion, hasta que llegando á la última puente, que desembocaba en la ciudad, se halló fortificada con mayores reparos, y atrincheradas las calles que se descubrian, con tanto número de gente á su defensa, que llegó á parecer aventurada la faccion; pero se conoció la dificultad despues del empeño: y no era conveniente retroceder sin algun escarmiento de los enemigos. Jugaron su artillería los bergantines, haciendo miserable destrozo en las bocas de las calles, entretanto que trabajaba Christoval de Olid en cegar el foso, y romper las fortificaciones de la calzada. Lo qual executado, se arrojó á los enemigos que las defendian, haciendo lugar con su vanguardia para que saliesen á tierra las naciones de su cargo. Acercaronse al mismo tiempo las tropas de la ciudad al socorro de los suyos, y fue valerosa por todas partes su resistencia; pero á breve rato perdieron alguna tierra: y Hernan Cortés, que no pudo sufrir aquella lentitud con que se retiraban, saltó en la ribera con treinta Españoles, y dió tanto calor al avance, que tardaron poco los enemigos en

Hállase mayor resistencia en el último foso.

Ganale Olid.

Salta Cortés en tierra.

volver las espaldas, y se ganó la calle principal de México, huyendo por aquella parte hasta la gente que ocupaba los terrados. Retiranse los Mexicanos.

Tropezóse luego con otra dificultad; porque los Mexicanos que iban huyendo, habian ocupado un adoratorio poco distante de la entrada, en cuyas torres, gradas y cerca exterior, se descubria tanto número de gente, que parecia un monte de armas y plumas todo el edificio. Desafiaban á los Españoles con la voz tan entera como si acabáran de vencer: y Hernan Cortés, no sin alguna indignacion de ver en ellos el orgullo tan cerca de la cobardía, mandó traher de los bergantines tres ó quatro piezas de artillería, cuyo primer estrago les dió á conocer su peligro: y brevemente fue necesario baxar la puntería contra los que iban huyendo á lo interior de la ciudad. Quedó sin enemigos todo aquel parage, porque los que peleaban desde las azuteas y ventanas, se movieron al paso que los demás; con que avanzó el exército, y se ganó el adoratorio sin contradicion. Ocupan un adoratorio. Ocupa el exército el adoratorio.

Fue grande la pérdida de gente que hicieron este dia los Mexicanos. Entregaronse al fuego los ídolos, cuyos horribles simulacros sirvieron de luminarias al suceso: y Hernan Cortés quedó satisfecho de haber puesto los pies dentro de la ciudad. Y hallando el adoratorio capaz de mas que ordinaria defensa, no solo determinó alojar su exército en él aquella no- Inclínase Cortés á mantener aquel puesto.

che, pero tuvo sus impulsos de mantener aquel puesto, para estrechar el sitio, y tener adelantado el quartel de Cuyoacán. Pensamiento que participó á sus Capitanes, con los motivos que le dictaba entonces la primera inclinacion de su discurso; pero todos á una voz le representaron: „ Que no sabiendo el estado en „ que tenian sus entradas Gonzalo de Sandoval, y „ Pedro de Alvarado, sería temeridad exponerse á „ perder el paso de la calzada, y con él la esperanza „ de los víveres y municiones de que necesitaban pa- „ ra conservarse. Que su conduccion no se debia fiar „ de los bergantines: porque no cabiendo en las ace- „ quias de aquel parage, necesitarian de hacer su des- „ embarco en bastante distancia, para que no fuese „ posible recibirlos ni transportarlos sin disponerse á „ una batalla para cada socorro. Que los trozos del „ exército debian caminar á un mismo paso en sus „ ataques, para dividir las fuerzas del enemigo, y dar- „ se la mano hasta en el tiempo de aquartelarse den- „ tro de la ciudad. Y finalmente, que las disposicio- „ nes resueltas con parecer de todos los Cabos sobre „ la forma de gobernar el sitio de México, no se de- „ bian alterar sin madura consideracion, ni entrar en „ aquel empeño voluntario sin mas causa que dar so- „ brado credito á la victoria de aquel dia; no siendo „ totalmente seguras las conseqüencias de los buenos „ sucesos, que á manera de lisonjas solian muchas ve-

Disuadenle sus Capitanes.

„ ces engañar la cordura, deleytando la imaginacion."
Conoció Hernan Cortés que le aconsejaban lo mas conveniente, por ser una de sus mejores prendas la facilidad con que solia desenamorarse de sus dictámenes, para enamorarse de la razon: y se retiró la mañana siguiente á Cuyoacán, llevando á sus dos lados la escolta de los bergantines, con que no se atrevieron los enemigos á inquietar la marcha.

Toma su consejo, y se retira.

Pasó el mismo dia á Iztapalápa, donde halló á Gonzalo de Sandoval en términos de perderse. Habia ocupado los edificios de la tierra, y alojado su exército, poniendose lo mejor que pudo en defensa; pero los enemigos que se recogieron á la parte del agua, procuraban ofenderle desde sus canoas. Hizo considerable daño en las que se acercaban: arruinó algunas casas: rompió dos ó tres socorros de México, que intentaron atacarle por tierra: y aquel dia, porque los enemigos habian desamparado una casa grande que distaba poco de la tierra, se resolvió á ocuparla, para mejorarse y desviar las ofensas de su quartel. Facilitó el paso con algunas fagínas arrojadas al agua, y entró á executarlo con parte de su gente; pero apenas lo consiguió, quando avanzaron las canoas que tenian puestas en zelada, llevando consigo tropas de nadadores que deshiciesen el camino de la retirada: por cuyo medio consiguieron el sitiarle por todas partes, ofendiendole al mismo tiempo desde los

Pasa con los bergantines á Iztapalápa.

Empeño en que se hallaba Sandoval.

terrados y ventanas de las casas vecinas.

Socorrele Cortés.

En este conflicto se hallaba quando llegó Hernan Cortés; y descubriendo aquella multitud de canoas en las calles de agua que miraban á la parte de México, dió calor á la boga, y empezó á jugar su artillería con tanto efecto, que asi por el daño que hicieron las balas, como por el miedo que tenian á los bergantines, huyeron todas á un tiempo con ansia de salir á la laguna por las calles mas retiradas, y con tanto desorden, que cargando en ellas la gente de los terrados, se fueron muchas á pique, y las demás vinieron á caer en el lazo de los bergantines, buscando con la fuga el peligro que procuraban evitar. Hicieron este dia los Mexicanos una pérdida que pudo suponer algo en el menoscabo de sus fuerzas: y reconociendose despues aquella parte de la ciudad que tenian ocupada, se hallaron algunos prisioneros, y bastante despojo; no tanto para la riqueza, como para la recreacion de los soldados. Conoció Hernan Cortés, á vista de las dificultades que habia experimentado Gonzalo de Sandoval en Iztapalápa, que no era posible poner en operacion el trozo de su cargo, ni usar de la calzada sin deshacer enteramente aquel abrigo de las canoas Mexicanas, arruinando la media ciudad; (detencion que sería dañosa para el estado que tenian las demás entradas) y determinó que se desamparáse por entonces aquel puesto, y pasáse Gon-

Estrago que hicieron los bergantines.

Pasa Hernan Cortés á la calzada de Tepeaquilla.

zalo de Sandoval con su gente á ocupar el de Tepeaquilla, donde habia otra calzada mas estrecha para los ataques; pero de mayor utilidad para impedir los socorros del enemigo, que (segun los avisos antecedentes) introducia por aquel parage los víveres de que ya necesitaba. Executóse luego esta resolucion, y marchó la gente por tierra, siguiendo la misma costa los bergantines, hasta que se ocupó el nuevo quartel: y hecho el alojamiento con poco embarazo, porque se halló despoblado el lugar, navegó Hernan Cortés la vuelta de Tacúba.

Mejor puesto para impedir los socorros.

Navega Cortés á Tacúba.

Halló desamparada esta ciudad Pedro de Alvarado; con que tuvo menos que vencer para dar principio á sus entradas. Executó algunas con varios sucesos, batiendo reparos, y cegando fosos, de la misma forma que se gobernaba en las suyas Christoval de Olid: y aunque hizo muy considerable daño á los enemigos, y alguna vez se adelantó hasta poner fuego en las primeras casas de México, le habian muerto, quando llegó Hernan Cortés, ocho Españoles, pérdida, en que se mezcló el sentimiento con los aplausos de su valor.

Entradas de Alvarado.

Perdió ocho Españoles.

Consideró Hernan Cortés que no le salia bien la cuenta de sus disposiciones, porque se iba reduciendo el sitio de México á este género de acometimientos y retiradas: guerra, en que se gastaban los dias, y se aventuraba la gente sin ganancia que pasáse de

Nuevo discurso de Cortés.

hostilidad, ni mereciese nombre de progreso. El camino de las calzadas tenia suma dificultad con aquellos fosos y reparos que volvian los Mexicanos á fortificar todos los dias, y con aquella persecucion de las canoas, cuyo número excesivo cargaba siempre á la parte que desabrigaban los bergantines: y uno y otro pedia nuevos medios que facilitasen la empresa.

Hace prevencion de canoas.

Mandó entonces que cesasen las entradas hasta otra orden, y puso la mira en prevenirse de canoas que le asegurasen el dominio de la laguna: para cuyo efecto envió personas de satisfaccion á conducir las que hubiese de reserva en las poblaciones amigas; con las quales, y con las que vinieron de Tezcúco y Chalco, se juntó un grueso, que puso en nuevo cuidado al enemigo. Dividiólas en tres cuerpos: y formando su guarnicion de aquellos Indios que sabian manejarlas, nombró Capitanes de su Nacion que las gobernasen por esquadras; y con este refuerzo, repartido entre los bergantines, envió quatro á Gonzalo de Sandoval, quatro á Pedro de Alvarado, y él pasó con los cinco restantes á incorporarse con el Maestre de Campo Christoval de Olid.

Envia ocho bergantines á las dos calzadas, y él pasa con los cinco á Cuyoacán.

Repitieronse desde aquel dia las entradas con mayor facilidad, porque faltaron totalmente las ofensas que mas embarazaban: y Hernan Cortés ordenó al mismo tiempo, que los bergantines y canoas rondasen la laguna, y corriesen el distrito de las tres calza-

Ronda de los bergantines.

das, para impedir los socorros de la ciudad: por cuyo medio se hicieron repetidas presas de las embarcaciones que intentaban pasar con bastimentos y barriles de agua; y se tuvo noticia del aprieto en que se hallaban los sitiados. Christoval de Olid llegó algunas veces á poner en ruina los burgos, ó primeras casas de la ciudad: Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval hacian el mismo daño en sus ataques: con lo qual, y con los buenos sucesos de aquellos dias, mudaron de semblante las cosas: concibió el exército nuevas esperanzas; y hasta los soldados menores facilitaban la empresa, entrando en las ocasiones con aquel género de alegre solicitud, semejante al valor, que suele hacer atrevidos á los que llevan la victoria en la imaginacion, porque tuvieron la suerte de hallarse alguna vez entre los vencedores.

Progresos de Olid y Alvarado.

Aliento de la gente.

CAPITULO XXII.

SIRVENSE DE VARIOS ARDIDES los Mexicanos para su defensa: emboscan sus canoas contra los bergantines, y Hernan Cortés padece una rota de consideracion, volviendo cargado á Cuyoacán.

FUE notable, y en algunas circunstancias digna de admiracion, la diligencia con que defendieron su ciudad los Mexicanos. Obraba como natural en

Notables advertencias de los Mexicanos.

ellos el valor, criados en la milicia, y sin otro camino de ascender á las mayores dignidades; pero en esta ocasion pasaron de valientes á discursivos, porque necesitaron de inventar novedades contra un género de invasion, cuya gente, cuyas armas, y cuyas disposiciones eran fuera del uso en aquella tierra: y lograron algunos golpes, en que se acreditó su ingenio de mas que ordinariamente advertido. Queda referida la industria con que hallaron camino de fortificar sus calzadas; y no fue menor la que practicaron despues, enviando por diferentes rodeos canoas de gastadores á limpiar los fosos que iban cegando los Españoles, para cargarlos al tiempo de la retirada con todas sus fuerzas: ardid, que ocasionó algunas pérdidas en las primeras entradas. Dieron con el tiempo en otro arbitrio mas reparable, porque supieron obrar contra su costumbre quando lo pedia la ocasion, y hacian de noche algunas salidas, solo á fin de inquietar los quarteles, fatigando á sus enemigos con la falta del sueño, para esperarlos despues con tropas de refresco.

Fortifican sus calzadas.

Limpian los fosos para cargar la retirada.

Hacen de noche algunas salidas.

Pero en nada se conoció tanto su vigilancia y habilidad como en lo que discurrieron contra los bergantines, cuya fuerza desigual intentaron deshacer, buscandolos desunidos: á cuyo efecto fabricaron treinta grandes embarcaciones de aquellas que llamaban piraguas; pero de mayores medidas, y empavesadas

Fábrica de piraguas contra los bergantines.

con gruesos tablones, para recibir la carga, y pelear menos descubiertos. Con este género de armada salieron de noche á ocupar unos carrizales, ó bosques de cañas palustres, que producia por algunas partes la laguna, tan densas y elevadas, que venian á formar diferentes malezas impenetrables á la vista. Era su intencion provocar á los bergantines, que salian de dos en dos á impedir los socorros de la ciudad: y para llamarlos al bosque, llevaron prevenidas tres ó quatro canoas de bastimentos, que sirviesen de cebo á la emboscada, y bastante número de gruesas estacas, las quales fixaron debaxo del agua, para que chocando en ellas los bergantines, se hiciesen pedazos, ó fuesen mas fáciles de vencer. Prevenciones y cautelas, de que se conoce que sabian discurrir en su defensa, y en la ofensa de sus enemigos: tocando en las sutilezas que hicieron ingenioso al hombre contra el hombre, y son como enseñanzas del arte militar, ó sinrazones de que se compone la razon de la guerra.

Emboscada en la laguna.

Cautelas del enemigo.

Salieron el dia siguiente á correr aquel parage dos bergantines de los quatro que asistian á Gonzalo de Sandoval en su quartel, á cargo de los Capitanes Pedro de Barba y Juan Portillo: y apenas los descubrió el enemigo, quando echó por otra parte sus canoas, para que dexandose ver á lo largo, fingiesen la fuga, y se retirasen al bosque: lo qual executaron tan á tiempo, que los dos bergantines se arrojaron á la presa con

Pedro de Barba y Juan de Portillo en la emboscada.

todo el ímpetu de los remos; y á breve rato dieron en el lazo de la estacada oculta, quedando totalmente impedidos, y en estado que ni podian retroceder, ni pasar adelante.

Salieron al mismo tiempo las piraguas enemigas, y los cargaron por todas partes con desesperada resolucion. Llegaron á verse los Españoles en contingencia de perderse; pero llamando al corazon los últimos esfuerzos de su espíritu, mantuvieron el combate para divertir al enemigo, entretanto que algunos nadadores saltaron al agua, y á fuerza de brazos y de instrumentos rompieron, ó apartaron aquellos estorvos en que zabordaban los buques: cuya diligencia bastó para que pudiesen tomar la vuelta, y jugar su artillería, dando al través con la mayor parte de las piraguas, y siguiendo las balas el alcance de las que procuraban escapar. Quedó con bastante castigo el estratagema de los Mexicanos; pero salieron de la ocasion maltratados los bergantines, heridos y fatigados los Españoles. Murió peleando el Capitan Juan Portillo, á cuyo valor y actividad se debió la mayor parte del suceso: y el Capitan Pedro de Barba salió con algunas heridas penetrantes, de que murió también dentro de tres dias. Pérdidas ambas, que sintió Hernan Cortés con notables demostraciones, y particularmente la de Pedro de Barba; porque le faltó en él un amigo igualmente seguro en todas fortunas,

Vieronse á pique de perderse.

Rompen las piraguas.

Murió Juan Portillo,

y murió poco despues Pedro de Barba.

y un soldado valeroso, sin achaques de valiente: y cuerdo, sin tibiezas de reportado.

Tardó poco en venirse á las manos la venganza de este suceso: porque los Mexicanos volvieron á reparar sus piraguas, y con nuevas embarcaciones de iguales medidas, se ocultaron otra vez en el mismo bosque, fortificandole con nueva estacada, y creyendo, menos advertidamente, lograr segundo golpe, sin dar otro color al engaño. Llegó dichosamente á noticia de Hernan Cortés este movimiento del enemigo: y procurando adelantar quanto pudo la satisfaccion de su pérdida, ordenó que fuesen de noche á la deshilada seis bergantines á emboscarse dentro de otro cañaberal, que se descubria no muy distante de la zelada enemiga: y que usando de su mismo estratagema, saliese al amanecer uno de ellos, dando á entender con diferentes puntas, que buscaba las canoas de la provision, y acercandose despues á las piraguas ocultas lo que fuese necesario para fingir que las habia descubierto, y para tomar entonces la vuelta, llamandolas con fuga diligente ázia el parage de la contraemboscada prevenida. Sucedió todo como se habia dispuesto: salieron los Mexicanos con sus piraguas á seguir el alcance del bergantin fugitivo, abalanzandose á la presa, que ya daban por suya, con grandes alaridos, y mayor velocidad; hasta que llegando á distancia conveniente, les salieron al enquen-

Hace otra emboscada el enemigo.

Contraemboscada de Cortés.

Caen en ella los Mexicanos.

tro los otros bergantines, recibiendolos (antes que se pudiesen detener) con la artillería, cuyo rigor se llevó de la primera carga buena parte de las piraguas, dexando á las demás en estado, que ni el temor encontraba con la fuga, ni la turbacion las apartaba del peligro. Perecieron casi todas á la repeticion de los tiros, y murió la mayor parte de la gente que las defendia: con que no solo se vengó la muerte de Pedro de Barba y Juan Portillo; pero se rompió enteramente su armada, quedando Hernan Cortés no sin conocimiento de que aprendió de los Mexicanos el ardid, ó la invencion de hacer emboscadas en el agua; pero con particular satisfaccion de haber sabido imitarlos para deshacerlos.

Quedan deshechas sus piraguas.

Llegaban por entonces freqüentes avisos de lo que pasaba en la ciudad, por ser muchos los prisioneros que venian de las entradas: y sabiendo Hernan Cortés que se hacian ya sentir entre los sitiados la hambre y la sed, ocasionando rumores en el pueblo, y varias opiniones entre los soldados, puso mayor diligencia en cerrar el paso á las vituallas: y para dar nueva razon á sus armas, envió dos ó tres nobles de los mismos prisioneros á Guatimozín: „ Convidandole con la paz, y ofreciendole partidos ventajosos „ en orden á dexarle con el reyno, y en toda su grandeza, quedando solamente obligado á reconocer el „ supremo dominio en el Rey de los Españoles, cuyo

Conflicto en que se hallaban los Indios.

Nueva embajada proponiendo la paz.

„derecho apoyaba entre los Mexicanos la tradicion „de sus mayores, y el consentimiento de los siglos." En esta substancia fue su proposicion, y repitió algunas veces la misma diligencia: porque á la verdad sentia destruir una ciudad tan opulenta y deliciosa, que ya miraba como alhaja de su Rey.

Junta de Guatimozín sobre la paz.

Oyó entonces Guatimozín con menos altivez que solia el mensage de Cortés: y segun lo que refirieron poco despues otros prisioneros, llamó á su presencia el consejo de sus militares y ministros, convocando á los sacerdotes de los ídolos, que tenian voto de primera calidad en las materias públicas. Ponderó en la propuesta: „El estado miserable á que se „hallaba reducida la ciudad: la gente de guerra que „se perdia: lo que se congojaba el pueblo con los „principios de la necesidad: la ruina de los edificios: „y ultimamente pidió consejo, inclinandose á la paz „lo bastante, para que le siguiese la lisonja ó el res„peto." Como sucedió entonces; porque todos los Cabos y ministros votaron que se admitiese la proposicion de la paz, y se oyesen los partidos con que se ofrecia, reservando para despues el discurrir sobre su proporcion, ó su disonancia.

Votan los Ministros que se admita.

Contradicen los sacerdotes.

Pero los sacerdotes se opusieron con el rostro firme á las pláticas de la paz, fingiendo algunas respuestas de sus ídolos, que aseguraban de nuevo la victoria; ó sería verdad en estos ministros la mentira de

sus dioses: porque andaba muy solícito aquellos dias el demonio, esforzando en los oidos lo que no podia en los corazones. Y tuvo tanta fuerza este dictamen, armado con el zelo de la religion, ó libre con el pretexto de piadoso, que se reduxeron á él todos los votos: y Guatimozín, no sin particular desabrimiento (porque ya sentia en su corazon algunos presagios de su ruina) resolvió que se continuáse la guerra, intimando á sus ministros, que perderia la cabeza qualquiera que se atreviese á proponerle otra vez la paz, por aprietos en que se llegáse á ver la ciudad, sin exceptuar de este castigo á los mismos sacerdotes, que debian mantener con mayor constancia la opinion de sus oráculos.

Resuelvese la guerra.

Hace Cortés una entrada general.

Determinó Hernan Cortés con esta noticia que se hiciese una entrada general por las tres calzadas, para introducir á un mismo tiempo el incendio y la ruina en lo mas interior de la ciudad: y enviando las órdenes á los dos Capitanes de Tacúba y Tepeaquilla, entró á la hora señalada con el trozo de Christoval de Olid por Cuyoacán. Tenian los enemigos abiertos los fosos, y fabricados sus reparos en la forma que solian; pero los cinco bergantines de aquel distrito rompieron con facilidad las fortificaciones, al mismo tiempo que se iban cegando los fosos; y pasó el exército sin detencion considerable, hasta que llegando á la última puente que desembocaba en la ribera, se ha-

Entra con Christoval de Olid por Cuyoacán.

lló de otro género la dificultad. Habian derribado parte de la calzada, para ensanchar aquel foso, dexandole con sesenta pasos de longitud, y cargando el agua de las acequias para darle mayor profundidad. Tenian á la margen contrapuesta una gran fortificacion de maderos unidos y entablados, con dos ó tres órdenes de troneras, y no sin algun género de traveses: y era innumerable muchedumbre de gente la que habian prevenido para la defensa de aquel paso. Pero á los primeros golpes de la batería, cayó en tierra esta máquina; y los enemigos, despues de padecer el daño que hicieron sus ruinas, viendose descubiertos al rigor de las balas, se recogieron á la ciudad sin volver el rostro, ni cesar en sus amenazas. Dexaron con esto libre la ribera: y Hernan Cortés, por ganar el tiempo, dispuso que la ocupasen luego los Españoles, sirviendose para salir á tierra de los bergantines y de las canoas amigas que los acompañaban: por cuyo medio pasaron despues las naciones, los caballos, y tres piezas de artillería, que parecieron bastantes para la faccion de aquel dia.

Foso grande á la entrada de la ciudad.

Cómo estaba fortificado.

Dexan los Mexicanos libre la ribera.

Pero antes de cerrar con el enemigo (que todavia perseveraba en las trincheras con que tenian atajadas las calles) encargó al Tesorero Julian de Alderete que se quedáse á cegar y mantener aquel foso, y á los bergantines que procurasen hacer la hostilidad que pudiesen, acercandose á la batalla por las acequias

Queda el cegar el foso á cargo de Alderete.

mayores. Trabóse luego la primera escaramuza, y Julian de Alderete con el oido en el rumor de las armas, y con la vista en el avance de los Españoles, aprehendió que no era decente á su persona la ocupacion (á su parecer mecánica) de cegar un foso, quando estaban peleando sus compañeros: y se dexó llevar inconsideradamente á la ocasion, cometiendo este cuidado á otro de su compañia; el qual, ó no supo executarlo, ó no quiso encargarse de operacion desacreditada por el mismo que la subdelegaba: con que le siguió toda la gente de su cargo, y quedó abandonado aquel foso, que se tuvo por impenetrable al tiempo de la entrada.

Recibe con desprecio esta orden Alderete.

Pelea Cortés dentro de la ciudad.

Fue valerosa en los primeros ataques la resistencia de los Mexicanos. Ganaronse con dificultad, y á costa de algunas heridas, sus fortificaciones: y fue mayor el conflicto, quando se dexaron atrás los edificios arruinados, y llegó el caso de pelear con los terrados y ventanas; pero en lo mas ardiente del furor con que peleaban, se conoció en ellos una floxedad repentina, que pareció execucion de nueva orden: porque iban perdiendo apresuradamente la tierra que ocupaban; y segun lo que se presumió entonces, y se averiguó despues, nació esta novedad de que llegó á noticia de Guatimozín el desamparo del foso grande, y ordenó á sus Cabos que tratasen de guardarse, y conservar la gente para la retirada. Tuvo Hernan

Retiranse artificiosamente los Mexicanos.

Cortés por sospechoso este movimiento del enemigo: y porque se iba limitando el tiempo de que necesitaba para llegar antes de la noche á su quartel, trató de retirarse, mandando primero que se derribasen, y diesen al fuego algunos edificios, para quitar los padrastros de la entrada siguiente.

Resuelve Cortés su retirada.

Pero apenas se dió principio á la marcha, quando asustó los oidos un instrumento formidable y melancólico, que llamaban ellos *la bocina sagrada*: porque solamente la podian tocar los sacerdotes, quando intimaban la guerra, y concitaban los ánimos de parte de sus dioses. Era el sonido vehemente, y el toque una cancion compuesta de bramidos, que infundia en aquellos bárbaros nueva ferocidad, dando impulsos de religion al desprecio de la vida. Empezó despues el rumor insufrible de sus gritos; y al salir el exército de la ciudad, cayó sobre la retaguardia, que llevaban á su cargo los Españoles, una multitud innumerable de gente, resuelta y escogida para la faccion que trahian premeditada.

Suena la bocina de los sacerdotes.

Carga el enemigo á Cortes.

Hicieron frente los arcabuces y ballestas: y Hernan Cortés con los caballos que le seguian, procuró detener al enemigo; pero sabiendo entonces el embarazo del foso, que impedia la retirada, quiso doblarse, y no lo pudo conseguir; porque las naciones amigas, como trahian orden para retirarse, y tropezaron primero con la dificultad, cerraron con ella pre-

Hállase abierto el foso.

cipitadamente, y no se oyeron las órdenes, ó no se obedecieron.

Pasaban muchos á la calzada en los bergantines y canoas; siendo mas los que se arrojaron al agua, donde hallaron tropas de Indios nadadores, que los herian ó anegaban. Quedó solo Hernan Cortés con algunos de los suyos á sustentar el combate. Mataron á flechazos el caballo en que peleaba; y apeandose á socorrerle con el suyo el Capitan Francisco de Guzman, le hicieron prisionero, sin que fuese posible conseguir su libertad. Retiróse finalmente á los bergantines, y volvió á su quartel herido, y poco menos que derrotado, sin hallar recompensa en el destrozo que recibieron los Mexicanos. Pasaron de quarenta los Españoles que llevaron vivos para sacrificarlos á sus ídolos. Perdióse una pieza de artillería: murieron mas de mil Tlascaltécas: y apenas hubo Español que no saliese maltratado. Pérdida verdaderamente grande: cuyas conseqüencias meditaba y conocia Hernan Cortés, negando al semblante lo que sentia el corazon, por no descubrir entonces la malicia del suceso. ¡Dura, pero inexcusable pension de los que gobiernan exércitos! obligados siempre á traher en las adversidades el dolor en el fondo, y el desahogo en la superficie del ánimo.

Hacen prisionero á Francisco de Guzman.

Quarenta Españoles prisioneros.

Trabajo de Cortés en disimular su pérdida.

CAPITULO XXIII.

CELEBRAN LOS MEXICANOS SU victoria con el sacrificio de los Españoles. Atemoriza Guatimozín á los confederados, y consigue que desamparen muchos á Cortés; pero vuelven al exército en mayor número, y se resuelve tomar puestos dentro de la ciudad.

HIcieron sus entradas al mismo tiempo Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado, hallando en ellas igual oposicion, y con poca diferencia en los progresos de ambos ataques: ganar las puentes, cegar los fosos, penetrar las calles, destruir los edificios, y sufrir en la retirada los últimos esfuerzos del enemigo. Pero faltó el contratiempo del foso grande, y fue la pérdida menor, aunque llegarian á veinte los Españoles que faltaron de ambas entradas: sobre los quales hacen la cuenta los que dicen que perdió Hernan Cortés mas de sesenta en la de Cuyoacán. *Entradas de Sandoval y Alvarado.* *Perdieron veinte Españoles.*

El Tesorero Julian de Alderete, á vista de los daños que habia ocasionado su inobediencia, conoció su culpa, y vino desalentado y pesaroso á la presencia de Cortés, ofreciendo su cabeza en satisfaccion de su delito; y él le reprehendió con severidad, dexandole sin otro castigo, porque no se hallaba en tiempo de contristar la gente con la demostracion que me- *Alderete conoce su yerro.*

Suspende Cortés la guerra ofensiva.

recia. Fue preciso alzar por entonces la mano de la guerra ofensiva, y se trató solo de ceñir el asedio, y estrechar el paso á las vituallas, entretanto que se atendia con particular cuidado á la cura de los heridos, que fueron muchos, y mas fáciles de numerar los que no lo estaban.

Juan Catalán curó los heridos.

Pero se descubrió entonces la gracia de un soldado particular, llamado Juan Catalán, que sin otra medicina que un poco de aceyte, y algunas bendiciones, curaba en tan breve tiempo las heridas, que no parecia obra natural. Llama el vulgo á este género de cirugía curar por ensalmo, sin otro fundamento que haber oido entre las bendiciones algunos versos de los psalmos. Habilidad, ó profesion no todas veces segura en lo moral, y algunas permitida con riguroso exâmen. Pero en este caso no sería temeridad que se tuviese por obra del cielo semejante maravilla, siendo la gracia de sanidad uno de los dones gratuitos que suele Dios comunicar á los hombres; y no parece creible que se diese concurso del demonio en los medios con que se conseguia la salud de los Españoles, al mismo tiempo que procuraba destruirlos con la sugestion de sus oráculos. Antonio de Herrera dice que fue una muger Española (que se llamaba Isabel Rodriguez) la que obró estas curas admirables; pero seguimos á Bernal Diaz del Castillo, que se halló mas cerca; y aunque tenemos por infelicidad de la pluma

Curas por ensalmo, sin concurso del demonio.

el tropezar con estas discordancias de los Autores, no todas se deben apurar: porque siendo cierta la obra, importa poco, á la verdad, la diferencia del instrumento.

Volvamos empero á los Mexicanos, que aplaudieron su victoria con grandes regocijos. Vieronse aquella noche desde los quarteles coronados los adoratorios de hogueras y perfumes: y en el mayor (dedicado al dios de la guerra) se percibian sus instrumentos militares en diferentes coros de menos importuna disonancia. Solemnizaban con este aparato el miserable sacrificio de los Españoles que prendieron vivos: cuyos corazones palpitantes (llamando al Dios de la verdad mientras les duraba el espíritu) dieron el último calor de la sangre á la infeliz aspersion de aquel horrible simulacro. Presumióse la causa de semejante celebridad, y las hogueras daban tanta luz, que se distinguia el bullicio de la gente; pero se alargaban algunos de los soldados á decir que percibian las voces, y conocian los sugetos. ¡Lastimoso espectáculo! y á la verdad no tanto de los ojos, como de la consideracion; pero en ella tan funesto, y tan sensible, que ni Hernan Cortés pudo reprimir sus lagrimas, ni dexar de acompañarle con la misma demostracion todos los que le asistian.

Aplauden su victoria los Mexicanos.

Sacrificio de los Españoles.

Quedaron los enemigos nuevamente orgullosos de este suceso, y con tanta satisfaccion de haber apla-

cado al ídolo de la guerra con el sacrificio de los Españoles, que aquella misma noche, pocas horas antes de amanecer, se acercaron por las tres calzadas á inquietar los quarteles, con ánimo de poner fuego á los bergantines, y proseguir la rota de aquella gente, que, no sin particular advertencia, consideraban herida y fatigada; pero no supieron recatar su movimiento; porque avisó de él aquella trompeta infernal que los irritaba, tratando á manera de culto la desesperacion: y se previno la defensa con tanta oportunidad, que volvieron rechazados, con la diligencia sola de asestar á las calzadas la artillería de los bergantines, y de los mismos alojamientos, que disparando al bulto de la gente, dexó bastantemente castigado su atrevimiento.

Inquietan los enemigos los quarteles.

Vuelven rechazados.

Arbitrios notables de Guatimozín.

El dia siguiente dió Guatimozín, por su propio discurso, en diferentes arbitrios de aquellos que suelen agradecerse á la pericia militar. Echó voz de que habia muerto Hernan Cortés en el paso de la calzada, para entretener al pueblo con esperanzas de breve desahogo. Hizo llevar las cabezas de los Españoles sacrificados á las poblaciones comarcanas, para que, acabandose de creer su victoria, tratasen de reducirse los que andaban fuera de su obediencia: y ultimamente divulgó, que aquella deidad, suprema entre sus ídolos, cuyo instituto era presidir á los exércitos, mitigada ya con la sangre de los corazones enemigos, le

Finge que se acabará la guerra en ocho dias.

habia dicho en voz inteligible que dentro de ocho dias se acabaria la guerra, muriendo en ella quantos despreciasen este aviso. Fingiólo asi, porque se persuadió á que tardaria poco en acabar con los Españoles: y tuvo inteligencia para introducir en los quarteles enemigos personas desconocidas que derramasen estas amenazas de su dios entre las naciones de Indios que militaban contra él. Notable ardid, para melancolizar aquella gente, desanimada ya con la muerte de los Españoles, con el estrago de los suyos, con la multitud de los heridos, y con la tristeza de los Cabos.

Procura desanimar á los confederados de Cortés.

Tenian tan asentado el credito las respuestas de aquel ídolo, y era tan conocido por sus oráculos en las regiones mas distantes, que se persuadieron facilmente á que no podian faltar sus amenazas; haciendo tanta batería en su imaginacion el plazo de los ocho dias, señalado por término fatal de su vida, que se determinaron á desamparar el exército: y en las dos ó tres primeras noches faltó de los quarteles la mayor parte de los confederados: siendo tan poderosa en aquellas naciones esta despreciable aprehension, que hasta los mismos Tlascaltécas y Tezcucanos se deshicieron con igual desorden; ó porque temieron el oráculo como los demás, ó porque se los llevó tras sí el exemplo de los que le temian. Quedaron solamente los Capitanes, y la gente de cuenta, puede

Parte de los Indios amigos desampara el exército.

ser que con el mismo temor; pero si le tuvieron, fue menos poderosa en ellos la defensa de la vida que la ofensa de la reputacion.

Industria de Cortés para recogerlos.

Entró Hernan Cortés en nueva congoja con este inopinado accidente, que le obligaba poco menos que á desconfiar de su empresa; pero luego que llegó á su noticia el origen de aquella novedad, envió en seguimiento de las tropas fugitivas á sus mismos Cabos, para que las detuviesen, contemporizando con el miedo que llevaban, hasta que pasados los ocho dias señalados por el oráculo, llegasen á conocer la incertidumbre de aquellos baticinios, y fuesen mas fáciles de reducir al exército. Diligencia de notable acierto en el discurso de Hernan Cortés; porque pasados los ocho dias, llegó á tiempo la persuasion, y volvieron á sus quarteles con aquel género de nueva osadía, que suele formarse del temor desengañado.

Vuelven reforzados los de Tezcúco,

y los Tlascaltécas con nuevo socorro de gente.

Don Hernando, el Príncipe de Tezcúco, envió á su hermano por los de aquella nacion, y volvió con ellos, y con nuevas tropas, que halló formadas para socorrer el exército. Los Tlascaltécas desertores (que fueron de la gente mas ordinaria) no se atrevieron á proseguir su viage, temiendo el castigo á que iban expuestos; y estuvieron á la mira del suceso, creyendo que podrian unirse con los fugitivos de la rota imaginada; pero al mismo tiempo que se desengañaron de su vana credulidad, tuvieron la dicha de incorpo-

rarse con un socorro que venia de Tlascála, y fueron mejor recibidos en el exército.

De este aumento de fuerzas con que se hallaba Cortés, y del ruido que hacia en la comarca el aprieto de la ciudad, resultó el declararse por los Españoles algunos pueblos, que se conservaban neutrales ó enemigos: entre los quales vino á rendirse, y á tomar servicio en el exército la nacion de los Otomies, gente, como diximos, indómita y feroz, que á guisa de fieras se conservaba en aquellos montes que daban sus vertientes á la laguna: rebeldes hasta entonces al imperio Mexicano, sin otra defensa que vivir en parage poco apetecido por esteril, y despreciado por inhabitable: con que llegó segunda vez el caso de hallarse Cortés con mas de doscientos mil aliados á su disposicion, pasando en breves dias de la tempestad á la bonanza, y atribuyendo, como solia, este poco menos que súbito remedio al brazo de Dios, cuya inefable providencia suele muchas veces permitir las adversidades, para despertar el conocimiento de los beneficios.

Toma servicio la nacion de los Otomies.

Hállase Cortés con doscientos mil aliados.

No estuvieron ociosos los Mexicanos el tiempo que duró esta suspension de armas, á que se hallaron reducidos los Españoles. Hacian freqüentes salidas, dexandose ver de dia y de noche sobre los quarteles; pero siempre volvieron rechazados, perdiendo mucha gente, sin ofender ni escarmentar. Supose de los últimos prisioneros que se hallaba en grande aprieto la

Hambre y sed en la ciudad.

ciudad: porque la hambre y la sed tenian congojada la plebe, y mal satisfecha la milicia. Enfermaba, y moria mucha gente de beber las aguas salitrosas de los pozos. Los pocos bastimentos que podian escapar de los bergantines, ó entraban por los montes, se repartian por tasa entre los magnates, dando nueva razon á la impaciencia del pueblo, cuyos clamores tocaban ya en riesgos de la fidelidad. Llamó Hernan Cortés á sus Capitanes, para discurrir con esta noticia lo que se debia obrar, segun el estado presente de la ciudad y del exército.

Llama Cortés á sus Capitanes.

Hizo su proposicion, con poca esperanza de que se rindiesen los sitiados á instancia de la necesidad, por el odio implacable que tenian á los Españoles, y por aquellas respuestas de sus ídolos, con que le fomentaba el demonio: y se inclinó á que sería conveniente volver luego á las armas, por esta probable congetura, y porque no se deshiciesen otra vez aquellos aliados, gente de faciles movimientos; y que asi como era de servicio en los combates, peligraba en el ocio de los alojamientos: porque siempre deseaban la ocasion de llegar á las manos: y no se hacian capaces de que fuese guerra el asedio que se practicaba entonces, ni ofensas del enemigo aquellas suspensiones de la cólera militar.

Resuelvese la continuacion de la guerra,

Vinieron todos en que se continuáse la guerra sin desamparar el asedio: y Hernan Cortés, que acabó de conocer en el suceso antecedente lo que padecia en aquellas retiradas, expuestas siempre á los últimos

esfuerzos de los Mexicanos, resolvió, que reforzando la guarnicion de los quarteles y de la plaza de armas, se acometiese de una vez por las tres calzadas, para tomar puestos dentro de la ciudad: los quales se habian de mantener á todo riesgo, procurando avanzar cada trozo por su parte, hasta llegar á la gran plaza de los mercados, que llamaban el Tlatelúco, donde se unirian las fuerzas, para obrar lo que dictáse la ocasion. Estuviera mas adelantada la empresa, ó conseguida enteramente, si se hubiera tomado en el principio esta resolucion; pero es tan limitada la humana providencia, que no hace poco el mayor entendimiento en lograr la enseñanza de los malos sucesos, y muchas veces necesita de fabricar los aciertos sobre la correccion de los errores.

y que se toman puestos dentro de la ciudad,

avanzando los trozos hasta el Tlatelúco.

Enseñan los malos sucesos el arte de la guerra.

CAPITULO XXIV.

HACENSE LAS TRES ENTRADAS á un tiempo, y en pocos dias se incorpora todo el exército en el Tlatelúco. Retírase Guatimozín al barrio mas distante de la ciudad: y los Mexicanos se valen de algunos esfuerzos y cautelas para divertir á los Españoles.

PRevenidos los víveres, el agua, y lo demás que pareció necesario para mantener la gente dentro de una ciudad donde faltaba todo, salieron los tres

Hacense las tres entradas á un tiempo.

Capitanes de sus quarteles el dia señalado al amanecer: Pedro de Alvarado por el camino de Tacúba: Gonzalo de Sandoval por el de Tepeaquilla: y Hernan Cortés, con el trozo de Christoval de Olid, por el de Cuyoacán, llevando cada uno sus bergantines y canoas por los costados. Hallaronse las tres calzadas en defensa, levantadas las puentes, abiertos los fosos, y con tanta sobra de gente, como si fuera este dia el primero de la guerra; pero se venció aquella dificultad con la misma industria que otras veces, y á costa de alguna detencion llegaron los trozos á la ciudad con poca diferencia de tiempo. Ganaronse brevemente las calles arruinadas, porque los enemigos las defendian con floxedad, para retirarse á las que tenian guarnecidos los terrados. Pero los Españoles trataron el primer dia de formar sus alojamientos, fortificandose cada trozo en su quartel lo mejor que fue posible con las ruinas de los edificios, y fundando su mayor seguridad en la vigilancia de sus centinelas.

Estaban en defensa las tres calzadas.

Gananse las calles arruinadas.

Aquartelanse los trozos dentro de la ciudad.

Causó esta novedad grande turbacion y desconsuelo entre los Mexicanos: desarmóse la prevencion que tenian hecha para cargar la retirada: corrió la voz, engrandeciendo el peligro, y apresurando los remedios: acudieron los nobles y ministros al palacio de Guatimozín, y á instancia de todos se retiró aquella misma noche á lo mas distante de la ciudad. Continuaronse las juntas, y hubo diversos pareceres, desa-

Turbacion de los Mexicanos.

Retírase Guatimozín al barrio mas distante.

lentados ó animosos, segun obedecia el entendimiento á los dictamenes del corazon. Unos querian que se tratáse desde luego de poner en salvo la persona del Rey, sacandole á parage mas seguro: otros, que se fortificáse aquella parte de la ciudad que ocupaba la corte: y otros, que se intentáse primero desalojar á los Españoles, obligandolos á ceder la tierra que habian ocupado. Inclinóse Guatimozín al consejo de los mas valerosos; y excluyendo el desamparar la ciudad, con resolucion de morir entre los suyos, ordenó que al amanecer se acometiese con todo el resto á los quarteles enemigos: para cuyo efecto juntaron y distribuyeron sus tropas, con ánimo de aplicar todas sus fuerzas al exterminio de los Españoles. Y poco despues que se declaró la mañana, se dexaron ver de los tres alojamientos, donde llegó primero el aviso de sus prevenciones; y la artillería que mandaba las calles hizo tan riguroso estrago en su vanguardia, que no se atrevieron á executar la orden que trahian; antes se desengañaron brevemente de que no era posible su empresa; y sin llegar á lo estrecho del ataque, dieron principio á la fuga con apariencias de retirada: cuyo movimiento (espacioso y remiso por la frente) dió lugar á los Españoles para que avanzasen hasta medir las armas: y sin mas diligencia que la que hubieron menester para seguir el alcance, quedó roto el enemigo, y mejorado el alojamiento de la noche siguiente.

Varios pareceres de sus ministros.

Toma Guatimozín el consejo mas brioso. Resuelven el ataque de los quarteles.

Pierdense los Mexicanos en los tres asaltos.

Caminan los Españoles por las calles interiores.

Entróse despues en mayor dificultad: porque fue necesario caminar arruinando los edificios, batiendo los reparos, y cegando las aberturas de las calles; pero en uno y otro se procuró ganar el tiempo, y en menos de quatro dias se hallaron los tres Capitanes á vista del Tlatelúco, á cuyo centro caminaban por líneas diferentes.

Pedro de Alvarado entra primero en el Tlatelúco.

Fue Pedro de Alvarado el primero que llegó á poner los pies dentro de aquella gran plaza, donde intentaron doblarse los enemigos que llevaba cargados; pero no se les dió lugar para que lo consiguiesen, ni era facil pasar á la operacion desde la fuga: y al primer combate desampararon el puesto, retirandose confusamente á las calles de la otra banda. Reconoció entonces Pedro de Alvarado que tenia cerca de sí un grande adoratorio, cuyas gradas y torres ocupaba el enemigo: y con deseo de asegurar las espaldas, envió algunas compañias para que le asaltasen y mantuviesen, lo qual se consiguió sin dificultad: porque los defensores trataban ya de retirarse con el exemplo de los suyos. Reduxo luego á un esquadron toda su gente para disponer su alojamiento, y mandó hacer en lo alto del adoratorio algunas ahumadas, para dar aviso á los demás Capitanes del parage donde se hallaba, ó para solicitar con aquella demostracion el aplauso de su diligencia.

Gana un adoratorio.

Llegó poco despues el trozo que gobernaba Chris-

toval de Olid, y mandaba Hernan Cortés: y la multitud que desembocó en la plaza huyendo el avance de su gente, dió en el esquadron que formó con otro intento Pedro de Alvarado, donde perecieron casi todos, combatidos por ambas partes: y sucedió lo mismo á los que rechazaba en su distrito Gonzalo de Sandoval, que tardó poco en arribar al mismo parage.

Llega poco despues Hernan Cortés.

Mueren muchos Mexicanos.

Llega Sandoval, y se unen los tres trozos.

Los que se habian retraido á las calles que miraban al resto de la ciudad, viendo unidas las fuerzas de los Españoles, huyeron desalentados á guardar la persona de su Rey, creyendo que se hallaban ya en el último conflicto, con que se pudo tratar del alojamiento sin oposicion: y Hernan Cortés aplicó alguna gente á la defensa de las calles que se dexaban atrás, para tener seguras las espaldas: y dispuso que los bergantines, con sus canoas, cuidasen de correr el distrito de las tres calzadas, avisando en diligencia de qualquiera novedad que mereciese reparo.

Alójase el exército.

Fue menester al mismo tiempo desembarazar la plaza de los cadáveres Mexicanos, para cuyo efecto señaló algunas tropas de Indios confederados que los fuesen echando en las calles de agua mas profundas, con Cabos Españoles que no los dexasen escapar con la carga miserable, para celebrar aquellos banquetes de carne humana, que daban la última solemnidad á sus victorias: y con todo este cuidado, no fue posible atajar por la raiz el inconveniente; pero se reme-

Multitud de cadáveres Mexicanos.

Cuidado de Cortés en el modo de retirarlos.

dió el exceso, y se pudo componer la tolerancia con la disimulacion.

Quadrillas de paisanos que venian á rendirse.

Vinieron aquella noche diferentes quadrillas de paisanos, poco menos que difuntos, á dar su libertad por el sustento: y aunque se llegó á sospechar que venian arrojados como gente inutil que no podian sustentar, hicieron compasion á todos; y Hernan Cortés (que ya no esperaba del asedio lo que se prometia de sus manos) ordenó que se les diese algun refresco, para que saliesen á buscar su vida fuera de la ciudad.

Dexanse ver los enemigos en las calles.

Por la mañana se vieron llenas de Mexicanos las calles de su distrito; pero vinieron solamente á cubrir el trabajo de otras fortificaciones en que habian discurrido, para defender la última retirada: y Hernan Cortés, viendo que no acometian ni provocaban, suspendió la entrada que tenia resuelta, porque deseaba repetir la instancia de la paz: teniendo entonces por verisímil que se rindiesen á capitular, ó conociesen por lo menos que no era su intento destruirlos, pues ofrecia partidos, unida su gente, y teniendo á su disposicion la mayor parte de la ciudad.

Repite Cortés la instancia de la paz.

Llevaron esta embaxada tres ó quatro prisioneros de los mas principales, y se aguardó la respuesta, no sin esperanza de que hacia fuerza la proposicion; porque se retiró enteramente la multitud que solia concurrir á la defensa de las calles.

Era el distrito que ocupaba Guatimozín con sus nobles, ministros y militares un ángulo muy espacioso de la ciudad, cuya mayor parte aseguraba la vecindad de la laguna; y por la otra, que distaba poco del Tlatelúco, tenian cerradas todas las avenidas con una circumbalacion de paredes ó murallas de tablazon y fagína, que se daban la mano con los edificios, y tenian delante un foso de agua profunda, que abrieron casi á la mano, haciendo cortaduras en las calles de tierra para dar corriente á las acequias. Entró Hernan Cortés el dia siguiente con la mayor parte de los Españoles á reconocer el parage que desamparó el enemigo: y llegó á vista de sus fortificaciones, cuya línea se halló coronada por todas partes de innumerable gente, pero con señas de paz, que se reducian á callar el toque de sus instrumentos, y la irritacion de sus voces. Repitióse otras veces esta diligencia de acercarse los Españoles sin ofender ni provocar: y se conoció que tenian ellos la misma orden, porque baxaban siempre las armas, dando á entender con el silencio y la quietud, que no les eran desagradables los tratados que ocasionaban aquel género de tregua.

Distrito que ocupaba Guatimozín. Fortificaciones con que le aseguraban.

Reconocelas Cortés, y halla señas de paz.

Pero al mismo tiempo se hizo reparo en los esfuerzos con que procuraban esconder la necesidad que padecian, y ostentar que no deseaban la paz con falta de valor. Poníanse á comer en público sobre los terrados, y arrojaban tortillas de maiz al pueblo, pa-

Esfuerzos de los sitiados para ocultar su necesidad.

ra que se creyese que les sobraba el bastimento: y salian de quando en quando algunos Capitanes á pedir batalla singular con el mas valiente de los Españoles; pero duraban poco en la instancia, y se volvian á recoger, tan ufanos del atrevimiento, como pudieran de la victoria.

Piden batalia singular con algun Español.

Uno de estos se acercó al parage donde se hallaba Hernan Cortés, que parecia hombre de cuenta en los adornos de su desnudez, y eran sus armas espada y rodela, de las que perdieron los Españoles sacrificados. Insistia con grande arrogancia en su desafio: y cansado Hernan Cortés de sufrir sus voces y sus ademanes, le hizo decir por su intérprete: „Que truxese otros diez como él, y permitiria que pasáse „á batallar con todos juntos aquel Español:" señalando á su page de rodela. Conoció el Indio su desprecio; pero sin darse por entendido, volvió á la porfia con mayor insolencia: y el page, que se llamaba Juan Nuñez de Mercado, y sería de hasta diez y seis ó diez y siete años, persuadido á que le tocaba el duelo, como señalado para él, se apartó del concurso disimuladamente lo que hubo menester para lograr su hazaña sin que le detuviesen: y pasando como pudo el foso, cerró con el Mexicano, que ya le aguardaba prevenido; pero recibiendo en la rodela su primer golpe, le dió al mismo tiempo una estocada con tan briosa resolucion, que sin necesitar de segunda heri-

Arrogancia con que la pidió un Mexicano.

Lo que le respondió Cortés.

Matale Juan Nuñez de Mercado su page.

da, cayó muerto á sus pies. Accion, que tuvo grande aplauso entre los Españoles, y mereció á los enemigos igual admiracion. Volvió luego á los pies de su amo con la espada y la rodela del vencido: y él, que se pagó enteramente de su temprano valor, le abrazó repetidas veces; y ciñendole de su mano la espada que ganó por sus puños, le dexó confirmado en la opinion de valiente, y admitido á las veras de otra edad en las conversaciones del exército.

Honrale Cortés.

En los tres ó quatro dias que duró esta suspension de armas, hubo freqüentes conferencias entre los Mexicanos sobre la proposicion de la paz. La mayor parte de los votos queria que se admitiesen los tratados, conociendo el estado miserable á que se hallaban reducidos: y algunos clamaban por la continuacion de la guerra, fundado interiormente su parecer en el semblante de su Rey; pero aquellos sacerdotes inmundos, que votaban mandando, como intérpretes de sus dioses, fortalecieron el vando menor, mezclando las ofertas de la victoria con misteriosas amenazas, dichas á manera de oráculos: por cuyo medio encendieron los ánimos, haciendolos partícipes de su furor, con que votaron todos á una voz que se volviese á las armas: y Guatimozín lo resolvió en la misma conformidad, calificando su obstinacion con la obediencia de los dioses. Pero mandó al mismo tiempo, que antes de romper la tregua, saliesen todas las pira-

Conferencias de los Mexicanos sobre la paz.

Resuelven volver á las armas.

Prevencion de piraguas y canoas enemigas.

guas y canoas á una ensenada que hacia la laguna por aquella parte de la ciudad, para tener prevenida la retirada, caso que se llegasen á ver en el último aprieto.

Executóse luego esta orden: y fueron saliendo á la ensenada innumerables embarcaciones, sin otra gente que la necesaria para los remos: de cuya novedad avisaron á Hernan Cortés los Españoles de la laguna; y él conoció luego que hacian aquella prevencion los Mexicanos para escapar con la persona de su Rey, dexando pendiente la guerra, y litigiosa la posesion de la ciudad. Nombró con este cuidado por General de todos los bergantines á Gonzalo de Sandoval, para que sitiáse á lo largo la ensenada, tomando por su cuenta los accidentes de aquella surtida: y poco despues movió su exército con ánimo de acercarse á las fortificaciones, y adelantar la resolucion de la paz con las amenazas de la guerra. Pero los enemigos tenian ya la orden para defenderse, y antes que llegáse la vanguardia, publicaron sus gritos el rompimiento del tratado. Dispusieronse al combate con grande osadía, y á breve rato se conoció que iba desmayando su orgullo: porque al experimentar el destrozo que hicieron las primeras baterías en aquella fragil muralla que tenian por impenetrable, se desengañaron de su peligro: y segun parece, avisaron de él á Guatimozín; porque tardaron poco en hacer llamada con lienzos blancos, repitiendo á voces el nombre de la paz.

ale Sando- al con to- os los ber- antines.

salta Cor- s las for- ficaciones el enemi- o.

Dióseles á entender por los intérpretes que podrian acercarse los que tuviesen que proponer de parte de su Príncipe: y con esta permision se presentaron á la otra parte del foso quatro Mexicanos en trage de ministros, los quales (hechas con afectada gravedad las humiliaciones de su costumbre) dixeron á Cortés: „ Que la magestad suprema del poderoso Guatimozín, su Señor, los habia nombrado por tratadores de la paz, y los enviaba para que oyendo al Capitan de los Españoles, volviesen á informarle de lo que se debia capitular en ella." Respondió Hernan Cortés: „ Que la paz era el único fin de sus armas; y aunque pudieran ellas dar entonces la ley á los que tardaban tanto en conocer la razon, venia desde luego en abrir la plática, para que se volviese al tratado. Pero que materias de semejante calidad, se ajustaban dificultosamente por terceras personas: y asi era necesario que su Príncipe se dexáse ver, ó por lo menos se acercáse con sus ministros y consejeros, por si hubiese alguna dificultad que necesitáse de consulta, puesto que se hallaba con ánimo de venir en quantos partidos no fuesen repugnantes á la superior autoridad de su Rey; á cuyo fin le ofrecia con empeño de su palabra, (y añadió la fuerza del juramento) que por su parte, no solo cesaria la guerra, pero se procurarian lograr en su obsequio todas las atenciones que mira-

Vienen Mexicanos á proponer la paz.

Su proposicion.

Respuesta de Cortés.

Que se dexe ver su Príncipe.

„ sen á la seguridad y al respeto de su persona."

Retiraronse con este mensage los Enviados, satisfechos, al parecer, de su despacho; y volvieron aquella misma tarde á decir: „ Que su Príncipe vendria el dia siguiente con sus criados y ministros á „ escuchar desde mas cerca los capítulos de la paz." Era su intento entretener la conferencia con varios pretextos, hasta que se acabasen de juntar sus embarcaciones, para executar la retirada que ya tenian resuelta: y asi volvieron á la hora señalada los mismos Enviados, suponiendo que no podia venir Guatimozín hasta otro dia, por un accidente que le habia sobrevenido. Alargóse despues el plazo con pretexto de ajustar algunas condiciones en orden al sitio y á la formalidad de las vistas; y ultimamente se pasaron quatro dias en estas interlocuciones, y se conoció mas tarde que debiera el engaño. Pero Hernan Cortés creyó que deseaban la paz, gobernandose por el estado en que se hallaban: tanto, que tuvo hechas algunas prevenciones de aparato y ostentacion para el recibimiento de Guatimozín; y quando supo lo que pasaba en la laguna, quedó avergonzado interiormente de haber mantenido su buena fé sobre tantas dilaciones, y prorumpió en amenazas contra el enemigo, sirviendose de la cólera para ocultar su desayre, y hallando, al parecer, alguna diferencia entre las dos confesiones de ofendido y engañado.

Ofrece Guatimozín acêrcarse.

Era su intento escapar de la ciudad.

Vienen Mexicanos á entretener la plática.

Conocelo Cortés, y siente la burla.

CAPITULO XXV.

INTENTAN LOS MEXICANOS retirarse por la laguna. Pelean sus canoas con los bergantines, para facilitar el escape de Guatimozín: y finalmente se consigue su prision, y se rinde la ciudad.

LLegó el dia que señaló Hernan Cortés por último plazo á los ministros de Guatimozín, y al amanecer reconoció Gonzalo de Sandoval que se iban embarcando con grande aceleracion los Mexicanos en las canoas de la ensenada. Puso luego esta novedad en la noticia de Cortés: y juntando los bergantines que tenia distribuidos en diferentes puestos, se fue acercando poco á poco para dar alcance á su artillería. Movieronse al mismo tiempo las canoas enemigas, en que venian los nobles, y casi todos los Cabos principales de la plaza; porque trahian discurrido hacer un esfuerzo grande contra los bergantines, y mantener á todo riesgo el combate, hasta que retirada la persona de su Rey entretanto que duraba esta diversion de sus enemigos, pudiesen apartarse despues á seguirle por diferentes rumbos. Asi lo executaron, acometiendo á los bergantines con tanto ardimiento, que sin detenerse al estrago que hicieron las balas en lo distante, se acercaron muchos á recibir los

Sandoval reconoce la fuga.

Acércase á las embarcaciones enemigas.

Acometen á los bergantines.

golpes de las picas y las espadas. Pero al mismo tiempo que duraba el fervor de la batalla, reparó Gonzalo de Sandoval en que iban escapando á toda fuerza de remos seis ó siete piraguas por lo mas distante de la ensenada: y ordenó al Capitan Garcia de Holguín que partiese á darlas caza con el bergantin de su cargo, y procuráse rendirlas con la menor ofensa que fuese posible.

Garcia de Holguín vá en su seguimiento.

Nombró entre los demás Capitanes á Garcia de Holguín, tanto por lo que fiaba de su valor y actividad, como por la gran ligereza de su bergantin: diferencia que consistiria en el vigor de los remeros, ó en haber salido el buque mas obediente á los remos, circunstancias, que suele dar el caso en este género de fábricas. Y él, sin detenerse mas que á tomar la vuelta, y alentar la boga, puso tanto calor en su diligencia, que á breve rato ganó alguna ventaja para volver la proa, y dexarse caer sobre la piragua que iba delante, y parecia superior á las demás. Pararon todas á un tiempo, soltando los remos al verse acometidas: y los Mexicanos de la primera dixeron á grandes voces, que no se disparáse, porque venia en aquella embarcacion la persona de su Rey (segun lo interpretaron algunos soldados Españoles, que ya sabian algo de su lengua) y para darse á entender mejor, bajaron las armas, adornando el ruego con varias demostraciones de rendidos. Abordó con esto el

Rinde la piragua que iba delante.

Ximeno inv. et del. Moreno Tejada sc.

Garcia de Holguin prende en la Laguna à Guatimozin con toda su familia; y queda conquistada la gran Ciudad de MEXICO.

bergantin, y saltando en la piragua, se arrojaron á la presa Garcia de Holguín y algunos de sus Españoles. Adelantóse á los suyos Guatimozín: y conociendo al Capitan en el semblante de los otros, le dixo: „Yo soy tu prisionero, y quiero ir donde me puedes llevar: solo te pido que atiendas al decoro de „la Emperatriz y de sus criadas." Pasó luego al bergantin, y dió la mano á su muger, para que subiese á él: tan lejos de la turbacion, que reconociendo á Garcia de Holguín cuidadoso de las otras piraguas, añadió: „No tienes que discurrir en esa gente de mi „séquito; porque todos se vendrán á morir donde „muriere su Príncipe:" y á su primer seña dexaron caer las armas, y siguieron el bergantin como prisioneros de su obligacion.

Dase á prision Guatimozín.

Lo que dixo á Garcia de Holguín.

Rindense las piraguas de su séquito.

Peleaba entretanto Gonzalo de Sandoval con las canoas enemigas: y se conoció en su resistencia la calidad de la gente que las ocupaba, y el grande asunto de aquella nobleza, que tomó á su cargo la resolucion de facilitar á costa de su sangre la libertad de su Rey. Pero duraron poco en la batalla: porque tuvieron brevemente la noticia de su prision; y pasando en un instante de la turbacion al desaliento, se convirtieron los alaridos militares en clamores y lamentos de mas apagado rumor. No solo se rendian con poca ó ninguna resistencia; pero hubo muchos de los nobles que hicieron pretension de pasar á los

Batalla de los bergantines y canoas.

Saben los Mexicanos la prision de su Príncipe.

bergantines, para seguir la fortuna de su Príncipe.

Holguín pasa con su prisionero á Cortés.

Llegó entonces Garcia de Holguín, despachando primero una canoa en diligencia con el aviso á Cortés, y sin acercarse demasiado al bergantin de Sandoval, le dió, como de paso, cuenta del suceso: y viendole inclinado á encargarse del Gran Prisionero, continuó su viage, temiendo que pasáse á ser orden la primera insinuacion, y se hiciese delito de su obediencia la razon de su repugnancia.

Los que peleaban en la ciudad se retiran.

Continuabanse al mismo tiempo los ataques de la muralla dentro de la ciudad: y los Mexicanos, que se ofrecieron á defenderla para divertir por aquella parte á los Españoles, pelearon con admirable constancia y arrojamiento; hasta que sabiendo por sus centinelas el fracaso de las piraguas en que iba Guatimozín, se retiraron atropelladamente, volviendo las espaldas con mas señas de asombrados que de temerosos.

Conocióse luego la causa de aquella novedad, porque llegó entonces el aviso que adelantó Garcia de Holguín: y Hernan Cortés levantando los ojos al cielo, como quien reconocia el origen de su felicidad, mandó luego á los Cabos de su exército que se mantuviesen á vista de las fortificaciones, sin pasar á mayor empeño hasta otra orden: y enviando al mismo tiempo dos compañias de Españoles al surgidero, para que asegurasen la persona de Guatimozín, salió á recibirle cerca de su alojamiento: cuya funcion exe-

Como recibió Cortés á Guatimozín.

cutó con grande urbanidad y reverencia, en que obraron mas que las palabras las señas exteriores; y Guatimozín correspondió en la misma lengua, procurando esforzar el agrado, para encubrir el despecho.

Entra con la Emperatriz en el alojamiento de Cortés.

Quando llegaron á la puerta, se detuvo el acompañamiento, y Guatimozín entró delante con la Emperatriz, afectando que no rehusaba la prision. Sentaronse luego los dos, y él se volvió á levantar para que tomáse Cortés su asiento: tan dueño de sí en estos principios de su adversidad, que reconociendo á los intérpretes por el puesto que ocupaban, rompió la plática, diciendo: „ ¿Qué aguardas, valeroso Capitan, que no me quitas la vida con ese puñal que „ trahes al lado? Prisioneros como yo siempre son „ embarazosos al vencedor. Acaba conmigo de una „ vez, y tenga yo la dicha de morir á tus manos, ya „ que me ha faltado la de morir por mi patria."

Notable despecho de su prision.

Quisiera proseguir, pero se dió por vencida su constancia, y dixo lo demás el llanto, llevandose trás sí las cláusulas de la voz, y la resistencia de los ojos. Siguióle con menos reserva la Emperatriz: y Hernan Cortés necesitó de negarse á las instancias de su piedad, para no enternecerse. Pero dexando algun tiempo al desahogo de ambos Príncipes, respondió á Guatimozín: „ Que no era su prisionero, ni habia caido „ en semejante indignidad su grandeza, sinó prisio- „ nero de un Príncipe tan poderoso, que no tenia su-

Prorumpe en lagrimas.

Lo que le respondió Cortés.

„ perior en todo el orbe de la tierra; y tan benigno, „ que de su real clemencia podia esperar no solamen- „ te la libertad que habia perdido, sinó el Imperio „ de sus mayores, mejorado con el título de su amis- „ tad: que por el tiempo que tardáse la noticia de sus „ órdenes, sería respetado y servido entre los Espa- „ ñoles de manera que no le hiciese falta la obedien- „ cia de sus Mexicanos." Y quiso pasar á consolarle con algunos exemplos de coronas infelices; pero estaba muy tierno el dolor para sufrir los remedios, y temió la empresa de reducirle sin mortificarle: porque no se hicieron los consuelos para Reyes desposeidos; ni era facil buscar la conformidad en el ánimo, quando faltaba Dios en el entendimiento.

No se atrevió á consolarle entonces.

Prendas personales de Guatimozín,

Era Guatimozín mozo de veinte y tres á veinte y quatro años, tan valeroso entre los suyos, que de esta edad se halló graduado con las hazañas y victorias campales, que habilitaban á los nobles para subir al Imperio. El talle de bien ordenada proporcion: alto sin descaecimiento, y robusto sin deformidad. El color tan inclinado á la blancura, ó tan lejos de la obscuridad, que parecia estrangero entre los de su nacion. El rostro, sin faccion que hiciese disonancia entre las demás, daba señas de la fiereza interior: tan enseñado á la estimacion agena, que aun estando afligido, no acababa de perder la magestad. La Emperatriz (que sería de la misma edad) se hacia reparar

y de la Emperatriz.

por el garbo y el espíritu con que mandaba el movimiento y las acciones; pero su hermosura, mas varonil que delicada, pareciendo bien á la primera vista, duraba menos en el agrado que en el respeto de los ojos. Era sobrina del Gran Motezuma, ó segun otros, su hija: y quando lo supo Hernan Cortés, repitió sus ofrecimientos, dandose por nuevamente obligado á reconocer en su persona lo que veneraba la memoria de aquel Príncipe. Pero le tenia cuidadoso la necesidad de volver á su exército, para que se acabáse de rendir aquella parte de la ciudad que ocupaban los enemigos: y cortando la conversacion, se despidió cortesanamente de sus dos prisioneros. Dexólos á cargo de Gonzalo de Sandoval, con la guardia que pareció suficiente: y antes de partir le avisaron que le llamaba Guatimozín, cuyo intento fue interceder por sus vasallos. Pidióle con todo encarecimiento: „ Que no los maltratáse, ni ofendiese; pues „ bastaria para rendirlos la noticia de su prision." Y estaba tan en sí, que conoció á lo que se apartaba Hernan Cortés: cabiendo entre sus congojas este notable cuidado, verdaderamente digno de ánimo real. Y aunque le ofreció cuidar de que se les hiciese todo buen pasage, dispuso tambien que le acompañáse uno de sus ministros: mandando por este medio á la gente de guerra, y al resto de sus vasallos, que obedeciesen al Capitan de los Españoles, pues no era justo pro-

Era sobrina de Motezuma, ó segun otros, su hija.

Trata Cortés de volver al exército.

Llamale Guatimozín para interceder por sus vasallos.

Nombra un ministro que acompañe á Cortés.

vocar á quien le tenia en su poder, ni dexar de conformarse con el decreto de sus dioses.

Estaba el exército en la misma disposicion que le dexó Cortés, sin que se hubiese ofrecido novedad: porque los enemigos, que se retiraron al primer asombro en que los puso la prision de su Rey, se hallaban sin aliento para defenderse, y sin espíritu para capitular en la forma de rendirse. Entró delante á verse con ellos el ministro de Guatimozín: y apenas les intimó la orden que llevaba, quando se acomodaron á lo que deseaban, haciendo que obedecian.

Salen rendidos los Mexicanos.

Ajustóse por la misma interposicion de aquel ministro, que saliesen desarmados, y sin llevar Indios de carga: lo qual executaron tan apresuradamente, que ocuparon poco tiempo en la salida. Hizo admiracion el número de la gente militar que tenian despues de tantas pérdidas. Cuidóse mucho de que no se les hiciese molestia, ni mal pasage: y eran tan respetadas las órdenes de Cortés, que no se oyó una voz descompuesta entre aquellos confederados, que tanto los aborrecian.

Miserias que se hallaron en la ciudad.

Entró despues el exército á reconocer por aquella parte lo último de la ciudad; y solo se hallaron lástimas y miserias, que hacian horror á la vista, y miedo á la consideracion: impedidos y enfermos, que no pudieron seguir á los demás, y algunos heridos, que pretendian la muerte, acusando la piedad de sus

enemigos. Pero nada fue de mayor espanto á los Españoles que unos patios y casas yermas, donde iban amontonando los cuerpos de la gente principal que moria peleando, para celebrar despues sus exêquias: de que resultaba un olor intolerable, que atemorizaba la respiracion: y á la verdad, tenia poco menos que inficionado el ayre, cuyo rezelo apresuró la retirada. Y Hernan Cortés, señalando sus quarteles á Gonzalo de Sandoval y á Pedro de Alvarado fuera de aquel parage sospechoso, y dadas las órdenes que parecieron convenientes, se retiró con sus prisioneros á Cuyoacán, llevando consigo el trozo de Christoval de Olid, entretanto que se limpiaba de aquellos horrores la ciudad, donde volvió dentro de pocos dias, para tratar de lo que parecia necesario en orden á mantener lo conquistado, y atender á las demás prevenciones y cuidados, que ya se venian al discurso como conseqüencias de aquella felicidad.

Olor intolerable de los muertos.

Gente que dexó Cortés en la ciudad.

Retírase á Cuyoacán con los prisioneros.

Sucedió la prision de Guatimozín, y la total ocupacion de México, á trece de Agosto en el año de mil y quinientos y veinte y uno, dia de San Hypolito, en cuya memoria celebra hoy aquella ciudad la fiesta de este insigne Martyr, con título de Patron. Duró el sitio noventa y tres dias: en cuyos varios accidentes, prósperos y adversos, se deben igualmente admirar el juicio, la constancia y el valor de Cortés: el esfuerzo infatigable de los Españoles: la con-

Ganóse México dia de San Hypolito.

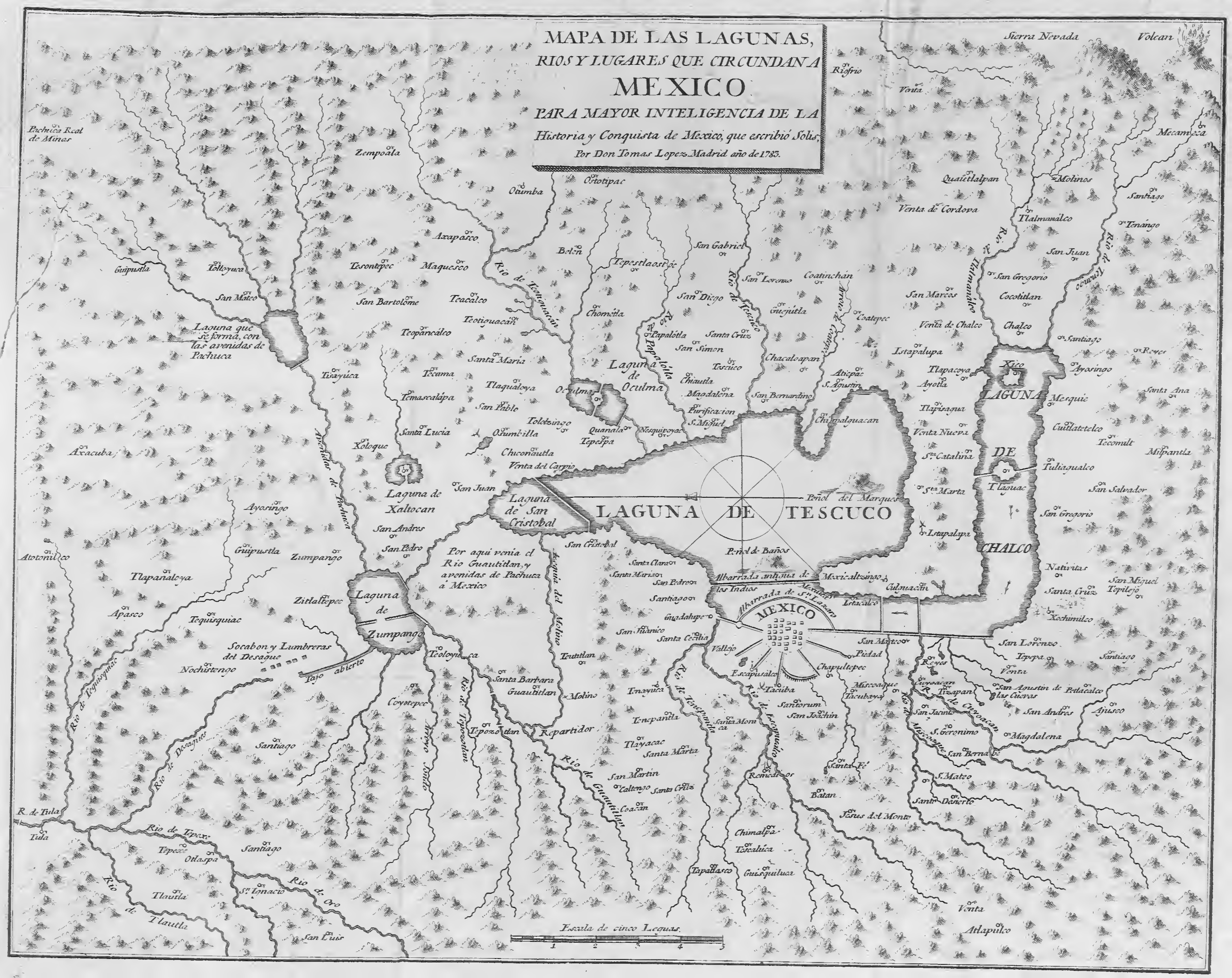
formidad y la obediencia de las naciones amigas : concediendo á los Mexicanos la gloria de haber asistido á su defensa, y á la de su Rey, hasta la última obligacion del espíritu y de la paciencia.

Dase principio á la nueva formacion de aquella Monarquía, que se incorporó con la Corona de Castilla.

Preso Guatimozín, y rendida la ciudad, cabeza de aquel vasto dominio, vinieron á la obediencia, primero los Príncipes Tributarios, y despues los Confinantes : unos á la opinion, y otros á la diligencia de las armas : y se formó en breve tiempo aquella gran Monarquía, que mereció el nombre de Nueva España : debiendo el Máxîmo Emperador Carlos Quinto á Fernando Cortés, no menos que otra corona digna de sus Reales sienes. ¡ Admirable Conquista, y muchas veces ilustre Capitan! de aquellos que producen tarde los siglos, y tienen raros exemplos en la Historia.

FIN.




MAPA DE LAS LAGUNAS, RIOS Y LUGARES QUE CIRCUNDAN A MEXICO
PARA MAYOR INTELIGENCIA DE LA Historia y Conquista de Mexico, que escribió Solis;
Por Don Tomas Lopez. Madrid año de 1783.
LAGUNA DE TESCUCO
LAGUNA DE CHALCO
Laguna de Oculma
Laguna de Xaltocan
Laguna de San Cristobal
Laguna de Zumpango
Laguna que se forma, con las avenidas de Pachuca
Por aqui venia el Rio Guautitlan, y avenidas de Pachuca á Mexico
Socabon y Lumbreras del Desague
Tajo abierto
MEXICO
Albarrada antigua de los Indios
Albarrada de Sn. Lazaro
Escala de cinco Leguas
1 2 3 4 5
Sierra Nevada
Volcan
Pachuca Real de Minas
Zempoala
Mecameca
Otumba
Tezcuco
Chalco
Xochimilco
Tlaguac
Cuyoacan
Tacuba
Tacubaya
Chapultepec
Guadalupe
Culhuacan
Mexicaltzingo
Istapalapa
Zumpango
Tula
Atlapulco

INDICE
DE LAS COSAS NOTABLES
QUE SE CONTIENEN EN EL TOMO II.



A

B

C

R

S



CONTINUACION
DE LA LISTA ALFABETICA
DE LOS SEÑORES SUSCRIPTORES
A LA HISTORIA
DE LA CONQUISTA DE MÉXICO,
ESCRITA POR DON ANTONIO SOLÍS.

LA PRINCESA NUESTRA SEÑORA.

SEÑORA INFANTA DOÑA CARLOTA JOACHÎNA.

SEÑORA INFANTA DOÑA MARIA JOSEPHA.

Excelentísimo Señor Conde viudo de *Aguilar*, Embajador de S. M. en la Corte de Viena.

Don Lorenzo de *Alcántara*, en Tacuba.

Don Joseph Antonio de *Areche*, del Supremo Consejo de Indias.

Don Joseph de *Barros* Troncoso, Abogado de los Reales Consejos.

Don Agustin *Beven*, Coronel del Regimiento de Dragones de México.

Doctor Don Andrés *Bravo* y Rivero.

Don Juan Ignacio *Briones*, en México.

Don Froylan Calixto *Cabañas*, del Consejo de S. M. Auditor de Rota de la Nunciatura.

Don Pedro de la *Camara*, en México.

Don Fermin *Carasa*, Comandante de la Brigada de Artillería de mar en el Ferrol.

R. P. Fr. Joseph Maria de *Carranza*, Lector del Convento de San Francisco de Queretaro.

El Marqués de la *Colina*, México.

P. Fr. Pedro de la *Concepcion*, Presidente del Hospicio de Padres descalzos del Pueblo de San Agustin de las Cuevas.

Don Jacinto *Diaz* de Miranda, Chantre de la santa Iglesia de Oviedo.

Don Antonio de *Echegoyen.*

Don Pedro de *Echevers*, Marqués de San Miguel de Aguayo.

Don Felipe Martin *Garcia*, Contador de la Real Aduana de Queretaro.

Don Manuel Lino *Guerra*, Cura de San Juan de Tehuacan.

Doctor Don Joseph *Lama*, en México.

Don Diego *Mallen*, Librero en Valencia.

El Marqués de *Mos*, Conde de San Bernardo, Gentil hombre de Cámara del Rey nuestro Señor, Coronel del Regimiento Provincial de Compostela, y Comandante de las armas de la Ciudad de Santiago.

Don Joseph Vicente *Olloqui*, en México.

Don Antonio de *Paramo* y Somoza, del Consejo de S. M. y su Administrador general del grande Real Hospital de la Ciudad de Santiago, Canonigo Cardenal en la Santa Iglesia Catedral, y Rector de la Real Universidad de ella, Caballero de la Real distinguida Orden Española de CARLOS III.

Don Ramon *Perez* Moreno, Abogado de los Reales Consejos.

Don Manuel Simon *Puerta.*

Don Andrés *Rivera*, Canonigo Lectoral de Lugo.

Don Salvador Antonio *Roca* y Guzman, Dean de la Santa Iglesia de Guadalaxara de Indias.

Don Manuel *Roxo* de los Rios, Cura de Pastoriza.

Don Manuel *Rubin de Celis*, en Mexico.

Don Joseph *Ruiz* Calzada, Canonigo de Berlanga.

La Real Universidad de *Santiago.*

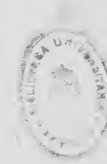
Don Juan Joseph Nicolás de *Sevilla*, Cura del Pueblo de San Miguel.

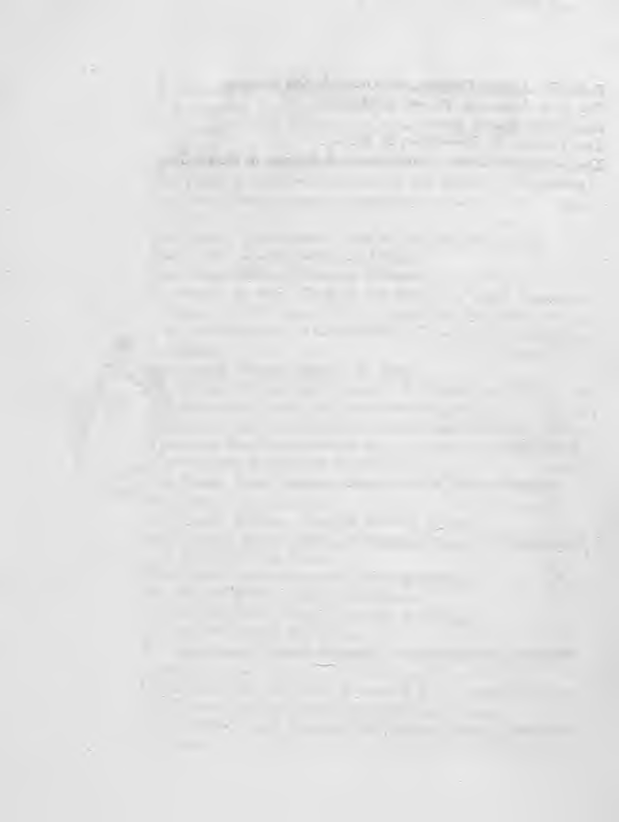
Don Agustin *Soler*, Canonigo Tesorero de la Santa Iglesia de Lugo.

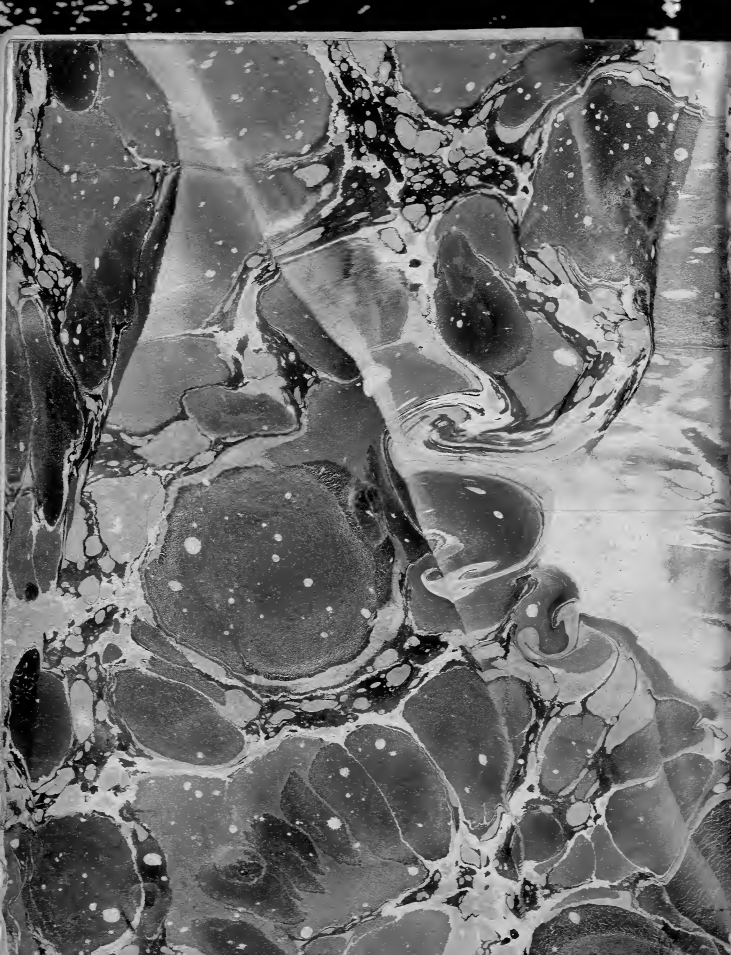
Don Francisco *Somoza*, Oficial de Milicias de Lugo.

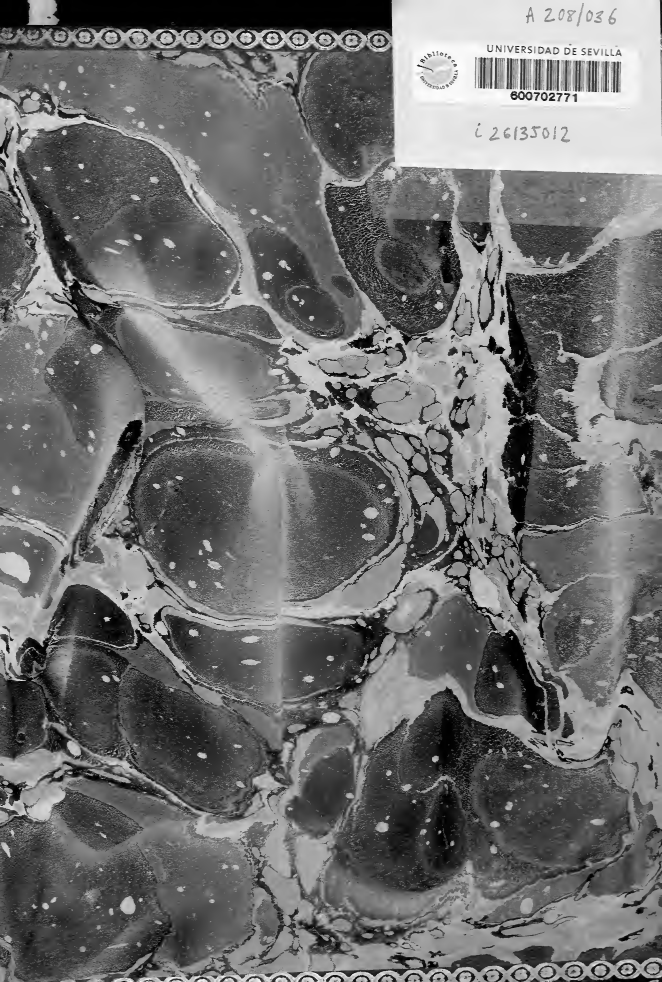
P. Fr. Joseph *Soria*, Guardian del Convento de San Francisco de Queretaro.

P. M. Fr. Agustin *Vazquez*, del Orden de San Bernardo.
Don Juan Antonio de *Yermo*, en México.
Don Tomás Manuel *Zaldo*.
Don Francisco de *Zarandona*, en México.
Don Andrés de *Zavala*, Administrador en Santiago de Rentas Generales.








A 208/036
Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600702771
i 26135012

